

ció

BELOT

LA
EXPLOTACION
DEL
SECRETO

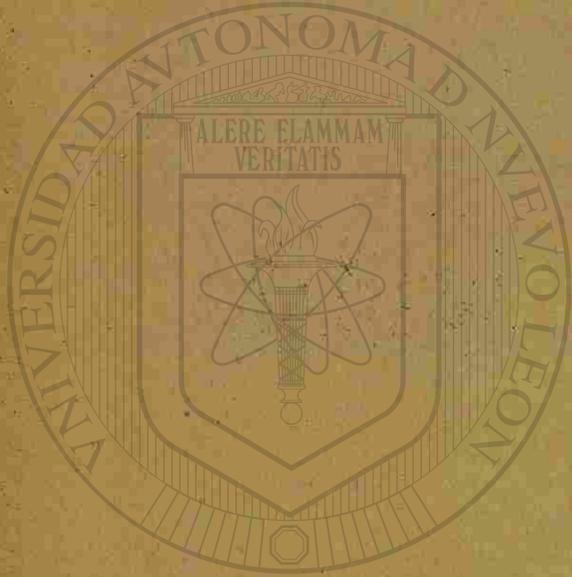
PQ2 193

.B7

E98

1887

90148



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA EXPLOTACIÓN DEL SECRETO

Núm. Clas. N
Núm. Autor BUSSET
Núm. Adg. 29748
Procedencia 8-
Precio ...
Fecha ...
Clasific. ...
Catálogo ...

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LITERATURA

- Julio Simon.**—*Dios, Patria y Libertad*: un tomo, 5 pesetas.
- Edouard Delplé.**—*Las represalias de la vida*: un tomo, 2,50.
- Uibach.**—*El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: 2.ª edición: un tomo, 2,50.
- Ennery.**—*El Principio de Moria*: un tomo, 2,50.
- X***.**—*Al lado de la dicha*: un tomo, 2,50.
- Henri Rivière.**—*El Combate de la vida*: Tres tomos.
- 1.ª parte.—*La juventud de un desesperado*: un tomo, 2,50.
- 2.ª id.—*El Coronel de Breslac*: un tomo, 2,50.
- 3.ª id.—*Las Fatalidades*: un tomo, 2,50.
- Edmond.**—*La Leñadora*: un tomo, 2,50.
- Cubas.**—*El Angel del presidio*: un tomo, 1,50.
- Cubas.**—*La Mortaja de limosna*: un tomo, 1,50.
- Cubas.**—*El Panal de miel*: un tomo, 2,50.
- Ortega Munilla.**—*Orgía de hambre*: un tomo, 2,50.
- Zaccone.**—*Los dramas de la Bolsa*: un tomo, 2,50.
- Gautier.**—*Fortunio y La Muerta enamorada*: un tomo, 2,50.
- Gautier.**—*Novelas cortas*: un tomo, 2,50.
- Vascáno.**—*Javier Malo*: un tomo, 2,50.
- Bouvier.**—*Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.
- Arsène Houssaye.**—*La Comedianta*: un tomo, 2,50.
- Jorge Ohnet.**—*El Gran Margal*: 2.ª edición: un tomo, 3.
- Jorge Ohnet.**—*Lise Fleurón*: un tomo, 2,50.
- Jorge Ohnet.**—*Las Señoras de Croix-Mort*: un tomo, 3.
- Cuentos escogidos de varios autores**: un tomo, 2,50.
- Cañizo.**—*Justicia y Providencia*: un tomo, 2,50.
- Arambilet.**—*Agnes* (narración del día): un tomo, 1 peseta.
- Barbey d'Aurevilly.**—*Lo que no muere*: un tomo, 2,50.
- J. de La Cerda.**—*La Tela de Araña*: un tomo, 1.
- J. de La Cerda.**—*El gran problema*: un tomo, 2,50.
- Dickens.**—*Días penosos*: un tomo, 2,50.
- Fortunio.**—*La Virgen de Belem*: un tomo, 2,50.
- Soles Eguilaz.**—*En el quinto cielo*: un tomo, 2,50.
- Eca de Queiros.**—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5.
- Mahalin.**—*La Bella Horchatera*: dos tomos, 5.
- 1.ª parte.—*La Víctima inocente*.
- 2.ª parte.—*El Castigo del culpable*.
- Trueba.**—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.
- Enault.**—*Gabriela de Célestango*: un tomo, 2,50.
- E. Zola.**—*Germinal*: 2.ª edición: dos tomos, 6.
- E. Zola.**—*Su Excelencia Eugenio Rougon*: dos tomos, 5.
- A. Belot.**—*Loca de amor*: un tomo, 2,50.
- A. Belot.**—*La Culebra* (cont. de *Loca de Amor*): un tomo, 2,50.
- A. Belot.**—*Las Corbatas blancas*: un tomo, 2,50.
- Feuillet.**—*La Muerta*: 2.ª edición: un tomo, 3.
- Ossorio y Bernard.**—*Romanos de ciego*: un tomo, 4.
- Ossorio y Bernard.**—*Cuadros de género trazados á pluma*: un tomo, 2.
- Ossorio y Bernard.**—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: un tomo, 2.
- Galería de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: un tomo, 1.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Montera, 21, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

EXPLOTACIÓN

DEL SECRETO

(CONTINUACIÓN DE «LAS CORBATAS BLANCAS».)

NOVELA ORIGINAL DE

ADOLFO BELOT

Versión castellana de

PEDRO NASGRÉ

SEGUNDA EDICIÓN



UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

«ALFONSO REYES»

Año. 1625 MONTORREY, MEXICO

MADRID

EL COSMOS EDITORIAL
Montera, núm. 21

29748

1887

098148

843
B.

PQ2193
.B7
E98
1887



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid: 1887.—Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

LA EXPLOTACIÓN DEL SECRETO ⁽¹⁾

I.

Sentados frente á frente en el despacho del señor Le Forestier, cerca de la chimenea, los dos amigos, ó más bien los dos hermanos, Armando y Roberto, conversaban después de comer.

—Me rogaste (decía Armando) que no te preguntara por ahora, y que te dejara obrar libremente algún tiempo, siguiendo tus inspiraciones. Accedí á ese deseo. Mis consejos, mi influencia podían obligarte á variar de propósitos. Temías que iba á volver á caer en los mismos errores, en mis antiguas faltas; y, como te son desconocidas, puede decirse, estas intrigas, no quieres...

(1) El principio de esta narración le encontrarán nuestros lectores en la obra del mismo autor que lleva por título *Las corbatas blancas*, que se vende en las principales librerías, al precio de 2,50 pesetas.

—Seguir tus inspiraciones (añadió Roberto). Es verdad, hermano mío.... Dame un cigarro.

—Toma la petaca, y no me interrumpas. Continúa.

—Prosigue: estás en tu derecho, puesto que no te dejé acabar la frase.

—¿Quieres que la termine?

—Sí. Te parece que has guardado silencio bastante tiempo, que has sido prudente, y quisieras saber algo de lo que he hecho, de lo que pienso hacer.

—No te lo niego.

—Pues bien, querido Armando (dijo Roberto, encendiendo el cigarro); no he hecho nada aún, ni tengo grandes proyectos. Poco he pensado, lo confieso; pero no hay que desanimarse.... Cuando digo que nada he hecho, no quiero decir que no haré; y cuando añado que no tengo grandes proyectos, tú puedes creer que soy modesto, y que tengo mi plan.

—¿Cuál es? Si quieres responderme aún.

—Consiento; y te diré que, aunque no me hubieras preguntado, estaba decidido á hablarte esta tarde.

—Te escucho.

Levantóse Roberto para sacudir la somnolencia que suele apoderarse de uno después de comer, y apoyándose en la chimenea, dijo á Armando más lentamente:

—Al principio, querido amigo, cuanto más iba á casa de esa entretenida de que te he hablado, y que se hace llamar señora de Fontenay-sous-Roches, más en mi centro me encontraba en esa sociedad en que deseabas verme, entre esas mujeres que comprometen y se comprometen.

—Y los hombres, ¿cómo son?

—Como en todas esas sociedades, hay de todo: gomosos, que no piensan más que en divertirse, y otros, más ó menos sospechosos, sin que pueda precisarte qué clase de hombres son.

—Te fijarás en estos últimos, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—¿Haces estudios sobre alguno en particular?

—No; mis observaciones son aún generales. Tengo temor de estudiar á un solo individuo y descuidar mientras á los demás, lo cual pudiera no serme provechoso. Hay, sin embargo, un cierto marqués de Arnage, que me inspira sospechas; pero no me apoyo en hecho alguno para juzgarle mal.

—Entonces, ¿por qué te parece sospechoso?

—Porque, á pesar de sus esfuerzos en ocultarlo, se ve que tiene gran intimidad con Prudencia de Fontenay, y puede asistirse á sus reuniones; pero no debe uno mezclarse en su vida íntima. Mas dejemos al marqués de Arnage y á un cierto señor de Montbarán, que observo

también instintivamente. Ocupémonos por un momento de la señora de la casa, con objeto de hacer constar que sigo por completo el plan convenido.

—¡Procedes con orden, con método!

—¿Te extraña? ¿No me crees formal?

—Al contrario. Recuerda te he reprochado que lo eres demasiado.

—No, no lo soy demasiado. Soy de tal carácter, que me amoldo á la sociedad que frecuento, y llegaré á ser un verdadero parisién, alegre, ligero, escéptico, endiablado y capaz de toda clase de pilladas. Porque se es parisién por el carácter, por las costumbres, aunque no se haya nacido en París. Se puede nacer en París, en el boulevard de los Italianos, ser socio del Jockey, y sin embargo no tener nada de parisién. Al contrario, algunos extranjeros, ciertos provincianos, después de algunos meses de vivir aquí, son, á veces, más parisienses que los que realmente lo son.

—¿Qué cosas dices!

—Es que me he fijado en el modo de hablar de la señora de Fontenay-sous-Roches. ¿Ves tú cómo he cambiado? Pues bien: esta mujer me interesa, bajo el punto de vista de tu conveniencia, más aún que sus tertulios. Con ella llegaremos á descubrir algo.

—¿Puede ser que no te equivoques!

—¿Sabes cómo la conocí?

—Sí; vino á tu despacho á proponerte un negocio de mala índole, relativo á la explotación de aquel secreto....

—Yo la recibí al principio de mala manera, lo cual no impidió que ella me ofreciera con insistencia su casa. Esto no era natural.

—¿Por qué?

—No soy de su esfera, no tengo fortuna. ¿Qué me querría?

—Le gustarías tal vez.

—¡Qué horror!

—¡Oh, querido amigo! Estas viejas verdes, muy verdes, tienen á veces, á última hora, caprichos violentísimos.

—Te equivocas, querido, por dos razones: la primera, porque Prudencia de Fontenay está enamorada hace tiempo de uno de los señores de que te he hablado hace poco, del señor Montbarán.

—¿Es joven?

—No; tendrá de cuarenta y ocho á cincuenta años; pero como han envejecido juntos, no lo han notado.

—Dime tu segunda razón.

—Si yo hubiera inspirado un.... capricho á esa señora, como tú me haces el disfavor de creer, no habría sido ella la que con gran interés me hubiera presentado á la más hermosa de

sus invitadas, de sus más íntimas para ciertas.... Ya lo ves: no se trata de un amor entre nosotros. Ella tiene otra idea. ¿Cuál? Eso es lo que yo busco.

—¿Cómo se llama esa belleza de que me has hablado?

—Se llama Rachel de Nicia.... Es una joven hermosísima, mezcla de italiana y parisién.

—¡Diablo! ¿Con qué tono dices eso? ¿Te has enamorado acaso?

—No, querido. Lo temí al principio; pero ya ha pasado.

—¿Estás seguro? Yo no querría que por servirme te expusieras á....

—¡Alégrate! No sólo no me has perjudicado, sino que, al contrario, me has hecho un favor.

—¿Qué quieres decir?

—Sí; esta hermosa niña me ha gustado mucho, lo confieso. Si la hubiera encontrado por casualidad hace seis meses, tal vez me hubiera dejado enamorar. Pero ahora pensé: «Mi hermano Armando me ha encargado una misión delicada, difícil, y necesito toda mi sangre fría para llevarla á feliz término; conque á huir de esa niña».

—¿Cómo? ¿No la ves ya?

—Al contrario; todos los días, en su casa de la calle Blanche, y tres ó cuatro veces por semana en la de Prudencia de Fontenay.... Cuando

acabemos de hablar iré á reunirme con ella en esa casa hospitalaria. Por eso me ves tan elegante.

—¿Y verdaderamente no la temes?

—No, mi querido amigo; la educación paternal, la vida de familia, mi intimidad contigo, que eres tan grave, me han alejado siempre de esa clase de mujeres.... Puedo encontrarlas lindas, decírsele, demostrarlas que me agradan; pero son incapaces de inspirarme una verdadera pasión.

—¿Qué piensas de esa Rachel?

—Nada aún. Mis observaciones no me han dado suficiente luz. La suponen casada. Esto no es cierto. Me hubiera enseñado su contrato matrimonial para que tuviera mejor idea de ella.

—¿Tiene amantes?

—Creo que no: no he visto jamás á nadie en su casa, y eso que he ido á horas en que no me esperaba.... En los salones de la señora de Fontenay tiene buena fama. Todos la hacen el amor; pero ella se muestra indiferente y sorda á todas esas demostraciones.

—¿De qué vive entonces, si ni es casada, ni tiene amantes?

—¡Oh! Ve tú; eso es lo que precisamente tengo interés en averiguar.

—¿Tienes algún proyecto?

—Sí.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1910 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Cuál es?

—Creo que la señora de Fontenay es su administradora, su banquera.

—¿Qué te hace sospecharlo?

—Pues un rollito de billetes de Banco que al despedirse he visto pasar del corsé de Prudencia al de Rachel.

—¿Será quizá que esa señora de Fontenay explota la belleza de esa joven, y de ahí su cuenta corriente?

—No; lo creí al principio, pero he averiguado cuidadosamente las costumbres de la casa. Prudencia no es lo que crees. No hace esas cosas. Rachel debe prestarla servicios más serios.... Te lo he dicho; busco, y espero encontrar.

—Bueno.... ¿Quieres permitirme una observación?

—No solamente te la permito, sino que te la exijo.

—¿No crees que te vas á encerrar en un círculo demasiado estrecho, tratando sólo de averiguar la clase de relaciones que unen á Prudencia y Rachel de Nicia?

—No, querido amigo; no lo creo. El círculo, que convengo contigo es estrecho en este momento, con seguridad se hará mayor, y volverá tal vez más tarde á achicarse, cogiendo en él á las gentes que buscamos.

—¡Ah! ¿Crees eso?

—Sí; nosotros estamos por completo en su mundo, en su sociedad, en medio de sus intrigas misteriosas. No te digo todo lo que pienso y sé; pues, como tú has dicho muy bien al empezar esta conversación, si te lo dijera, con tus reflexiones me separarías de la buena senda que me he trazado. Déjame con mi plan. Acaso más tarde lo encuentres bueno. En todo caso, yo habré hecho cuanto he podido para llegar al objeto deseado.

—Estoy seguro, mi querido Roberto, y nada más te digo.

—Me marcho; voy á buscarla.

—Espera: yo te llevaré.... ¿Llamo para que enganchen?

—De ningún modo. ¡Si me viera bajar de tu coche!.... No quiero que se sepa que te conozco. Tomo mil precauciones con ese objeto. Afortunadamente, hemos vivido en familia, sin exhibirnos juntos muchas veces. Adiós; voy á pie.

—¡Cuántas molestias te doy!

—¡Ca!.... Rachel es muy linda. Bien las vale.

cariñoso, tan.... ¿Será porque ya no me encuentra hermosa, porque no soy joven? ¿Y él? Tampoco lo es, y, sin embargo, cada vez le quiero más.... ¡Qué importa la edad, si el corazón tiene vida! ¡Oh! El mío tiene más que uno de veinte años.

Rachel reprimió la sonrisa que la retozaba en los labios siempre que Prudencia le hablaba de su corazón.

—Sí (continuó la señora de Fontenay, fijando los ojos en la carta); no le creo.... Debe comer con alguna mujer! ¡Ah! ¡Si estuviese segura! ¡Les haría pasar un rato! ¡Una mujer!.... ¿Quién será? ¡Acaso una de las que vienen á mi casa! ¿Cómo lo averiguaría? Mariposea alrededor de todas, coquetea, hace el buey....; cree que no le veo, que me incomodaría....; al contrario; esto le entretiene, y luego vuelve á mí, más amante, más apasionado; pero yo no quiero que vaya más allá de esas coqueterías....; sus ternuras, su verdadero cariño, deben ser por completo para mí.

Mientras decía esto Prudencia, Rachel pensaba para sí: «Pues, señor, me estoy divirtiendo»; pero la señora de Fontenay la distrajo de sus pensamientos, diciendo:

—Has hecho muy bien en venir á comer conmigo.... Si no hubieras venido, si no estuvieras delante de mis ojos, hubiera dicho: «¡Ella, ella es la que come con Ernestol!»

II.

El mismo día que tuvo lugar la conversación que acabamos de referir, Rachel de Nicia, que deseaba hablar á la señora de Fontenay, fué á comer con ella, encontrándola de mal humor. Montbarán, que casi todos los días comía con Prudencia, la había escrito excusándose con que tenía que hablar de sus negocios al marqués de Arnage, y diciéndola que no iría hasta las diez.

—¡Ah! ¡Si se imagina que, como otras veces, voy á fiarme de sus razones!.... (decía furiosa Prudencia.) ¡Los negocios! ¿Qué negocios tienen que tratar que no pueda saberlos yo? Ya sé que el Marqués trata hace bastante tiempo de rebajarme; pero.... no lo consentiré. Tengo por qué estar sujeta; pero él....

Se detuvo bruscamente, temiendo que su cólera la hiciera decir alguna inconveniencia, y volviéndose hacia Rachel, dijo:

—Por lo demás, no creo esa historia.... Está influenciado por el Marqués, y se confabulan hace ya algún tiempo.... No, no le creo; me oculta algo....; no es el mismo de antes, que era tan

—¡Yo! —dijo Rachel, sin conmovirse por aquella acusación, y sin protestar enérgicamente.

—¡Sí, tú! No te hagas la inocente, que ya sabes que le gustas mucho.

—¡Es posible! No es á él sólo al que....; pero Montbarán no hace más que decirme galanterías, y acabáis de decirme que esto se lo permitís.

—Sí; pero sólo, solamente eso, y te lo prevengo por tu bien. ¡Me vengaría igual de él que de su cómplice!

La señora de Fontenay fué interrumpida, felizmente para Rachel, por un criado que la anunció que la comida esperaba. Las dos señoras pasaron al comedor, que era una pieza lindísima, y lo suficientemente espaciosa para contener más de veinte comensales; estaba adornada con claros tapices, gran profusión de molduras y cuadros de Chardin, dándole estos adornos un aspecto alegre y rico: tenía también magníficos candelabros dorados que, al par que servían para alumbrarla, la daban mayor aspecto de riqueza y elegancia.

—Quitad al momento ese cubierto, porque el señor no viene hoy, —dijo Prudencia irritada, señalando el sitio que habitualmente ocupaba Montbarán.

Después, consultando la lista de la comida,

que estaba colocada delante de ella, dijo con voz enternecida:

—¡Hoy que precisamente había hecho poner las cosas que más le gustan! ¡Ingrato!

Á pesar del disgusto que la causaba la ausencia de Montbarán, Prudencia, como mujer juiciosa y que sabe olvidar los disgustos, comía como si su adorado Ernesto estuviera sentado frente á ella. La mesa constituía uno de los mayores placeres de estos dos seres materializados, que, por satisfacer sus deseos y vivir lujosamente, habían hecho tantas infamias y se disponían á hacer más aún.

En cambio Rachel mascullaba de mala gana con el extremo de sus labios las viandas que iban sirviendo. Como la mayor parte de las italianas, que se sostienen con casi nada, comía muy poco, y aun esto lo hacía contrariándose, con objeto de no desagradar á la Fontenay y animarse á sí misma para hacer una petición á Prudencia, y olvidar ciertas ideas que la entristecían.

Cuando terminaron de comer, Prudencia y Rachel pasaron á un pequeño gabinete, donde la esperaba el café y un sinnúmero de frascos de bebidas. Prudencia tenía un verdadero delirio por los licores de todos los países, de todas las fábricas; el nuevo, el añejo, el dulce y el seco, aquél que se saborea en los palacios, y el que al beberse raspa algo la garganta, todos, todos

hacían sus delicias. Para satisfacer esta pasión, que también tenía Montbarán, se hacía llevar de la casa *Wynand Fockink* cestas muy bien surtidas de *sherry brandy*, *curaçao*, anisete, y de un famosísimo aguardiente del Cabo, muy nombrado, y todas desaparecían con una prontitud que hacía honor y enriquecía á *Wynand Fockink*.

Rachel de Nicia esperaba á que Prudencia hubiera bebido un vasito de aguardiente para hacerla su petición, y en cuanto ésta le hubo terminado, la dijo:

—Estoy apuradísima.

—¡Apuradísima! ¡Pero es posible! ¡Si no hace aún quince días que te di tres mil francos!

—Sí, pero eran para pagar al tapicero un plazo que vencía entonces.

—¿Y para qué quieres ahora dinero?

—Para la costurera, para la modista y un enjambre de acreedores que me asedian por todas partes.

—¿Pero tan posmas son?

—No te lo puedes figurar, sobre todo desde que, no sé de qué manera, han logrado enterarse de que el cuarto no estaba á mi nombre.

—Es natural (dijo Prudencia, bebiendo una copita de *sherry brandy*); y más aún si saben que tampoco has pagado los muebles, y que, por consiguiente, no son tuyos.

—Efectivamente: no ignoro que os habéis sabido arreglar de tan buena manera, que podéis ponerme á la puerta de la calle cuando queráis.... No discuto eso, y lo que digo solamente es que esta vida es intolerable desde hace algún tiempo....: los acreedores no dejan de llamar á la puerta desde por la mañana, sin dejarme un momento de reposo, y ayer se entraron hasta mi comedor.... Desearía pagar á toda esa gente.

—¿Cuánto te hace falta?

—Por lo menos doce mil francos.

—¡Oh! Es una suma grande, y no puedo disponer de ella en este momento.... ¿No puedes pedírsela á alguno?

—Me la prestarían, pero con un interés demasiado grande...., y vos misma me habéis aconsejado, me habéis ordenado mejor dicho, que no recurra nunca á semejantes medios.... Queréis que conserve mi libertad, mi completa independencia respecto á todos, y yo no deseo otra cosa; pero con esta vida de sociedad que queréis que haga, no gano absolutamente nada siendo honrada, y como vos tampoco me dais apenas medios para sostener mi casa, no tengo más remedio que estar siempre asediada por mis acreedores.

—Estás equivocada; te doy lo suficiente, sino que eres muy gastadora. Hace tiempo te di una

colección de abanicos magnífica, como para una duquesa; pues bien: á pesar de ser tan buena, no te ha bastado, y el otro día compraste en casa de Kess, el mejor abaniquero de París, un abanico, que convengo en que es una maravilla; pero tampoco ignoro á qué precio se pagan todas esas preciosidades. ¡Escoges, escoges bien tus caprichos!

—¿Queríais que me privara del capricho de comprar un abanico?

—No; pero ¿y tus sombreros, tus vestidos, hasta tus mismos corsés?... Tienes una deuda considerable en casa de Léoty.

—¿Qué queréis? ¡Son tan bonitos, tan cómodos los que hace!... Tienen todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes del corsé... Parece que no se tiene, no incomoda.... ¡y se pone y se quita con tanta facilidad!

—Sí, ya lo sé; pero se paga menos fácilmente.

—¿Pero me encontraréis mal vestida, sin tener el talle esbelto, fea?...

—No, yo no digo eso.

—Entonces, ¿de qué os quejáis? Exigís que esté elegante, y....

—Pues ya no lo exijo, ya no lo quiero; me cuesta carísimo. Acabarías por arruinar á tus protectores...., á estos protectores tan desinteresados, que te dan para vivir, para vivir con lujo,

desde que has llegado á París.... ¡Si al menos hicieras algo por ellos!

—Siempre he hecho lo que han querido.

—En otro tiempo...., pero rebelándote alguna vez: ahora descansas en tu bienestar, y no cumples bien ni aun las más sencillas comisiones.

—¿Qué comisiones?

—¡Ah! ¿Conque te has olvidado?... ¡Qué indolencia!

—¿Aludís á mi comisión acerca de Roberto du Chatel?

—Ciertamente. Debías haber hecho que se enamorara de ti, que enloqueciera.

—No sé si ha enloquecido, pero sí que se ha enamorado de mí.

—Esto bastará, si tienes influencia sobre él y le atraes hacia ti.... y hacia nosotros, obligándole á que te confíe sus secretos.

—¿Y cómo voy á conseguirlo?

—Como lo has conseguido con otros, que cuando se han enamorado bien, te han hecho sus confidencias y confiado sus secretos.... y los de sus amigos.

—Todos los hombres no son iguales, y algunos ni confían sus secretos ni los de los demás.

—Sin embargo (replicó Prudencia), este Roberto du Chatel es más cándido que de los que hablas, y no está tan enterado de nuestras costumbres.

—Es posible; pero las adivina, desconfía, y...., os lo repito, no hará sus confidencias con tanta facilidad como otros.

—¿Crees que te costará trabajo arrancarle sus secretos? Pues eso es lo que tienes que hacer, y tanto peor para ti cuanto más trabajo te cueste.

—Pero, ¿y han de esperar mis acreedores á que confíe en mí?

—Sí, querida; me avergüenzo de decirte....; pero como soy tan buena mujer, te voy á indicar un medio para que te procures la suma de que tienes necesidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III.

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Siempre que Rachel de Nicia oía decir á la señora de Fontenay, «soy una buena mujer», se prevenía, porque se imaginaba alguna nueva perfidia. En cuanto á Prudencia, después de haber bebido licores fuertes, pasaba á los suaves, y echándose una copa de anís, tomó un sorbo, y después de haber aplicado sensualmente la lengua sobre sus labios, dijo:

—El medio de procurarte la suma de que tienes necesidad, y hasta mayor cantidad, para tus gastos y caprichos, es de los más sencillos. Tienes buenas alhajas, diamantes de gran valor. Envíalos al Monte de Piedad, y arreglarás el asunto á tu gusto.

—Esas alhajas no me pertenecen,—dijo vivamente Rachel.

—Si no te pertenecen, ¿por qué las guardas?

—Me habéis aconsejado que no las devolviera.

—Y tú no lo has sentido, ¿no es eso? Completan tu tocado y te hacen parecer más linda.

—Es verdad, pero me inquietan.

—Haces mal en inquietarte, porque la Duquesa no las reclama.

—No sabe acaso que he llegado.

—Es posible; pero las adivina, desconfía, y...., os lo repito, no hará sus confidencias con tanta facilidad como otros.

—¿Crees que te costará trabajo arrancarle sus secretos? Pues eso es lo que tienes que hacer, y tanto peor para ti cuanto más trabajo te cueste.

—Pero, ¿y han de esperar mis acreedores á que confíe en mí?

—Sí, querida; me avergüenzo de decirte....; pero como soy tan buena mujer, te voy á indicar un medio para que te procures la suma de que tienes necesidad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III.

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Siempre que Rachel de Nicia oía decir á la señora de Fontenay, «soy una buena mujer», se prevenía, porque se imaginaba alguna nueva perfidia. En cuanto á Prudencia, después de haber bebido licores fuertes, pasaba á los suaves, y echándose una copa de anís, tomó un sorbo, y después de haber aplicado sensualmente la lengua sobre sus labios, dijo:

—El medio de procurarte la suma de que tienes necesidad, y hasta mayor cantidad, para tus gastos y caprichos, es de los más sencillos. Tienes buenas alhajas, diamantes de gran valor. Envíalos al Monte de Piedad, y arreglarás el asunto á tu gusto.

—Esas alhajas no me pertenecen,—dijo vivamente Rachel.

—Si no te pertenecen, ¿por qué las guardas?

—Me habéis aconsejado que no las devolviera.

—Y tú no lo has sentido, ¿no es eso? Completan tu tocado y te hacen parecer más linda.

—Es verdad, pero me inquietan.

—Haces mal en inquietarte, porque la Duquesa no las reclama.

—No sabe acaso que he llegado.

—¿Qué importa? Tal vez lo sepa, ó lo sabrá mañana si ella quiere; pero tiene motivos, ya te lo he dicho, para callarse y dejarte tranquila.

—Otros pueden no tener esos motivos.

—¿De quién quieres hablar?

—De los agentes de policía. Me habéis dicho, ó, más bien, el señor de Arnage me ha dicho que la Duquesa había presentado una denuncia y no la había retirado.

—Es verdad; pero el Marqués se ha apresurado á añadir, ya lo recuerdo, y tú debes recordarlo también, que la denuncia de la Duquesa se había empolvado en las carpetas de la prefectura. ¿Crees que vas á volverla á resucitar por que empeñes las alhajas en el Monte de Piedad bajo el nombre de la señorita de Nicia, desconocido y virgen de toda sospecha de la policía?

—¿Cómo empeñar las alhajas á ese nombre? Me pedirán los papeles. No los tengo. No puedo dar ni un recibo de la casa ni de la contribución. La casa no está puesta á mi nombre.

—¿No tienes ningún documento?

—Sí; pero en él consta mi verdadero nombre de familia.

—¿Aquel con que has debutado en París, que conocen la Duquesa y.... la justicia?... Tienes razón. No es posible servirte de esos documentos; sería comprometido.

—Entonces, ya veis....

—De ninguna manera. No lo veo. Nada más fácil de arreglar. Eso se hace todos los días.

—¿Quién? ¿Mi doncella? Se extrañarían de que tuviera alhajas de tanto valor.

—Una amiga.

—Ya sabéis que no las tengo. No conozco otras mujeres que las que aquí encuentro, y no tengo la suficiente confianza en ellas para pedirles semejante servicio.

Se detuvo, y mirando oblicuamente á la señora de Fontenay, dijo:

—Pienso.... ¿Consentiríais tal vez..., para obligarme, hacer vos misma bajo vuestro nombre este empeño en el Monte de Piedad?

Prudencia se levantó, y aproximándose á Rachel, la tocó en la espalda, diciéndola:

—No te burles de mí, amiga mía; no tendría inconveniente, te lo haría; pero.... quiero hacerte un favor, y no lo hago.

Después, con las piernas un tanto vacilantes y la cabeza pesada, volvió á su butaca, y arrellanándose lo mejor que pudo y tomando un tono malicioso, dijo:

—Tengo una idea. Puesto que tú no puedes llevar esos objetos, y entre las mujeres que conoces no hay ninguna que pueda hacerte ese servicio, ¿por qué no te diriges á uno de tus amigos?

—¿Un hombre? ¿Cuál?... ¿El marqués de Arnage, tal vez, ó el señor de Montbarán?

—¡Vamos! Veo que no te has corregido: siempre estás bromeando. Acabemos. Se aproxima la hora, y puede venir gente. No conoces sólo á esos señores, pues creo que estás muy unida á otra persona....

—¿Quién? — preguntó, como si hubiera ya adivinado.

—¿Quieres que diga su nombre? Se llama.... Roberto du Chatel.

—¡Él! De ninguna manera querría.

—¿Por qué?

—Porque el hombre que empeña las alhajas de una mujer, se compromete.

—Según y cómo. Tendrías razón si se tratara simplemente de un hombre de mundo. Se puede creer que ha tomado las alhajas á préstamo para procurarse dinero, ó bien que su querida deseando sacarle de un apuro, se las ha prestado. Pero un hombre de negocios puede muy bien hacer este servicio á un cliente: esto se ve todos los días. Nadie del Monte de Piedad se sorprenderá cuando el señor du Chatel dé su nombre, sus señas, y enseñe sus papeles. Debe tenerlos muy en regla; y, cuanto más reflexiono, más me parece que esto es lo que te conviene. ¿Entiendes, pequeña? (añadió con dureza.) Ese es el más á propósito.

—Sí, entiendo.... Te comprendo,—dijo Rachel, poniéndose sombría.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Habéis encontrado un medio de comprometerle, de perderle quizás, como me habéis perdido á mí.

—Déjame en paz.... ¡Te imaginas unas cosas! Vas mucho más allá que yo. No pienso esta vez más que en tu interés y en tu porvenir.

—¡Mi interés, mi porvenir! ¡Oh!

—Sin duda.... Supongamos que Roberto du Chatel se compromete un poco, como has dicho, prestándote ese servicio. ¿Qué hay de malo en ello? Al contrario, esto es excelente para ti. Este muchacho te gusta, evidentemente. ¿Crees que no lo he adivinado? Es el primero que te ha gustado, y eres demasiado constante para andar cambiando. Eres como yo: sueñas un buen arreglo que dure toda la vida. ¿Quieres tener un Roberto á perpetuidad? Pues bien, querida; el solo medio de tener sujetos á los hombres, que son más ó menos variables, es hacer de manera que nos tengan un poco de miedo.

—¿Miedo?

—Sí, para que no se les ocurra marcharse. El prisionero que ve á la puerta de su prisión un centinela bien armado, no piensa en evadirse: tiene mucho miedo al fusil, y más aún á la bala con que está cargado. Toma, pues, querida mía, el fusil que te ofrezco bajo la inocente forma de una papeletita del Monte de Piedad.

—Pero.... (observó Rachel) el arma que me dais contra él, puede volverse contra mí. Los objetos que queréis hacerme empeñar, soy yo quien los ha.... *tomado*.

—Sí; pero siendo él quien los aprovecha y quien los empeña...., hay complicidad. Esto equivale á decir que dos personas que han cometido juntos un mismo delito, son para siempre dos eslabones de una misma cadena. En fin, pequeña mía, me he tomado el trabajo de darte excelentes consejos; síguelos; es lo mejor que puedes hacer.

—¿Y si Roberto rehusa prestarme ese servicio?

—No puede, si tú quieres.... ¿Estáis muy adelantados en vuestras relaciones?

—Todo lo que es posible.

—¿Cuántos días hace?

—Una semana próximamente.

—Cómo escondes tu juego, picarona; nadie más que yo lo había notado. Es preciso que esta misma tarde, en público, seas menos reservada, más expansiva con él.... Los demás hombres que has despreciado se irritarán, y esto le halagará. Hay mucho amor propio en el amor.

—De suerte, que si aparece como mi amante, se comprometerá más empeñando mis alhajas.

—¡Cómo me adivinas! Indudablemente eres muy lista.

—¡Oh! En vuestra escuela, señora, lo he aprendido. Hubiera seguido inocente si no os hubiera conocido.

—Pues ahora eres tan poco inocente, que me parece inútil indicarte el medio que has de usar para hacer que tu Roberto haga lo que te guste en el momento que quieras.

—Al contrario, dime lo que debo hacer.

—Pues bien: mañana, por ejemplo, le cuentas con vivos colores la situación de una mujer perseguida, acosada por sus acreedores. Ya me lo has contado á mí, la conoces; pero es preciso que la digas más á lo vivo, porque yo era para ti un público poco interesante. Debes decir luego: «No quiero vivir así. Esto es para volverse loca. Voy á volverme á mi país para huír de esas gentes». Tendrá miedo de perderte, y seguirás diciendo: «Estas costureras, estas modistas son capaces de todo....; escribirán, hablarán de nuestras relaciones. ¡Ah! ¡Dios mio!» Si no se ofrece para sacarte del apuro, acudes á las lágrimas, á los ataques de nervios, á los desmayos, y en último caso simulas un suicidio; ¿comprendes?

—Sí, comprendo; ¿pero no véis?...

—¿El qué, querida mía?

—Que si logro convencerle, va á quererme dar los quince ó veinte mil francos. ¿Es eso lo que deseáis?

—No, hermosa mía; eso no me inquieta. No

tiene lo suficiente para él. Me he enterado: es de una familia pobre, que nada puede favorecerle, y en cuanto á lo que gana en su agenciá de negocios, no hay para qué hablar de ello. Así, pues, la situación se aclarará. En la imposibilidad de ayudarte, se desesperará contigo, y de pronto tú exclamarás: «¿Y mis diamantes, en los cuales no pensaba? ¡Voy á venderlos!... ¡Venderlos! No, perderían demasiado de su valor...., y después, ¡hacetauto que los tengo!...: los heredé de mi madre. ¡Si los empeñara!» En ese instante, coges tu caja de alhajas, la abres, tomas las joyas, te pones un abrigo y un sombrero, y en el momento de partir te detienes, exclamando: «No, no; nunca me atreveré á ir á esos sitios.... ¡Al Monte de Piedad! ¡Una Nicia!... Amigo mío, os lo suplico; haced lo que yo no tengo el valor de hacer. Á un hombre no le importa.... Haced eso por mí, y no lo olvidaré jamás. Id pronto, pronto, si queréis evitarme una escena terrible con mis acreedores, que me han jurado no esperar más». ¿Estás enterada?

—Perfectamente.

—Entonces debes estar persuadida de que Roberto du Chatel lo hará.

Rachel no tuvo tiempo de responder, porque el señor de Montbarán acababa de aparecer, y Prudencia, recobrando toda su agilidad, se lanzó hacia él, ó más bien sobre él.

IV.

—¿Qué significa esto? ¿De dónde vienes?— exclamó Prudencia, poniéndose delante de Montbarán.

—Ya te he avisado, querida mía; he comido con el marqués de Arnage.

—No es verdad. No me vengas con esas. Has comido con una mujer.

—Te haré observar (replicó Montbarán con gran calma, porque su conciencia sin duda estaba tranquila), que si hubiese comido con una mujer, como supones, no la hubiera dejado á las nueve de la noche.... Mira el reloj: son las nueve y cuarto.

—Tienes razón, es verdad (dijo la señora de Fontenay, ya más apaciguada); pero no estoy convencida: puedes haber tenido miedo á llegar demasiado tarde. Me conoces, y sabes que no transijo. Te has pagado, ó más bien has pagado una buena comida que te servirá en el porvenir.

—Como quieras..., puesto que no puedo convencerte....

—Esto es grave: ¿estabas con el Marqués? ¿Los dos solos?

—Te lo juro, Prudencia,—dijo Montbarán, llevando la mano á su corazón.

Creyó la palabra de aquel pillo, como si hubiese sido la de un hombre honrado, y, echándose en sus brazos, le estrechó contra su pecho.

—¡Ah! ¡Ernesto! ¡Ernesto! (exclamó.) ¡Cuánto bien me haces!... ¡He sufrido tanto!

Rachel aprovechó aquel entusiasmo para marcharse, mientras que la señora de Fontenay hacía á Montbarán preguntas que no hubiera podido dirigirle delante de testigos.

—¿Por qué, si de Arnage tenía que hablar contigo, no ha venido á comer aquí?

—Ya sabes que desde hace tiempo se niega á esto, porque no quiere que se sospeche nuestra intimidad. Viene á alguna reunión de cuando en cuando, y alguna vez á comer, pero nada más. Por lo demás, en tu mesa no se puede hablar, á menos de despedir á los criados, lo que es inútil é imprudente, porque escucharían detrás de las puertas.

—¿Y no podríais esperar á que los criados se hubieran acostado y mis convidados se hubieran marchado?

—No. El Marqués no es libre. La fiebre del baccarat le asedia nuevamente: quiere tallar esta noche, y como se trata de tomar una decisión inmediata....

—¿Pues qué sucede?—preguntó Prudencia, interrumpiéndole.

—Una cosa muy grave. ¿Te acuerdas de aquella muchacha que en otro tiempo tenías en tu almacén de abanicos?

—¿La que me robó?... ¿Clara Merot?... Me acuerdo de esa ladrona. Nos ha costado y nos cuesta aún mucho dinero.

—Pues bien: ha vuelto.

Montbarán quería hablar de aquella mujer que Prudencia había hecho arrestar un día por ladrona, y que se había vengado de su ama contando lo que sabía de su vida. Una mañana, estando en la prevención á que la habían llevado, pidió y obtuvo una entrevista con el Jefe de seguridad. Empezó por protestar de su detención, diciendo que la habían acusado de robo para desembarazarse de ella.

Dijo todo lo que pasaba en la casa de su ama, que conocía á todos sus amantes por sus nombres y mote, tales como *El Banquero*, *El Desbancado*, *El de los ojos de gato*. Al oír este nombre, el Jefe de seguridad, á quien acababan de indicar el extraño modo de mirar de uno de los asesinos de la señora Le Forestier, la interrogó, y como habrán visto los lectores de la primera parte de esta novela, llamada *Las corbatas blancas*, no sólo adquirió la casi seguridad de que el llamado *El de los ojos de gato* era uno de los

asesinos de la señora Le Forestier, sino que trató también de utilizar á estas mujeres para encontrarle.

Las investigaciones de Clara Merot no tuvieron al principio resultado, y solamente al cabo de cinco años, una tarde encontró á Montbarán en la calle, y pensando que la convenía más no avisar á la policía, é imitando á su antigua ama, resolvió sacar partido de su descubrimiento. Prudencia de Fontenay, puesta al corriente de la situación, aconsejó que se aceptaran las condiciones que imponía su antigua dependiente, y hacía ya quince años que Clara Merot vivía á expensas de la asociación, que la había señalado una pensión.

—¿De suerte (dijo Prudencia, después de un momento de reflexión), que está aquí?

—Sí, y ya la he visitado.

—Entonces.... ¿qué te quería?

—Volver á ensartarme su discurso de otras veces. «No he tenido suerte, ciertamente. Os he encontrado demasiado tarde, mientras que mi maestra al momento os encontró, y amparada por vos vive con lujo, mientras que yo estoy reducida á vegetar en mi pueblo con mi modesta pensión».

—Y bien, allí se la manda puntualmente su pensión; ¿qué más quiere?

—Quiere el capital para casarse.

—¿Te has negado á dárselo?

—Es claro; la he dicho: «Con la pensión os tengo sujeta, pues por no perderla no diréis á nadie mi antiguo apodo, lo cual sólo me es desagradable por mi amor propio; pero si os doy el capital, una vez que esté en vuestro poder, estaré por completo á discreción vuestra».

—¿Y ella qué te contestó?

—Que estaba decidida á obtenerlo, y que si me negaba á dárselo, iría á pedírselo al señor Le Forestier, que, según sus noticias, tendría gran satisfacción en tener noticias de *El de los ojos de gato*.

—¡Diablo! ¿Y te intimidaste?

—De ninguna manera. La respondí que el señor Le Forestier me era completamente desconocido, y que podía dirigirse á él; pero.... no me hago ilusiones, porque la tunanta sabe á qué atenerse hace tiempo; no ignora que si la damos la pensión, no es por su linda cara, sino porque sabe nuestro secreto.

—Entonces, ¿qué piensas que hagamos?

—Estoy muy indeciso, y por eso he ido á consultar al marqués de Arnage á la hora en que come, que es precisamente cuando no se juega al baccarat. Quería decirte lo que pensaba.

—¡Y te he regañado, Ernesto mío! ¡Perdóname!

Y en señal de arrepentimiento, le cogió una

mano, le abrazó, y volvió á quedar pensativa.

—¿Qué piensa el Marqués?—preguntó.

—Piensa como yo, que si accedemos hoy á las exigencias de esta mujer, tendrá otras nuevas todos los días, y llegará á ser una especie de pozo que se tragará todas las ganancias de la sociedad.

—Es verdad.

—Sin embargo, como ya nos ha dicho, Armando Le Forestier le espanta. Si tu antigua señorita de mostrador no nos amenazase más que con la justicia, nos burlaríamos de ella; pero del hijo....

—Sí, eso es más grave (dijo Prudencia, bajando la cabeza); y aun admitiendo que llegáramos á poderla dar la gran cantidad que reclama como precio de su silencio, ¿quién nos dice que no venderá al día siguiente nuestro secreto al señor Le Forestier por igual cantidad? Es capaz de querer comer á dos carrillos, ahora que tan de repente se le ha abierto el apetito.

—Esto es precisamente lo que dice Arnage.

—Y, por fin, ¿qué decidió?

—No ha decidido nada; busca el medio de desembarazarse de ella.

—¡Diablo! También nosotros; pero como los medios violentos nos repugnan, y el reglamento de *Las corbatas blancas* lo impide....

—Claro: es preciso no variar nuestras cos-

tumbres; lo que hace falta es encontrar el medio de comprometerla de tal manera, que dependiera de nosotros, sin que nosotros dependiéramos de ella.

—¿Y si antes de haberla comprometido habla al señor Le Forestier?

—No lo creo; esperará. Confía en mí: sabe que puede ganar más conmigo que con Le Forestier, porque éste podrá darla una cantidad determinada, pero sólo una vez, mientras que á nosotros, como decías hace un momento, puede saquearnos cuanto quiera.

—¡Pobrecilla! No nos conoce.

La conversación fué interrumpida por un criado, que vino á avisar á la señora de Fontenay que algunos convidados habían llegado ya. Abrazó á Ernesto nuevamente, y sonriendo pasó de su tocador al salón.

Ya Rachel, recordando las indicaciones que la había hecho para que fuera más expansiva con Roberto du Chatel y que hiciera notar su intimidad, le había llevado á una marquesita y le hablaba con la cara casi unida á la suya, y acercándole su cuerpo cuanto le era posible. Roberto la dejaba hacer, buscando, sin embargo, explicación á esta expansión pública, á esta ternura que no dejaba de agrádarle, porque nunca le había parecido tan hermosa su nueva querida. Todos los de la reunión se fijaban en ellos, y los

hombres no ocultaban su mal humor, no siendo el que menos lo demostraba el señor de Montarán. Rachel era para él un capricho, un deseo vehemente. Observado atentamente por Prudencia, trataba de ocultar sus impresiones, y se decía mirando á Rachel: «¡Es muy hermosa; pero es de hielo, de mármol, una estatua!...» Pero he ahí cómo el mármol, la estatua, se animaba con las miradas de Roberto, como Galatea con las de Pigmalión.

Galatea y Pigmalión, es decir, Rachel de Nicia y Roberto, se marcharon no muy tarde de la reunión, uno detrás de otro, dejando adivinar que iban á reunirse en el recibimiento.

V.

Tres días después de la reunión en que Nicia estuvo tan afectuosa con Roberto, éste, á las nueve de la mañana, fué al hotel de Le Forestier, subió su magnífica escalera, y, deteniéndose en el primer piso, dijo á un criado que encontró:

—¿Se ha levantado Armando?

—Todavía no, señor du Chatel. El señorito se acostó ayer algo tarde; pero ahora acaba de llamar, y voy á ver lo que quiere.

—Decidle que deseo verle inmediatamente, y que le espero en su despacho.

Y como Roberto conocía el hotel, atravesó el recibimiento, y, abriendo una puerta, se instaló en el despacho, mientras el criado, que sabía la intimidad de los dos jóvenes, se apresuraba á repetir á su amo lo que acababa de decirle.

Apenas habían transcurrido algunos minutos, cuando Armando Le Forestier apareció en traje de mañana y á medio vestir.

—¿Tú tan temprano, querido amigo? (dijo desde el dintel de la puerta.) ¿Hay algo nuevo... ó grave?

—Grave.... no lo sé todavía; pero nuevo, sí.

—Entonces, habla pronto.

hombres no ocultaban su mal humor, no siendo el que menos lo demostraba el señor de Montarán. Rachel era para él un capricho, un deseo vehemente. Observado atentamente por Prudencia, trataba de ocultar sus impresiones, y se decía mirando á Rachel: «¡Es muy hermosa; pero es de hielo, de mármol, una estatua!...» Pero he ahí cómo el mármol, la estatua, se animaba con las miradas de Roberto, como Galatea con las de Pigmalión.

Galatea y Pigmalión, es decir, Rachel de Nicia y Roberto, se marcharon no muy tarde de la reunión, uno detrás de otro, dejando adivinar que iban á reunirse en el recibimiento.

V.

Tres días después de la reunión en que Nicia estuvo tan afectuosa con Roberto, éste, á las nueve de la mañana, fué al hotel de Le Forestier, subió su magnífica escalera, y, deteniéndose en el primer piso, dijo á un criado que encontró:

—¿Se ha levantado Armando?

—Todavía no, señor du Chatel. El señorito se acostó ayer algo tarde; pero ahora acaba de llamar, y voy á ver lo que quiere.

—Decidle que deseo verle inmediatamente, y que le espero en su despacho.

Y como Roberto conocía el hotel, atravesó el recibimiento, y, abriendo una puerta, se instaló en el despacho, mientras el criado, que sabía la intimidad de los dos jóvenes, se apresuraba á repetir á su amo lo que acababa de decirle.

Apenas habían transcurrido algunos minutos, cuando Armando Le Forestier apareció en traje de mañana y á medio vestir.

—¿Tú tan temprano, querido amigo? (dijo desde el dintel de la puerta.) ¿Hay algo nuevo... ó grave?

—Grave.... no lo sé todavía; pero nuevo, sí.

—Entonces, habla pronto.

—Tranquilízate. Solamente permíteme dejar las cajas y estuches que me incomodan en el bolsillo.

—¿Estuches?

—Sí, y no vacíos; te lo aseguro.

Y al mismo tiempo colocaba sobre la mesa algunos estuches de terciopelo azul de diversas dimensiones.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Te has hecho joyero?

—Podría, y tendría un gran surtido: mira.

Y, mientras decía esto, apretaba el botón de cada estuche, y levantando sus tapas, dejaba admirar bellísimas piedras.

—¡Magníficos! (dijo el señor Le Forestier, que era muy entendido). Estos diamantes no tienen ni un defecto, y la montura es de muy buen gusto.

—Después, leyendo el nombre escrito en las tapas de las estuches, dijo:

—No me extraña: son de casa de X....

—¿Conoces la casa?

—Sí, he comprado allí varias cosas (y añadió sonriendo): ¿son para ti esos pendientes, ese collar y esas pulseras?

—No digas tonterías; no tenemos tiempo para eso.

—Entonces, explícate pronto, y no me des que pensar con tus diamantes.

—Quería enseñártelos antes.

—Ya están vistos; ¿a quién pertenecen?

—Me preguntas demasiado. No puedo decirte más que el nombre de su propietaria actual, que es Rachel de Nicia.

—¿Tú hermosa querida?

—La misma.

—¿Para qué te los ha dado?

—Para que los empeñe en el Monte de Piedad.

—Peregrina idea....; ¿y has aceptado?

—Sí, querido, sin vacilación; porque he comprendido que podría ser útil á nuestro asunto, y no debía rehusar.

—No comprendo.

—Vas á comprender; pero antes haz que me traigan una taza de te con bastantes galletas.... Estoy en ayunas, y he dormido muy mal, aparte de que he pensado mucho, y, ¡he tenido tantas ideas que coordinar!

—El señor Le Forestier cerró los estuches, y echó sobre ellos un periódico, con objeto de ocultarlos; después llamó para pedir el te, y dijo á Roberto:

—¿No te explicarás hasta que te hayan servido?

—No, empiezo. Sabrás que mis relaciones con Rachel se han estrechado desde que no te he visto. Ya no puede pasarse sin mí. Se empeña en que vaya pronto y me marche muy

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

29748

tarde; y me haría estar siempre con ella, si no viviera con mi padre y hermana, que me obligan á volver á casa.

—Buen principio. Continúa.

—Rachel, ¿representa una comedia ó es sincera?... Creo que hay de todo; mentira y sinceridad. Al principio debió mentir con un objeto que sabremos más adelante, y por fin ha terminado por caer en sus propios lazos. La causa de esto es que no me he dejado enamorar, como te dije el otro día, y he guardado toda mi sangre fría, pues si algún instante la pierdo, vuelvo á recobrarla al momento. Rachel ha notado mi indiferencia, y trata de vencerla, estando cada día más apasionada....; pero ya está aquí el te que hemos pedido: voy á tomarlo al momento, y continuaré.

Pero por no hacer esperar á Armando, dijo en cuanto tomó un sorbo:

—Olvidaba advertirte (replicó, teniendo una galleta en una mano, y en la otra la taza) que al principio de nuestras relaciones me hacía ya indicaciones significativas, no sintiendo por mí pasión alguna. ¿Por qué, pues, esas indicaciones prematuras? ¿Porque Prudencia de Fontenay le obligaba á ello? ¿Por qué, en fin, de repente, la semana pasada, después de haber sido reservadísima en público, ha tratado de que se sepan nuestros amores?

—Quería comprometerte,—dijo Armando Le Forestier.

—Sí, deseaba que nadie dudara que yo era su amante. ¿Con qué objeto? Si yo fuera un buen mozo, podría explicarse; pero soy un hombre vulgar.... No digas que no; lo sé muy bien. Si fuese inmensamente rico como tú, comprendo también que tuviera gusto en publicar nuestras relaciones; pero.... como ni soy buen mozo ni rico, es preciso buscar otra causa.

—¿La has encontrado?

—¡Ya lo creo! Ha querido comprometer al amante para mejor comprometer al hombre, ¿entiendes?

—Sí, esa idea se te ocurriría cuando te rogó que empeñes sus diamantes.

—Efectivamente. Es expuesto empeñar las alhajas de una mujer en quien no se tiene absoluta confianza, porque puede decir después que no se le ha entregado el dinero, ó que las alhajas se las habían robado.

—¿De manera que crees que te ha mandado empeñar las alhajas para comprometerte?

—¡Claro está! Quiere sujetarme, y ella parece también estar sujeta á otros que deben obligarla á hacer lo que quieren: esta es mi opinión, que se apoya en todas las reflexiones que te he hecho, y en ciertos datos en que me he fijado.

—Veamos.

—Cuando en la tarde de ayer Rachel me contaba sus apuros, rogándome que fuera hoy por la mañana al Monte de Piedad, se notaba que no obraba siguiendo sus impulsos, sino obligada por una consigna, por una orden.... Mientras sus manos me alargaban estos estuches, sus ojos parecían decirme : «No los tomes». Sus palabras no eran dictadas por el corazón ; pues cuando la dije : «Con mucho gusto, querida amiga ; no puedo negaros ese favor», sorprendí en su mirada el sentimiento, la ternura.... Pensaba sin duda : «Lo que va á hacer por mí, para que se lo agradezca, le perderá como á mí me perdió....»

—Entonces, amigo mío, es preciso devolver inmediatamente esas alhajas.

—De ninguna manera ; pues de ese modo no podría llegar á averiguar hasta qué punto piensan comprometerme, ni los misterios que rodean tanto á ella.... como á los otros.

—Pues bien : creo que no llegarás á descubrir esos misterios.

—Lo veremos. ¿Piensas que cuando tengo un medio, me detengo sin explotarlo?

—No ; pero si ha de costarte disgustos....

—Sufres y sufro por no haber vengado aún á tu madre, y he prometido ayudarte.

—¡Querido Roberto!

—No tendré disgustos, ni me perderé, si no soy un tonto : escucha.

—¡Oh! No pierdo ni una sílaba, bien lo sabes.

Roberto du Chatel se echó otra taza de te, y tomando un sorbo, dijo :

—Resumiendo : ¿qué me ha pedido ayer? Darla sobre estas joyas quince mil francos, de que tiene absoluta necesidad.

—Es verdad.... (dijo Armando). Pues bien : te los daré, y se los llevas, devolviéndola al mismo tiempo sus alhajas.

—¿Sueñas? ¿Crees que soy tan inocente como te figuras? ¿No me has comprendido, después del tiempo que llevo hablándote? Tomaría los quince mil francos, los gastaría, y á los pocos días volvería á rogarme que empeñase sus alhajas : esto es claro, puesto que lo que Rachel quiere es comprometerme, y no lo consigue si no empeño sus joyas.

—¿No puedes darla el dinero, y decirle que las has empeñado sin hacerlo?

—¿Y la papeleta de empeño, de que no te acuerdas?... Bien se conoce que no has estado nunca en el Monte de Piedad.

—No, no he tenido necesidad, lo confieso, —dijo Armando sonriendo.

—No estoy yo en el mismo caso, pues mi reloj ha ido bastantes veces al.... nicho....; esta es la palabra, y aun ahora estaría expuesto á volver al mismo sitio, si no me hiciera falta. Eso ha hecho que conozca los usos y costumbres de ese

establecimiento de beneficencia, que presta al diez por ciento sobre alhajas y ropas. Cuando se deposita allí algún objeto, sea el colchón del pobre ó el diamante del rico, dan en cambio una papeleta, llamada de empeño, que indica la suma prestada y describe la cosa empeñada. Esta papeleta, cuyo número de orden permite encontrar el nombre y señas del que empeña, ten seguridad que Rachel de Nicia no dejará de pedirme.

—¿Qué quieres hacer entonces?

—Empeñar otras joyas que se parezcan y tengan igual valor.

VI.

Armando Le Forestier no había comprendido bien, y miraba á Roberto, como pidiéndole una explicación.

—Indudablemente (replicó Roberto), si empeño otros diamantes parecidos á estos, el Monte de Piedad me dará una papeleta que podré entregar á Rachel, quien no sospechará la sustitución, y no me comprometeré disponiendo de mis joyas en vez de las suyas para agradarla.

—¿Pero qué harás de las alhajas que Rachel te ha confiado?

—Las depositaré en un sitio seguro, en casa de un hombre formal, de un funcionario público si es posible, que me dará el correspondiente recibo.

—Es muy prudente todo eso, y está muy bien pensado,—no pudo menos de decir Armando.

—¡Ya lo creo!.... Como que me he pasado la noche pensando en ello.

—Puesto que tan bueno es el plan, ejecutémosle.

—¿Nada te detiene?

—¿Qué puede detenerme?—dijo el señor Le Forestier, con el tono más natural del mundo.

ESTADO DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA
"ARLESTAN RENES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—Es que.... es preciso que en este momento, antes de una hora, tengamos á nuestra disposición diamantes por valor de cien mil francos próximamente.

—Evidentemente, nos hacen falta. Vamos á comprarlos.

—Déjame admirarte,—dijo Roberto.

—¿Por qué?

—Eres desprendidísimo. Tomas la determinación de gastarte cien mil francos con más facilidad que yo la de gastar cincuenta céntimos. No dudas al comprar una alhaja, y yo vacilo antes de comprar un mal cigarro.

—Pues bien: ahí tienes uno que es bueno (dijo Armando riendo). Fúmale mientras me visto, y tomo mi libro de talones del Banco.

—Sí, cógele, que yo he olvidado el mío,—dijo riendo Roberto, mientras Armando desaparecía.

Cuando se quedó solo Roberto du Chatel, guardó los estuches en sus bolsillos; después encendió el cigarro, un verdadero habano, y tendiéndose en el sofá, esperó la vuelta de su amigo.

Un cuarto de hora después salían los dos jóvenes del hotel, y tomando el primer coche que encontraron, se hicieron conducir á casa de uno de los mejores diamantistas de la calle de la Paix.

El dueño del establecimiento, señor X...., que

conocía á Armando Le Forestier, se deshizo en saludos.

—Venís á verme.... ¡Cuánto me alegro! ¿Qué deseábais? Precisamente tengo ahora verdaderas maravillas.

—Pues bien: enseñadme aderezos de diamantes, pulseras y pendientes.

—Vedlos; mirad este estuche que iba á poner en el escaparate cuando habéis llegado. Es magnífico...., muy artístico; y en cuanto á los diamantes, son verdaderamente notables y sin el menor defecto.

Mientras que Le Forestier examinaba los diamantes con un lente que le había dado el joyero, Roberto du Chatel, á quien ocurrió una idea, dijo al comerciante:

—¿Es nueva esta alhaja?

—¿Por qué me preguntáis eso? (dijo el comerciante, ofendido.) Es verdad que tengo algunas alhajas de ocasión; pero prevengo inmediatamente á mis parroquianos, sobre todo si son como el señor Le Forestier. Si uno compra para su mujer ó para su novia alhajas, no quiere nunca que hayan pertenecido á otra persona, tal vez á una de esas señoritas.... Repito que acaban de llegar de casa del fabricante.

—Lo creo, lo creo (dijo Roberto con aire inocente); me habré equivocado.... ¿Qué queréis? Sin vuestra afirmación, hubiera jurado que los

había visto en el cuello de una mujer lindísima.

—¿Últimamente, caballero?

—¡Ya lo creo!

—Es imposible; si fuera hace un año, no digo que no.

—¿Conque hace un año? (dijo el señor Le Forestier, levantando la cabeza.) Pues si decíais que acababan de salir de casa del fabricante.

—Éstos, sí, señor; pero tuve otra alhaja igual á esta, que vendí al duque de X..... Sin ser indiscreto puedo decir que era para su mujer.

—Luego yo tenía razón (dijo Roberto). Precisamente á la duquesa de X..... era á quien yo había visto ese collar.

—Repito que últimamente no habrá sido, porque hace un año que se lo han robado.

—¡Que se lo han robado!—dijeron á un mismo tiempo Roberto y Armando, mirándose.

—Sí (dijo el comerciante); pero recuerdo ahora que me habían rogado que guardase el secreto, y tal vez he sido indiscreto.

—No seré yo quien os descubra,—dijo Armando Le Forestier:

—Lo creo. La Duquesa no ha querido que se sepa este robo, pues aunque en el primer momento presentó una demanda, la retiró después. Soy de las pocas personas que conocen este asunto; he aquí el motivo: la prometí cambiar uno de los diamantes, que no era tan claro como los

otros, y al pedirle el collar para hacer el cambio, tuvo que confesarme que se le habían robado.

—¿Y no os dijo quién se le había robado?—preguntó Roberto, como si no diera importancia á la cuestión.

—No me lo dijo; pero la murmuración me lo ha indicado después.... Parece que la ladrona era una maestra de italiano, hermosísima, que hacía algún tiempo que daba lección á la Duquesa.

—¿Y ha tenido la suerte de que no la persigan?—dijo Roberto, terminando la conversación.

Comprendió que el joyero no sabía nada más, y que insistir hubiera sido imprudente.

—Decididamente esta alhaja me conviene. ¿Qué precio tiene?

—Ciento veinte mil francos, caballero; y puedo afirmaros que....

—No digáis más (dijo Le Forestier, sonriendo); ¿para qué? Tomad un talón contra el Banco.

—No corre prisa....

—Soy yo quien la tiene. Hacedme el favor de envolver los estuches y poner la factura.

—¿Á vuestro nombre?

—Por supuesto. Os ruego que detalléis los objetos, y digáis el número exacto de los diamantes de cada joya.

—Con mucho gusto, caballero.

Extendió la factura, mientras Armando Le Forestier preparaba el talón; después envolvió los

estuches, y entregándoselos á su comprador, los acompañó hasta la puerta, deshaciéndose en saludos, lo que era muy natural, pues no se vende todos los días á las diez de la mañana, y sin que haya necesidad de haberlos puesto en el escaparate, diamantes por valor de ciento veinte mil francos pagados al contado.

—Despide el coche, (dijo Roberto á su amigo cuando llegaron á la calle); hablaremos mejor andando; pero habremos de tener mucho cuidado con nuestros respectivos bolsillos.

Despidieron el coche, y, cogiéndose del brazo, bajaron por la calle de la Paix en dirección á los boulevards, cambiando rápidamente algunas frases.

—¿Ves cómo lo había adivinado? (dijo Roberto.) ¡No hubiera sido mal compromiso si llego á empeñarlos!

—Mayor aún de lo que nos imaginábamos. ¡Objetos robados!

—Sí, robados; ¿pero por quién?

—¡Cómo! ¿Pues no has reconocido á tu Rachel en esa hermosa italiana?

—¡Ya lo creo! ¡diablo!... Era difícil no conocerla; pero lo que no creo es que haya sido ella la que ha robado esos diamantes. Todo esto oculta algún misterio, alguna infame maquinación.

—Me extraña, querido amigo, que la defien-

das así. ¿Estarás más enamorado de ella que lo que crees?

—¡Ca!... Solamente que hay algo que me dice que ha caído en un lazo como el que me tendían... ¿He robado yo los diamantes de la Duquesa? No: pues bien; si me detuvieran en este momento por haber sido denunciado, encontrarían en mis bolsillos esos estuches, y pasaría por un ladrón.

—Es preciso desembarazarnos de ellos cuanto antes. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que debíamos devolvérselos inmediatamente á la Duquesa.

—También á mí me ocurrió eso al principio; pero ten la seguridad de que cometeríamos una imprudencia; pues la duquesa de X... debe tener poderosos motivos para dejar á su antigua maestra de italiano vivir en paz, después de tener un año sus alhajas. ¿Por qué mezclarnos en este asunto? ¿Quién nos asegura que esta restitución no será peligrosa para la Duquesa?... Hay en todo esto un misterio..., una infamia. ¡Ah! ¡Qué razón tenía yo al decirte que había caído de repente en la madriguera en que debíamos encontrar lo que tanto buscamos!

—También yo lo creo, y esta creencia debe hacernos más prudentes que nunca. No basta, como habíamos convenido, empeñar las alhajas que acabo de comprar, en lugar de las de la Du-

quesa: es preciso, además, deshacerse cuanto antes de los diamantes robados.

—¡Oh! Eso sí... ¿En dónde te parece que los depositemos?

—Desde el momento en que han sido robados, debemos dejarlos en casa de un magistrado.

—¿Qué magistrado?

—El Comisario de policía de mi barrio, por ejemplo.

—¿Le conoces mucho?

—Le he recibido varias veces en mi casa.

—No podrá aceptar ese depósito sin una declaración, sin que le expliques bien el asunto..., y entonces todo lo habremos perdido. La antigua causa del robo volverá á reaparecer, y ya sabes que la Duquesa está interesada en que no siga, y, lo que es más grave, llamaremos la atención sobre nosotros, y no conseguiremos nada.

—Tranquilízate, mi querido Roberto, que ya procuraré arreglar todo esto. Déjame reflexionar un poco, pues hasta ahora todo lo has hecho tú. Volvamos pronto al hotel.

VII.

—¿Por qué me has conducido aquí?—preguntó Roberto, entrando en la habitación en que Armando Le Forestier le había recibido por la mañana.

—Para hacer (respondió Armando) algunos preparativos que no hubiéramos podido hacer en la calle y tomar las medidas preservativas, cuya necesidad no dejarás de reconocer.

—Veamos.

—Saca desde luego los estuches que tienes en tu bolsillo, y déjalos sobre la mesa.

—Con mucho gusto...; aquí los tienes.

—Envuélvelos en estos periódicos.

—Muy bien...; ya está hecho.

—Cúbrelolo todo con esta hoja de papel blanco.

—Trataré de hacerlo...; todavía está á mi alcance lo que me pides.

Y un instante después, presentando el paquete al señor Le Forestier, le preguntó:

—¿He conseguido darte gusto?

—¡Si parece que has estado haciendo paquetes toda tu vida!

—Era una vocación desconocida, y he hecho

quesa: es preciso, además, deshacerse cuanto antes de los diamantes robados.

—¡Oh! Eso sí... ¿En dónde te parece que los depositemos?

—Desde el momento en que han sido robados, debemos dejarlos en casa de un magistrado.

—¿Qué magistrado?

—El Comisario de policía de mi barrio, por ejemplo.

—¿Le conoces mucho?

—Le he recibido varias veces en mi casa.

—No podrá aceptar ese depósito sin una declaración, sin que le expliques bien el asunto..., y entonces todo lo habremos perdido. La antigua causa del robo volverá á reaparecer, y ya sabes que la Duquesa está interesada en que no siga, y, lo que es más grave, llamaremos la atención sobre nosotros, y no conseguiremos nada.

—Tranquilízate, mi querido Roberto, que ya procuraré arreglar todo esto. Déjame reflexionar un poco, pues hasta ahora todo lo has hecho tú. Volvamos pronto al hotel.

VII.

—¿Por qué me has conducido aquí?—preguntó Roberto, entrando en la habitación en que Armando Le Forestier le había recibido por la mañana.

—Para hacer (respondió Armando) algunos preparativos que no hubiéramos podido hacer en la calle y tomar las medidas preservativas, cuya necesidad no dejarás de reconocer.

—Veamos.

—Saca desde luego los estuches que tienes en tu bolsillo, y déjalos sobre la mesa.

—Con mucho gusto...; aquí los tienes.

—Envuélvelos en estos periódicos.

—Muy bien...; ya está hecho.

—Cúbrelolo todo con esta hoja de papel blanco.

—Trataré de hacerlo...; todavía está á mi alcance lo que me pides.

Y un instante después, presentando el paquete al señor Le Forestier, le preguntó:

—¿He conseguido darte gusto?

—¡Si parece que has estado haciendo paquetes toda tu vida!

—Era una vocación desconocida, y he hecho

mal en no seguirla, pues acaso me hubiera producido tanto como mi bufete de abogado.

Mientras que hablaba, Armando Le Forestier había sellado cuidadosamente la cubierta de papel blanco que envolvía los estuches, y presentándola á Roberto, dijo:

—Ahora es preciso escribir en este paquete con claridad la declaración que voy á dictarte.

—Dicta, querido amigo, que ya supongo lo que voy á escribir.

—¡Diablo! Pues empieza: «En el día de hoy, una mujer á quien llaman Rachel de Nicia, y que sospecho ha sido maestra de italiano en casa de la señora duquesa de X..., me ha rogado que empeñase en el Monte de Piedad las alhajas que contiene este paquete, y que, según acabo de saber no pertenecen á la señorita Rachel, sino á la señora duquesa de X.... Después de haber consultado á mi amigo el señor Le Forestier, he decidido hacer constar: 1.º Que para esperar los acontecimientos, conocer bien la conducta de la ya dicha Rachel de Nicia, y no hacer nada que pueda estorbar los proyectos de la señora duquesa de X..., los diamantes adjuntos no le serán inmediatamente restituidos, sino que, envueltos en un paquete sellado, se depositarán en manos de una persona de confianza. 2.º Que empeñaré hoy en el Monte de Piedad otras alhajas parecidas á éstas, y entregaré á Rachel de

Nicia el producto del empeño. De este modo, si llegase un día en que me acusasen de ser encubridor de un robo y de haber empeñado las alhajas para lucrarme, podré probar que dichos diamantes no han salido de este paquete, y que las joyas empeñadas son de mi amigo el señor Le Forestier.»

—¿Has terminado?—preguntó Roberto.

—Nada más se me ocurre: ¿y á ti?

—Á mí tampoco, porque me parece claro y terminante lo escrito.

—Entonces, pon la fecha y firma.

—Ya he concluído.... Solamente que dudo que el Comisario, á pesar de su deseo de servirte, quiera aceptar un depósito al que va unida esta declaración.

—En efecto, no la aceptaría si leyese lo que acabamos de escribir; pero no lo leerá si tú haces favor de cubrir este paquete con otro papel. Dispénsame que te dé tantas molestias; pero haces tan bien los paquetes....

—¡Ah! Si lo hubiese sabido, me hubiera excusado estudiar.

Cuando envolvió de nuevo el paquete, se le entregó á Armando, que escribió sobre la segunda cubierta: «Papeles interesantes que me ha entregado hoy 2 de Febrero de 188.... mi amigo el señor du Chatel, boulevard Haussmann, núm...., y que yo he rogado al señor M. C...., comisario

de policía, que guardase en su casa hasta el día en que se le reclamen».

—Voy á firmar,—dijo Armando.

—Es muy ingenioso.... (dijo Roberto, que había estado leyendo por encima de su hombro.) En efecto: ahora no se trata más que de un favor que, como amigo, de seguro te hará el señor Comisario. Pero todo esto nos ha llevado mucho tiempo, y Rachel de Nicia debe empezar á inquietarse al no verme llegar con su dinero y sus pailetas, preguntándose si á mi vez no la habré robado.

—Pues bien: aquí tienes los estuches; guárdalos, y vete al Monte de Piedad.

—Iré al mismo establecimiento y no á las sucursales, porque, tratándose de joyas de tanto valor, es más seguro.

—Está muy bien. Te encargo que sigas tratando á tu bella como siempre.

—Trataré de hacerlo así.... ¡Adiós!

—Voy contigo, pues tengo prisa de llegar á casa del Comisario, con objeto de que mi depósito se haga al mismo tiempo que tu empeño.

Cuando llegaron á la puerta, se despidieron, quedando en verse pronto, á fin de poderse dar cuenta mutuamente del resultado de sus gestiones.

.....
El Comisario de policía del barrio de la Mag-

dalena era un hombre muy atento, y exactísimo en el cumplimiento de sus deberes.

—¿Á qué debo el honor de veros? (dijo estrechando la mano del señor Le Forestier.) ¿Se trata tal vez de algún asunto de policía?

—Nada de eso.

—Entonces, ¿por qué os habéis molestado?... No tenéis más que haberme escrito cuatro letras, y hubiera ido á veros.

—Tengo que pedir os un favor,—dijo Armando.

—Razón de más para que fuera yo á vuestra casa.... ¿De qué se trata, caballero?

—Uno de mis amigos...., mi único amigo...., mi hermano Roberto du Chatel....

—¿El hijo del Doctor á quien llamamos desde hace tiempo el médico de los pobres?

—El mismo. Roberto du Chatel, como he dicho, me ha rogado que le guardase un paquete sellado, que encierra papeles importantes según creo, y algunos objetos que no quiere tener en su casa.... Vive en familia con su padre y su hermana...., y ya comprendéis....

—Sí, sí....: hay muchos curiosos...., y los jóvenes tienen algunos secretos.

—Precisamente. He aceptado, por temor de disgustarle; pero como estoy expuesto á que me los roben, he pensado entregaros mi depósito por algún tiempo, porque sois de los pocos que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA U. N. L.
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTAÑES, MEXICO

en lugar de temer á los ladrones, os hacéis temer de ellos.

El Comisario miró á Armando como saben mirar los de policía, y le dijo cortésmente:

—¿Y es el temor á los ladrones lo que os hace venir á mi casa?

—¿Qué queréis decir con eso?—dijo Armando un poco turbado, pero sonriendo.

—¿No será acaso porque algún día pudiera conveniros hacer ver que ese paquete, ese que tenéis en el bolsillo.... ha estado en poder de un Comisario de policía? ¿Sonreís porque lo he adivinado?... Pues bien: hagamos como que no habéis sonreído, y yo como que no he adivinado.... Vuestro amigo M. C.... desea haceros ese favor, y acepta vuestro depósito; pero tendrá buen cuidado de no hablar de ello al otro M. C...., al Comisario de policía, que no podría hacer lo que deseáis. ¿Estáis satisfecho?

—¿Cómo no?

—Entonces dadme, que voy á guardar el objeto en el lugar más oculto de esta mesa de despacho. Cuando queráis venir por él, le encontraréis en el mismo sitio.

—¡Oh! No cabe más amabilidad ni más delicadeza,—dijo Armando, inclinándose.

Se separaron, y Armando Le Forestier volvió á su casa para esperar á Roberto du Chatel, que llegó después de algunas horas.

—¿Te parecerá que he tardado? (dijo, dejándose caer en un sillón.) Pues bien: no sé cómo he podido acabar tan pronto.

—¿Qué es lo que te ha detenido?

—Lo primero el Monte de Piedad. ¡Si supieras lo que me han hecho esperar para examinar y pesar los diamantes!.... Parece que desconfían. ¡Qué miedo hubiera tenido si se hubiese tratado de los diamantes de Rachel! Porque no habíamos pensado en eso.... ¡podían ser falsos!

—No, los he examinado esta mañana, y los conozco muy bien.

—¿Los conoces muy bien? Á mí, en cambio, podrían hacerme creer lo que quisieran: el diamante y yo no nos conocemos mucho; nuestras relaciones son muy frías, no por mí, sino por él....; pero, basta de broma; ¿y tu depósito?

—Ya está hecho; pero supongo que no será sólo el Monte de Piedad lo que te ha detenido hasta ahora. Habrás ido también á casa de tu... dama.

—Naturalmente.

—¿Cómo te ha recibido?

—Voy á contártelo, porque á eso he venido aquí; pero me abrumas con tantas preguntas; no me dejas ni aun tiempo para respirar, y no te acuerdas de preguntarme si he almorzado.

—Te lo pregunto ahora.

—Gracias; lo he hecho de prisa en un café.

—¿Eso te basta? ¿No quieres volverlo á hacer?
 —No almuerzo más que una vez al día... ¡Soy muy original!

—¡ Oh, sí!

— Esa exclamación significa que te estoy aburriendo, porque no he contado ya todo lo que he hecho. Pues bien: escucha, y verás cómo no me he equivocado en el concepto que te dije tenía de la señora de Fontenay.

VIII.

Echado en un diván para descansar de las agitaciones de aquella mañana, Roberto du Chatel empezó el relato de su visita á casa de Rachel.

— Llegué á casa de Rachel, y lo primero que vi en su tocador fué á Prudencia de Fontenay. Desde que entré se alegró el semblante de ésta, y sonrió. Estaba evidentemente inquieta por mi retraso, preguntándose sin duda si yo me había apropiado las joyas, ó si los empleados del Monte de Piedad, sospechando que eran robadas, me habrían mandado detener. Pero, al verme, comprendió que ni yo era un ladrón, ni había sido detenido.

— Evidentemente,— dijo Armando Le Forestier, que no perdía ni una palabra del relato.

— Entonces (continuó Roberto) se me ocurrió la idea de darlas un susto. Di un suspiro, y miré inquietamente á mi alrededor. Prudencia se inmutó, y dijo con impaciencia, pensando que no iba á querer hablarle delante de ella:

— «Querido Roberto, si tenéis algo que decir á Rachel, no os detengáis. He venido por casua-

lidad á hacerla una visita, y me ha puesto al corriente de todo; por cierto que la he censurado por empeñar sus diamantes en lugar de dirigirse á mí, su mejor amiga. ¡Empeñar las alhajas de familia!»

—¡Las alhajas de familia! Eso es un sueño,— dijo riendo el señor Le Forestier.

— Autorizado á hablar delante de testigos, dije en el mismo tono: «Me he retrasado involuntariamente; me han detenido mucho tiempo en el Monte de Piedad con una porción de exigencias y complicaciones. Me pedían otros documentos, preguntándome si aquellas joyas eran mías, y cómo las había adquirido. Enteramente lo mismo que si hubiera sido un tomador». ¡Figúrate cómo estarían, al oír esto, Rachel y Prudencia!

—Sí, ya veo que te han preparado una emboscada, cuyos resultados esperaban explotar más tarde. No les convenía hacerlo ahora, porque eso estorbaría sus proyectos.

—Eso es; piensas lo mismo que yo.... Prosigo. Y Prudencia de Fontenay, cada vez más inquieta, exclama: «¿Pero habéis hecho por fin el empeño?» Tardé en contestarla un momento, para prolongar su ansiedad, y después dije suspirando: «¡Ay! No he podido hacer lo que deseabais. —¡Cómo! ¿No han querido empeñarlas?—No han querido darme quince mil francos.—¿Entonces traeréis las alhajas?—No.—¿Cómo que no? ¿Pues

qué habéis hecho de ellas?—Las he dejado en el Monte de Piedad.—¿Sin que os hayan dado el dinero?—Sí, me han dado diez mil francos, y Rachel quería más; ese es mi sentimiento». Entonces respiraron, como si se las hubiera quitado un peso de encima, y confesó que ya era tiempo, pues las había tenido demasiado entre la espada y la pared.

—¡Ya lo creo!

—Pero mi trabajo no ha sido perdido, porque ahora sé positivamente que Rachel es la antigua maestra de italiano de la Duquesa, que las alhajas han sido robadas, y que Prudencia está muy comprometida y ha tratado de comprometerme á mí.... Su emoción por mi tardanza y durante mi relato, la satisfacción que ha experimentado al enseñarle la papeleta, no me dejan ninguna duda respecto á este punto....; pero aún no lo sabes todo.

—¡Ah! Pues sigue, sigue.

—Prudencia se había despedido de Rachel, y se dirigía ya hacia la puerta, cuando de pronto se volvió, como si la hubiese ocurrido una idea súbitamente, y con un movimiento rápido, cogió la papeleta, que yo había dejado sobre una mesa: «¿Por qué cogéis eso? (preguntó vivamente Rachel.)—¿Por qué? Quiero devolveros vuestras alhajas (respondió la señora de Fontenay con voz dulce y maternal); mañana las traeré»

empeñaré, os las daré, y será á mí á quien debáis los diez mil francos». Rachel quiso insistir y recobrar el papel; pero quedó callada ante una mirada amenazadora que la lanzó Prudencia y que yo sorprendí.... Conque me parece que todo esto está claro como el agua.

—Clarísimo. ¿Pero crees tú que Prudencia desempeñará las alhajas, como ha dicho? Porque si lo hace, va á descubrir la sustitución.

—Creo que no hay motivo para inquietarse, y que lo que ha querido, es apoderarse de la papaleta para tener contra mí una prueba material.

—¿Y qué pasó cuando os dejó solos esa miserable?

—Inmediatamente tuvo una crisis de nervios y lágrimas...., y esta vez no era una comedia, te lo aseguro....: nada más sincero. Yo estaba inmóvil, silencioso y hasta conmovido al mirarla, lo confieso; cuando de pronto se levantó, y poniéndose de rodillas delante de mí, me dijo sollozando: «¡Perdón, perdón! Telo suplico, Roberto; perdóname». La pregunté qué significaba aquello, y por qué me pedía perdón, y levantándola, la abracé.... ¡Ah! ¡Qué hermosa estaba en aquel momento, con sus ojos negros, sus labios entreabiertos y sus largos cabellos sueltos! Al mirarla así, volví á preguntarla: «¿Por qué me pides perdón? Te ruego que me lo digas». Creí que iba á ceder, á confesarme sus secretos; pero

tuvo miedo, sin duda, de la otra, y explicó sus palabras de esta manera: «Te he molestado mucho con este encargo, y ya noté ayer que te disgustaba». Y añadió en seguida: «¡Oh! ¡Si tuvieses disgustos por mi causa!—¿De qué disgustos hablas, querida mía?...» Perose detuvo bruscamente, y fué imposible arrancarla una palabra más.

—¿Acabará por hablar?

—Así lo espero, porque está en muy buen camino. Es cuestión de tiempo y paciencia. Es necesario inspirarla una gran confianza, persuadirla de que estoy en estado de protegerla, de defenderla contra sus enemigos, y que tengo más influencia de la que cree.

—¿No has tratado de hacerlo ya?

—No, no; es demasiado pronto; aún no hemos intimado bastante, y su amor por mí no es muy vehemente, puesto que la permite, cuando no estoy á su lado, dejarse dominar por esas gentes que la han perdido; pero más tarde sacudirá su yugo, y la que tenía el encargo de perderme se volverá mi mejor aliada.

Guardaron un instante de silencio, reflexionando, hasta que Armando Le Forestier dijo á Roberto:

—¿Y no tienes nada que hacer ahora?

—Nada; pero no quiero abandonar lo que he empezado.

—¿Tendrás valor para volver á casa de Prudencia de Fontenay?

—¡Pues ya lo creo!: con la sonrisa en los labios, como si nada hubiera sabido; pero con el oído aún más atento á las menores palabras, y fijándome hasta en los más pequeños detalles.

—¿Y cómo tratarás á Rachel?

—¡Oh! Para con esa no tengo necesidad de violentarme.... Es una desgraciada...., una infeliz...., y no una miserable: llegaré á hacerla buena.... Ya ves que no trabajo solamente para ti.

Después, levantándose, dijo:

—Querido amigo, vuelvo á mi bufete, pues mis clientes me estarán esperando.... Hasta después....

Al dejar la calle Blanche, Prudencia de Fontenay se dirigió á casa del señor de Montbarán, que vivía en la calle de Taibout, en un hermoso entresuelo amueblado con gran lujo. Encontró á su Ernesto sentado en su despacho, conversando con el marqués de Arnage. El asunto de su conversación era Clara Mérot, la antigua señorita de mostrador de Prudencia, y buscaban el medio de desembarazarse de ella sin gasto alguno.

—Estamos de enhorabuena (dijo Prudencia). Todo ha salido á medida de nuestros deseos. Ya le tenemos cogido.

—¡Ah! ¿Conque por fin hizo el empeño?—preguntó de Arnage.

—Sí le hizo. Su nombre está inscrito en el registro del Monte de Piedad como dueño de los diamantes robados, y si algún día no quisiera obedecernos, Rachel podría decirle: «Ten cuidado, querido mío; estás muy comprometido. Con una sola palabra pueden perderte, y te aconsejo que cedas como cedo yo».

—Bien (dijo el Marqués); veremos qué partido podemos sacar de ese mozo.... Trato de lanzarle lo más pronto posible contra Armando Le Forestier, y no estaré completamente tranquilo hasta el día en que nos desembaracemos de ese peligroso enemigo.

—Tanto más (añadió Montbarán), cuanto que al mismo tiempo dejará de molestarnos Clara Mérot, pues no podrá amenazarnos con hacerle sus confidencias.

—¿Y no habéis decidido nada con relación á ese asunto?

—No; pensamos en ello.

—Créf que había exigido una respuesta inmediata.

—Sí; debía venir á saberla mañana á las cinco (dijo Montbarán); pero no hemos acordado todavía lo que vamos á contestarla.

—Mañana vendré yo antes que ella (dijo el Marqués), y tal vez haya encontrado la respuesta.

Después, volviéndose á Prudencia, añadió :

—Olvidaba haceros una pregunta, querida mía. ¿Habéis dejado la papeleta de los objetos empeñados en manos de Rachel?

—¿Por quién me tomáis? (exclamó ofendida la señora de Fontenay, al ver que la suponían capaz de semejante torpeza.) Era evidente que ese papel no nos convenía dejarle en poder de nuestros dos enamorados, pues quitándosele, los comprometemos más, porque al no poderle presentar, parece que, no sólo han empeñado las alhajas, sino que además han vendido la papeleta.

—Bien (dijo el Marqués); ¿pero qué pensáis hacer de ese papel?

—Guardarlo cuidadosamente.

—Sería imprudente.... No se sabe lo que puede suceder, y es necesario estar prevenidos contra un registro de la policía, que á menudo encuentra los objetos más escondidos. ¿Por qué no desempeñáis esas alhajas? No se sabrá quién las ha sacado; y como las personas que desempeñan no son sospechosas en el Monte de Piedad, podríais hacerlo con toda tranquilidad.

—Sí; pero aún me comprometerán más las alhajas que la papeleta. ¿Dónde las guardaríamos?

—Aquí (dijo Montbarán); en el secreto de este mueble, con los fondos remanentes de nuestra sociedad.

—Bueno, mañana las desempeñaré (dijo Prudencia), y os las traeré á las cuatro, antes que haya venido la Mérot.

El marqués de Arnage se retiró para ir al círculo, y dejó á Prudencia sola con su querido Ernesto. Éste hubiera preferido acaso otro placer, á las dulzuras de encontrarse á solas con ella; pero no había dónde escoger, y su crimen le hacía para siempre á él, el gran admirador de las mujeres jóvenes y bonitas, esclavo de una querida vieja y fea.

IX.

Prudencia de Fontenay, cumpliendo su promesa, sacó de su caja de hierro, que estaba siempre repleta, diez billetes de mil francos, los guardó en una elegante cartera, que contenía ya la papeleta de los diamantes empeñados, y bajando á la calle, tomó el primer coche que encontró, haciéndose conducir al Monte de Piedad.

Bien vestida y con sus aires de gran señora, hubiera podido entrar en una sala particular de las que hay reservadas á algunos privilegiados, y haber dicho á uno de los empleados que hiciese el desempeño en su lugar; pero deseando no llamar la atención, se dirigió directamente hacia la sala común, mezclándose entre la multitud.

Después de una hora de idas y venidas y de estar esperando, recibió en cambio de sus diez mil francos, más los intereses, los estuches empeñados. Al verlos colocados sobre el mostrador que la separaba de los empleados, hizo un movimiento de sorpresa, pues conocía perfectamente los estuches de Raquel, y no tenían ningún parecido, ni en la forma, ni en el color, con los que iban á entregarla.

Su sorpresa aumentó cuando el empleado, siguiendo la costumbre, abrió los estuches para que los reconociese. Tenían el mismo número de piezas y los diamantes eran igualmente hermosos, pero no estaban montados de la misma manera, y la diadema le parecía más grande que la que tantas veces había visto en los cabellos de Rachel, y que en lugar de componerse sólo de diamantes, tenía un brillante bastante grueso en el centro.

¿Se equivocaban en el Monte de Piedad? No. Cada estuche contenía aún un papelito de color, con igual número que el de la papeleta de empeño.

Sin embargo, siempre sobre aviso y prudente, no dijo nada, pues su extrañeza y sus observaciones hubieran podido provocar explicaciones peligrosas: por otra parte, como comprendía que el aderezo que le daban valía por lo menos tanto como el otro, se conformó sin replicar, y tomando los estuches, los guardó, saludó, y saliendo subió á su coche.

Por el camino examinó de nuevo los diamantes minuciosamente, viendo que no se equivocaba, porque muchísimas veces se había fijado en ellos admirándolos. Este examen no la dejó ninguna duda; los habían sustituido. ¿Quién? ¿Rachel? Esto era inverosímil. ¿Cómo se había procurado este nuevo aderezo? ¿Habría sido Roberto

IX.

Prudencia de Fontenay, cumpliendo su promesa, sacó de su caja de hierro, que estaba siempre repleta, diez billetes de mil francos, los guardó en una elegante cartera, que contenía ya la papeleta de los diamantes empeñados, y bajando á la calle, tomó el primer coche que encontró, haciéndose conducir al Monte de Piedad.

Bien vestida y con sus aires de gran señora, hubiera podido entrar en una sala particular de las que hay reservadas á algunos privilegiados, y haber dicho á uno de los empleados que hiciese el desempeño en su lugar; pero deseando no llamar la atención, se dirigió directamente hacia la sala común, mezclándose entre la multitud.

Después de una hora de idas y venidas y de estar esperando, recibió en cambio de sus diez mil francos, más los intereses, los estuches empeñados. Al verlos colocados sobre el mostrador que la separaba de los empleados, hizo un movimiento de sorpresa, pues conocía perfectamente los estuches de Raquel, y no tenían ningún parecido, ni en la forma, ni en el color, con los que iban á entregarla.

Su sorpresa aumentó cuando el empleado, siguiendo la costumbre, abrió los estuches para que los reconociese. Tenían el mismo número de piezas y los diamantes eran igualmente hermosos, pero no estaban montados de la misma manera, y la diadema le parecía más grande que la que tantas veces había visto en los cabellos de Rachel, y que en lugar de componerse sólo de diamantes, tenía un brillante bastante grueso en el centro.

¿Se equivocaban en el Monte de Piedad? No. Cada estuche contenía aún un papelito de color, con igual número que el de la papeleta de empeño.

Sin embargo, siempre sobre aviso y prudente, no dijo nada, pues su extrañeza y sus observaciones hubieran podido provocar explicaciones peligrosas: por otra parte, como comprendía que el aderezo que le daban valía por lo menos tanto como el otro, se conformó sin replicar, y tomando los estuches, los guardó, saludó, y saliendo subió á su coche.

Por el camino examinó de nuevo los diamantes minuciosamente, viendo que no se equivocaba, porque muchísimas veces se había fijado en ellos admirándolos. Este examen no la dejó ninguna duda; los habían sustituido. ¿Quién? ¿Rachel? Esto era inverosímil. ¿Cómo se había procurado este nuevo aderezo? ¿Habría sido Roberto

du Chatel entonces? ¿Con qué objeto y cómo poseía alhajas de tanto valor? ¿Qué misterio ocultaba esta sustitución? ¿Sería acaso que Roberto du Chatel no era lo que ella pensaba, un cándido é infelizenamorado? ¿Cómo averiguarlo?

Los estuches, que había colocado delante de ella, eran enteramente nuevos, y el raso estaba intachable, á pesar de una estancia de cuarenta y ocho horas en los almacenes del Monte de Piedad. ¿Luego hacía poco que habían salido de la tienda? ¿Y dónde habrían sido comprados? Miró su interior, y vió sobre el raso de la tapa, escrito en letras doradas, las señas de la calle de la Paix, de la casa de X.... Recordaba haber visto las mismas señas en los estuches de Rachel; pero eso importaba poco, pues no se trataba en aquel momento de las alhajas antiguas, sino de las nuevas.

Entonces Prudencia resolvió informarse, yendo á casa de M. X...., y, cambiando de itinerario, dió orden á su cochero de conducirla á la calle de la Paix.

Derecha, majestuosa y tomando el aire de una mujer honrada, entró en el almacén, y dijo al señor X...., que salió á su encuentro:

—Una de mis amigas que habita en Rusia, la señora de Bagnoff, me ha encargado que viese algunos aderezos, pues desea comprarse uno, y quiere que le diga todas las condiciones por es-

crito, lo cual os prevengo, para que sepáis que no se trata de comprar por ahora, sino sólo de ver.

—Eso no importa, señora; estoy á vuestras órdenes, y podéis ver todo lo que hay en mi casa sin necesidad de comprar.

—Muchas gracias. Esto es una cosa sumamente agradable, cuando se trata de una casa de la reputación de la vuestra.

El comerciante, después de haberse inclinado, preguntó:

—¿Qué clase de aderezo deseáis ver, señora?

—Quiero que sea cosa buena, muy buena. La señora de Bagnoff no mira el precio, pues su fortuna se lo permite; y, además, ya sabéis que en Rusia hay magníficos diamantes, y para competir con ellos....

—¡Ah! ¡Se trata de un aderezo de diamantes!

—Sin duda: creía habéroslo dicho ya. Sólo de diamantes, sin mezcla de otras piedras; que tenga una montura ligera y artística. ¿No tenéis quizá lo que pido?

—En este momento confieso que no le tengo en mi casa (dijo el joyero, á pesar suyo). ¡Ah! Si hubieseis venido hace dos días nada más, tenía precisamente lo que os han encargado: un aderezo completo de magníficos diamantes, montados con un gusto....

—¿Y de qué precio?

—De ciento veinte mil francos.

—Precisamente lo que la señora de Bagnoff quería gastar : de ciento á ciento treinta mil. ¿Y le habéis vendido?

—Ayer mañana.

—¡Qué lástima!.... ¿Pero definitivamente?... Porque sabéis que muchas veces se compra una cosa, y después no gusta y se cambia.

—En efecto, señora (dijo el señor de X...., sonriendo); pero en este caso no hay esperanza, porque el comprador no es una parroquiana, sino un parroquiano, y los hombres no cambian tan fácilmente de opinión.

—¡Ah! Lo que decís no es muy favorable para nosotras,—dijo Prudencia.

—Os ruego me perdonéis, señora.

—No hay de qué ; pero permitidme que defienda mi sexo; y, además, ¿queréis decirme que no habéis encontrado nunca un comprador que, después de haber comprado un objeto en vuestra casa, os le haya devuelto, ya porque no le quisiese, ya porque, habiéndole comprado á crédito, se encontrase en un apuro y no pudiera pagarle?

—Sí, confieso, señora, que ya se ha dado ese caso; pero (añadió, riendo) esta vez, de seguro, no se presentará, pues se trata del señor Armando Le Forestier.

Prudencia se estremeció, y debió palidecer

bajo su colorete y sus polvos de arroz; pero dijo, sin embargo :

—¡El señor Armando Le Forestier! ¿Y por qué no ha de devolverlos?

—Porque como es tan rico....

—¡Ah! Habláis del famoso Le Forestier, cuya fortuna se cuenta por millones.

—Sí, señora; es uno de mis parroquianos (dijo el señor X....); y vino ayer mañana, por cierto que muy temprano, y con uno de sus amigos.... Deseaba, como vos, un aderezo de diamantes; se le enseñé, y apenas le vió, le gustó tanto, que diez minutos después el negocio estaba terminado, y la factura pagada.

—¡Oh! Es ir demasiado pronto cuando se trata de joyas de tanto valor (observó Prudencia). Será muy entendido en piedras.

—Creo que no.

—Entonces lo será la persona que le acompañaba.

—Menos; pues parecía demasiado joven para eso.

—Sería tal vez un tasador, porque sabéis que los hay muy jóvenes.

—No, señora; pertenece á la misma clase que el señor Le Forestier, y, además, apenas se ha fijado en las alhajas. Parecía impaciente por marcharse...., y...., permitidme que os lo diga; cuando se compra en mi casa, se tiene confianza.

—¿Á quién se lo decís? Pues si yo vengo aquí precisamente por eso. Pero volvamos al encargo de la señora de Bagnoff. ¿Cuánto tiempo necesitaréis para procuraros un aderezo parecido al que se llevó el señor Le Forestier?

—Eso depende del tiempo que tarde en encontrar buenas piedras, que es lo más difícil.

—Pues entonces no escribiré á mi amiga hasta dentro de ocho días. ¿Os parece que antes me pase por aquí?

—Si lo permitís, seré yo, señora, el que tenga el honor de ir á vuestra casa.

—Guardaos de hacerlo. Mi marido y mis hijos podrían veros, y esto es un secreto entre la señora de Bagnoff y yo. Vengo todos los días á esta misma calle, y entraré cuando pase. Pero no quiero que se diga que he estado hoy en vuestra casa sin haber satisfecho un capricho. Enseñadme una sortija que no sea de mucho precio.

—Con mucho gusto, señora.

Y mientras que examinaba con atención las diferentes sortijas que el comerciante se había apresurado á poner en el mostrador, decía como distraída:

—Estoy segura de que si el señor Le Forestier hubiera sospechado que yo venía hoy á vuestra casa, no os habría desprovisto así. Le conozco algo, y sé que es muy galante.... ¿Qué precio tiene esta del brillantito?

—Mil francos, señora.

—Eso es más de lo que yo pensaba gastar.... También creo haber reconocido á un amigo en el acompañante de que me habláis. ¿Es uno muy alto y moreno?

—Precisamente, señora.

—¿Un muchacho guapo, sin ser afeminado?

—Eso es.

—¿Y muy elegante?

—Distinguidísimo.

—Bien decía yo que le había reconocido. ¿Sabéis si le llamó Roberto du Chatel?

—Du Chatel, no sé; pero Roberto, estoy seguro (dijo el platero). El señor Le Forestier le dió ese nombre delante de mí, y lo recuerdo perfectamente, pues me llamó la atención por ser también el nombre de uno de mis hijos.

—Ya sabía yo que no me había equivocado.... Me decido por esta sortija, si me la dejáis en veinte luises, porque no quiero pasar de esa cantidad.

—Bueno, señora; pero espero, en cambio, que vendréis á hacer aquí todos vuestros encargos.

—Eso depende de vos. Reunid un buen surtido de piedras, y.... hasta la vista, señor X....

—Y saliendo con el mismo aire de gran señora con que había entrado, subió á su coche, y llegó cinco minutos después á la calle de Taitbout, donde la esperaban Montbarán y el marqués de Arnage.

Cuando llamó Prudencia, salió á abrir el mismo Montbarán.

—Pues qué, ¿ha salido tu criado?

—Sí; le he mandado á hacer un encargo al otro extremo de París, porque no quería que viese á Clara Mérot en mi casa.

—¿Es á las cinco cuando va á venir?

—Sí.

—Son las cuatro. Aún tenemos tiempo de hablar.... ¿Está ahí el Marqués?

—Sí, en el gabinete....; pero ¿qué tienes? Parece que te ha pasado algo.

—¡Ya lo creo!—dijo Prudencia, abriendo la puerta de la habitación donde se encontraba el presidente de *Las corbatas blancas*.

Se dejó caer en un sillón, y Montbarán, que entró detrás de ella, cerró todas las puertas y corrió las cortinas.

—¡Ay, hijos míos; nos hemos lucido!—dijo Prudencia á sus dos asociados.

Y como éstos la interrogasen con la mirada, añadió, dirigiéndose al Marqués:

—No os equivocabais, y lo que temáis, ha llegado: Armando Le Forestier nos ha descubierto.

—¡Qué dices!—exclamaron los dos á la vez.

Entonces, en cuatro palabras, les contó lo que acababa de descubrir: la compra del otro aderezo, el empeño de los nuevos diamantes en lugar de los de Rachel, y la unión de Armando Le Forestier con Roberto du Chatel.

—¡Puedes vanagloriarte de haber trabajado mucho!—dijo el marqués de Arnage, cuando Prudencia hubo terminado.

—¡Vaya! Como que si no es por mi visita al joyero....

—¿Y quién te habla de eso?... Si crees que voy á felicitarte, estás muy equivocada, pues maldito si lo mereces.... De lo que te hablo es de la feliz idea que tuviste al introducir en tu casa á ese Roberto du Chatel.

—¡Y qué sabía yo!... Deseabais, á toda costa, tener bajo vuestro poder un hombre joven y activo que pudiera servirnos.

—¡Y tú has abierto las puertas de tu casa al primer advenedizo, sin inquietarte su procedencia.... Te has asomado á la ventana, y has visto en el entresuelo de enfrente una cabeza que te ha gustado, y, sin preocuparte por nada, le has gritado: «Venid; haréis buen papel en mis salones....» Y ahora sabemos que esta cabeza ha-

bría podido, si fuera hace años, hacer que cayeran las nuestras!

Montbarán y Prudencia se estremecieron y guardaron silencio, mientras Arnage continuaba agitado y nervioso, paseándose á largos pasos por el gabinete.

—Hoy no corremos los mismos riesgos; pero corremos otros tanto ó más serios.... Ya os lo he dicho: Armando Le Forestier será implacable. Le he visto, y hay fisonomías que no engañan.... Nos matará como perros, y en seguida se explicará con la justicia.... Todo cuanto acaba de pasar, ¿no nos prueba cuán peligroso es? ¡Qué persistencia en las ideas! ¡Con qué insistencia nos ha perseguido, sin cansarse nunca, á pesar de nuestra astucia! ¡Y ahora está á la puerta de nuestra *madriguera*! ¡Y pensar que eres tú, por mejor decir, que sois los dos, los que le habéis puesto sobre la pista!

Prudencia trató de defenderse, diciendo con voz tímida:

—Yo había pedido informes de su familia y costumbres.

—¿Y qué podían enseñarte? (dijo el Marqués, interrumpiéndola.) Lo que era necesario haber averiguado era su vida íntima, sus relaciones, sus amistades. ¡Qué descuido! ¿Y dónde vive?

—En el boulevard Haussmann, número....

—Eso es; en la casa contigua á aquella en que

ocurió la muerte de la señora Le Forestier, y donde vive aún su hijo; ¿no te fijaste en esto?... Pero, ¡calla!.... ¡Roberto du Chatel!.... ¡Yo conozco ese nombre!.... ¡Sí; los periódicos han hablado hace tiempo de cierto médico que había recogido en su casa al hijo de la víctima, y le tenía como á un hermano de sus hijos.... de manera que tu Roberto no es nada menos que el hijo de ese doctor, el amigo íntimo de Armando Le Forestier!

Y adelantándose hacia ella, la dijo con tono amenazador:

—¡Y pensar que ni un solo día te has ocupado de hacerle seguir, ni de saber de dónde venía cuando iba á tu casa, ni adónde iba cuando salía de ella! ¿No has pensado en ninguno de estos detalles?

—¡Me reprocháis demasiado la única falta que he cometido! — se atrevió á decir Prudencia.

—Aún no lo hago demasiado, puesto que esta falta acaso nos pierda.... Es muy posible que sea la causa de la muerte de los tres.... ¡Sí, de los tres!.... Porque tú estás tan comprometida como nosotros, y aunque hoy te haces llamar la señora de Fontenay-sous-Roches, no olvides que fuiste la tendera de abanicos encargada de encontrar al asesino, y que después de haberle encontrado, has vivido con él veinte años.... ¡Ah! ¡Si

conocieses á Armando Le Forestier como yo le conozco, sabrías que te hará pagar caro esta complicidad!

Pero Arnage, dominando su cólera como él sabía hacerlo cuando comprendía que toda su calma le era necesaria, se detuvo bruscamente delante de la chimenea, y, mirándose al espejo, arregló sus cabellos, diciendo con voz más tranquila:

—Basta de reproches. Estamos perdiendo el tiempo, y lo que debemos hacer es reflexionar y buscar el medio de salvarnos.... ¿Cuál es nuestro parecer, Montbarán?

—¡Oh! Yo creo (dijo Montbarán, que estaba lívido desde el principio de la conversación) que debíamos dejarlo todo y huir al extranjero.

—¡Ya me esperaba yo eso! (replicó el Marqués, sonriendo irónicamente....) ¿Y cómo viviremos en el extranjero? ¿Qué dinero tenemos en caja? Cien mil francos, y con eso poco podemos hacer. Las gentes que tenemos, bien lo sabéis, nuestros asociados, hacen con nosotros como nosotros hemos hecho hasta aquí con la Robinet. No hemos sido tan tontos que nos den grandes sumas de una vez, y sólo nos pasan pensiones, rentas, que si desapareciéramos se concluirían, y ¡adiós nuestro dinero! Además, desaparecer, huir, sería hacer ver á Armando Le Forestier, que no debe dejarnos de observar, que somos los verdaderos culpables.

—¿Pero creéis que no está bien convencido de ello?

—¡Diablo! Ya lo creo que no, afortunadamente; pues si lo supiese, ¿estaríamos aquí los tres hablando tranquilamente? ¡Á saber dónde estaríamos! ¿Y por qué había de perder el tiempo Armando Le Forestier en todas esas pequeñeces y esas niñadas de compras y de sustituciones de alhajas? Es evidente que busca todavía, y que no somos á sus ojos más que sospechosos aún, por lo cual, lo que debemos procurar es que pierda la pista, siendo más astutos que él. Hasta aquí hemos sido los más fuertes: ¿por qué no hemos de seguir siéndolo?

—Es natural,—dijo la señora de Fontenay.

—Razonemos, discutamos (prosiguió Arnage). ¿Ha salido de Roberto du Chatel la idea de introducirse en casa de Prudencia? No, ha sido ella la que le ha buscado, ella la que, inocentemente, le ha conducido hacia nosotros de la mano.... ¿Le fuimos sospechosos antes de ahora? Nada lo indica. Solamente él debió decir, cuando conoció á Prudencia: «Por estas casas es por donde podré encontrar quizá lo que busco». Debió desconfiar de Rachel, á quien le pusimos delante con demasiada insistencia, y el día en que ésta le rogó que empeñase las alhajas, aceptó para no inspirar á su vez desconfianza; pues, si no, es casi seguro que hubiera rehusado, porque esas son cosas que re-

pugnan al que no está acostumbrado á hacerlas....; es indudable que quiere seguir siendo el amante de Rachel y el amigo íntimo de la casa, para no perder ni un detalle de todo lo que pase en ella, y estar indagando siempre, que es la misión que le ha confiado su amigo.

El marqués de Arnage se detuvo, y dijo á sus dos asociados :

—¿No encontráis nada que oponer á este razonamiento?... ¡Oh! No os detengáis; haced vuestras observaciones, porque aunque creo estar en razón, no soy infalible.

—Á mí (dijo Montbarán, que había recobrado su serenidad), lo que decís me parece lógico y bien deducido.

—Sin duda (añadió Prudencia); pero os olvidáis de Clara Mérot....; ya sabéis que con una sola palabra de ésta, Roberto du Chatel y Armando Le Forestier encontrarán lo que buscan.

—Pues precisamente por eso es necesario impedir que diga esa palabra.

—¿Habéis encontrado el medio de cerrarle la boca?

—Hasta ahora no he encontrado más que uno: concederle lo que pide...., y ya veremos más tarde. La situación es demasiado crítica en estos momentos para que vacilemos y tardemos más tiempo en decidirnos.

—Pero es que exige cien mil francos.

—Pues no hay más remedio que dárselos. Si queréis, yo mismo lo haré.

—¡Pero qué! ¿queréis verla?

—Sin duda; el peligro es muy grande, y vosotros sois muy torpes para que pueda dejar de intervenir yo en ninguno de nuestros negocios. ¿Qué hora es?

—Las cinco menos cinco minutos,—dijo Prudencia.

—Pues ya no puede tardar. Cuando llame, Montbarán abrirá la puerta y la hará pasar á esta habitación, donde estaremos los tres.... Preparad el dinero, querido mío.

Montbarán salió, y al cabo de algunos minutos, volvió con un fajo de billetes de Banco, que entregó al Marqués, diciéndole :

—Aquí tenéis todos los fondos de la caja.

—¡Oh! (dijo Arnage): no hay que apurarse por eso.... Ya se ha vaciado muchas veces para volverse á llenar en seguida. Aún estábamos peor la noche que cenamos con Beuvret en el Café Inglés, y tres semanas después teníamos nada menos que un millón ochocientos mil francos....? lo que nos permitió, á mí tallar en las bancas abiertas, á vos satisfacer vuestros numerosos....; caprichos, y á Beuvret casarse.

—Beuvret (repitió Prudencia); ese sí que lo ha entendido. Vive tranquilo en un rincón; nadie le inquieta ni le amenaza. No se ve continua-

mente asaltado de temores, como nosotros, ni tiene que combatir con ningún enemigo. Esto no es justo.

—Ese no servía más que para estorbarnos, porque es un timorato, un majadero. Nunca me acabaré de felicitar de que viva ignorado y de que ninguna sospecha caiga sobre él, porque si le hubieran detenido, de seguro hubiese perdido la cabeza, acabando por confesarlo todo. No sabe ni siquiera si existimos, de lo cual me alegro mucho.

—¿Y vos sabéis si él existe?—preguntó Prudencia.

—Sí. ¿Crees que pierdo yo de vista á mis antiguos asociados?... Lo he seguido siempre, y sé que tuvo una hija, que es ya una señorita muy linda y que se parece á él. Viven entre Passy y Auteuil...; pero todo esto nos importa muy poco.

En este momento se oyó llamar.

—Ya está ahí la Mérot,—dijo Montbarán.

—Pues id á abrir, querido mío, y seamos discretos, porque la cuestión es algo delicada.

XI.

Diez años más joven que Prudencia, con ojos negros muy vivos, facciones regulares y hermosos dientes, que adornaban su fresca boca, era aún muy agradable Clara Mérot. Tenía además la ventaja sobre su antigua ama de conservarse esbelta, aunque en buenas carnes, pero sin la gordura extremada de Prudencia; y en lugar del arrebatado color de ésta, tenía la tez suave y el color natural.

Cuando Montbarán la introdujo en el gabinete, que una semiobscuridad empezaba á invadir, y percibió sentados cerca de la chimenea á Prudencia de Fontenay y al marqués de Arnage, retrocedió; pero algo debió reflexionar, que le quitara toda preocupación, cuando adelantó, tratando de colocarse junto á la ventana más próxima. Este movimiento no podía escapar á la penetración del marqués de Arnage, que, decidido como estaba á tratar por sí mismo el negocio que se iba á discutir y á dirigir su marcha, fué el primero en tomar la palabra.

—Señorita (dijo): no extrañaréis mi presencia aquí. Soy un amigo del señor de Montbarán,

mente asaltado de temores, como nosotros, ni tiene que combatir con ningún enemigo. Esto no es justo.

—Ese no servía más que para estorbarnos, porque es un timorato, un majadero. Nunca me acabaré de felicitar de que viva ignorado y de que ninguna sospecha caiga sobre él, porque si le hubieran detenido, de seguro hubiese perdido la cabeza, acabando por confesarlo todo. No sabe ni siquiera si existimos, de lo cual me alegro mucho.

—¿Y vos sabéis si él existe?—preguntó Prudencia.

—Sí. ¿Crees que pierdo yo de vista á mis antiguos asociados?... Lo he seguido siempre, y sé que tuvo una hija, que es ya una señorita muy linda y que se parece á él. Viven entre Passy y Auteuil...; pero todo esto nos importa muy poco.

En este momento se oyó llamar.

—Ya está ahí la Mérot,—dijo Montbarán.

—Pues id á abrir, querido mío, y seamos discretos, porque la cuestión es algo delicada.

XI.

Diez años más joven que Prudencia, con ojos negros muy vivos, facciones regulares y hermosos dientes, que adornaban su fresca boca, era aún muy agradable Clara Mérot. Tenía además la ventaja sobre su antigua ama de conservarse esbelta, aunque en buenas carnes, pero sin la gordura extremada de Prudencia; y en lugar del arrebatado color de ésta, tenía la tez suave y el color natural.

Cuando Montbarán la introdujo en el gabinete, que una semiobscuridad empezaba á invadir, y percibió sentados cerca de la chimenea á Prudencia de Fontenay y al marqués de Arnage, retrocedió; pero algo debió reflexionar, que le quitara toda preocupación, cuando adelantó, tratando de colocarse junto á la ventana más próxima. Este movimiento no podía escapar á la penetración del marqués de Arnage, que, decidido como estaba á tratar por sí mismo el negocio que se iba á discutir y á dirigir su marcha, fué el primero en tomar la palabra.

—Señorita (dijo): no extrañaréis mi presencia aquí. Soy un amigo del señor de Montbarán,

y me ha rogado que me reuniese á él para que tratásemos este delicadísimo asunto.

La Mérot miró algunos instantes al que acababa de hablarla, así como á Prudencia, que estaba sentada junto á él, y dijo, sonriendo:

—Me explico perfectamente, caballero, vuestra presencia y la de esa señora. Estáis demasiado comprometidos en el negocio para dejar de ocuparos de él.

—Yo, no; no estoy mezclada en ese asunto, —exclamó Prudencia.

—¿De veras? ¿Creéis que no he reconocido á primera vista á mi antigua ama, la tendera de abanicos, que me hizo prender en otro tiempo?

—Es posible; pero eso no quiere decir nada....

—Sí (dijo Clara Mérot, interrumpiéndola y con tono resuelto); eso quiere decir, por el contrario, que sois desde hace tiempo la asociada del señor de Montbarán, y que habéis querido discutir conmigo vuestros comunes intereses.

Después, siempre con la mano apoyada sobre el cerco de la ventana, se volvió hacia Arnage, y con los ojos fijos en él, añadió:

—En cuanto á vos, no sé vuestro nombre; pero es fácil adivinar que tenéis motivos personales para encontraros aquí en este momento.... Hace tiempo que tres personas cometieron un crimen. Yo he descubierto á uno de los culpables, y vos debéis ser uno de los otros dos.

Clara Mérot se equivocó, sin duda, al notar un movimiento que hizo el marqués de Arnage; y deteniéndose bruscamente, aunque sin miedo, dijo:

—Si alguno de vosotros se acerca á mí, si sospecho tan sólo un mal pensamiento de vuestra parte, abro la ventana, y llamo.... Uno de mis amigos está en la acera de enfrente vigilando delante de la casa. Es el hombre con quien voy á casarme. Ya veis que no tengo secretos para vosotros.... Es un robusto mozo, que no os teme.... Por supuesto, que lo mismo me pasa á mí.

—Dejadnos en paz (exclamó Prudencia). ¿Acaso se os amenaza?

—No, pero con vosotros (replicó la Mérot) se deben tomar siempre precauciones....; puede pasaros una mala idea por la cabeza. ¿No habéis tenido la audacia en otro tiempo de hacerme detener como una ladrona?... ¡Oh! No os sonriáis; bien sabéis que digo la verdad.... Los.... *parroquianos* de vuestro almacén, y hasta el mismo señor de Montbarán, aquí presente, me encontraban más hermosa que á vos, y os vengasteis de esa manera.

—¿De qué os quejáis si no os han perseguido?

—Porque la policía necesitaba de mí: de otro modo, hubiera sido condenada, pues me habéis comprometido vilmente....; y, mirad, si queréis

que os lo diga con franqueza, lo que más me impulsa á pedir los cien mil francos y amenazar á vuestro amante con perderle, es el deseo de vengarme de la que tan injustamente me acusó.

Prudencia iba á responder; pero un gesto del marqués de Arnage la hizo callar. Éste tenía por principio dejar hablar al adversario, que en el calor de la discusión decía más de lo que pensaba decir, y le daba armas contra él.

—Sí (replicó la Mérot), me vengo de vuestra acusación, de vuestras maldades y de vuestras perfidias.... Por mucho tiempo he vivido sin acordarme de todo esto, porque estaba en mi país tranquila y contentándome con la pensión que me dabais, sobradamente ganada con mi silencio. Pero ahora, cuando he vuelto á París y os he visto pasar en un coche dándoos tono é imitando á las mujeres honradas, ¡á ti! ¡á la antigua!.... Entonces renació mi cólera; todo lo pasado se presentó á mis ojos con vivos colores, y me he hecho otra vez tan mala como cuando estaba en vuestro almacén: é imitándoos, me he dicho: «Espérate, que puedes jugarla una partida como la que ella te jugó».

—Dejadla,—dijo el marqués de Arnage á la señora de Fontenay, que quería otra vez interrumpirla.

—En plata (replicó Clara Mérot); no tengo

necesidad de vuestro dinero para casarme, pues el que me quiere no lo hace por el interés, y aunque ya no soy muy joven, no soy ni vieja ni ridícula, y hasta muchos me encuentran bonita.... No retengo á los hombres á la fuerza, ni intimidándolos como vos.

El marqués de Arnage comprendió que pronto no podría contener á Prudencia, cruelmente herida en su amor propio delante del hombre á quien amaba, y para acabar y no dejarla replicar, dijo, dirigiéndose á la antigua señorita de mostrador:

—Haced el favor de decirnos si decididamente persistís en vuestras pretensiones, exigiendo el capital de vuestra pensión.

—Cierto: lo exijo...., por las razones que acabáis de oír.... y por otras.

—¿Podemos conocerlas?

—No hay inconveniente, y, además, son muy fáciles de adivinar.... Podéis desaparecer un día...., morir violentamente, ó de muerte natural, puesto que estáis ya en la edad en que esas cosas llegan...., y encuentro por este motivo más seguro un capital que una pensión.

—Sí; es muy justo (dijo con tranquilidad Arnage); pero si mi amigo el señor Montbarán os da ese capital, ¿qué le garantizará en el porvenir vuestra discreción?

—¡ Ah! (exclamó la Mérot.) ¿Me juzgáis como

vosotros, que, una vez pagados, sois capaces de volver á presentar la factura, si no habéis dado recibo? ¡ Yo no hago esas cosas! Soy hasta cierto punto.... una mujer honrada. Si hubiese vivido más tiempo en vuestra sociedad, no digo....; pero tuve el buen sentido de irme á vivir allá, lejos, al campo, y valgo más que en otro tiempo....; no tengo ningún escrúpulo de vivir á vuestras expensas, de arrancaros una de vuestras plumas; una pluma de cien mil francos, porque esto sólo á vosotros os perjudica, y es muy justo este castigo....; pero una vez la pluma arrancada, os dejaré tranquilos.... Cada uno tiene lo suyo, y yo os habré sacado mi capital, no teniendo de este modo para qué volverme á ocupar de vosotros, y procurando en lo sucesivo olvidar mi antigua vida y ser una mujer completamente honrada.

—Bien (dijo Arnage, que seguía impasible, á pesar de estas insolencias); os creo, y aconsejaré á Montbarán, que es el único á quien verdaderamente interesa esto, que haga lo mismo; sin embargo, aun cuando os creyese, pudiera no disponer en este momento de la suma que exigís.

—Vos le ayudaréis,—dijo Clara, mirándole.

—Como amigo, es posible que le ayudase....; pero necesitaría tiempo....

—Entonces lo sentiré por él, porque tengo

prisa de volver á mi país, y no quiero aguardar más.

Después añadió, fijando sus ojos en Montbarán:

—Por lo que veo, no hacéis caso de mis amenazas, y creéis que el señor Le Forestier no dará crédito á mi denuncia.... Todo el mundo sabe que busca los asesinos de su madre, y más de una vez, sin duda con la esperanza de sacarle dinero, le han prometido nombrarlos, y después no han hecho nada de esto. De modo que vosotros pensáis que creará una impostura esta nueva declaración. Pues bien, *señora y caballeros*: os equivocáis.... Me escuchará, y creará, porque yo no soy para él una desconocida, sino que me conoce muy bien.... ¿Os extraña, eh?

—No.... ¿Por qué? —dijo políticamente el Marqués.

Éste estaba decidido á dejarla hablar todo lo que quisiera, porque su instinto, que le engañaba pocas veces, le decía que quizás podría encontrar en su relación algo que le interesase mucho.

—Mis relaciones con el señor Le Forestier (siguió diciendo Clara Mérot) datan del verano último. Yo vivía en Clermont-Ferrand, como sabéis muy bien, pues allí era donde me mandabais la pensión. Clermont está situado cerca de Royat, que es un pueblecito donde poseo una casa que he alquilado el verano último á un se-

ñor de París. Mi último inquilino se hacía llamar Paul Girard; pero tenía un ayuda de cámara que, tanto por charlatanería como por vanidad, acabó por decirme que su amo no era otro que el famoso, el riquísimo Armando Le Forestier.... ¿Y sabéis por qué ocultaba su verdadero nombre?... Este detalle os interesará....: porque buscaba siempre á los asesinos de su madre, y esperaba encontrarlos más fácilmente si no se daba á conocer.

—¡En Royat los asesinos de su madre!—dijo de Arnage, con el fin de hacerla hablar.

—Sí; ya sé que prefieren vivir en París (respondió Clara Mérot), y el señor Le Forestier lo sabe también, y no era en nuestra provincia en donde pensaba encontrarlos, aunque debía tener esperanza de saber allí algún dato....; pero no había contado con el amor que le retuvo....

—¿El amor?—preguntó el Marqués.

—Sí: se enamoró de una hermosa parisién, que había ido en compañía de su padre á pasar el verano allí.... ¡Oh! Y tenía buen gusto, porque era una muchacha preciosa.... ¡Y su padre, el señor de Beuvret, debía ser un desgraciado, porque estaba siempre tan triste y sombrío!.... ¡Pero era una persona muy simpática!

Al nombre de Beuvret, dicho tan bruscamen-
te y de aquella manera inesperada, los tres asoci-
ados levantaron la cabeza y se cruzaron sus
miradas.

XII.

La obscuridad iba en aumento desde la llegada de Clara Mérot, y solamente la antigua dependiente de Prudencia, próxima á una ventana, estaba iluminada. No pudiendo, pues, ver las miradas que al hablar del señor de Beuvret habían cambiado sus adversarios, continuó, sin haber notado el efecto que sus palabras producían:

—Este amor ha retenido al señor Le Forestier cuatro meses en aquel país, y todavía estaría en él, si no fuera porque el señor de Beuvret y su hija se han marchado ya de Royat.

—Pues bien (observó Arnage): los amores de que habláis no han sido más que interrumpidos, y seguirán de seguro en París, terminando en un matrimonio.... De manera que me parece que habéis escogido muy mala época para amenazarnos con hacer vuestras revelaciones á Armando Le Forestier; y si éste está tan enamorado, como decís, no tendrá tiempo de escucharos, pues la pasión debe hacerle olvidar sus proyectos de venganza.

—No, no lo espero (dijo Clara, sonriéndose). Me he informado, y sé que el señor Le Forestier

no piensa abandonar sus proyectos de venganza; y, además, no se casa por ahora, según me ha dicho el ayuda de cámara que tenía cuando estaba en Royat.

—¿Por qué?

—Porque le han negado la mano de la joven.

—¡Oh! ¡ese criado os ha engañado! (dijo el Marqués.) ¡Behusar un partido como ese!

—Pues, sí, señor....: el padre no quiere, según parece...., no sé por qué motivos; pero debe tenerlos grandes para haber impedido que continúen esas relaciones entre los dos jóvenes, y hacerlos separar bruscamente, hasta el punto de que ni el ayuda de cámara haya vuelto á oír hablar, ni del señor de Beuvret ni de su hija. Por consiguiente, al contrario de lo que pensáis, es el momento más oportuno para hacerle mis confidencias, pues por lo mismo que debe estar desesperado, no querrá más que encontrar algo que le preocupe y distraiga, y seré muy bien recibida si voy á decirle: «Puedo enseñaros á uno de los asesinos de vuestra madre, al más culpable de los tres, al que la ahogó con sus propias manos. Se llama Montbarán, y vive en la calle de Taitbout....: es el amante, desde hace veinte años, de la tendera de abanicos, que también le conocía...., y con la cual ha disfrutado el dinero robado, viviendo lujosamente.... Vengaos de esos dos *personajes*, mientras os designo á otro

de sus amigos que he visto en su casa ocupándose de sus negocios, y que estoy casi segura, por esta razón, de que habrá tomado parte en el asesinato».

El Marqués de Arnage, muy tranquilo, á pesar de la amenaza directa que le hacían, respondió:

—Antes de creer vuestra denuncia, antes de vengarse, el señor Le Forestier os pedirá las pruebas que justifiquen vuestra acusación, y no las tenéis.

—Contra vos todavía no, lo reconozco.

—¡Y contra mí, os desafío á que las presentéis!—dijo Montbarán.

Clara Mérot le miró con desprecio.

—¿Y vuestros ojos? ¿Y esa extraña mirada, señalada por todos y hasta por vuestra misma querida?... ¿Habéis olvidado, pues, el apodo que por esa causa os han dado? ¡*El de los ojos de gato!*.... ¡Esa mirada rara, que llamó la atención del hijo de la víctima la noche del crimen, según dijeron todos los periódicos de la época, y que de seguro no habrá podido olvidar! El día que Armando Le Forestier os conociese ó sospechase que erais el asesino de su madre, aunque tratara de ocultaros, y no os mostrarais nunca más que en pleno día y á la luz del sol, yo os aseguro que, á pesar de eso, Armando sabría hacer la obscuridad á vuestro alrededor...., comose ha ido haciendo poco á poco en esta habitación...., para

ver brillar vuestros ojos tan bien como yo los veo ahora.

Y con el cuerpo inclinado hacia Montbarán, sin alejarse de la ventana, continuó, exaltada y nerviosamente:

—¡Ah! Hacéis bien en cerrarlos; pero Armando Le Forestier os los haría abrir bien.... Además, el otro día noté que conserváis aún en vuestra mano la cicatriz de una herida, por la que también puede reconoceros.... ¡Los dientes de la víctima os marcaron para siempre, como en otro tiempo se marcaba á los forzados!

Casi hermosa en su arrebató, exaltada por sus palabras y por el convencimiento del peligro que corría al desafiar á sus tres adversarios, Clara Mérot iba á continuar, cuando el marqués de Arnage la interrumpió, diciendo:

—¡Basta! Aquí tenéis el dinero.

—¡Los cien mil francos!

—Sí, los cien mil francos.

—Alumbrad para que cuente, y para no ver más la mirada de ese hombre. Su antigua querida está acostumbrada á ella; pero á mí me da miedo.

Á pesar de su audacia, Clara Mérot seguía siendo prudente, pues no se había apartado aún del alfeizar de la ventana cuando el Marqués se adelantó hacia ella con los billetes de Banco en la mano. Apenas los tomó, sin contarlos siquiera

ra, abrió bruscamente la ventana, é hizo una seña á la persona que le aguardaba en la calle.

—¿Qué significa eso? (preguntó el marqués de Arnage.) ¿Nos habéis vendido?

—No, no os he vendido; tranquilizaos, cobardes.... Solamente he llamado para que subiesen á buscarme.... Me parece que tengo derecho á desconfiar y á tomar mis precauciones.

El timbre de la puerta de entrada se dejó oír en el recibimiento.

—¿Oís? Han llamado.... No ha tardado mucho en subir.... Yo misma abriré, y me marcharé sin que entre. Sólo quiero que me alumbréis.... Vamos, Prudencia; levántate, si tu obesidad te lo permite, y coge la luz...., que me parece que bien merezco esta atención, á cambio de dejar tranquilo á tu viejo y antiguo amante.

Prudencia obedeció maquinalmente: estaba dominada.

Cuando llegaron al recibimiento, Clara Mérot abrió la puerta, y dijo á la persona que la esperaba:

—Tranquilizaos....: nada me ha sucedido.

Después dirigió á Prudencia una última mirada de odio, y salió.

.....
La señora de Fontenay, roja de rabia, volvió á entrar en el gabinete.

—¡Miserable! ¡Infame! ¡Ladrona! (exclamó.)

Lo que es por mí, nunca, jamás hubiéramos cedido.

—Pues hubiera sido una tontería (dijo el marqués de Arnage, que había vuelto á quedar tranquilo). Nos tenía cogidos, y, como es tan resuelta y enérgica, no hubiera vacilado en denunciarnos.

—¿Estáis seguro de que no hablará ya?— preguntó Montbarán con voz aún temblorosa.

—Sí, estoy seguro: la he observado bien, y respondo de ella. Y una vez que por este lado no tenemos nada que temer, no nos queda más que aprovecharnos de las buenas noticias que nos ha dado.

—¿Las concernientes á Beuvret?

—Sí.

—¿Será nuestro antiguo cómplice?

—Sin duda: no existe más que un Beuvret....; además, el retrato que esa mujer nos ha hecho, es precisamente el suyo; y esa hija de que ha hablado, joven y bonita, es la misma de que yo os hablé.... En fin, su repugnancia en consentir un enlace tan ventajoso, es una señal que, unida á las otras, hace que pueda asegurarse que es el mismo.... ¡Sus escrúpulos, sus delicadezas! ¡Siempre, siempre igual!

El marqués de Arnage empezó á pasearse á grandes pasos por la habitación, como hacía antes de la llegada de Clara Mérot; sino que ahora,

en lugar de hablar, reflexionaba. Sus cómplices cuidaban de no interrumpirle, pues sabían desde hacía mucho tiempo que de sus meditaciones salía siempre alguna buena idea que aclaraba la situación. Transcurrieron cinco minutos, y después dijo el Marqués:

—Resumamos la situación, como hacemos siempre en las situaciones graves. Nuestra suerte ha cambiado, y en este momento no es muy buena.... La caja de nuestra sociedad está vacía, y en lugar del dinero, tenemos en ella un aderezo de brillantes, de que sería peligroso hacer uso.

—¿Y quién piensa en ello?—dijo Prudencia.

—En cuanto á los que explotamos, os diré que hemos perdido al que mayor cantidad nos pagaba.

—¿Cuál?—preguntaron á un tiempo la Fontenay y Montbarán.

—M. X...., que se ha suicidado ayer....; tal vez no podría pagarnos, y ha tenido miedo de nosotros. Ha hecho mal, porque no hubiéramos dicho nada. Si los hombres fueran menos tímidos y cobardes, la explotación de los secretos no sería posible.

—En efecto,—añadió Prudencia.

—Nuestros negocios (continuó el marqués de Arnage) no pueden seguir por ahora, porque para continuarlos tendríamos necesidad de un hombre joven que fuese un auxiliar seguro. Ya

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD

"ALFONSO RIVERA"

Ciudad de México, 1625 MONTREY, MEXICO

sabéis que para esto teníamos á Roberto du Chatel, y de la noche á la mañana se ha vuelto nuestro enemigo más temible. Este es el estado de cuentas de nuestra sociedad.

—¡Ay!—suspiró la señora de Fontenay.

—Hablemos ahora de nuestros intereses personales.... Gracias á un sacrificio considerable, nos hemos librado de un peligro cierto, inmediato, y Clara Mérot nos guardará el secreto....; pero hay otro que puede entregarnos á Armando Le Forestier, Roberto du Chatel, que nos espía, y á la menor imprudencia se convencerá de quién somos, y nos denunciará.

—Ayer (observó Montbarán) usabais un lenguaje muy distinto.

—Ayer era necesario tranquilizaros y animaros, porque no tenía más que eso que ofrecer.

—¿Y hoy?

—¡Hoy es otra cosa!.... ¿Estáis convencidos de que nuestra fortuna está comprometida y nuestras vidas amenazadas?

—Sí,—dijeron los dos, bajando la cabeza.

Entonces el marqués de Arnage se adelantó hacia ellos, y con la mirada brillante y voz temblorosa, les dijo:

—Pues bien: antes de tres meses, nuestra fortuna será mayor que nunca...., y no tendremos nada que temer de Armando Le Forestier.

XIII.

La resignación, que, en el sentido absoluto de la palabra, debería ser una sumisión completa á la suerte que el destino nos depara, no es á menudo más que una de las formas de la esperanza. Se resigna uno, pero con ciertas restricciones. La secreta esperanza de una vida mejor, en tiempo más ó menos cercano, en la tierra ó en el cielo, nos consuelan y animan. Así es cómo Clara de Beuvret y Juana du Chatel se habían resignado, sin duda, á no casarse con el hombre que adoraban, y á renunciar para siempre al matrimonio, renuncias que no debían ser muy sinceras en dos jovencitas de veinte años. Las dos nuevas amigas se habían vuelto á ver después de la visita del doctor du Chatel á Auteuil, y aunque no se visitaban, se citaban siempre un día por semana, en una alameda del Bosque de Boulogne próxima á la casa de la señorita de Beuvret.

Juana acudía á la cita en compañía de una antigua sirvienta, y con autorización de su padre, deseoso de verla distraerse, andar y respi-

sabéis que para esto teníamos á Roberto du Chatel, y de la noche á la mañana se ha vuelto nuestro enemigo más temible. Este es el estado de cuentas de nuestra sociedad.

—¡Ay!—suspiró la señora de Fontenay.

—Hablemos ahora de nuestros intereses personales.... Gracias á un sacrificio considerable, nos hemos librado de un peligro cierto, inmediato, y Clara Mérot nos guardará el secreto....; pero hay otro que puede entregarnos á Armando Le Forestier, Roberto du Chatel, que nos espía, y á la menor imprudencia se convencerá de quién somos, y nos denunciará.

—Ayer (observó Montbarán) usabais un lenguaje muy distinto.

—Ayer era necesario tranquilizaros y animaros, porque no tenía más que eso que ofrecer.

—¿Y hoy?

—¡Hoy es otra cosa!.... ¿Estáis convencidos de que nuestra fortuna está comprometida y nuestras vidas amenazadas?

—Sí,—dijeron los dos, bajando la cabeza.

Entonces el marqués de Arnage se adelantó hacia ellos, y con la mirada brillante y voz temblorosa, les dijo:

—Pues bien: antes de tres meses, nuestra fortuna será mayor que nunca...., y no tendremos nada que temer de Armando Le Forestier.

XIII.

La resignación, que, en el sentido absoluto de la palabra, debería ser una sumisión completa á la suerte que el destino nos depara, no es á menudo más que una de las formas de la esperanza. Se resigna uno, pero con ciertas restricciones. La secreta esperanza de una vida mejor, en tiempo más ó menos cercano, en la tierra ó en el cielo, nos consuelan y animan. Así es cómo Clara de Beuvret y Juana du Chatel se habían resignado, sin duda, á no casarse con el hombre que adoraban, y á renunciar para siempre al matrimonio, renunciando que no debían ser muy sinceras en dos jovencitas de veinte años. Las dos nuevas amigas se habían vuelto á ver después de la visita del doctor du Chatel á Auteuil, y aunque no se visitaban, se citaban siempre un día por semana, en una alameda del Bosque de Boulogne próxima á la casa de la señorita de Beuvret.

Juana acudía á la cita en compañía de una antigua sirvienta, y con autorización de su padre, deseoso de verla distraerse, andar y respi-

rar, después de un largo invierno, los primeros soplos de la primavera. En esta estación, Clara de Beuvret, que estaba demasiado triste ahora para pasar los días enteros en su habitación, ó para vivir encerrada en los estrechos límites de su jardincito, salía de cuando en cuando, con una vieja criada que estaba á su servicio hacía muchos años. El señor de Beuvret consentía estos paseos, porque así no tenía que acompañar á su hija, y se veía dispensado de presentarse en público, permitiéndole vivir más retirado que nunca. Sin embargo, Clara, incapaz de ocultarle nada, le dijo un día:

—Encuentro algunas veces á la señorita du Chatel, y me entretengo algunos instantes con ella. ¿Ves en ello algún inconveniente?

Su padre no tuvo más remedio que contestarle:

—¡No!

¿Qué razón hubiera podido dar para privar á su hija de toda distracción ó para impedirle aquellas cortas entrevistas con una joven bien educada y perteneciente á una familia respetable?

Era una tarde de Marzo; Juana y Clara paseaban juntas, seguidas por las dos mujeres que las acompañaban. Iban hablando, y la señorita de Beuvret decía á su amiga:

—Entonces.... ¿Tenéis alguna esperanza?

—Sí, desde hace algún tiempo.... ¿Qué que-

réis? Mi pasión es más fuerte que yo, y sólo la esperanza me sostiene.

—¿Y vuestro padre?

—¡Oh! Mi padre no dice nada.

—¿Y cuando os ve triste?

—Nunca estoy triste delante de él: procuro engañarle, y en cuanto le veo, pongo la cara sonriente.... Esto es instintivo, porque el pobre no puede verme sonreír. ¡Tiene los ojos tan malos! Mi hermano es el que me alegra un poco, y el que hace nacer en mí la esperanza de que antes os hablaba. «¿Cómo está tu capitán, hermanita? (me pregunta.) ¿No podrá obtener una licencia?... Cherbourg, donde se encuentra su regimiento, no está tan lejos». Yo le respondo: «Pero si viniese á París, no se atrevería á visitarnos.—¿Por qué?—Porque yo misma le he dicho que no quería casarme con él.—Pero él no te habrá creído, porque conoce que el verdadero motivo es nuestra pobreza, y sabe muy bien que ese maldito obstáculo desaparecerá tarde ó temprano. Las personas que se aman no quedan eternamente separadas por una miserable cuestión de dinero».

—Sí; tenéis razón (dijo la señorita de Beuvret). Cuando vuestro hermano habla así, es porque tiene su idea, una idea sugerida tal vez por el señor Le Forestier.... Una idea delicada; tened seguridad. Vuestro amor propio y el de vuestro padre no tendrán nada que sufrir.... En

fin (añadió, después de una pequeña pausa); ex-
pliquémonos francamente, mi querida Juana.
¿No encontráis que vuestro padre exagera su
dignidad? El señor Le Forestier tiene una fortu-
na, de la que no sabe qué hacer, que se va au-
mentando á pesar suyo, porque no puede gastar
sus rentas. ¡Y vosotros le negáis el derecho de
hacer dichosos á los que le rodean, á los que más
ama en el mundo! Encuentro, y permitidme
que os lo diga, que eso es portarse mal con él, y
no lo merece.... Vuestra dignidad se parece al
egoísmo.

—No puedo discutir esas cosas, mi querida
Clara.

—Reflexionad que el señor Le Forestier debe
estarle agradecido.

—¡Oh! ¡No digáis eso, no digáis eso! Precisa-
mente porque ha educado y cuidado á Armando,
no quiere mi padre que haya cuestión de dinero
entre nosotros. Se equivoca tal vez; pero las
ideas de un hombre de su edad no se discuten....
Y, por lo demás...., pienso como él.

—Pero vuestro hermano pensará de otra ma-
nera, y tenéis razón en esperar; quizá preparan
alguna cosa.... ¿Recibís alguna vez noticias de
vuestro capitán, Luciano Deroche?

—Sí, indirectamente.

—¿Por quién?

—Por Armando.

—¡Ah! ¡se escriben!....: para hablar de vos,
naturalmente. Entonces estoy completamente
tranquila sobre vuestro porvenir.

Y deteniéndose de pronto, buscó la mirada de
Juana, y la dijo:

—¿Sabéis que os envidio?

—¿Á mí?

—Sí; á vos, porque estáis más cerca de la fe-
licidad que yo.... Decís que vuestro padre tiene
ideas atrasadas; pues, ¿y el mío?... El señor du
Chatel no ha notado vuestra tristeza, según
decís.... Mi padre ha conocido la mía, y, sin
embargo, á pesar de su amor por mí, no me da
ninguna esperanza.

—Pero yo os la doy todas las semanas.... (ex-
clamó Juana, tomando las manos de su amiga);
pues aunque no me encargan que os diga nada,
ya conozco que muchas cosas se me dicen para
que os las repita.... No creo hacer mal en ello;
pues no se trata de asuntos de que no podamos
ocuparnos. ¿No se ha convenido que si Armando
encuentra á los asesinos de su madre y los cas-
tiga; si puede vivir, en fin, como cualquiera,
sin preocupaciones, sin una idea fija que le im-
pida dedicarse por completo á vos, vuestro padre
os permitirá casar?

—Sí, en eso convinieron; pero de una ma-
nera....

—Entonces, creo que debo ponerlos al corrien-

te de lo que pasa, pues es claro que os interesa.... No os hablo de Armando (añadió sonriendo), ni os digo que se ocupa constantemente de mi amiga Clara de Beuvret, que es su único pensamiento, que la ama mucho, mucho, con locura....; de eso no os hablo....; pero quiero hablaros de sus pesquisas, de la actividad que despliega, de su enérgica voluntad y de su esperanza de triunfar de todos los obstáculos para conseguir sus fines.

—Sí, sí, mi querida Juana; podremos entretenernos con todo eso (dijo la señorita de Beuvret, sonriendo también). No hablaremos de un matrimonio, sino de un crimen; no trataremos del amor, sino del odio y de la venganza.... Y á propósito: ¿han averiguado algo Armando ó Roberto?

—No, estamos lo mismo.... Mi hermano vigila cuidadosamente á esas dos mujeres que han querido comprometerle y hacerle su cómplice.

—¡Ay! Esas no deben ser las culpables del crimen que tanto nos interesa (dijo Clara, sacudiendo la cabeza), y estamos aún muy lejos del fin.... ¿Llegaremos á él alguna vez?

—Roberto está lleno de confianza.

—¿En qué se funda su confianza? ¿En el ardiente deseo que tiene de triunfar y de hacer ese servicio á su amigo?

—Y también en su instinto.... Una voz secreta le grita: «¡Encontrarás!»

—Dios quiera que esa voz le grite algún día: «¡Ya has encontrado! ¡Aquí los tienes!»

.....

.....

Mientras que las dos amigas se paseaban, hablando de sus esperanzas y temores, el señor de Beuvret, encerrado en su casa, escribía un artículo impacientemente esperado en la *Revista*, y que debían venir á buscar en el mismo día. Este artículo le tenía completamente absorto, poniendo en él todo su cuidado. Algunos desgraciados buscan el olvido en la embriaguez, otros en los excesos y placeres, pero él había buscado siempre, y sobre todo le buscaba ahora, en el trabajo, que le permitía aislarse algunos instantes, y no ver ni el pasado ni el porvenir. ¡El porvenir de su hija, por supuesto! Un padre amante, como él lo era, adivina lo que no ve, y oye las palabras que no se pronuncian. Así notaba Beuvret que Clara no renunciaba á sus proyectos. En la actualidad no tenía que temer por él. ¿Quién podía reconocerle, cuando Julia, la antigua doncella de la señora Le Forestier, no le había reconocido?

Sus cómplices debían haber perdido su pista, si existían.... ¿Qué adelantarían, además, con demandarle, si tanto tenían que temer de él como él de ellos?

Pero tenía miedo por su hija, y se decía con

razón, con ese instinto paternal que no engaña: «La esperanza la sostiene todavía; cree que al fin Armando encontrará á los asesinos de su madre. Cuando vea que por fin no ha conseguido nada, ¡qué desengaño!...»

Y después, si renuncia á sus proyectos de venganza, vendrá un día á buscarme, para decirme: «Caballero, renunció á mi venganza; no puedo luchar contra un imposible.... Ahora podré consagrar mi vida entera á hacer dichosa á vuestra hija; y ya no tendréis ningún obstáculo que oponer. Os pido su mano».

¡Y todos se unirían á su ruego!... Clara se arrodillaría delante de él, y le diría: «¡Padre, mi dicha es ser suya para siempre! ¡No me condenéis á una tristeza constante y á un dolor eterno!»

He aquí por qué Beuvret no quería reflexionar, por qué estudiaba siempre, por qué se embriagaba con el trabajo, como se embriagan con el vino los borrachos.

Acababa de terminar su artículo, y le repasaba cuidadosamente, cuando oyó llamar á la puerta de la casa. Era, sin duda, el enviado de la *Revista*, que, temiendo la lentitud del correo, venía por el artículo, según le habían encargado. Beuvret no quiso molestarse, pensando que abriría su sirvienta, á quien desde por la mañana había prevenido para que le avisase; pero recor-

dando luego que había salido con Clara, y que no las había oído volver, se levantó, salió de su gabinete, y atravesando el vestíbulo, abrió.

Un hombre, como de cincuenta años, pequeño, delgado, apareció al abrir la puerta.

—¿Venís de la *Revista* á buscar el artículo? Entrad. Ya está concluido. Seguidme, que voy á buscarle,—dijo el señor de Beuvret, persuadido de que estaba hablando con el hombre que esperaba, y sin fijarse apenas en él.

Y dirigiéndose á su gabinete, entró; reunió algunas hojas de papel esparcidas sobre la mesa, las puso una faja, y se las alargó al hombre que estaba de pie delante de él; pero éste, sin adelantar la mano, le dijo:

—Por lo que veo, no me reconocéis, mi querido Beuvret.... Soy el marqués de Arnage.... ¿Oís bien? Vuestro amigo el marqués de Arnage.

XIV.

Al oír aquellas palabras, Beuvret se quedó inmóvil y mudo. En las comedias, en el teatro, las personas sorprendidas por una noticia imprevista y terrible, retroceden siempre y dan un paso atrás. Están en un error. Cuando eso sucede, se permanece inmóvil, clavado en el mismo sitio, espantado por el golpe que se recibe en medio del corazón; pero después de esta primera conmoción, de esta descarga eléctrica, por decirlo así, si no se muere, sobreviene una reacción, y el corazón, súbitamente parado, helado, vuelve á su acompasado movimiento, al calor y á la vida, recobrándose al mismo tiempo la palabra y el color. Esto es lo que pasó á Beuvret, que, no habiendo muerto, se lanzó sobre el Marqués, y poniendo sobre él sus manos, y encorvándose para verle mejor, le dijo con voz sorda:

—¡Y eres tú..., sí, tú! ¡Miserable!

Aunque al principio se asustó por este brusco movimiento, el marqués de Arnage se repuso al instante, y desprendiéndose de los brazos de Beuvret, le dijo con tono alegre:

—¡Oh, amigo mío! ¡Con qué rudeza recibís á vuestros antiguos compañeros! Me arrepiento verdaderamente de haberos venido á ver solo, por discreción, para incomodaros lo menos posible. He debido venir con Montbarán, que es de vuestra edad, de vuestra estatura, y al cual de seguro no os hubiérais atrevido á tratar tan brutalmente.

—¡Ah! ¡vive también!—murmuró Beuvret, apoyándose en su escritorio, y sintiendo flaquear sus piernas y que las fuerzas le abandonaban.

—Claro que vive.... ¿Por qué no había de vivir, como vos y como yo? ¡Ah! ¿Habíais creído que habíamos muerto los dos? Me explico ahora vuestro asombro, vuestras violencias. Creísteis ver á un espectro.

—¿Qué queréis, uno y otro?... (preguntó Beuvret, demudado, desfalleciendo). ¿Venís á proponerme un nuevo crimen?

—De ninguna manera. Vengo á hablaros del que hace ya tiempo cometimos.

—El que cometisteis, querreis decir,—dijo Beuvret.

—Con vos..., sí.

—¡Yo no he asesinado!

—Puede ser; pero habéis facilitado el asesinato y os habéis lucrado con él.

—¡Ah! ¡Tened cuidado!

—Tened también cuidado (dijo tranquilamen-

te el Marqués). Montbarán está en un carruaje en la Avenida, á unos cuantos pasos de aquí. Si no volviese, si me viera herido, vendría al momento; y.... ¿no tenéis miedo al ruido, al escándalo?

Estas palabras recordaron á Beuvret que su hija iba á llegar de un momento á otro.

Si llegara entonces, en el terror que expresaba su semblante, en su turbación, ¿no conocería que algo grave había ocurrido á su padre?

—Esperad, esperad, que ahora vuelvo, — dijo vivamente al marqués de Arnage.

Corrió hacia el vestíbulo, y gritó:

—¡Clara! ¡Clara! ¿Estás ahí?

Nadie respondió.

¡No, su hija no estaba en la casa!

Entonces se lanzó hacia la puerta de entrada, y echó el cerrojo.

Clara podría extrañar que su padre se hubiera encerrado así; pero no le sorprendería con aquel hombre, ni oíría lo que estaban diciendo.

Beuvret volvió á su gabinete, donde el Marqués le aguardaba en el mismo sitio, y en voz baja dijo:

—Veamos, caballero; hablad; decidme lo que queréis.

—Con mucho gusto.... Se trata del señor Armando Le Forestier, á quien conocéis.

—No, no le conozco ni le veo.

—No le veis ahora, es verdad; pero le habéis visto y habéis pasado cuatro meses con él este verano en Royat.... No lo neguéis; estoy perfectamente enterado.

—¿Y qué queréis?—preguntó brevemente.

—Debéis saber, sin duda (replicó el marqués de Arnage, que se había sentado cómodamente, y tenía las piernas cruzadas), que el señor Le Forestier busca activamente á los asesinos de su madre.

—Sí, ya lo sé....; está en su derecho....; seguid.

—Hasta el día no los ha encontrado...., y la prueba de ello es que ni Montbarán, ni vos, ni yo, hemos estado nunca inquietos....; pero temo ahora que las nuevas pesquisas á que se dedica desde hace algún tiempo, acaben por descubrirnos...., y por eso he venido, en nombre de Montbarán, en el mío y en interés de los tres, á entenderme con vos, á fin de que el señor Le Forestier continúe siempre en una ignorancia que nos ha salvado hasta el presente.

—¿Y qué puedo yo hacer en eso? ¿Qué concurso puedo prestaros?

—Un concurso precioso; pero es un poco largo de explicar, y, si lo preferís, podremos volvernos á ver.... Por el momento me ha bastado asegurarme de que existíais, y ponerlos al corriente de la situación.

Quando iba á responder, el señor de Beuvret oyó tocar en una de las vidrieras de las ventanas, y se volvió vivamente. Era Clara, que después de haber tratado inútilmente de abrir la puerta, había dado la vuelta á la casa, y venía á decir á su padre que abriera.

XV.

Desde que apercibió á su hija detrás de la vidriera, Beuvret hizo seña al marqués de Arnaque de que no se moviera del sitio en que estaba, que era en la parte más obscura del gabinete, y después, adelantándose hacia la ventana, la entreabrió.

—Estoy ocupado, hija mía (dijo); ¿qué querías?

—Nada más que pedirte que me abrieras la puerta de la calle. No sé lo que tiene, que por más que hemos hecho Anita y yo dando vueltas á la llave y empujando....

—Voy á ver; prueba á abrir.

Volvió á cerrar la ventana, y saliendo al recibimiento, recorrió suavemente el cerrojo, y dijo abriendo:

—Había una piedra detrás de la puerta, que impedía abrirla; por eso, aunque empujabas, era inútil.

Y como Clara se dirigiese hacia la sala, le detuvo, diciéndole:

—No entres ahí: sube á tu cuarto un instan-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTORREY, MEXICO

te, que estoy hablando de un negocio con uno de la *Revista*.

—Bueno, bueno,—contestó su hija, subiendo la escalera.

Entonces Beuvret fué á reunirse con el marqués de Arnage, y le dijo vivamente, con voz baja y precipitada:

—Es imposible que sigamos hablando....; os volveré á ver.... donde queráis...., pero no aquí.

—Es claro; si ya os lo he dicho yo....: ¿y cuándo nos veremos?

—Esta noche.

—Bueno; ¿dónde queréis que nos encontremos?

—Me es igual....; decidlo vos.

—Entonces en casa de Montbarán, que vive en la calle de Taitbout....

—¡No, no! ¡No quiero ir á casa de ese hombre!

—Bien....; pero como tendríais sin duda la misma repugnancia á ir á la mía, me veo precisado á proponeros un sitio público: el *Café Inglés*, por ejemplo.

—¡Oh!—dijo Beuvret estremeciéndose.

—Sí; comprendo que no os gustará volveros á encontrar allí con nosotros, al cabo de veinte años, en el mismo sitio.

—¡Más bajo! ¡Hablad más bajo!

—Propongo ir á ese restaurant (continuó el

marqués de Arnage, bajando aún más la voz), porque es el único sitio en que estoy seguro de que podemos estar tranquilos: conozco el gabinete que es preciso escoger, para que nadie nos moleste, y le alquilaré....; conquese esta noche, á las nueve, en el *Café Inglés*....; cuento con vos.

Y saludando, salió acompañado hasta la puerta por el señor de Beuvret.

Éste, desde que entró en su gabinete, se arrojó en un sillón.

¡La fatalidad se cebaba en él! Con la vuelta de sus cómplices, que se había hecho la ilusión de creer habían desaparecido para siempre, todo su pasado renacía, todos sus remordimientos latentes, después de largos años, volvían á hacerse vivos y agudos.

La llegada de su hija le sacó de su abatimiento: venía muy contenta de su paseo, y sobre todo de su entrevista con Juana du Chatel, y entró en la habitación, alegre y sonriente.

—¿Estás sólo?... ¿se ha ido ese de la *Revista*?... ¿han venido á buscar tu artículo?

—Sí,—respondió maquinalmente Beuvret.

Pero de pronto vió su artículo sobre la mesa, y temiendo que su hija se apercibiese, dijo:

—¡No, no sé lo que me digo....: estaba pensando en otra cosa! No han venido todavía del periódico.

—¡Ah! Como me habías dicho antes que estabas con uno de la *Revista*....

—Sí, con un redactor, no con el mozo que lleva las pruebas.

—¿Qué te quería ese redactor?

—Pedirme de parte del director una cosa muy fastidiosa.... Por eso me ves tan preocupado.

—¿Pues qué quieren?

—Me ruegan que vaya esta noche á la redacción del periódico, para que vea el artículo de un principiante que tiene talento, según dicen, pero que ha encontrado algunas dificultades para concluir su trabajo, y tienen necesidad de mí.

—Pues bien; me alegro, porque tendrás que ir, y así saldrás de tu gabinete. No haces nunca ejercicio; vives aquí encerrado, y eso no es bueno.

—Es que este trabajo me ocupará toda la noche, tal vez.

—Bueno, por una vez.... ¿Qué más te da velar allí?... ¿Á qué hora te esperan?

—Á las nueve.

—Saldrás de casa á las ocho...., y yo me encerraré muy bien...., aunque sabes que no soy miedosa. Anita velará hasta la hora en que tú vuelvas.

Después se aproximó á su padre, y le echó los brazos al cuello.

—Hoy he visto á Juana du Chatel, y hemos hablado mucho.... El señor Armando Le Fores-

tier sigue siempre en la misma idea, buscando con más actividad que nunca á los asesinos de su madre, y, según me han asegurado, está en muy buen camino para encontrarlos.

—¡Ah! (dijo Beuvret); ¡y eso te causa tanto placer!

—¡Pues ya lo creo! Y tú sabes muy bien por qué.... Soy como el señor Le Forestier, y no renuncio tan fácilmente á mis ideas...., y mucho más cuando tú no me impides que las tenga....; porque no te has opuesto nunca á mi matrimonio, sino solamente has puesto condiciones.

Comieron juntos: Clara, siempre con la sonrisa en los labios y más alegre que de costumbre, y su padre haciendo esfuerzos sobrehumanos para que no se apercibiese de lo que estaba sufriendo.

Algunos minutos antes de las ocho, Beuvret dejó á su hija, y tomando un coche, se hizo conducir á los boulevards, y á la hora convenida llegó al *Café Inglés*.... Subió lentamente aquella escalera, ¡aquella escalera, que no había subido desde hacía veinte años!

XVI.

El marqués de Arnage y Montbarán esperaban en el *Café Inglés* al señor de Beuvret, precisamente en el mismo gabinete en que veinte años antes se habían reunido los tres. ¡La casualidad hace tantas cosas, que pudo también hacer ésta, sin que ninguno de ellos lo pensara! El Marqués, sin familia y sin querida, comía y cenaba muchos días, hacía ya bastante tiempo, en este saloncito, situado en el mismo sitio que el antiguo *Gran Suizo*, á la extremidad del corredor, y completamente aislado. Cerrada la puerta, caídos sus gruesos portiers, se podía hablar sin temor, y he ahí por qué el Marqués y Montbarán se citaban en este sitio, y, después de una buena comida, hablaban de sus asuntos y negocios. Prudencia se les reunía á veces, y Rachel había comido allí con ellos en muchas ocasiones, para recibir sus órdenes. La duquesa de X... se había visto también obligada á tener una entrevista en este saloncito, prefiriendo ir á este sitio con la cabeza oculta y el cuerpo disimulado debajo de un gran mantón, á recibir en su casa á aquellos pillos que la explotaban.

Así, pues, este gabinete era para la sociedad, al mismo tiempo un despacho para tratar de sus asuntos y un lugar de placer.

La tarde de que hablamos, el Marqués y Montbarán habían llegado á aquel saloncito á las siete y cuarto, vestidos de negro y con corbata blanca, siguiendo su costumbre, su tradición, para justificar materialmente el nombre de la sociedad. Pidieron la comida, y se sentaron uno frente al otro en la mesa. Cohibidos durante ella por el ir y venir de los mozos, no cambiaron más que algunas frases sin importancia; pero después de servidos los postres se hicieron ya más expansivos.

—Entonces (preguntó Montbarán), ¿vuestra inesperada presencia ha producido una gran sorpresa al señor de Beuvret?

—¡Ya lo creo! El estupor primero; después la cólera, y por fin la angustia y el temor... ¡Pobre hombre! ¡le comprendo y le compadezco!... Lo digo formalmente, querido. ¡Debe haber sido horrible para él eso de volvernos á ver, cuando no debía esperarlo ni remotamente, que nos cruzamos en la marcha de su vida apacible y laboriosa! Pero no podíamos vacilar, y era necesario pensar en nosotros antes que en nadie.

—¿Estáis seguro de que vendrá Beuvret?

—¡Que si vendrá!... Más bien antes de la

hora. Pensad que no teme solamente por él, sino por su hija.

—Sí; le tenemos bien cogido, si nuestro plan se practica.

—Se practicará, como todos los que yo he pensado (respondió el marqués de Arnage con cierto orgullo). Sino que es preciso andar con tiento, porque podríamos perderlo todo, si no supiésemos esperar....; y la verdad es, que hasta entonces tendremos que vivir del aire, como los camaleones.

—Eso digo yo,—dijo Montbarán, sonriendo al ver que el Marqués tomaba á broma la situación.

—Es la primera vez que nos hemos visto tan apurados (replicó el Marqués). Nuestra caja ha guardado siempre algunos miles de francos para las necesidades más apremiantes, y hoy no se encontrarían en ella ni cinco luíses.... Esto me apura aún más; pues no podré satisfacer mi pasión por el juego.

—Y á mí (dijo Montbarán, desgranando un racimo de uvas), también me domina otra pasión.

—Siempre la de las mujeres. ¿No es eso?

—¡Ay! Siempre.

—Pero, ¿y Prudencia?

—¡Ah! No os burléis de mí, querido.... Precisamente es ella la causa de esta fiebre amorosa. ¡Si supierais lo que es, con mis gustos, con mis instintos, vivir desde hace veinte años con

la misma mujer. ¡Si siquiera no me amase!; pero me ama de una manera.... atroz.... Las mujeres no nos ven envejecer. Bajo ese punto de vista son mucho mejores que nosotros; pues, al contrario de ellas, presenciarnos su lenta metamorfosis y su decaimiento. Sin querer, al mirarlas, contamos sus cabellos blancos, sus arrugas...., que nos causan irresistibles deseos de juventud y de frescura.... ¡Ah! ¡Rachel, Rachel!

—¿De veras lo habéis tomado tan á pecho?

—Sí; y tarde ó temprano tenía que ser así.

Prudencia está siempre á su lado, se pega á ella.... ¡Ver esa vieja horrible al lado de aquella cabeza tan hermosa! ¡Aquellos labios delgados, secos, pintados de carmín, junto á aquella boca adorable! ¡Qué diferencia!.... Hasta aquí he podido contenerme, porque Rachel no era de nadie, ó bien porque obedecía á nuestras órdenes; pero hoy, que es indudable que ha llegado á enamorarse de ese Roberto du Chatel, os lo confieso, sufro atrozmente.

—Pues bien, querido (dijo el Marqués de Arnage con su tranquilidad acostumbrada); ese es un capricho que podréis satisfacer.... cuando seamos ricos.

—Sí; pero vos mismo habéis dicho antes que estamos aún muy lejos de serlo.

—Sin duda, si esperamos á que el negocio Forestier haya producido lo que debe produ-

cir. ¿Pero antes no podríamos explotar otro?

—¿Cuál? Ordenad, que estoy dispuesto á todo.

—¿Os acordáis de aquel gran proyecto que tenía yo? Explotar á los verdaderos criminales, á aquellos que la justicia no ha podido llegar á descubrir.

—¡Qué! ¿habéis descubierto alguno?

—Todavía no; pero buscando como yo sé buscar.... ¿No os he dicho que el último asesinato cometido en el camino de hierro en la persona de un Prefecto, me tenía muy preocupado?

—Sí; continuad.

El marqués de Arnage, según su antigua costumbre, se bebió un vaso de agua helada, y dijo mirando su reloj.

—No son más que las ocho y media.... Aún podemos disponer de media hora, antes de la llegada de Beuvret. Consultemos juntos el negocio, porque os aseguro que vale la pena.

—No deseo otra cosa,—dijo Montbarán, apoyando los codos sobre la mesa.

—Dejemos á un lado (continuó el Marqués) los detalles materiales, que conoceréis por los periódicos tan bien como yo, y ocupémonos sólo de las sospechas, de las razones que puede haber para suponer autor del crimen á tal ó cuál individuo.

—¿Os unís á la opinión de las personas que ven en ese crimen una venganza política?

—Esa es una tontería. Las pasiones políticas no son bastante vivas en nuestros días para que se cometan crímenes por satisfacerlas; y si no, ved el Congreso: la derecha y la izquierda se insultan, se apostrofan, se enseñan los puños, y cuando salen de la Cámara, comen, beben y ríen juntos los mismos que acaban de insultarse con tan extraordinario ardor.... Sólo un loco podría llegar al asesinato por política...., y los locos no toman antes y después del crimen las precauciones que ha tomado el culpable cuando ha cometido el delito.

—¿Creéis acaso sea una venganza de un marido?

—Todavía menos. ¿Por qué se había de hacer asesino un marido? Sabía de antemano que si mataba le había de absolver el jurado.

—¿Tal vez una enemistad de familia, como se ha dicho y escrito?

—Tampoco. No estamos en Córcega, y, además, la familia es un círculo limitado, y todo el mundo conoce sus querellas. Se saben cuáles son sus enemistades, y, francamente, en ese caso, si la justicia no ha descubierto nada, es porque no ha querido.

—¿Entonces, según vos, el móvil del crimen ha sido el robo?

—Sí, digan lo que quieran, eso es lo que creo,—dijo el marqués de Arnage.

—Pero, ¿y ese billete de Banco encontrado en el vagón?

—¡Pues qué! ¿no es esa la eterna historia? El asesino trata de desviar las sospechas, de hacer creer que no ha robado nada, de engañar á la justicia sobre las causas que han motivado el crimen, lanzándola en una falsa vía. Se roban cinco luises y se deja uno en el bolsillo de la víctima, y si el robo es más considerable, se deja mayor cantidad, ó, en pocas palabras, se pagan los intereses adelantados; el tanto por ciento, para no ser descubierto.

—Sí (dijo Montbarán); esta astucia es antigua y conocida, y es probable que la hayan empleado en este caso. Sin embargo, afirman que la persona asesinada no llevaba dinero.

—¿Y qué saben las gentes? De todas las versiones que han dado los periódicos sobre este asunto, no creo más que una sola: la de los fondos reservados.

—Después se ha desmentido.

—Es lógico. ¿Qué ministro iba á atreverse á confesar que había dado aquel día treinta ó cuarenta mil francos á un Prefecto que acaba de hacer unas buenas elecciones, y debe pagar el celo de sus servidores?

—Es verosímil esa versión; ¿pero no es necesaria una orden para que se le pague? Ya

sabéis que, mediante esas facturas, pagan los tesoreros generales.

—Siempre que el Prefecto se encuentre en su prefectura; pero si está de paso en París, ¿quién le impide al ministro del Interior abrir su caja de fondos y entregarle la suma en su propia mano?... Sabéis perfectamente que existen fondos secretos...., reservados. En otro tiempo estaban inscritos en el capítulo cuarto de los presupuestos. Todo es misterioso en el ministerio del Interior. Las atribuciones de la primera oficina relativa á la seguridad en general, ¿sabe alguno cuáles son? Allí hay un letrado que dice: «Objetos generales que no tienen consignación fija».... Y no hay que decir; allí está impreso, y podéis verlo cuando gustéis....; ya comprenderéis que unas frases como éstas son elásticas, y permiten que se dé á un Prefecto una gruesa suma, para un objeto desconocido, sin designación fija.

—Estoy conforme (dijo Montbarán); todo es posible. Supongamos que, de una manera ú otra, le han entregado al Prefecto un paquete de billetes de Banco en casa del ministro ó en la contaduría del ministerio; ¿pero quién se los ha visto tomar? ¿Quién ha sabido que le habían entregado aquella cantidad?

—Eso es precisamente lo que yo busco.

—¿Y esperáis encontrarlo?

—No sé todavía.

—Pero eso no nos da dinero al contado,—
hizo observar Montbarán dando un suspiro.

El marqués de Arnage no pudo responder,
porque un mozo acababa de entrar, diciendo:

Ahí hay uno que desea hablar al señor Mar-
qués.

—Un hombre como de cincuenta años, alto,
¿no es eso?... Un poco encorvado.

—Precisamente, señor Marqués.

—Hacedle entrar.

XVII.

Cuando el señor de Beuvret entró, miró los
muros, la chimenea, los espejos y la mesa.
Quería reconocer aquel lugar de tan malos re-
cuerdos, y decía: «¡Estoy en el mismo sitio, con
las mismas gentes!» Montbarán y el marqués de
Arnage se habían levantado, y silenciosos le
examinaban también. Por fin, el marqués le
indicó una silla, y le dijo cortésmente:

—Sentaos, caballero.

Beuvret cogió la silla que le designaban, y,
separándola de la mesa, se sentó, teniendo en
la mano su sombrero, como si estuviera en una
visita. Con su traje oscuro, y su largo gabán
abrochado desde el cuello, parecía una mancha
negra caída en aquel lujoso saloncito, cubierto de
ricas telas y perfectamente iluminado, y al lado
de aquellos dos hombres elegantes y vestidos de
etiqueta.

—Caballero (dijo el marqués de Arnage, que
había vuelto á sentarse en un canapé, delante de
la mesa); os pido permiso, antes de abordar la
cuestión que nos reúne hoy, para establecer bien
nuestras situaciones respectivas. Esto es esen-

cial, á causa de la acogida un poco.... viva que me hicisteis esta tarde.... ¡Oh! No la doy más importancia de la que tiene. Comprendo y excuso la turbación del primer momento; pero vuestra existencia desde los acontecimientos de otro tiempo, existencia de las más honradas, me complazco en hacerlo constar así, os ha hecho quizá severo para vuestros antiguos amigos, vuestros asociados...., digamos la palabra, si lo permitís....: vuestros cómplices.

—Estoy obligado á permitirlo todo, caballero (respondió el señor de Beuvret). Continúa.

—Mientras que vuestra conciencia no os reprochaba, sin duda, más que una leve falta (continuó el Marqués), á nosotros nos habréis atribuido quizá un crimen. Esto es injusto.... El día en que en este mismo sanloncito, que parece habéis reconocido, os hablé por primera vez de la señora Le Forestier y de sus millones, no creí nunca que este negocio nos hubiera conducido tan lejos.... Durante su preparación, hasta la hora de ejecutarlo, los tres obrábamos de buena fe, separando en absoluto todos los medios violentos, y no pensando jamás en producir la muerte; pero circunstancias imprevistas la produjeron, y, podéis creernos, nuestros remordimientos no han sido menores que los vuestros.

Durante este relato, el marqués de Arnage se servía de expresiones dulces, escogidas, y

hablaba del asesinato con una medida y una tranquilidad perfectas. Beuvret le oía impasible y sin responder ni una palabra; pero no por esto se desanimaba el Marqués, que concluyó en estos términos la primera parte de su discurso:

—Así, pues, caballero, tenemos una parte de responsabilidad igual en el.... negocio, y espero que en el porvenir, si nuestras relaciones continúan, nos evitaréis reproches penosos, y no tendré que volver á oír epítetos como aquel con que me habéis saludado á mi llegada á vuestra casa.... Esto dicho, os pediré que nos hagáis justicia en otra cosa. Desde el día en que nos vimos por última vez, después de haber hecho á conciencia las particiones de nuestros capitales, no habéis vuelto á oír hablar de nosotros, y habéis vivido á vuestro gusto, así como nosotros vivíamos siguiendo nuestros caprichos.... Si yo me he ocupado de vos, ha sido en secreto, para no molestaros.... Me enteré, sin que lo supierais, de vuestro matrimonio, del nacimiento de vuestra hija, de la muerte de vuestra mujer, y de vuestros triunfos en los trabajos científicos á que os dedicáis. También he leído en los periódicos que habéis restituido al señor Le Forestier los seiscientos mil francos que os tocaron, condoliéndome de no poder imitaros, sin duda porque mis necesidades eran mayores que las vuestras.

—¡Ó mis remordimientos mayores que los

vuestros!—no pudo menos de murmurar Beuvret.

—Os ruego que no hablemos de eso (dijo el Marqués); nos arrastraría demasiado lejos. Llegaríais acaso á probarnos que sois mejor que nosotros. ¿Y qué adelantáramos? Aparte de que lo dudamos algo.... Estamos al corriente de vuestra vida, y ni Montbarán ni yo pensamos en turbarla. Hubierais muerto en paz, sin volvernos á ver, sin oír hablar de nosotros, si de repente no hubieran sobrevenido graves acontecimientos....; pero permitidme beber este vaso de agua helada, y proseguiré.

Montbarán aprovechó la interrupción para servirse licor y encender un cigarro.

—Esta tarde, en vuestra casa (dijo el marqués de Arnage, vaciando su vaso de agua helada), os he dicho, en dos palabras, de lo que se trataba. Voy ahora á tener el honor de daros explicaciones más amplias.... El señor Le Forestier, desde su mayor edad...., hace ocho años próximamente, emprendió una serie de investigaciones, que tenían por objeto encontrarnos á los tres; pero nosotros tenemos sobre él una gran ventaja. No nos conoce, y nosotros le conocemos. Esto nos ha permitido evitarle, despistar las gentes que empleaba, así como también dirigir sus investigaciones por distinto camino del en que nos encontrábamos. ¡Creía atraparnos, y éramos nosotros los que le atrapábamos á él! Es una policía de

nuevo género que he imaginado, en que los papeles están invertidos. Ó, en otros términos: la liebre caza al cazador.

Beuvret no sonrió al oír esta broma, pero Montbarán creyó deber hacerlo, en señal de admiración.

—Han pasado varios años (dijo el marqués de Arnage) sin que el señor Le Forestier nos descubriese, ni tuviera la más leve idea del lugar en que nos habíamos refugiado...., y continuaría viviendo en la misma ignorancia á su regreso de Royat, donde ha pasado el verano último, si no hubiera pensado en reunirse para hacer sus pesquisas con su íntimo amigo Roberto du Chatel.... Le conocéis, ¿no es eso?

Y como Beuvret guardase silencio, Montbarán, impaciente, intervino bruscamente.

—Haced el favor de responder (dijo). Va en ello nuestra vida.

—¡Oh! ¡Si no se tratase más que de vuestra vida y de la mía!....—dijo el desgraciado, levantando la cabeza.

—Sí, sí; no dudo que á vos no os importará nada; pero nosotros tenemos aún la debilidad de apreciar nuestra existencia; así es que vuelvo á repetir la pregunta del Marqués: ¿conocéis á Roberto du Chatel?

—Personalmente.... apenas; pero conozco á su familia.

—Bien, gracias,—dijo el marqués de Arnage. Y siempre en la misma idea, continuó:

—Ese amigo del señor Le Forestier se ha introducido entre nosotros, en la sociedad en que vivimos.... Esto es una casualidad, y no creo que á sus ojos seamos todavía sospechosos; pero es un inteligente observador, y si cometiésemos la menor falta..., ya comprenderéis....

—Comprendo (dijo Beuvret, interrumpiéndole por primera vez) que si teméis ser delatados, no tenéis más que un partido que tomar.

—¿Cuál?

—Dejar á Paris por algún tiempo, y pasar al extranjero.

—¿Y creéis que el señor Le Forestier no iría al extranjero si supiese que estábamos allí y éramos culpables?... Las fronteras no existen para él; debéis saberlo bien, puesto que le conocéis.

—Entonces, cambiad vuestras costumbres, y cesad de vivir en esa sociedad en que el señor du Chatel ha penetrado.

—¡Estáis aconsejándonos lo que os gusta! (dijo Montbarán, interrumpiéndole.) Si os propusiéramos que os volvierais un hombre de sociedad, y asistierais á reuniones y orgías, ¿lo aceptaríais? Diríais: «No, no puedo». Pues bien: por nuestra parte, tampoco podemos renunciar á todo lo que hasta aquí y siempre nos ha agradado. Es nece-

sario buscar otro medio de alejar á nuestro enemigo, y el Marqués, que lo ha encontrado, va á comunicárnoslo.

Y fatigado y engreído de haber hablado así, extendió sus piernas sobre una silla que se encontraba á su lado, mientras el Marqués, volviéndose hacia Beuvret, le dijo:

—El medio de que habla nuestro amigo es el siguiente: consiste en conseguir que Roberto du Chatel se aleje de él, de nuestro mundo. Esto es mucho mejor....; si nosotros cometiéramos la falta de alejarnos, como acabáis de aconsejarnos, concebiría sospechas....; pero si es él, si se marcha por su gusto; si por su voluntad renuncia á vivir en nuestra sociedad, en nuestro mundo, nada tendremos que temer.

—¿Y contáis conmigo para decidirle á que se aleje?—preguntó bruscamente Beuvret, olvidando sus maneras mesuradas, y deseando saber cuanto antes lo que de él exigían.

—Sí; hemos pensado que no negaríais este favor á dos antiguos.... aliados.

—No, no se lo niego; pero no puedo hacerlo, porque no tengo la suficiente influencia para que la persona de que habláis me obedezca.

—Sobre ella...., es posible; pero sobre Armando Le Forestier, que es, en resumidas cuentas, la cabeza, mientras que Roberto no es más que los brazos, y puede, por consiguiente, decir

cuando guste á su amigo: «Te doy las gracias por todos los cuidados, por todas las molestias que te he ocasionado. Vuelve á hacer tu vida ordinaria. He renunciado á buscar por más tiempo á los asesinos de mi madre».

—Le Forestier no dirá nunca eso.

—Porque no querréis que lo diga, querido amigo.

—¿Yo?

—Sí, vos: nada os sería tan fácil como hacer desistir á Armando de sus proyectos; de cambiar el curso de sus ideas... Está enamorado, muy enamorado; no digáis que no; lo sé...; dejadle amar con toda libertad...., y tened seguridad, su amor le hará olvidar su venganza.

Los temores que Beuvret se había imaginado á la vista del marqués de Arnage, que eran al principio vagos, se acentuaron. No podía hacerse ilusiones; comprendía lo que sus adversarios deseaban.

—¡Enamorado!—respondió. No sé de quién.

Montbarán, temiendo la calma del Marqués, respondió resueltamente:

—De vuestra hija.

El desgraciado Beuvret, aunque esperaba esta respuesta, no fué dueño de sí, y gritó:

—¡Callad, callad....; no habléis de mi hija!

—Es necesario hablar de ella (respondió el Marqués con voz respetuosa, pero firme). Es la

única que puede salvarnos á los tres, según os he indicado ya, haciendo enamorarse al señor Le Forestier de tal manera, que todos sus pensamientos sean para ella, olvidándose, por consiguiente, de nosotros.

—Querido amigo, no veo peligro alguno en que vuestra hija ocupe toda la imaginación del señor Le Forestier,—dijo Montbarán.

—¿Dónde ha de estar el peligro, tratándose de un casamiento?—replicó el Marqués.

—¡Ah! ¡Y os habéis atrevido!

—Sí; y sólo por delicadeza, y por deferencia á vos, no he abordado la cuestión bruscamente....; y puesto que ya está dicho, permitidme añadir que es necesario consentir ese matrimonio, al que os habéis opuesto hasta aquí. ¿Lo entendéis? Es necesario.

XVIII.

Hay ciertos dolores morales; continuos, violentos, inmensos, que acaban y envejecen; pero si un nuevo sufrimiento viene á reunirse á los primeros, se verifica un cambio, y la persona abatida recobra su valor y vuelve al movimiento y á la vida. La ardiente voluntad quiere luchar contra el destino, gritando: «¡Ah! ¡Esto es demasiado, esto es demasiado! ¡No quiero, no puedo sufrir más!»

Así es cómo el señor de Beuvret, resignado desde hacía tanto tiempo ante el destino, sumiso á sus cómplices cuando le habían ordenado aquella tarde que fuera á reunírseles, y siguiendo aún humilde y silencioso cuando habían pretendido hacerle tan culpable como ellos, darle en el crimen una parte de complicidad igual á la suya, se descompuso, se irritó cuando le propusieron el matrimonio de su hija; y como el cuerpo sigue los movimientos del alma, su cuerpo se enderezó, levantó la cabeza, que hasta entonces había tenido baja, y de pie, al lado de la mesa, con los brazos cruzados y la mirada fija en Montbarán y el Marqués, les dijo:

—¿Y es eso lo que habéis encontrado para salvaros?... Un matrimonio odioso, indigno..., que queréis forzar á que haga un padre.... ¿Y si no consiento en él, qué haréis?... Vamos, tened el valor de decirlo como yo lo voy á tener de escucharlo... ¿Me denunciaréis, no es eso? ¡Escribiréis ó mandaréis escribir un anónimo al señor Le Forestier, que le dirá por qué motivo no me atrevo á concederle la mano de mi hija! Vamos, hablad, marqués de Arnage, vos que habláis tan bien, vos á quien he encontrado tan elocuente y tan insinuante como en otro tiempo.... ¿De qué peligro estoy amenazado si no obedezco?

—Dios mío, caballero (dijo el Marqués); desde el momento en que nos tratáis como enemigos, seríamos verdaderamente unos inocentes al deciros lo que pensamos. No podemos más que daros consejos excelentes, no para que os sometáis en absoluto, pero sí para que, unido á nosotros, coadyuvemos todos á lo que tanto nos interesa.

— ¡Coadyuvar para que estéis tranquilos! No me importa nada vuestra tranquilidad: además, no acepto solidaridad ninguna con vosotros. ¡He sido vuestro cómplice! ¡Lo confieso! ¿Tan culpable como vosotros?... Sea; no lo discutido, y mi conciencia me pedirá cuenta de ello....; pero después de cometido el crimen, yo he tratado de hacerme digno, mientras que vosotros

XVIII.

Hay ciertos dolores morales; continuos, violentos, inmensos, que acaban y envejecen; pero si un nuevo sufrimiento viene á reunirse á los primeros, se verifica un cambio, y la persona abatida recobra su valor y vuelve al movimiento y á la vida. La ardiente voluntad quiere luchar contra el destino, gritando: «¡Ah! ¡Esto es demasiado, esto es demasiado! ¡No quiero, no puedo sufrir más!»

Así es cómo el señor de Beuvret, resignado desde hacía tanto tiempo ante el destino, sumiso á sus cómplices cuando le habían ordenado aquella tarde que fuera á reunírseles, y siguiendo aún humilde y silencioso cuando habían pretendido hacerle tan culpable como ellos, darle en el crimen una parte de complicidad igual á la suya, se descompuso, se irritó cuando le propusieron el matrimonio de su hija; y como el cuerpo sigue los movimientos del alma, su cuerpo se enderezó, levantó la cabeza, que hasta entonces había tenido baja, y de pie, al lado de la mesa, con los brazos cruzados y la mirada fija en Montbarán y el Marqués, les dijo:

—¿Y es eso lo que habéis encontrado para salvaros?... Un matrimonio odioso, indigno..., que queréis forzar á que haga un padre.... ¿Y si no consiento en él, qué haréis?... Vamos, tened el valor de decirlo como yo lo voy á tener de escucharlo... ¿Me denunciaréis, no es eso? ¡Escribiréis ó mandaréis escribir un anónimo al señor Le Forestier, que le dirá por qué motivo no me atrevo á concederle la mano de mi hija! Vamos, hablad, marqués de Arnage, vos que habláis tan bien, vos á quien he encontrado tan elocuente y tan insinuante como en otro tiempo.... ¿De qué peligro estoy amenazado si no obedezco?

—Dios mío, caballero (dijo el Marqués); desde el momento en que nos tratáis como enemigos, seríamos verdaderamente unos inocentes al deciros lo que pensamos. No podemos más que daros consejos excelentes, no para que os sometáis en absoluto, pero sí para que, unido á nosotros, coadyuvemos todos á lo que tanto nos interesa.

— ¡Coadyuvar para que estéis tranquilos! No me importa nada vuestra tranquilidad: además, no acepto solidaridad ninguna con vosotros. ¡He sido vuestro cómplice! ¡Lo confieso! ¿Tan culpable como vosotros?... Sea; no lo discute, y mi conciencia me pedirá cuenta de ello....; pero después de cometido el crimen, yo he tratado de hacerme digno, mientras que vosotros

cada vez os habéis degradado más. Esto nos separa, y os doy las gracias por haberme puesto tan de manifiesto vuestro cinismo. Me habéis hecho ver la distancia que media entre nosotros. Vuestra conducta desde hace veinte años os ha hecho más criminales que nunca; mientras que mi existencia honrada, laboriosa, durante todo ese tiempo, me absuelve de mi antiguo crimen.

—Y bien: ¿qué hay con eso?... Seréis el mejor de los hombres en el más bueno de los mundos (dijo Montbarán, con el cigarro en la boca y las piernas extendidas aún). ¿Estáis satisfecho?... Pues tanto mejor para vos; pero todo eso no es responder á lo que os hemos preguntado. ¿Consentís ese matrimonio? Sí, ó no: contestad.

Beuvret separó sus brazos del pecho, los extendió, y poniendo las manos sobre la mesa é inclinándolo su cuerpo hacia el Marqués y Montbarán, dijo violentamente:

—No puedo responderos; pero sí os diré que ahora ese matrimonio me parece menos odioso. Debo advertiros, á pesar de todo, que, aunque llegue á efectuarse, no os salvaría, porque Le Forestier no abandonará sus proyectos, y aun tal vez los continúe con más ardor que nunca.

—Es posible (dijo el Marqués); pero entonces os tendremos para que procuréis alejar las sospechas que pudieran recaer sobre nosotros. Haréis cerca de él lo que nosotros hemos hecho

durante varios años por nuestra conservación y la vuestra.

—Os equivocáis; no haré nada. Eso sería ser nuevamente vuestro cómplice.

—Entonces pereceremos los tres,—dijo Montbarán, sonriéndose forzosamente.

—Es decir que me denunciaréis...., ¿no es eso?

—No, no creáis que hagamos eso (dijo el Marqués dulcemente); pero, amenazados por el señor Le Forestier, nos obligará á decirle: «¿Creéis que habíamos premeditado la muerte de vuestra madre? Estáis en un error: preguntad si no al señor de Beuvret, y os explicará cómo sucedió todo».

—¡Y decís que no me amenazáis! Bien claras están las amenazas, á pesar de vuestro humilde lenguaje. No, no podéis engañarme.... Pues bien: yo también voy á hacéros las, y en otro tono muy diferente. ¡Si Le Forestier llega á saber por vosotros que yo he tenido complicidad en ese crimen, os juro que moriréis á sus manos! ¡En lugar de contenerle, como acaso habría hecho, le excitaría aún más; y si él no os matara, lo haría yo....; sí, yo!

—¡Estáis loco! (gritó el Marqués). Pueden oiros.

—¡Y qué me importa! Á merced de gentes como vosotros no puedo tener esperanzas; pero me vengaré, sí, me vengaré del hombre que en

este mismo gabinete ha infiltrado en mi espíritu exaltado, enloquecido, los primeros gérmenes del crimen....; de los que después pérfidamente me han impulsado á cometerle, á pesar de mi resistencia, de mis escrúpulos....; de los que han hecho de mí el cómplice de un asesinato, no de un robo, como yo creía....; de los que, por último, sin consideración á mis remordimientos, á mi vida de trabajo y honradez...., sin piedad para la hija á quien me he consagrado, que me respeta, que me ama, acaban de amenazarme con descubrir mi crimen.... ¡Adiós! Os prohibo que hagáis tentativas para verme, que me escribáis. No os volveré á ver más que para castigaros si me delatáis.

Y tomando su sombrero, que había dejado sobre una silla, cubrióse y salió.

XIX.

—¿Qué pensáis?—preguntó Montbarán, en cuanto se repuso algo de la sorpresa que le había causado la brusca marcha de Beuvret.

Á esta pregunta, el Marqués, que, sumergido en profundas reflexiones, guardaba silencio, respondió:

—Desde luego, pienso que el matrimonio se efectuará. Esto es lo esencial. Hemos triunfado....; y por cierto que no nos ha costado tanto trabajo como yo creí nos costaría. Pensé que la lucha iba á ser más fuerte, y la victoria mucho más difícil de ganar.

—Pero...., ¿hemos ganado la victoria tan en absoluto como creéis?.... Beuvret no se ha comprometido; nada positivo ha ofrecido.

—Es verdad; pero nuestro proyecto no le repugna tanto como yo creía, y ya le oísteis decir: «Este matrimonio no me parece ya tan odioso». Poco nos importan los sentimientos á que obedezca....; se compara con nosotros, y se cree mejor, lo cual es verdad; no quiere admitir que ha tenido participación en el crimen, y en esto, querido mío, tiene aún razón. El asesinato no entra en nuestro plan, y sólo vos sois culpable,

por haber sido demasiado vivo.... En resumen: él no se confiesa cómplice más que del robo...., y para eso ha restituido.

—Se diría (dijo con inquietud Montbarán), que habéis resuelto disculparle y disculparos, acusándome sólo á mí.

—No es verdad; soy justo, y hablo francamente.

—Es que vuestra franqueza tiene apariencias de una retirada, de que queréis hacer concesiones.... ¿Habéis tomado miedo á las amenazas de ese hombre?

—Puede ser, sobre todo si nos falta la prudencia, y en esto pensaba precisamente cuando me interrumpisteis en mis reflexiones.... Beuvret me parece muy predispuesto contra nosotros. He debido preverlo; la reacción tenía que venir después de tantos años de debilidad; pero por momentos esta irritación iba desapareciendo, y tal vez ahora esté ya asustado de sus violencias; porque cuando se ha estado largo tiempo abatido, encorvado bajo el peso de una desgracia, la energía es producto de la excitación, y ésta es sólo momentánea. No ha pensado, cuando eso ha hecho, más que en él, en sus largos remordimientos, en su terrible expiación, y el deseo de vengarse de nosotros ha nacido en su pecho; pero cuando se calme y piense en su hija, el temor renacerá.

—¿Por qué no le habéis hablado de ella?

—Porque él mismo la recordará, y, á mi juicio, era inútil y poco delicado. ¿Qué queréis, querido amigo? Tengo mis delicadezas y pudores.

—Si lo piensa mucho, no va á consentir en ese matrimonio,—replicó Montbarán.

—Al contrario. ¿No habéis comprendido que casi estaba ya decidido? Hemos sido torpes, ó, mejor dicho, lo he sido yo. Nos hemos precipitado, pues aunque en nada hubiéramos intervenido, el matrimonio se hubiera efectuado.

—¿Creéis eso?

—Sí; él mismo, más aún que nosotros, se daba constantemente razones en favor de ese matrimonio, y trataba de persuadirse que era natural....; y es que, indudablemente, veía que era inevitable. Le atormenta, le acosa por todas partes la idea de que su hija sufre y se entristece; además, se pregunta también si no hay más peligro en rehusar que en consentir; pues rehusando, podría llegar á inspirar sospechas y exponerse á las preguntas del señor Le Forestier.

Montbarán, acostumbrado á no ver más que por los ojos del Marqués, á no pensar más que lo que él, á reconocer siempre la lógica de sus argumentos, no tuvo nada que oponer.

—Nuestras amenazas (continuó el Marqués), aunque prudentes, no habrán dejado de causarle

impresión; debe haber comprendido que abrazan dos extremos. Primero: si no consentís en dar la mano de vuestra hija al señor Le Forestier, le decimos las razones que os impiden hacerlo. En el caso, pues, de no consentir, el peligro es inmediato.... Segundo: si después del matrimonio no usáis de vuestra influencia de pariente y aliado para salvarnos de vuestro yerno, debéis tener presente que si nos descubre, os descubrimos. En este caso, el peligro es más lejano, más incierto, y aun puede desaparecer si no llega á descubrirnos. De estos dos peligros, elegirá el más incierto, y, por consiguiente, casará á su hija. ¿No soís de mi opinión?

—Sí, completamente.

—Estoy tan persuadido de que son exactos mis cálculos, que ahora mismo, mientras regresa á Auteuil, le estoy viendo repetirse todo cuanto le hemos dicho.

—Sin embargo, ¿creéis que era sincero cuando afirmaba que ese matrimonio no haría desistir á Le Forestier de su venganza?

—Sí; hablaba con sinceridad; pero se equivoca. Armando le habrá dicho: «Nada me impedirá castigar á los asesinos de mi madre: les perseguiré siempre, soltero ó casado». Y él lo cree así; pero yo creo lo contrario. Cuando nuestro adversario posea á esa hermosísima niña á quien adora, y por la que es adorado, se

calmará; sus ideas llegarán á ser más tranquilas, y no nos perseguirá con tanto encarnizamiento. Dalila le cortará los cabellos, como á Sansón.

—¿Y si no quiere cortárselos? (dijo Montbarrán); ¿y si se interesa en sus investigaciones y le impulsa á ellas?

El Marqués le miró sonriéndose, y le dijo:

—¡Tenéis á veces ideas soberbias! Lo que acabáis de decir no se me había ocurrido aún. Tenéis razón: la mujer ama lo misterioso, le gusta aclarar lo que está obscuro, intrincado. Tendrá acaso afición á las aventuras, á los dramas, y querrá voluntariamente representar el primer papel en éste, en que tan interesado está su Armando; y entonces, la señorita de Beuvret, convertida en la señora de Le Forestier, deseará unirse á su marido para perseguirnos; pero cuento para este caso con la sagacidad de su padre, porque es inadmisibile que después de nuestras reflexiones, el señor de Beuvret la deje aliarse para perseguirnos.... Oid lo que perdería la señorita de Beuvret si su padre la dejara hacer esto y sus gestiones diesen resultado: primeramente, el bienestar que su fortuna inmensa le proporcionará....; porque, ¿quién querría recibir y ver á la hija de un asesino? En segundo lugar, perdería también el amor de su marido; porque, ¿es posible que el señor Le Forestier

podiera seguir amando á la hija de uno de los asesinos de su madre? Y el mismo Beuvret, ¿creéis que no temblará á la sola idea de que su hija, su hija adorada, que tanto le ama y respeta, conozca su pasado? Dejadle, pues, gritar, amenazarnos, injuriarnos...., poco debe importarnos, con tal que ese matrimonio, que nos ha de salvar enriqueciéndonos al mismo tiempo, se efectúe.

—¡Oh! ¿conque pensáis que nos enriquecerá?

—Y vos debéis también pensarlo; pues nuestra seguridad no debe hacernos olvidar nuestra fortuna. ¿No os he prometido que seríamos más ricos que nunca?... ¿Qué hora es?

—Cerca de la media noche.

—El baccarat debe estar en todo su auge. Voy á dar una vuelta por el círculo, y á ver si me dan algunos centenares de luíses, á pesar del sablazo que di ayer á la caja.... ¿Vents?

—Vamos, porque Prudencia me espera.

—¿En su casa?

—No, en mi casa. Le gusta más para nuestras entrevistas.... Ahora es cuando se muestra más apasionada.... Tal vez la primavera.... ¡Oh! ¡Marqués! ¡Qué tormento! ¡Si pudierais desembarazarme de esta cadena!

—¿De qué manera?

—¡Oh! Como queráis: nada me importan los medios, con tal que me libréis de ella.

—¡Ah, querido amigo! En ese asunto no

puedo hacer nada. Algún día puedo conseguir, como esta tarde, que os dé un poco de libertad, para arreglar nuestros asuntos, y esto es todo lo que puedo. Si quisierais ser un poco más libre, os daría un escándalo, de que se enteraría todo el barrio.... Si la hacéis traición, si la abandonáis, ¡ah! ¡eso sería terrible!.... Sí, por ahora, esa repugnancia que sentís por Prudencia, me inquieta más aún que las amenazas de Beuvret. Engañadla: con eso nada se pierde, y creyéndose amada, acaso os conceda un poco más de libertad; pero debéis tener seguridad de que si se cree olvidada, os perderá.

—Sí, pero al perderme, se pierde también ella.

—¿Por qué? He tratado, hace ya mucho tiempo, de persuadirla de que ella, con su silencio y por vivir con vos, ha llegado á ser tan culpable como nosotros en el crimen; pero Prudencia es demasiado lista é inteligente para creerlo. Tiene seguridad de que nos tiene cogidos, mientras que nosotros nada podemos hacer en contra de ella. ¿De qué es culpable? ¿Qué pueden reprocharla?... La policía la encarga perseguirnos; nos encuentra, y no dice nada; está en su derecho, y desafío á la justicia á que por este hecho pueda castigarla. Después se enamora de vos, y vivís juntos. Y bien: ¿qué pueden hacerla por eso? Nadie puede asegurar que ha disfrutado con vos los productos del robo: por otra parte, como

no podéis ser ya ni perseguido ni arrestado, nada podrán hacerla; pero aun suponiendo que quisieran castigarla, ella enternecería al jurado, diciéndole: «¡Le amaba, le creía inocente!» Lo cual no dudaría el tribunal, al ver aquel ángel de amor y de hermosura.

—Supongamos que sucediese eso (dijo Montbarán); pero, ¿quién podrá absolverla de las diversas operaciones hechas por nuestra asociación?

—Los asuntos, los negocios de *Las corbatas blancas*, ya os lo he dicho mil veces, no están penados por el código. Pueden detenernos, encerrarnos..., ponernos á la sombra. Esto no tiene nada de particular. ¡Cuántos mucho más inocentes que nosotros sufren á menudo los excesos del poder.... Pero de un arresto á una condena hay una distancia enorme. Prudencia se ha dado cuenta de todo esto, á pesar de mis embaucadoras palabras, y duerme el sueño de los justos en vuestros brazos.

—¿Y el señor Le Forestier, del que no os acordáis?

—¿Ya la amenazo con él algunas veces; pero esa amenaza es una tontería. ¿Por qué ha de perseguirla? Se ocupará del crimen, de los que lo cometieron; pero no de las huellas de él. ¿Creéis que la perseguirá porque os ha amado, porque no os ha descubierto? Esto sería demasiado, y las gentes, que le absolverían acaso de que nos mata-

ra, no le absolverían en modo alguno, no podrían perdonarle que maltratara á vuestra querida. Os lo repito, querido Montbarán: nada tiene Prudencia que temer, mientras que nosotros tenemos que temerlo todo de ella. En un momento de cólera, de exasperación, es capaz de olvidar sus veinte años de silencio, de discreción, y confesárselo todo al señor Le Forestier. Este es un peligro en el que pienso á menudo, y de que no os he hablado por no asustaros inútilmente....

¡Estáis ya tan predisuesto á alarmaros! ¡Pero cuando me habláis de vuestro deseo de romper con Prudencia, de vuestro capricho por Rachel, tengo miedo, y estoy obligado á deciros la verdad!.... Conque, querido, no tenéis más remedio que resignaros. ¡Hay tantos hombres que permanecen encadenados toda la vida á mujeres que físicamente no valen nada, y que, además, no les han salvado la vida! Sí; porque Prudencia os ha salvado la vida: si el día en que os encontró os hubiera delatado, es lo más probable que tres meses después, convencidos de que habíais matado á la señora Le Forestier con vuestras manos, con vuestras propias manos, ¿lo entendéis?, de seguro os hubieran llevado al cadalso.... Pues bien, Montbarán: os aconsejo, después de todo lo dicho, que seáis un poco más agradecido con la que os ha evitado ese lance.... desagradable.

XX.

Cuando salieron al boulevard, se detuvieron á la puerta del *Café Inglés*, y el marqués de Arnage dijo á Montbarán:

—No tengo prisa de ir al círculo, y tengo toda la noche desocupada. Voy á acompañaros á vuestra casa, y así os detendré si, en el momento de subir para reuniros con Prudencia, os da la idea de escapar, de huir, á echar una cana al aire.

—¡Oh! No tengáis cuidado (replicó Montbarán). Ya sé que es imposible. Sé muy bien al peligro que me expondría.

Atravesaron la calle, y dieron algunos pasos en dirección á la Magdalena, volviendo la esquina de la calle de Taitbout. Montbarán, según tenía costumbre, dirigió una mirada al saloncito del piso bajo de la pastelería de Tortoni, cuyas ventanas daban á la calle, y se detuvo bruscamente.

—¿Qué tenéis? ¿Habéis visto á alguien?

—Sí...; ahí está..., sentada al lado de esa mesa.

—¿Pero de quién habláis?

—Mirad.

El Marqués se aproximó, buscando el resquicio que dejaban las colgaduras, y mirando al interior, dijo sonriendo:

—¡Calla! ¡si es Rachel! No debía haberlo dudado ni un momento, al oír el tono de vuestra voz y al ver vuestra emoción...; y, si no me equivoco, es su... amigo, el que la acompaña.

—Sí, Roberto du Chatel. ¡No la deja ni un momento! —dijo con rabia Montbarán.

—Es muy natural (replicó el marqués de Arnage); pues ya sabéis que están estrechamente unidos, ya sea porque el amigo de Armando Le Forestier esté verdaderamente enamorado de esta muchacha, á pesar del encargo de las alhajas, ó bien porque, como hemos supuesto, quiere tenerla propicia, para que le tenga al corriente de todo lo que pasa... Pero vamos, vamos, querido, que estáis pasando un mal rato.

—No, dejadme mirarla todavía un instante. ¡Nunca la he visto tan hermosa!

—Siempre que la veis decís lo mismo. La canción de todos los enamorados.

Montbarán no le escuchaba. Estaba pegado á la vidriera, y miraba ávidamente á Rachel de Nicia, que, á pocos pasos de él, estaba de seguro muy ajena de esta contemplación.

Sentada delante de un velador de mármol

XX.

Cuando salieron al boulevard, se detuvieron á la puerta del *Café Inglés*, y el marqués de Arnage dijo á Montbarán:

—No tengo prisa de ir al círculo, y tengo toda la noche desocupada. Voy á acompañaros á vuestra casa, y así os detendré si, en el momento de subir para reuniros con Prudencia, os da la idea de escapar, de huir, á echar una cana al aire.

—¡Oh! No tengáis cuidado (replicó Montbarán). Ya sé que es imposible. Sé muy bien al peligro que me expondría.

Atravesaron la calle, y dieron algunos pasos en dirección á la Magdalena, volviendo la esquina de la calle de Taitbout. Montbarán, según tenía costumbre, dirigió una mirada al saloncito del piso bajo de la pastelería de Tortoni, cuyas ventanas daban á la calle, y se detuvo bruscamente.

—¿Qué tenéis? ¿Habéis visto á alguien?

—Sí...; ahí está..., sentada al lado de esa mesa.

—¿Pero de quién habláis?

—Mirad.

El Marqués se aproximó, buscando el resquicio que dejaban las colgaduras, y mirando al interior, dijo sonriendo:

—¡Calla! ¡si es Rachel! No debía haberlo dudado ni un momento, al oír el tono de vuestra voz y al ver vuestra emoción...; y, si no me equivoco, es su... amigo, el que la acompaña.

—Sí, Roberto du Chatel. ¡No la deja ni un momento! —dijo con rabia Montbarán.

—Es muy natural (replicó el marqués de Arnage); pues ya sabéis que están estrechamente unidos, ya sea porque el amigo de Armando Le Forestier esté verdaderamente enamorado de esta muchacha, á pesar del encargo de las alhajas, ó bien porque, como hemos supuesto, quiere tenerla propicia, para que le tenga al corriente de todo lo que pasa... Pero vamos, vamos, querido, que estáis pasando un mal rato.

—No, dejadme mirarla todavía un instante. ¡Nunca la he visto tan hermosa!

—Siempre que la veis decís lo mismo. La canción de todos los enamorados.

Montbarán no le escuchaba. Estaba pegado á la vidriera, y miraba ávidamente á Rachel de Nicia, que, á pocos pasos de él, estaba de seguro muy ajena de esta contemplación.

Sentada delante de un velador de mármol

blanco, estaba Rachel, tomando tranquilamente chocolate, y mientras daba mordisquitos á un bollo que tenía en la mano, echaba á hurtadillas miradas tiernas á Roberto, que estaba á su lado. Llevaba un sombrero ligero y elegante, que caía con mucha gracia sobre su frente y sobre sus cabellos sencillamente recogidos, haciendo resaltar su preciosa y expresiva fisonomía, que era de un encanto incomparable. El abrigo, un poco caído hacia atrás, permitía admirar su redondo pecho, perfectamente formado. Cada sorbo de chocolate, dejaba una señal sobre su boca, tiñéndola de obscuro y rodeándola de un bigotillo ligero, que daba más colorido á los labios y hacía resaltar más la blanca dentadura, dando cierto aire picaresco á su fisonomía.

—¿La habéis contemplado bastante?—dijo por fin el Marqués, fatigado de tanto esperar en medio de la calle y delante de una ventana cerrada.

—No (respondió Montbarán); y voy á admirarla más de cerca.

—¿Qué!... ¿Vais á entrar?

—¿Por qué no? En casa de Tortoni puede entrar todo el mundo..., y el saloncito que ella ocupa no está cerrado: está unido al primero, que es público.

—Pero, ¿y Prudencia, que estará esperando?

—Que espere.

—¿Qué escena os va á preparar!

—Me es igual.... Adiós, querido.

—¿Hasta la vista, viejo loco!

Montbarán no oyó el epíteto, porque había vuelto ya la calle, y entraba en casa de Tortoni por la puerta que da al boulevard.

.....

El marqués de Arnage iba á marcharse; pero una idea le retuvo. ¿No podría ser útil ver el efecto que producía en Roberto du Chatel la llegada inesperada de Montbarán? Si permanecía tranquilo, si no se le escapaba algún movimiento ni se estremecía, querría decir que el recién llegado le era indiferente, y que no veía en él más que á un amigo de casa de Prudencia; pero si, por el contrario, en su rostro se notaba alguna emoción, sería señal de que Montbarán le inspiraba ya sospechas, y de que el amigo, el agente de Armando Le Forestier estaba sobre la pista.

El espionaje del Marqués no dió resultado, pues éste no había contado con la manchita de chocolate que había en los labios de Raquel. Roberto, á quien esta manchita había llamado la atención, tuvo deseo de borrarla él mismo con sus labios, y no con la servilleta adamascada que estaba sobre la mesa. Dió parte de este capricho á Rachel, y ésta, después de haber reído mucho, miró á todos lados, para asegurarse sin duda de

que nadie los vea y de que estaban enteramente sólo en el saloncito, y abriendo su gran abanico, se le puso delante de la cara, y tendió su boca á Roberto.

Durante esta escena, Montbarán hizo su entrada en el salón, y los dos enamorados, que fueron sorprendidos infraganti delito de beso furtivo, tuvieron un momento de turbación de los más naturales. Rachel lanzó un grito, y retirándose vivamente, dejó caer su abanico. En seguida Roberto se inclinó para recogerle, y cuando se levantó, toda emoción había desaparecido, y sonreía á Montbarán, invitándole á que se sentara á su mesa. Éste último, por el contrario, á pesar de su sangre fría acostumbrada, estaba pálido y tembloroso por su inoportuna y desgraciada entrada. Inoportuna para los enamorados, y desgraciada para él.

El marqués de Arnage no pudo sacar nada en limpio de esta escena, por lo cual partió, murmurando:

—¡Éste imbécil, con el capricho que él llama pasión, acabará por hacer alguna tontería!

El Marqués conocía perfectamente los defectos de su asociado, pero veía apenas los suyos, ó más bien su vicio capital, que también podía llevarle muy lejos, y que ahora le llevaba al círculo....

Á su entrada en la sala de baccarat, sus cuidados, sus preocupaciones, sus temores diversos le abandonaron como por encanto. El juego no tiene más que una cualidad: hace olvidar; pero el olvido cuesta caro.

Se dirigió hacia la caja, y preguntó cuánto debía.

—Mil luíses,—le dijeron, entregándole una tarjeta, sobre la cual la suma de veinte mil francos estaba escrita.

—Añadid doscientos luíses,—dijo desenvolviendo la tarjeta. No saldo mis cuentas esta noche. Mañana pagaré.

Nadie se atrevió á contestarle. El encargado de la caja le conocía de hacía muchísimo tiempo, durante el cual le había visto ganar, perder y pagar tanto, que se dijo: «En cuanto se rehaga nos pagará, como acostumbra».

Durante dos horas, esta esperanza no fué vana: el Marqués, que no tenía bastante dinero para tallar como de costumbre, jugaba de punto; al principio arriesgando poco, y luego con más atrevimiento, hasta que llegó á reunir una suma importante; pero lo que llaman en el baccarat una talla redonda, le llevó, no solamente su ganancia, sino su primer capital, y á las cinco de la mañana se encontraba sin un cuarto, como había entrado.

Quiso hacer un nuevo empréstito, pero no le

dió resultado. El encargado de la caja, defraudado en sus esperanzas, se mostró esta vez inexorable.

El Marqués, en su fiebre del juego, pidió á los amigos á quien él había prestado en otras ocasiones, y después de sufrir varias negativas, acabó por encontrar algunos cientos de luíses, que perdió en un abrir y cerrar de ojos, encontrándose con una porción de deudas y sin un cuarto en la caja de la asociación, á causa de los cien mil francos dados á Clara Mérot, y de los empréstitos que en los últimos tiempos le habían obligado á hacer sus pérdidas consecutivas. ¡Ah! ¡Si en aquel momento hubiera tenido él á su disposición la suma dada á la señorita de mostrador...., aunque le hubiera amenazado con hablar, con delatarle á él y á sus cómplices, la hubiera dejado partir con las manos vacías.... Y si el mismo collar de diamantes perteneciente á Armando Le Forestier, en lugar de estar en casa de Montbarán, guardado en la caja de la sociedad, se hubiera encontrado en su bolsillo, le hubiera vendido al momento por la cuarta parte de su valor á uno de esos judíos alemanes que, desde hace algunos años, se han introducido en la mayor parte de nuestros círculos.... ¡Este hombre tan mesurado, tan discreto cuando hablaba, siempre prudente y pensador en todos los asuntos, y sabiendo tan bien combinar un

delito ó un crimen, se volvía irreflexivo y loco ante su pasión, y delante de una mesa de juego era un niño, perdía la cabeza, y era capaz, después de haber combinado un plan y de haber enseñado la lección á sus cómplices, de comprometerlos y perderlos, todo por una carta!

Hacia las siete de la mañana volvió á su casa, más animado que nunca, y decidido á no permanecer por más tiempo en el fastidio, lleno de deudas y en la imposibilidad de jugar.

Como se ve, de los tres cómplices de otro tiempo, dos no habían cambiado en nada. Les agitaban los mismos deseos, las mismas pasiones y los mismos vicios, impulsándoles al crimen, y tal vez al abismo, en que tarde ó temprano habían de caer.

El marqués de Arnage había pensado perfectamente al creer que el señor de Beuvret no tardaría en casar á su hija con el señor Le Forestier, y que este matrimonio se haría aunque no le hubieran amenazado. En efecto: el estudio, el trabajo, no absorbían hasta tal punto al señor de Beuvret, que no se diera cuenta de cuanto á su lado pasaba: todas las acciones, todas las palabras de su hija le habían convencido de que no había renunciado á ninguna de sus esperanzas, y que, por el contrario, éstas eran más vivas que nunca. El modo de obrar del doctor du Chatel, las entrevistas frecuentes de las dos amigas, que se daban noticias, ocupándose sin duda del señor Le Forestier, le indicaban también que este último perseveraba en sus proyectos, fortificándose en sus ideas y amor. ¿Podía luchar el señor de Beuvret eternamente contra estas voluntades inquebrantables, contra aquellos dos corazones que se habían unido para no separarse jamás uno de otro, y que los obstáculos, el alejamiento unían más y más?

Por otra parte, ¿podía oponerse á un matrimonio decidido, inquebrantablemente resuelto? ¿La ley misma, no protege á los hijos contra la oposición de los padres á su matrimonio? ¿No pueden los hijos, cuando llegan á la mayor edad, casarse sin su consentimiento? ¿Habría padre, aun el más querido, el más respetado, que se atreviera á decir que los sentimientos de amor filial debían dominar á todas las otras afecciones, imponiendo el eterno sacrificio, la renuncia eterna á todas las dichas que ellos mismos habían disfrutado?

Y entonces, si á su pesar el matrimonio había de efectuarse, ¿por qué oponerse á él y no dejarle efectuar inmediatamente? Beuvret no tenía más que una razón para oponerse. Su imaginación le decía que el hijo de la señora Le Forestier no podía unirse á su hija; pero ¿á qué oponerse á esta unión, si había de llegar á ser un hecho antes ó después de su muerte?

Además, ¿tenía el derecho de castigarles por haber sido criminal? ¿No valía más asumir todas las responsabilidades y decirse: «Si ignoran el pasado, todo lo odioso que hay en esta unión sólo me molestará á mí, sobre mí solo caerá, y si este matrimonio fuera impío, yo soy el que habría cometido este sacrilegio?»

Estas eran las preguntas que su irresoluta imaginación se hacía desde algún tiempo. ¿Qué

haría? ¿Cómo resolvería estas cuestiones? Lo ignoraba, dudaba, y se preguntaba constantemente qué debería hacer, cuando sus antiguos cómplices se le presentaron.

Pero si el marqués de Arnage había adivinado sobre este punto lo que Beuvret pensaba, no había sucedido lo mismo respecto á lo de sus amenazas, respecto á lo cual se había equivocado. «Desde que se ha separado de nosotros (había dicho á Montbarán), su cólera habrá desaparecido y volverá á ser el mismo de siempre, sumiso y resignado, sometiéndose á todos nuestros deseos, para que su hija y su yerno conserven siempre su ignorancia. Su cólera no ha sido más que momentánea». En esto estaba su error.

Una cólera terrible se había apoderado de Beuvret, había invadido su corazón, llenado todo su ser, desde que vió á sus cómplices. ¡Ahl! ¡Aquellos dos hombres que, aprovechándose de su pasión, de su fiebre, de su locura, le habían pérfidamente arrastrado al mal, haciendo de su vida un continuo remordimiento, osaban reaparecer, después de tantos años, con la amenaza en los labios! ¡Si al menos sólo le hubieran amenazado á él! ¡Pero también á su hija! ¡Atacar á aquel ángel, tan inocente en sus creencias, en su amor y en su respeto filial! ¡Afligirla con el inmenso dolor de juzgar y condenar á un padre, hasta aquel día venerado!

Entonces surgió en todo su ser una terrible necesidad de venganza. Sí; vengarse de aquellos miserables, castigarles por su antiguo crimen y por las acciones indignas que debían haberle seguido, impidiendo que las continuaran, era su único pensamiento, aun cuando para ello hubiera de perecer con ellos. Por otra parte, los riesgos serían iguales que si desde luego se hubiera sometido cobardemente. Había comprendido que el Marqués y Montbarán no veían solamente en el matrimonio que le ordenaban, una garantía de reposo y tranquilidad; comprendía que esperaban que este matrimonio iba á ser para ellos una fuente inextinguible de riquezas. Entonces le decían: «Casad á vuestra hija; lo queremos». Y luego le dirán: «Despojadla; dadnos las riquezas de su marido, ó... ¡tened cuidado!» Nunca; jamás consentiría esto; no, no querría obedecerles. Veía peligros siempre, por todas partes. ¡Si negaba su consentimiento para que el matrimonio se efectuara, los había; si lo consentía, también! ¿Qué hacer? Beuvret prefirió correr el mayor peligro; pero vengarse. Se prepararía contra sus adversarios, antes de que ellos lo hicieran contra él.

Con estas reflexiones, fué poco á poco haciéndose á la idea de que su hija se casara, pensando también que este enlace había de favorecer sus ideas de venganza. Sí; casando á su

hija, podría asociarse con el señor Le Forestier, dirigirle bien, impedirle que sospechara de inocentes, y llamarle la atención, no ya sobre sus antiguos cómplices, sino sobre los enemigos de una familia que había llegado á ser la suya y á la que estaba tan íntimamente unido.

Beuvret no terminó su plan hasta el día siguiente. Desarrolló su idea, y estudió la cuestión bajo todos los puntos de vista, buscando los medios de hacerlo todo sin que hubiera peligro para su hija, y conservándola siempre en su ignorancia, en su amor y en su respeto.

Cuando todo lo tuvo dispuesto y estuvo bien resuelto, pasó del pensamiento á la acción.

—¿Qué vas á hacer hoy? (preguntó un día á Clara, después del almuerzo.) ¿Vas á dar tu paseo acostumbrado?

—Sí; siempre que no veas en ello inconveniente.

—Sí le veo, hija mía. ¿Por qué esas citas en un sitio público con la señorita du Chatel, cuando sería mucho más sencillo recibirla en nuestra casa?

—Es que no sabía, padre mío, si permitirías....

—¿Cómo podías dudarlo, desde el momento en que autorizaba vuestras entrevistas?... ¿Á qué hora debíais encontraros hoy?

—Hacia las tres.

—¿Entonces tu amiga saldrá de su casa á las dos?

—Sí, poco más ó menos.... ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque, dándonos prisa, podríamos encontrarla todavía en el boulevard Haussmann.

—¿Pues qué! ¿Vendrías?

—Sí; pienso, desde hace tiempo, en devolver la visita que me hizo el Doctor...., y sólo mis ocupaciones me lo han impedido hasta aquí.... Hoy estoy algo más desocupado, y pienso seguir tomándome algunas vacaciones. ¿No las he ganado bien?—añadió mirándola.

—¡Oh, sí, sí!

—Pues bien: al mismo tiempo de cumplir un deber, te daré un gusto; pues no dudo que esta visita ha de serte muy agradable.

Clara enrojeció, y bajó la cabeza.

—En casa del Doctor (continuó lentamente Beuvret, para no causar á su hija una emoción demasiado viva) se ocupan con frecuencia de cierta personita que no te es enteramente extraña...., y en la cual piensas mucho.... mucho...., confíésalo.

Estaba demasiado conmovida para responder; pero su rubor había aumentado, y las miradas fueron más elocuentes que los labios.

El señor de Beuvret continuó, siempre con la misma lentitud:

—He reflexionado mucho en estos últimos tiempos, y me preguntaba si no había estado un poco severo con el señor Le Forestier.... Nuestras relaciones, de las que no he tenido más que buenos recuerdos, han cesado bruscamente por mi culpa...., y tal vez...., si no tienes en ello inconveniente (dijo sonriendo), podríamos reanudarlas.

Clara se abalanzó á su padre, y apoyando la cabeza sobre su hombro, murmuró á su oído:

—¿Entonces consientes?...

—No, todavía no (dijo Beuyret en voz baja). No tengas tanta prisa....; pero, en fin...., podemos llegar á entendernos.

—¡Oh! ¡Gracias, padre mío!

—No me des las gracias todavía....; no hay nada decidido.... Tengo condiciones que poner.

Clara retrocedió vivamente, y le miró asustada.

—¿Qué condiciones? ¿Las mismas de antes?

—No, puesto que con ellas no puedo complaceros....; algo más aceptable....; ya verás....; creo que no te ha de disgustar.

—¡Qué dicha! (dijo Clara, volviendo á apoyar la cabeza en el hombro de su padre.) ¿Has tenido esa buena idea estos últimos días?

—No; la tengo hace mucho tiempo; pero quería reflexionar bien, estudiarlo detenidamente, porque ya sabes, hija mía, que hubiera preferido

para ti un matrimonio más modesto, más en armonía con nuestra posición, y por eso he esperado todo este tiempo, para ver si olvidabas al señor Armando Le Forestier.

—¡Era imposible!

—Sí, ya lo he visto; y como no quiero que seas eternamente desgraciada, estoy pronto á hacer ciertas concesiones, porque temía por ti.... Ya sabes la obra que ha emprendido....; ya te pondré al corriente de todo más adelante; pero ahora ve á vestirme, si quieres que vayamos á ver al Doctor y á su hija.

Clara abrazó á su padre con delirio, y después de besarle en los labios, en las mejillas y en la frente, subió corriendo á su cuarto.

XXII.

Clara Beuvret no se hizo esperar largo tiempo, á pesar de que tuvo que vestirse de pies á cabeza. Se puso un sombrero lindísimo que había acabado de recibir, un vestido de primavera, y unas botitas que hacían resaltar su encantador piecécito. Parecía que tenía preparada esta *toilette* para el día que volviera á ver á Armando Le Forestier, y que no ignoraba que no había de hacerse esperar mucho este día.

—Vamos, papá; ven, que no vamos á llegar al tren.

Salieron inmediatamente, yendo uno al lado de otro hasta el camino de hierro, mirándose á hurtadillas y sonriendo maliciosamente. Beuvret encontraba hermosísima á su hija, embellecida por la animación que la alegría daba á su semblante, y á su vez ella encontraba á su padre rejuvenecido, tan rejuvenecido, que mientras esperaban la salida del tren, no pudo contenerse, y le dijo:

—Te aseguro, padre mío, que hoy no representas más de cuarenta años.

—Tengo, sin embargo, muy cerca de cincuenta.

—Nadielo diría....: no estás encorvado; llevas levantada la cabeza....; en una palabra: me gustas mucho, padre mío.

—Porque te llevo al boulevard Haussmann, —dijo Beuvret sonriendo.

Su conversación fué interrumpida por la parada del tren; pero el contento, la alegría de Clara no la habían hecho exagerar los cumplimientos que había dirigido á su padre. Estaba verdaderamente rejuvenecido, cambiado por completo. Su decisión, tomada después de tantas vacilaciones, de tantas dudas, le había librado de una preocupación tan grande, que se sentía ahora mejor, más á su gusto, y le parecía que respiraba con más libertad.... Además, el temor de mostrarse en público, de ser reconocido por sus cómplices, había desaparecido. Ahora podían encontrarle, verle; ya no le importaba, puesto que sabían todos los secretos de su vida...., y ¡hasta los de su hija! Sí; ¡hasta el amor de la niña había sido conocido y explotado por aquellos hombres! Esto era, más que nada, lo que le devolvía las fuerzas de la juventud y hacía hervir su sangre. ¡Iba á vengarse de aquellos infames! Ya no dudaba de ello, sonriendo á esta idea ya preparada; y como para llegar á ella necesitaba destreza y vigor, se enderezaba todo cuanto

XXII.

Clara Beuvret no se hizo esperar largo tiempo, á pesar de que tuvo que vestirse de pies á cabeza. Se puso un sombrero lindísimo que había acabado de recibir, un vestido de primavera, y unas botitas que hacían resaltar su encantador piecicito. Parecía que tenía preparada esta *toilette* para el día que volviera á ver á Armando Le Forestier, y que no ignoraba que no había de hacerse esperar mucho este día.

—Vamos, papá; ven, que no vamos á llegar al tren.

Salieron inmediatamente, yendo uno al lado de otro hasta el camino de hierro, mirándose á hurtadillas y sonriendo maliciosamente. Beuvret encontraba hermosísima á su hija, embellecida por la animación que la alegría daba á su semblante, y á su vez ella encontraba á su padre rejuvenecido, tan rejuvenecido, que mientras esperaban la salida del tren, no pudo contenerse, y le dijo:

—Te aseguro, padre mío, que hoy no representas más de cuarenta años.

—Tengo, sin embargo, muy cerca de cincuenta.

—Nadielo diría....: no estás encorvado; llevas levantada la cabeza....; en una palabra: me gustas mucho, padre mío.

—Porque te llevo al boulevard Haussmann, —dijo Beuvret sonriendo.

Su conversación fué interrumpida por la parada del tren; pero el contento, la alegría de Clara no la habían hecho exagerar los cumplimientos que había dirigido á su padre. Estaba verdaderamente rejuvenecido, cambiado por completo. Su decisión, tomada después de tantas vacilaciones, de tantas dudas, le había librado de una preocupación tan grande, que se sentía ahora mejor, más á su gusto, y le parecía que respiraba con más libertad.... Además, el temor de mostrarse en público, de ser reconocido por sus cómplices, había desaparecido. Ahora podían encontrarle, verle; ya no le importaba, puesto que sabían todos los secretos de su vida...., y ¡hasta los de su hija! Sí; ¡hasta el amor de la niña había sido conocido y explotado por aquellos hombres! Esto era, más que nada, lo que le devolvía las fuerzas de la juventud y hacía hervir su sangre. ¡Iba á vengarse de aquellos infames! Ya no dudaba de ello, sonriendo á esta idea ya preparada; y como para llegar á ella necesitaba destreza y vigor, se enderezaba todo cuanto

podía, para hacerse la ilusión de que era más joven y más fuerte.....

Una vez que llegaron á París, el señor de Beuvret y su hija se encontraron á los pocos minutos en el boulevard Haussmann.

Juana du Chlatel no había salido todavía, y ella misma fué la que abrió la puerta á sus visitantes, lanzando un grito de sorpresa.

—Sí, somos nosotros (dijo Clara, abrazándola; y añadió á su oído): tengo muchas cosas que contaros.

—¿Buenas?

—Sí; creo que deben ser muy buenas, puesto que estamos aquí.

—¿Está en casa el doctor du Chatel y podrá recibirme, señorita?—preguntó el señor de Beuvret.

—Sí, señor. Voy á avisarle. Tened la bondad de pasar al salón.

La siguieron, y cuando Clara se encontró en la habitación en que acababan de introducirles, todo lo halló bonito y de buen gusto: los muebles, la guarnición de la chimenea, los cuadros. ¡Estaba en una disposición de espíritu, en que la crítica es imposible, y sólo es permitida la admiración!.....

El doctor du Chatel entró, guiado por su hija,

que, aunque quería hacerle creer que marchaba solo y sin ayuda, le dirigía suavemente á derecha y á izquierda por entre los muebles hacia sus amigos.

—Padre, aquí tenéis al señor de Beuvret.

—¿Qué necesidad tienes de decírmelo? (murmuró.) ¿Acaso no veo? Al oírte, cualquiera creería que estaba verdaderamente ciego....

—Buenas tardes, mi querido colega.... Á los pies de la señorita Clara,—añadió inclinándose delante de la joven, á quien más bien adivinaba que veía.

El señor de Beuvret se aproximó al Doctor, y le dijo:

—Quisiera hablar un instante sólo con vos.

—Bueno; pues nada más fácil....: así como así, á estas niñas les vendrá bien ir á charlar á su gusto á otra habitación.

—Ciertamente,—dijeron las dos á un tiempo.

—Ya estamos solos, y os escucho, mi querido amigo....; y tengo como un presentimiento de que vamos á entendernos mejor hoy que la última vez.

—Así lo creo. Vuestras palabras me han dado mucho que pensar, y me han hecho que reflexionara despacio.... Me habéis acusado de egoísmo paternal, y me habéis dicho que sacrificaba la felicidad de Clara á mis goces íntimos y al placer de guardarla para mí.

—Eso lo habéis reconocido vos mismo.

—Porque no tenfa mejores razones que daros para no conceder al señor Le Forestier la mano de mi hija.

—¡Ah! ¡Por fin confesáis!...

—Confieso que he exagerado tal vez ciertos temores.

—¡Exagerado nada más! ¡Pues qué! ¿subsisten todavía? Cuando me han anunciado vuestra visita, esperaba que esos temores se habrían borrado para siempre.

—Vuestro hijo adoptivo puede hacerlos desaparecer.

—¿Queréis que le avisemos para que venga?

—Precisamente iba á rogároslo.

XXIII.

El doctor du Chatel había llamado á su hija para que mandase un recado al señor Le Forestier, diciéndole que viniera á su casa, y Juana se había apresurado, como pueden imaginarse nuestros lectores, á cumplir este encargo.

—¿Creéis que le encontrarán?—preguntó vivamente Clara á su amiga cuando acabó de dar la orden.

—Estoy segura. No sale nunca antes de las tres, y, además..., tiene una cita hoy.

—¿Con quién?

—Con... mi Capitán,—añadió sonriendo.

—¿Está en París?

—Sí, desde ayer noche.... Ha pedido una licencia, y quiere pedir su separación del ejército, para que mi padre consienta en que se case conmigo, pues así no tendrá aquellos escrúpulos.... Dice que encontrará un empleo, y que cuando nos casemos, trabajará mucho.

—Está muy bien pensado todo eso.... Creo que seréis tan dichosa como yo soy, ó, por mejor decir, como espero serlo.

—Sí, estoy orgullosa de sus sacrificios, de su cariño....

—Vamos, decidlo claro, puesto que ahora estamos solas: de... su amor.

—Como queráis; pero no me habéis dejado concluir.... Armando no aprueba la separación, y le ha dicho que se aguardase....

—¡Siempre aguardar!

Juana fué interrumpida por su amiga, que con el oído alerta desde hacía unos minutos á todos los ruidos, acababa de oír llamar, y exclamó:

—¡Ya está aquí!

.....
Era, en efecto, Armando Le Forestier el que había llamado, y al que introdujeron inmediatamente en el salón donde estaban el Doctor y el señor de Beuvret. Este último, al verle muy emocionado, salió á su encuentro, y le dijo:

—He sido yo, querido amigo, el que acabo de expresar al Doctor el deseo de veros, y de hablaros algunos instantes, para lo cual me ha parecido bien que nuestra conversación tuviese lugar delante del que amáis y respetáis más en el mundo.

—La idea es excelente, caballero, y os doy las gracias por ella,—respondió Armando, con voz temblorosa.

—Desde luego (replicó el señor de Beuvret),

permitidme dirigiros una pregunta: este verano me habéis hecho el honor de pedirme la mano de mi hija... Algún tiempo después, á mi regreso á París, esta petición fué renovada en cierto modo por el doctor du Chatel....; pero ya han transcurrido algunos meses desde que esto pasó, y vuestras ideas pueden haber cambiado, podéis haber sido herido por mis vacilaciones...., y es natural que yo desee saber....

No pudo acabar, porque Armando le detuvo con estas palabras, dichas esta vez con voz entera:

—Caballero, tengo el honor de pedir de nuevo la mano de vuestra hija, la señorita Clara de Beuvret.

—Pues bien....: á mi vez os respondo, mi querido amigo, que mi mayor placer sería poder concederos lo que pedís; pero antes querría saber si podremos entendernos en una cuestión á que voy á someteros.

—¿Estorbo?—preguntó el señor du Chatel.

—De ningún modo, Doctor; y os ruego, por el contrario, que os quedéis con nosotros para dar vuestro parecer.

—Entonces vamos á sentarnos (dijo el Doctor), porque estar tanto tiempo de pie, será muy bueno para este muchacho; pero para mí....

El Doctor indicó un sillón á su amigo, y él se sentó en el sofá al lado de su hijo adoptivo. El

señor de Beuvret volvió á tomar la palabra, dirigiéndose á la vez á ambos.

—Ya conocéis el verdadero motivo que ha retardado mi consentimiento. Temía que al dedicaros á esas pesquisas que habéis tenido á bien confiarme, abandonaseis á mi hija. Esos temores no han desaparecido; pero creo haber encontrado un medio para casi evitarlos, es decir, de disminuir el peligro que podían correr los dos esposos...., admitido el matrimonio.

—Veamos,—dijo el Doctor.

—Voy á haceros una pregunta (continuó el señor de Beuvret, dirigiéndose ahora sólo á Armando Le Forestier); quisiera saber hasta dónde debe extenderse vuestra venganza.... Me habéis dicho, y yo he leído en los periódicos, que se sospechaba que habían tomado parte tres personas en el asesinato.... ¿Pretendéis castigar á los tres? ¿No hay en vuestro pensamiento una excepción para alguno de ellos?... Quiero hablar de aquel que se fingió criado.... De Antonio Guiraud.... ¿No os parece que merece alguna piedad por la restitución de la suma robada, y por su arrepentimiento, que parece tan sincero, en la carta que habéis recibido de él, y que os habéis servido enseñarme?... Además, creo que ha protestado contra el asesinato, y dice que trató de defender á vuestra madre, salvándoos á vos la vida.

—En efecto (dijo Armando Le Forestier); ten-

dria indulgencia con este hombre, si pudiera encontrar á sus dos cómplices.

—¿Os contentaríais con castigarlos á ellos solos?

—Sí.

—Permitidme que os pida que me lo prometáis...., que me empeñéis vuestra palabra....: en la situación á que hemos llegado, querido amigo, creo que tengo derecho á ello.

—Os doy mi palabra de perdonar al que se hizo llamar Antonio Guiraud, si llego á encontrar y á castigar al hombre que, según todas las probabilidades, dirigía el crimen, y al miserable que mató á mi madre con sus propias manos.

—Bien....: habéis comprendido mi idea, ¿no es eso? vuestras pesquisas serán ahora más limitadas, y vuestra venganza más precisa....; de manera que si llegaseis á encontrar á los dos principales cómplices, todo habría terminado, y quedaréis satisfecho.

Se detuvo un instante, como si buscase lo que quería decir; pero, en realidad, para tomarse algún tiempo para dominar su emoción, y después continuó:

—Aún voy á haceros otra pregunta...., la última.... ¿Qué pena habéis resuelto imponer á los dos asesinos?

Armando Le Forestier respondió con voz firme:

—La pena del talión, es decir, la muerte.

—¿Estáis enteramente resuelto?

—Sí; enteramente.

—¿Pronunciáis una condena á muerte?

—Tengo derecho á pronunciarla.

—Bueno, bueno; es asunto de conciencia, en que nadie puede intervenir....; pero ahora el peligro está bien definido. Sé lo que queréis...., dónde vais...., hasta dónde llegaréis...., y acepto para mi hija todas las consecuencias de la situación.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias!

—Permitidme aún.... Os he hablado de ciertas condiciones que quería poner para mi consentimiento definitivo, y no las conocéis todavía.

—Decidlas, señor; decidlas.

—Mi hija (replicó Beuvret) se ha ocupado mucho en estos últimos tiempos de vuestras pesquisas é indagaciones. Esto la conmueve y la altera más de lo que conviene, y yo deseo que si ha de ocuparse de estas cosas más tarde, tenga al menos una temporada de descanso, para lo cual os pido que, desde hoy hasta dentro de seis meses, no la habléis jamás de vuestros proyectos, y hasta no os ocupéis de ellos vos mismo.

—¿Pero ignoráis tal vez que tengo esperanzas (dijo Armando), que creo estar en el buen camino?

—No tengáis cuidado, que no abandonaremos ese camino, sino, al contrario, le seguiremos....

He estudiado mucho vuestro asunto; le conozco á fondo, y mis largos estudios en todas materias me han hecho hábil para penetrar ciertos misterios, por lo cual pienso ayudar al señor Roberto du Chatel con mis consejos.

—¡Cómo! ¿Vos?

—Sin duda.... Al daros mi hija, entro en vuestra familia, participando de sus goces y dolores, asociándome á sus odios.

—¡Oh, señor!

—Está convenido; concederéis una prórroga de algunos meses á los dos, á los dos criminales....; pero como si os quedaseis entre nosotros no podríais menos de querer intervenir para aconsejarnos y dirigirnos, os ruego, además, que emprendáis un viaje con vuestra mujer al día siguiente de la boda.

—¡Es muy justo! (exclamó el Doctor.) ¡Y yo que le acusaba de egoismo! Acepta, Armando. Todas esas condiciones son razonables.

—Acepto, padre mío (dijo Armando con alegría); pero el señor de Beuvret me ha de permitir una pregunta.

—Las que gustéis.

—Si cuando vuelva no habéis descubierto todavía á los que buscamos, ¿no tendré derecho?....

El señor de Beuvret no le dejó acabar.

—Ciertamente (le dijo); no es más que una temporada de descanso lo que os pido, y el de-

recho, como aliado, como padre de vuestra mujer, de ocuparme de vuestros negocios durante vuestra ausencia.... ¿Tengo vuestra palabra?

—¡Oh! Sí, señor.

—Pues bien: vos tenéis la mía...., y desde hoy podéis, cuando queráis, visitar nuestra casita de Auteuil, donde tendré el gusto de recibirlos como á un hijo.

—¡Bravo! (dijo el Doctor frotándose las manos.) ¡Muy bien! Pero me da lástima que hablemos de todo esto sin que sepa una palabra la pobre interesada, que, aunque no dudará que estamos trabajando aquí por su felicidad, no lo sabe de cierto...., y estará intranquila.... Voy á buscarla.

Llegó casi hasta la puerta del salón, y dijo:

—¡Juana! ¡Ven con tu amiga!

Las dos amigas entraron, y Juana conducía á Clara, que estaba roja como una amapola, y no se atrevía á levantar los ojos del suelo para mirar á Armando, á pesar de lo mucho que deseaba verle.

—Armando, aproxímate, y dame tu mano derecha (dijo el Doctor); Juana, conduce á tu amiga hasta mi lado y pon su mano en la mía.... ¡Ah! ¡Cómo tiembla!.... Se comprende.... Ahora, hijos míos, con la autorización del padre número uno, yo, el padre número dos, uno estas manos que tengo en las mías...., y desde hoy tengo una hija más.

XXIV.

Preparaban el matrimonio, ó, mejor dicho, lo preparaba la familia du Chatel. Armando Le Forestier les había dicho: «Haced lo que queráis: os doy carta blanca, y un crédito ilimitado. Arreglad, ordenad, comprad cuanto gustéis, siempre que sea hermoso; porque yo no tengo tiempo para ello. ¡Paso á su lado en Auteuil, todo el día! ¡Hemos estado tanto, tantísimo tiempo separados, y tenemos tan agradables cosas que decirnos!»

Entonces el Doctor y su hija, á menudo Juana y Roberto, otras veces la señorita du Chatel con su antigua niñera, que había llegado á ser su señora de compañía, recorrían los almacenes, ó bien recibían en su casa á los comerciantes, á los almacenistas escogidos para confeccionar el equipo. Juana, sobre todo, hacía sus correrías á través de París, con un ardor, con una actividad comparables sólo á su alegría. Sí; era dichosísima por poder ser útil á su amigo Armando, al compañero de su infancia, y á la que él amaba.

recho, como aliado, como padre de vuestra mujer, de ocuparme de vuestros negocios durante vuestra ausencia.... ¿Tengo vuestra palabra?

—¡Oh! Sí, señor.

—Pues bien: vos tenéis la mía...., y desde hoy podéis, cuando queráis, visitar nuestra casita de Auteuil, donde tendré el gusto de recibirlos como á un hijo.

—¡Bravo! (dijo el Doctor frotándose las manos.) ¡Muy bien! Pero me da lástima que hablemos de todo esto sin que sepa una palabra la pobre interesada, que, aunque no dudará que estamos trabajando aquí por su felicidad, no lo sabe de cierto...., y estará intranquila.... Voy á buscarla.

Llegó casi hasta la puerta del salón, y dijo:

—¡Juana! ¡Ven con tu amiga!

Las dos amigas entraron, y Juana conducía á Clara, que estaba roja como una amapola, y no se atrevía á levantar los ojos del suelo para mirar á Armando, á pesar de lo mucho que deseaba verle.

—Armando, aproxímate, y dame tu mano derecha (dijo el Doctor); Juana, conduce á tu amiga hasta mi lado y pon su mano en la mía.... ¡Ah! ¡Cómo tiembla!.... Se comprende.... Ahora, hijos míos, con la autorización del padre número uno, yo, el padre número dos, uno estas manos que tengo en las mías...., y desde hoy tengo una hija más.

XXIV.

Preparaban el matrimonio, ó, mejor dicho, lo preparaba la familia du Chatel. Armando Le Forestier les había dicho: «Haced lo que queráis: os doy carta blanca, y un crédito ilimitado. Arreglad, ordenad, comprad cuanto gustéis, siempre que sea hermoso; porque yo no tengo tiempo para ello. ¡Paso á su lado en Auteuil, todo el día! ¡Hemos estado tanto, tantísimo tiempo separados, y tenemos tan agradables cosas que decirnos!»

Entonces el Doctor y su hija, á menudo Juana y Roberto, otras veces la señorita du Chatel con su antigua niñera, que había llegado á ser su señora de compañía, recorrían los almacenes, ó bien recibían en su casa á los comerciantes, á los almacenistas escogidos para confeccionar el equipo. Juana, sobre todo, hacía sus correrías á través de París, con un ardor, con una actividad comparables sólo á su alegría. Sí; era dichosísima por poder ser útil á su amigo Armando, al compañero de su infancia, y á la que él amaba.

Jamás se le había pasado por la imaginación, á este corazón excelente, á esta angelical criatura, el decir: «¡pero este matrimonio ventajosísimo podría haberle hecho yo! Me ha conocido cuando era muy niña, cuando ya fui mayorcita, y por último cuando estaba en edad para casarme; ¿por qué no me ha elegido para ser su mujer? Cuando ha encontrado él á Clara de Beuvret, y yo á mi Capitán, hacía ya mucho tiempo que podía haberme casado». Ni se había pasado por su imaginación la idea envidiosa de decir: «¡Qué suerte tiene Clara! Va á ser la dueña soberana de una de las fortunas más grandes de Europa, mientras que yo estoy amenazada de quedarme soltera toda la vida». Y este último pensamiento hubiera sido muy natural, pues la pobre Juana apenas oía hablar ahora de Luciano Deroche, y lo único que sabía de él era que, siguiendo las observaciones de Armando Le Forestier, no había pedido la separación y le habían prolongado la licencia.

En el ardor de Juana du Chatel de andar todo París para completar la canastilla de boda de su amiga, entraba, tal vez, la vaga esperanza de encontrar al que amaba; pero siempre su esperanza quedaba fallida: el Capitán no debía salir nunca de su casa.

Quince días habían transcurrido en preparativos, en compras y en arreglos, cuando una ma-

ñana, á eso de las diez, en el momento en que Juana iba á salir con su padre, el señor du Chatel recibió un billete, concebido en estos términos:

«Muy señor mío: Os ruego tengáis la bondad de leer el documento encerrado bajo este pliego, y de pasar á mi estudio para entregaros otros varios que os son necesarios.

»Recibid el testimonio de mi consideración.

»RICHARD, *Notario.*»

—¿Qué me querrá este Richard, notario? —dijo el Doctor, levantando sobre su frente los anteojos azules, de que por la enfermedad de los ojos no le era permitido servirse más que en las grandes ocasiones.

—Padre mío (dijo Juana, que se encontraba al lado del señor du Chatel): la carta adjunta te sacará de dudas, explicándote en seguida esas palabras. Aquí la tienes.

—¡Oh! Lee tú....; no quiero fatigarme la vista por cosas que serán alguna tontería.... Lee; te escucho.

El Doctor se sentó en un sillón, con el sombrero puesto y teniendo en la mano el bastón que le habían dado ya para salir.

Juana leyó:

«Señor Richard, notario, en París.

»Tenemos el honor de preveniros, que en la sesión de ayer nuestro Consejo de administración nos ha autorizado para proceder á pagar los diversos seguros de vuestro cliente el señor doctor du Chatel y sus hijos.»

—¿Qué quiere decir esto? (interrumpió el Doctor.) Si yo no tengo seguros ni vosotros tampoco....; esto debe ser una equivocación. ¿De dónde viene esa carta?

Después de haber consultado el encabezamiento impreso, respondió Juana:

—De la Urbana, compañía de seguros sobre la vida.

—Sobre la vida (repitió el señor du Chatel); harían mejor en asegurar contra la tontería, y así no cometerían torpezas como ésta, pues nada tengo que ver con las compañías de seguros; y el caso es que esta torpeza es bien cruel para mí, porque nunca he tenido lo suficiente para haberos asegurado desde hace mucho tiempo, y esto me hubiera proporcionado una tranquilidad respecto al porvenir, que ya nunca podré tener.... Pero basta de quejas inútiles, y dame esa carta para que la devuelva al Notario, que sin duda debe haberme confundido con otro du Chatel.

—Pero, papá, ¿si todavía no he acabado de leer?

—Ni hace falta; puesto que no es para nosotros.

—Pero veamos hasta el final (dijo Juana), que había recorrido ya toda la carta, y parecía asombrada y conmovida.

—Lee, lee, si quieres; pero despáchate. Clara continuó:

«Acabamos de inscribir: primero, un resguardo de setenta y cinco mil francos á favor del señor du Chatel, en clase de seguro sobre la vida (con seguro complementario).»

—¡Ah! ¡eso es demasiado! (exclamó el Doctor.) No puede estar escrito de ese modo.

—Sí, papá; vedlo si queréis: todavía no se ha acabado.

—Alguna nueva tontería; sigue leyendo.

«Segundo, otro resguardo de cien mil francos, á favor del señor Roberto du Chatel (seguro á plazo fijo).

»Tercero, otro resguardo de cien mil francos á favor de la señorita Juana du Chatel (seguro á plazo fijo).

»Tenemos estas diferentes sumas á la disposición de vuestros clientes, mediante la presentación de los dichos tres resguardos ó pólizas que os incluimos.

»Recibid la seguridad de nuestra consideración....

»*Por la Compañía, EL DIRECTOR.*»

—¿Se ha acabado? Pues, señor, no lo entiendo (exclamó du Chatel). Aquí debe haber una equivocación.

Y añadió, dirigiéndose á su hija, que estaba de pie delante de la chimenea y parecía reflexionar.

—¿No encuentras ridículo el que se cometan estos errores en asuntos tan graves?

—Padre mío, yo creo que aquí es difícil que hayan cometido error (respondió Juana). Tu nombre está bien escrito, así como tu título de Doctor. También sucede lo mismo con los nombres de Roberto y mío; de modo, que hace imposible el que haya juntas tantas equivocaciones...; además, se trata de una antigua Compañía, que es, en su clase, una de las primeras, y que envía esta carta á un hombre formal.

—¡Oh! Un hombre formal..., formal. Con los notarios sucede como con los médicos; que aunque todos lo sean, los hay buenos y los hay malos. Á pesar de sus formalidades, se han visto notarios huyendo á Bélgica, después de haber hecho su negocio.

—Estás diciendo todo eso (observó Juana acercándose á él); pero en el fondo crees, como

yo, que es cierto todo lo que dice la carta...; vamos, confiesa que lo que deseas es tomarte tiempo para reflexionar.

—¡Oh! Lo que es eso, no puedo confesarlo; no sé qué pensar, sin embargo; porque es de tal manera raro el documento que has leído....

—Puesto que salimos, vamos á informarnos y á pedir al notario la explicación de esta carta.

—Es una buena idea (dijo el Doctor, levantándose); le llevaremos sus papeles, y le diré que para otra vez tenga cuidado con no equivocarse así.

Cuando llegaron á la puerta, el señor du Chatel se volvió, y dijo á su hija:

—¡Pero si no sabemos las señas de la casa de ese señor!

—Sí, papá; calle de Vivienne, número...: precisamente para hacer nuestras compras tenemos que ir por ese camino.

Á la puerta les aguardaba un elegante cupé, perteneciente á Armando, al cual le había costado no poco trabajo hacer que se sirviesen de sus coches, al menos... para hacer sus compras; las compras para su boda....

—¿El señor Richard?—preguntó el Doctor al entrar en el estudio del notario, algunos minutos después.

—Ha salido, caballero,—respondió un escribiente.

—¡Ah!.... ¡Me lo esperaba!.... ¡Me ruega que venga á su casa, y no se encuentra en ella! ¿Á qué hora estará?

—Hoy tardará en volver, caballero, porque acaba de ser llamado de casa de uno de sus clientes para hacer su testamento.

—¡Hombre, qué casualidad! He aquí un cliente que hubiera hecho bien en testar antes ó después de venir yo.

—Vamos, papá (dijo Juana, tirándole del brazo); no te encolerices.

—¿Yo encolerizarme? De ninguna manera; sino que cuando me molestan por nada, es muy natural que....

—Ya volveremos á la tarde.

—¡Oh! ¡Eso sí que no!

Y tendiendo al escribiente las cartas que tenía en la mano, le preguntó bruscamente:

—¿Conocéis algo de eso?

El joven leyó las dos cartas, y las devolvió, diciendo:

—No, señor. No se trata de un negocio del estudio, sino de un asunto particular del señor Richard.

—Muchas gracias. Me voy tan enterado como cuando vine.

—Vamos, papá; vamos.

—¡Oh! Vámonos; y aunque no hubiéramos venido....

Salieron acompañados hasta la puerta por el escribiente, que había encontrado á la señorita du Chatel muy bonita y quería verla el más tiempo posible.

—Papá (dijo Juana en la escalera): en lugar de esperar á que el notario nos informase, debíamos ir á preguntar á la Urbana.

—¿La Urbana? ¿Y qué es eso de la Urbana?

—La compañía de seguros que ha escrito al señor Richard.

—¡Ah! Vamos.... ¿Y está muy lejos la Compañía esa?

—No, á dos pasos de aquí, en la calle de Le Pelletier. Están las señas en el sobre.

—Pues vamos, para salir de este diablo de asunto, y no volver á pensar en él.... ¡Qué fastidio! ¡Malhayan los notarios y las Compañías!

El señor du Chatel, de un humor malísimo y arrastrando á su hija en lugar de dejarse guiar por ella como tenía costumbre, entró en un gran despacho, donde los escribientes leían tranquilamente los periódicos del día, y preguntó imperativamente por el Director de la Compañía.

—Tened la bondad de llenar esa tarjeta,—le dijo el escribiente, presentándole un papel.

—¿Cómo? ¿Qué queréis que ponga en esa tarjeta?

—El señor Director (respondió con respeto el escribiente) desea saber el nombre de las personas que recibe, y el motivo de su visita.

—¿Os estáis burlando de mí?—exclamó el señor du Chatel.

—No, papá, no (dijo Juana, tratando de calmarle). Mira lo que está impreso en la tarjeta que te han dado: Nombre.... Motivo de la visita....

—¡Vaya un método nuevo! Ni en su ministerio un ministro se da más tono que el Director de esta Compañía.... Pues bien....: escribe, hija

mía.... Nombre; el doctor du Chatel.... Motivo de la visita: Deciros que habéis cometido una tontería.

—¿No te sería igual, papá (preguntó Juana sonriendo), que pusiese error, en lugar de tontería?

—No, no; escribe tontería.

Pero Juana juzgó más conveniente decir error, y alargó la tarjeta al escribiente, que se dignó interrumpir su lectura, levantarse, y entrar en el gabinete del Director.

Á los pocos instantes volvió, rogando al señor du Chatel que le siguiera.

—¡Por fin!—exclamó el Doctor, dando un suspiro de satisfacción.

No hacía más que algunos minutos que estaba esperando, y, al oírle, cualquiera hubiera creído que estaba allí desde la víspera.

El escribiente abrió la puerta de un espacioso despacho, amueblado con gusto, y en el cual había un hombre de aspecto simpático y de distinguidísimas maneras. Saludó á la señorita du Chatel, ofreciéndola un sillón, así como á su padre, y dirigiéndose á este último, le dijo sonriendo con amabilidad:

—Caballero, según parece, he cometido un error. ¿Tendríais la bondad de decirme cuál es?

—Sí, señor; á eso vengo (replicó el Doctor). Un notario, llamado Richard, acaba de remitir-

me una carta, por medio de la cual le avisaban de que mis hijos y yo tenemos que cobrar varias sumas en vuestra Compañía....

—En efecto, caballero.

—Pues bien: os habéis equivocado. Ni mis hijos ni yo nos hemos asegurado nunca aquí, ni en ninguna otra Compañía.

—Perdonad, Doctor. Vuestros seguros datan de más de veinte años.

—¡Los míos! ¡Los nuestros! ¡Pero si eso no es posible!

Juana hizo un gesto para disculpar á su padre; pero el Director la miró sonriendo, como si quisiese decir: «Tranquilizaos, señorita; no tomo cuenta de sus palabras». El señor du Chatel había vuelto á tomar una voz agría.

—Señor Director, para que una persona pueda ser asegurada, como vuestra carta pretende que yo lo estoy, es preciso su consentimiento, según los estatutos, que conozco perfectamente.... Porque, aquí donde me veis, he pasado toda mi vida soñando asegurar á mis hijos, para dejarles algo á mi muerte....; pero desgraciadamente no he hecho más que soñar.

—En efecto, caballero (respondió el Director); la cláusula de que habláis, existe en los estatutos; pues por prudencia tuvimos que introducirla; pero prescindimos de ella cuando está perfectamente probado que el seguro se hace con un

fin moral, como, por ejemplo, para asegurar el porvenir de los hijos....; de modo (continuó, consultando una nota), que después de vuestro fallecimiento hubiéramos arreglado cuentas con vuestros hijos....; pero como se estipuló bien en el contrato que en caso de inutilidad se os diera vuestro dinero, os hemos avisado.

El Doctor, que no comprendía ya mucho, comprendió aún menos en este momento.

—No entiendo ni una palabra (dijo, completamente desanimado, el Doctor). En fin, caballero; cada persona asegurada paga sus primas, y yo no he pagado nunca ninguna.

—¡Oh, Doctor! ¿Cómo os atrevéis á decir eso, si la Compañía no ha tenido nunca mejor cliente que vos? ¡Ni un retraso en veinte años!

—¿Cómo que ni un retraso? (dijo el Doctor, enteramente confundido; pero luego, levantando la cabeza, prosiguió:) Oid, y esta vez sí que no vais á poderme contestar.... ¿y la visita del médico, de que no habláis? Creo que es indispensable, ¿no es cierto?

—Sin duda ninguna; pero vos sois médico, y el de la Compañía ha podido veros como compañero, como amigo, sin deciros el verdadero motivo de su visita. Os ha mirado muy bien cuando hablabais, os ha auscultado bromeando, y ha dado una declaración análoga á la siguiente: «Sus pulmones están perfectamente sanos. No

padece ninguna enfermedad orgánica. Conozco á su familia, y afirmo que todos han sido robustos, pudiendo asegurar, sin temor de equivocarme, que dicho señor está perfectamente bueno.» Esto es indudablemente lo que ha sucedido hace veinte años, y ahora, estos últimos días, hemos tenido necesidad de volver á hacer lo mismo, de volveros á reconocer.

—¿Que me han reconocido estos últimos días? (dijo vivamente el Doctor.) ¡Que me han auscultado sin que yo lo note! ¡Oh! ¡Eso no es cierto! ¡Protesto!

—No ha habido necesidad de auscultaros (le hizo observar el Director). Se trataba únicamente de certificar que, encontrándoos casi ciego, no podáis ejercer vuestra profesión, lo cual os daba derecho á recoger inmediatamente la mayor parte del capital asegurado.

—¿De manera que también estaba asegurado contra los accidentes?—dijo el Doctor con tono quejumbroso, como si estuviera agobiado bajo el peso de las noticias que le daban.

—Sí, por un segundo seguro, que completa al otro de caso de muerte. Es uno de nuestros inventos. Los asegurados tienen derecho, en caso de inutilidad temporal, á no pagar sus primas durante el tiempo que estén incapacitados, y si llegaran á no poder trabajar, le tienen á percibir casi todo el capital asegurado, pero

siempre que el trabajo les fuera de todo punto imposible.

—Y mis hijos, mis hijos, á quienes también dicen que tienen que cobrar; ¿es que no pueden trabajar, que, como yo, están ciegos?

—No; es que ellos tienen otra clase de seguro. La Compañía se obligó á pagar á cada uno de vuestros hijos, al cabo de veinte años, una suma de cien mil francos, en el caso de que vieran.... ¿Viven?... No tenemos la culpa, y estamos obligados á cumplir nuestros compromisos.

El señor du Chatel conoció que estaba vencido; pero aún exclamó, revolviéndose en su asiento, con impaciencia:

—¿Y cómo sabíais que mis hijos vivían, y que mi vista se encontraba en ese estado, si no nos conocíais?

—Lo sabíamos por la persona que ha pagado siempre vuestras primas, y que era al mismo tiempo la que estaba encargada de la ejecución del contrato.

—¿Y quién es esa persona?

—El señor Richard, notario.

—¡Pero si le conozco tanto como á vos; si en mi vida he oído pronunciar su nombre hasta ahora! ¡Es para volverse loco!

Mientras que du Chatel hacía gestos y levantaba los brazos al cielo, el Director de la Urbana, que sin duda había sido prevenido de an-

temano y aguardaba esta escena, le miraba sonriendo. Juana, entre tanto, estaba apoyada sobre la mesa, y reflexionaba.

De pronto el señor du Chatel dió un golpe sobre la mesa de despacho, exclamando:

—Acabemos.... ¿Cuánto queréis darnos?

—Doscientos setenta y cinco mil francos, hoy (respondió el Director); pero debemos además entregar á vuestros hijos, después que fallezáis, ciento veinticinco mil francos, sin contar los cuarenta ó cincuenta mil procedentes de la participación en los beneficios de la casa.

—¡Ah! ¡Conque también participo de los beneficios! ¡Es lo único que faltaba!

—Os ruego (replicó el Director) que me digáis si queréis cobrar en casa de vuestro notario.

—No tengo notario.

—Entonces, en casa de vuestro agente de cambio.

—Tampoco tengo agente de cambio.

—Ó en nuestra caja, y en este último caso os daremos un talón á la vista contra el Banco de Francia.

—¡Un talón contra el Banco!

El doctor du Chatel se levantó, dirigiéndose hacia la puerta sin la ayuda de su hija, tropezando con los muebles y derribando todas las sillas que encontraba á su paso.

Juana, durante este tiempo, se había vuelto hacia el Director de la Compañía, y le había dicho rápidamente y en voz baja:

—Dispensadnos, caballero, y mil gracias por vuestra paciencia y vuestra cortesía.

—¡Un talón!—murmuraba todavía el Doctor en el antedespacho.

Los escribientes, asombrados, retrocedían.

Mientras accionaba el señor du Chatel, levantaba sus brazos, y al pasar un señor que iba á pagar un plazo, le tiró el sombrero.

—Tened cuidado (dijo recogién-dole); los sombreros no están asegurados, lo cual es una gran falta.

—¿Iremos ahora á hacer nuestras compras?
—dijo Juana á su padre cuando subieron en el coche que les aguardaba.

—¡Nuestras compras! ¡Nuestras compras! (respondió el Doctor); ¿crees que tengo gana de ocuparme de la canastilla de boda?... ¡Cuando caen semejantes asuntos de las nubes! ¡Cientos de miles de francos que vienen no se sabe de dónde!... ¡Cuánto deseo que se ponga en claro este endiablado asunto!

—Pues bien, papá; vamos á volver á casa del notario.... Puede ser que haya vuelto.

—No lo esperes....; pero si quieres, vamos.

Dieron orden al cochero de que les condujera á la calle de Richelieu, y cuando subían la escalera del estudio, Juana abrazó á su padre, diciéndole con voz melosa:

—Hazme una promesa, papá.

—¿Qué promesa?

—Habla tranquilamente con el notario, y no te incomodes.

—¡Yo incomodarme! ¡Si no me incomodo ja-

más! ¡No sé por qué dices eso, hija mía, cuando ahora mismo, en la Urbana, á pesar de la terquedad del Director, que se empeñaba en que yo estaba asegurado, he tenido tantísima paciencia!...

—Pues ten aún más en casa del señor Richard, para darme gusto.

—¡Bueno, hija, bueno!.... Llama, que ya hemos llegado....

.....
El escribiente con quien habían hablado antes, se apresuró á decirles:

—El señor Richard acaba de llegar.

—¡Gracias á Dios! (exclamó el Doctor.) Anunciadle la visita del doctor du Chatel y su hija.

—Está almorzando.

—¡Cómo! ¿Almuerza?

—Sí (contestó el escribiente sonriendo); tiene esa costumbre; pero si queréis esperarle, no tardará.

—¡Bueno, esperaremos diez años, un siglo, si es preciso! ¡Quiero probar que tengo mucha paciencia!—exclamó el señor du Chatel arrojándose en un sillón, como si hubiera de pasar allí su vida.

El escribiente volvió á sentarse delante de su mesa, y tomó un legajo de papeles; pero en lugar de leerle, miraba á hurtadillas á la hermosa joven que la casualidad le enviaba aquel día para

—¿Iremos ahora á hacer nuestras compras?
—dijo Juana á su padre cuando subieron en el coche que les aguardaba.

—¡Nuestras compras! ¡Nuestras compras! (respondió el Doctor); ¿crees que tengo gana de ocuparme de la canastilla de boda?... ¡Cuando caen semejantes asuntos de las nubes! ¡Cientos de miles de francos que vienen no se sabe de dónde!... ¡Cuánto deseo que se ponga en claro este endiablado asunto!

—Pues bien, papá; vamos á volver á casa del notario.... Puede ser que haya vuelto.

—No lo esperes....; pero si quieres, vamos.

Dieron orden al cochero de que les condujera á la calle de Richelieu, y cuando subían la escalera del estudio, Juana abrazó á su padre, diciéndole con voz melosa:

—Hazme una promesa, papá.

—¿Qué promesa?

—Habla tranquilamente con el notario, y no te incomodes.

—¡Yo incomodarme! ¡Si no me incomodo ja-

más! ¡No sé por qué dices eso, hija mía, cuando ahora mismo, en la Urbana, á pesar de la terquedad del Director, que se empeñaba en que yo estaba asegurado, he tenido tantísima paciencia!...

—Pues ten aún más en casa del señor Richard, para darme gusto.

—¡Bueno, hija, bueno!.... Llama, que ya hemos llegado....

.....
El escribiente con quien habían hablado antes, se apresuró á decirles:

—El señor Richard acaba de llegar.

—¡Gracias á Dios! (exclamó el Doctor.) Anunciadle la visita del doctor du Chatel y su hija.

—Está almorzando.

—¡Cómo! ¿Almuerza?

—Sí (contestó el escribiente sonriendo); tiene esa costumbre; pero si queréis esperarle, no tardará.

—¡Bueno, esperaremos diez años, un siglo, si es preciso! ¡Quiero probar que tengo mucha paciencia!—exclamó el señor du Chatel arrojándose en un sillón, como si hubiera de pasar allí su vida.

El escribiente volvió á sentarse delante de su mesa, y tomó un legajo de papeles; pero en lugar de leerle, miraba á hurtadillas á la hermosa joven que la casualidad le enviaba aquel día para

distraerle y hacer que no se ocupara de las actas, testamentos y contratos de todas clases.

Al cabo de cinco minutos de espera, el Doctor murmuraba ya entre dientes:

—¡Jesús, cuánto tarda en almorzar ese notariol ¡Cuánto come! Le va á dar una indigestión; y como yo soy el médico que está más cerca, me van á mandar que le cure.

Pero la puerta se abrió, interrumpiendo estas reflexiones, y un hombre todavía joven, y cuyo traje no tenía nada de severo, entró en el despacho, y después de cambiar algunas palabras con el escribiente, que se había levantado á su entrada, se adelantó hacia el señor du Chatel y su hija.

—Os ruego que me sigáis, y me perdonéis por haberos hecho esperar,—dijo cortésmente.

El Doctor iba á responder; pero Juana le arrastró con viveza en seguimiento del señor Richard, haciéndole seña que callara.

Cuando estuvieron sentados los tres, el Notario se dirigió al señor du Chatel, diciéndole:

—Doctor, me felicito por tener el honor de conoceros.

Á estas palabras, el señor du Chatel se indignó.

—¿Cómo de conocerme? Me debéis conocer desde hace muchísimo tiempo, puesto que sois el

que paga puntualmente mis primas en esa sociedad llamada la Urbana.

—No he sido yo, sino mi antecesor.... Yo me he encargado de esta notaría últimamente, y sin duda por eso mi nombre no os ha traído á la memoria ningún recuerdo.

—¿Qué recuerdo podría traerme vuestro nombre?

—El del señor Armando Le Forestier, cliente desde hace tantos años de este estudio.

—¡Ah! (dijo el Doctor.) ¡Anda la mano del señor Le Forestier en todo esto!

Después añadió de pronto, como iluminado por una idea:

—¿Si será él el que me ha asegurado sin mi consentimiento?

—No, señor (respondió vivamente el Notario, al que debían haber enseñado muy bien la lección). No ha sido él, sino su madre.

—¡Su madre! ¡Si se ha muerto hace veinte años!

—Justo, y vuestros seguros datan de unos meses antes.

—Á pesar de todo lo que me decís, no he podido entender una palabra.... ¿Queréis darme explicaciones claras y terminantes de todo esto?

—Nada más fácil; pues mi antecesor me ha puesto al corriente de todo lo que concierne á la familia Le Forestier, que han sido los mejores

clientes de este estudio; por lo demás, á falta de informes verbales, he encontrado entre los papeles un legajo á vuestro nombre.

—¡Ah! ¡Tengo mi legajo, para que no me falte nada!

—Sí, y un legajo que no tiene nada desfavorable para vos (observó el señor Richard con una dulzura inalterable). Consta de cartas en que os pondera mucho la señora Le Forestier, con instrucciones muy detalladas y muy completas... Hay además una carta para su hijo, en que le expresa su deseo....; y, en fin, notas de todas clases.

—¿Y qué dicen esas notas, porque creo que tengo el derecho de conocer mi legajo?

—Os las leeré cuando queráis...., y entre tanto puedo resumiros lo que dicen.

—Resumid, caballero, resumid.

—Resulta de las cartas de la señora Le Forestier (replicó el Notario), que habéis dedicado á ella y á su hijo Armando los más cariñosos cuidados.

—Era su médico, me llamaban, y cumplía con mi deber.

—El deber puede cumplirse con más ó menos celo.... En una de las notas que la señora Le Forestier dejó á mi antecesor, declara que sólo vos habéis visto claro en la enfermedad de su marido, y que si se os hubiera escuchado, se

habría salvado; pero creyeron deber llamar á otros médicos en consulta, que eran lumbreras de la ciencia, y que en aquella ocasión se equivocaron.

—Ó tal vez era yo el equivocado.

—No es probable; pues el día en que la señora Le Forestier cayó enferma, no quiso llamar más médico que á vos...., y la curasteis.

—No sería su mal de tanta gravedad.

—Ella le creía más grave.... En cuanto á su hijo....

—¡Su hijo! ¿Me acusa también de haberle salvado la vida?

—Sí, señor.... Y dice en una carta dirigida á él, y para que la leyera al llegar á su mayor edad si ella moría antes de esta época, que le habéis dedicado cuidados, no ya de médico, ni de amigo, sino de padre....; que pasabais las noches á su cabecera escuchando su respiración, y tomándole el pulso, sin que os rindiera el sueño un instante....; y añade después: «cuidados como estos no se pagan con nada, y yo no trato de pagarlos».

—Ha hecho bien, porque me hubiera ofendido.

—Solamente, que en la posdata de la carta, dice á su hijo: «El señor du Chatel tiene dos niños, á los que estoy segura que los has de amar y á los que desearía ser útil».

.....

La señora Le Forestier escribía esto, quince días antes de su muerte....

«No les puedo hacer ninguna clase de regalos, porque su padre sería capaz de enfadarse; pero he encargado á mi notario que asegurase á cada uno de ellos por una suma de cien mil francos, que tomarán dentro de veinte años, cuando estén en edad de casarse.... Destino además una renta de seil mil quinientos francos para el pago de las primas.... También he querido unir á estos dos seguros, un tercero de doscientos mil francos, siempre en beneficio de los niños, pero sobre la vida del señor du Chatel. Esta suma no será pagada hasta después de su muerte.»

—¡Pero si no me he muerto! (exclamó el Doctor.) ¿Por qué quieren obligarme á tomar setenta y cinco mil francos?

—Porque estáis también asegurado en caso de accidente. ¿No os lo han dicho en la Compañía?

—Sí, me lo han dicho, y por eso mismo sé que el seguro en caso de accidente, ó sea el seguro complementario, es una creación nueva de la Urbana, que sólo data de hace pocos años, y que, por consiguiente, no ha podido hacer la señora Le Forestier.

—¡Ya lo creo! Como que ha sido mi antiguo patrón quien tuvo esta idea.

—¿Con la colaboración de Armando sin duda?

—No, señor. La señora Le Forestier había calculado que, según vuestra edad, la prima que había que pagar anualmente sería de seis mil quinientos francos, y nosotros habíamos recibido una cantidad con arreglo á esta cifra; pero luego resultó que sólo había que abonar seis mil ciento ochenta francos, quedando un remanente de trescientos veinte francos, que hemos creído deber aplicar á la póliza complementaria.... Estos son negocios de notaría, en que el señor Le Forestier no ha tenido participación.

—Sí, sí, comprendo; no queréis que le eche la culpa á él, y le echáis la culpa á la pobre muerta....

—Cuya voluntad nos es sagrada, como á su hijo,—observó el Notario.

—¡Y si yo no encuentro sagrada esa voluntad! ¡Si rehuso esos donativos!

—Entonces remitiremos esos doscientos setenta y cinco mil francos á la Caja de depósitos y consignaciones, y el Estado será el que se aproveche de ello.... Tal vez le vendría mejor que á vuestros hijos.

—¡Eso corre de mi cuenta, señor mío! Entre tanto, hago constar que he sido asegurado sin mi consentimiento. Molière ha escrito: *El médico á pesar suyo*, y yo á mi vez quiero que sepáis que soy también *El asegurado á pesar suyo*.

El Notario no pudo menos de echarse á reir, haciendo por fin sonreír á du Chatel, que se calmó un poco, saliendo de aquella casa de una manera menos ruidosa que la primera vez, pues en lugar de salir dando voces, se alejó lentamente del brazo de su hija, que, sin que él la viese, tendió la mano al señor Richard para despedirse y darle las gracias, como había hecho también con el Director de la Urbana.

XXVII.

El cochero de Armando Le Forestier preguntó al doctor du Chatel y á su hija dónde tenía que conducirles.

—Á casa,—dijo du Chatel bruscamente.

Y subió al coche.

—¿Entonces renunciarnos á nuestras compras por hoy?—dijo Juana, sentándose á su lado.

Su padre le respondió con voz breve:

—¡Sí! Tengo necesidad de reponerme de este golpe.

La joven no creyó deber hacerle observar que el golpe de que hablaba era más bien una caricia de la fortuna.

El Doctor subió trabajosamente y con la cabeza baja los tres pisos que había antes de llegar á su casa, y sin cambiar una palabra con Roberto, que se encontraba en el salón, se retiró á su despacho, sombrío y taciturno.

—¿Qué tiene papá?—preguntó Roberto, cuando se encontró solo con su hermana.

—¿No te lo figuras?

—No.

—¿Ni tienes ninguna idea de lo que hemos recibido esta mañana?

—Ninguna.

—¿Ni Armando y Clara de Beuvret te han dicho nada?

—Absolutamente nada, hermanita. ¿Qué ha sucedido? Me tienes lleno de curiosidad.

—Ya sabes que papá, tú y yo éramos pobres como Job.

—Como tres Jobs, si acaso.

—¡Bueno!.... Pues hoy somos casi ricos.

—¡Bah! (dijo Roberto sin alterarse.) ¡Es chistoso! Siempre había yo pensado que acabaría por sucedernos eso.... ¿Y á cuánto asciende nuestra fortuna?

—La de papá, á setenta y cinco mil francos, la tuya á cien mil, y la mía á otros cien mil....; pero no es eso todo, pues heredaremos además un día, Dios quiera que sea el más tarde posible, de ciento cincuenta á ciento setenta mil francos, si no he comprendido mal.

—¿Y de dónde nos cae esa lluvia de oro?

—De diversos seguros contra la vida hechos á nuestro favor hace veinte años por la madre de Armando, algunos meses antes de su muerte.

—¡Calla! ¡Sin duda por eso Armando ha hecho venir á tu apuesto oficial, impidiéndole que pidiera la separación y reteniéndole aquí!

—¡Ah! ¡Tú crees!....

—Creo que nada se opone ya á tu matrimo-

nio. Tienes ahora cinco ó seis veces la dote exigida por la ley.

—Exageras.

—No, porque tienes también que contar mis cien mil francos, que son tuyos lo mismo que míos. Ya sabes que siempre hemos tenido el mismo bolsillo.

—¡Querido hermano!

—¡Ah! (continuó Roberto.) Á ese pícaro de Armando le tengo yo que ajustar las cuentas.... ¡Hipocritón! ¡Haber preparado este golpe desde hace tanto tiempo, y no habersele escapado alguna palabra!.... ¿Y papá qué dice?... Según su manera de pensar, no debe estar muy contento.

—¡Oh, no! ¡Si supieses qué rato me ha hecho pasar antes en casa del notario y en el despacho del Director de la Urbana!

—¿Y sabes si está decidido á aceptar?

—No sé nada....; y es muy posible que yo me haya adelantado mucho al decirte que éramos ricos.... ¡Si papá rehusase!....

—Aceptaríamos nosotros. Ya somos mayores.

—Sin embargo, si papá no quería....

—Entonces, hermanita, si te lo dictaba el corazón, tú rehusarías con él....; pero yo tomaría los cien mil francos que me corresponden y te los regalaría.... No creas que voy á andarme con delicadezas.... tontas, cuando se trata de tu dicha y de tu porvenir.

—¿Entonces tú crees?...

—Creo que papá consentirá, después que yo le haga algunas reflexiones....; pero aquí viene. Oigo sus pasos: ¡pobrecillo! Sin duda tiene necesidad de consultar con nosotros.

Era, en efecto, el doctor du Chatel quien venía, siempre pensativo y sombrío. Se sentó en el canapé, murmurando estas palabras:

—Hijos míos, estoy profundamente humillado.

—¿Por qué estás humillado?—preguntó Roberto, aproximándose á él y estrechándole la mano.

—¡Ay! ¿No comprendes, hijo mío, que Armando quiere pagar mis cuidados, mi afección por él?

—¡Oh, papá! ¿Cómo puedes decir eso? (dijo Juana interviniendo.) Llegarías á confundir á Roberto; pero yo lo he oído todo, y sé que el Notario nos ha repetido muchas veces que Armando no tenía que ver en todo esto.... Vamos, sé justo: cuando la señora Le Forestier tomó esas disposiciones que tanto te hieren, él era un niño á quien no podía consultar.

—Sin duda (continuó Roberto), y más tarde habrá sido el consejo de familia, ó el tutor, los que habrán decidido que era preciso ejecutar los contratos hechos con las Compañías de seguros.

—Pero Armando ha sido mayor un día (re-

plícó el Doctor), y hubiera debido prevenirme.

—No (dijo Roberto, con voz firme). Su madre no te había dicho nada, y él ha creído deber obrar del mismo modo.

—Entonces, ¿tú lo apruebas?

—Enteramente, padre mío. Yo hubiera hecho lo mismo que él.

—¡Pues bien; yo no lo apruebo! ¡Ha venido á turbar mi dicha!... Si yo le he cuidado, si le he querido como á un hijo, ha sido con desinterés.

—Sí, papá; pero entonces no sabías nada.

—Lo sé ahora.

—Pues bien (dijo Juana); deja de quererle...., si puedes.

El Doctor quedó pensativo algunos instantes, hasta que por fin dijo:

—Entonces, ¿vosotros aceptáis?

—Si nos lo permites, sí (dijo Roberto; y añadió): Ya sabes que en más de una ocasión he tenido apuros y he necesitado dinero. Pues bien: Armando me ha ofrecido sus servicios, y yo los he rehusado siempre. A ti no te ha ofrecido nunca nada, porque te conocía bien...., y en cuanto á Juana, por una cantidad relativamente modesta que nos faltaba, y que él la hubiera dado con tanto gusto, renunciaba á casarse....; pero hoy no es lo mismo. Nuestro amor propio, nuestro orgullo, ó nuestra delicadeza, si te parece mejor, no tienen nada que ver en esto. Una señora res-

petabilísima, que ha muerto hace tiempo, ha querido asegurar nuestro porvenir, y seríamos culpables al no respetar su pensamiento, al no cumplir su voluntad.

—Sea; aceptado (dijo el Doctor): sois libres, y quizá tengáis razón; pero el pensamiento de la señora Le Forestier era que sólo cobraseis dos cantidades: doscientos mil francos á plazo fijo, y otros doscientos mil después de mi muerte; por consiguiente, yo puedo renunciar los setenta y cinco mil francos que me ofrecen hoy, sin dejar de cumplir la voluntad de la muerta.

—Permitidme haceros observar, padre mío, que si tomáis esta suma (dijo Roberto), no la tiraréis por la ventana, sino que sólo gastaréis la renta, y el capital nos quedará más tarde.

—Y yo añadiré (replicó Juana), que esa renuncia parecerá censurarnos por haber aceptado, y herirá á nuestro hermano Armando.

—Pero si yo acepto (dijo el Doctor, medio vencido), tendré que darle las gracias.... ¡Darle las gracias por haberme causado tanta pena, por habermel!...

—No, padre mío; no tienes que darle ningunas gracias.... Sólo su madre tiene derecho á nuestro reconocimiento.

—¿Y cómo vamos á demostrárselo ahora?

—Como se les demuestra á los muertos (dijo Juana). Mandaré hacer esta noche tres grandes

coronas...., que sean muy hermosas...., en las que gastemos, si es preciso, todas nuestras economías...., y mañana, los tres juntitos, sin decir nada á nadie, nos iremos al cementerio del *Père Lachaise* á depositar nuestra ofrenda en la capillita que Armando ha mandado edificar sobre la tumba de su madre.... ¿Qué te parece, papá?

—Me parece bien, puesto que vosotros lo queréis,—dijo du Chatel, enjugando una lágrima que brillaba en sus ojos.

—¿Lloras?—dijo Juana, abrazándole.

—Sí.... ¡Pero de rabia contra esas Compañías de seguros que vienen á introducir el disturbio entre las familias!.... ¡Cuando pienso que tendremos que volver á esos despachos para aceptar el talón del Banco!

—Si eso te incomoda, yo me encargaré de todo (dijo Roberto), sin que tengas que darme más que tu firma.

—No les hará mucha gracia verte por allí, papá (añadió Juana, riendo), porque trataste de un modo al pobre Director de la Urbana, á pesar de ser con nosotros tan fino y tan amable....

—¿Conque le traté mal? ¿Y al Notario?...

—También al Notario....; pero.... no tanto.

—Entonces tendré que ir á excusarme.

—¡Oh! No hay necesidad (replicó Juana). Ya les dirigí yo, sin que lo notaras, algunas disculpas en tu nombre...., y, además, habrán com-

prendido la natural indignación de un pobre asegurado á pesar suyo , como dijiste que eras.

El doctor du Chatel sonrió, guardó un instante silencio, y después dijo, dirigiéndose á su hija:

—Serás dichosa, hija mía; vas á poder casarte.

—Si tú me das tu consentimiento , papá....

—Nunca te lo he negado yo, sino la ley. ¡Ah! ¡Si vieras cómo me atormentaba esa idea á todas horas! Por el día no pensaba en otra cosa, y por la noche me despertaba diciendo: «Si yo la hubiese asegurado cuando nació, ahora tendría una dote de cincuenta mil francos, que apenas me habría costado nada».

—Pues bien : otro ha hecho lo que tú no has podido hacer.

—Sí; ¿pero sabes lo que estoy pensando ahora? Que me temo que he sido yo el que di esa idea á la señora Le Forestier.... Siempre estaba yo hablando de seguros contra la vida en interés de los hijos, ponderando las ventajas que esto tenía...., hasta que la llamé la atención, haciendo que sustituyera al padre de familia imprevisor...., y que, además, no tenía medios.... Delante de ciertas personas, nunca debería uno decir lo que piensa, porque al momento lo cogen todo....; pero no hablemos más de ello.... Mañana iremos los tres al cementerio del *Père Lachaise*...., y sobre todo, hija mía, que las coronas sean muy hermosas.

XXVIII.

Hacia las cinco de la tarde de aquel mismo día, avisaron á Juana du Chatel, que se había retirado á su habitación, que la señorita de Beuvret deseaba verla, y la esperaba en el salón. En cuanto lo oyó Juana, se apresuró á reunírsela.

—Vengo (la dijo Clara) á pedir os hospitalidad. Hemos venido á París mi padre y yo, y como papá tenía que hacer, me ha dejado á la puerta de vuestra casa, con la esperanza de que no os importaría tenerme aquí un ratito.

Juana la cogió las dos manos, y la dijo sonriendo:

—¿No habéis venido aquí más que para aguardar á vuestro padre?

—Sin duda.

—¡Oh, no mintáis! Porque el rubor os hace traición en seguida. Igual me pasa á mí; no sabemos mentir.... Vamos, voy á ayudaros á decir la verdad... Debo esta agradable visita á vuestro prometido, que os ha mandado hacerla.

—¿Creéis?....

—Estoy segura.... Armando está deseando sa-

prendido la natural indignación de un pobre asegurado á pesar suyo , como dijiste que eras.

El doctor du Chatel sonrió, guardó un instante silencio, y después dijo, dirigiéndose á su hija:

—Serás dichosa, hija mía; vas á poder casarte.

—Si tú me das tu consentimiento, papá....

—Nunca te lo he negado yo, sino la ley. ¡Ah! ¡Si vieras cómo me atormentaba esa idea á todas horas! Por el día no pensaba en otra cosa, y por la noche me despertaba diciendo: «Si yo la hubiese asegurado cuando nació, ahora tendría una dote de cincuenta mil francos, que apenas me habría costado nada».

—Pues bien: otro ha hecho lo que tú no has podido hacer.

—Sí; ¿pero sabes lo que estoy pensando ahora? Que me temo que he sido yo el que di esa idea á la señora Le Forestier.... Siempre estaba yo hablando de seguros contra la vida en interés de los hijos, ponderando las ventajas que esto tenía...., hasta que la llamé la atención, haciendo que sustituyera al padre de familia improvisador...., y que, además, no tenía medios.... Delante de ciertas personas, nunca debería uno decir lo que piensa, porque al momento lo cogen todo....; pero no hablemos más de ello.... Mañana iremos los tres al cementerio del *Père Lachaise*...., y sobre todo, hija mía, que las coronas sean muy hermosas.

XXVIII.

Hacia las cinco de la tarde de aquel mismo día, avisaron á Juana du Chatel, que se había retirado á su habitación, que la señorita de Beuvret deseaba verla, y la esperaba en el salón. En cuanto lo oyó Juana, se apresuró á reunírsela.

—Vengo (la dijo Clara) á pedir os hospitalidad. Hemos venido á París mi padre y yo, y como papá tenía que hacer, me ha dejado á la puerta de vuestra casa, con la esperanza de que no os importaría tenerme aquí un ratito.

Juana la cogió las dos manos, y la dijo sonriendo:

—¿No habéis venido aquí más que para aguardar á vuestro padre?

—Sin duda.

—¡Oh, no mintáis! Porque el rubor os hace traición en seguida. Igual me pasa á mí; no sabemos mentir.... Vamos, voy á ayudaros á decir la verdad... Debo esta agradable visita á vuestro prometido, que os ha mandado hacerla.

—¿Creéis?....

—Estoy segura.... Armando está deseando sa-

ber cómo hemos tomado la cosa, mi padre, Roberto y yo.

—¿Qué cosa?

—La partida que nos ha jugado.

—¡Él no tiene la culpa de nada!

—Sí, sí; ya sé lo que va á decir para defenderse, que es lo mismo que le he dicho yo á mi padre para calmarle; pero no por eso deja de ser verdad que desde su mayor edad se ha hecho cómplice de su madre, para enriquecernos y hacernos dichosos.

—¿Os habéis enojado?

—Yo, no; quiero demasiado á Armando.

—¿Y vuestro hermano?

—Al revés, está muy agradecido.

—¿Y el Doctor, se ha enfadado?

—Un poquito nada más, porque le hemos contenido Roberto y yo.

—¿Pero acepta?—preguntó Clara.

—¡Ah! ¡bien decía yo, que habíais venido para eso!

—Pues bien, sí (dijo Clara, abrazando á su amiga); sois tan delicados los tres, que Armando y yo estábamos tan inquietos..., que no he podido menos de venir en seguida.

—Pues me alegro, porque así os he visto.

—Pero aún no me habéis respondido á la pregunta que os he hecho. ¿Acepta vuestro padre, no es verdad?

—Sí; no podía, no debía renunciar.

—¡Oh, qué dicha!... ¡Qué contento se va á poner Armando! ¡Si supieseis cuánto sentía que vuestro padre estuviera inquieto por el porvenir!... Sobre todo, desde que el Doctor está enfermo y no puede visitar....; pero se consolaba un poco haciéndose esta reflexión: «al fin y al cabo, vencerá el plazo, y la Urbana tendrá que pagar». Pero, sin embargo, no estaba tranquilo, porque entretanto no podía ofreceros sus servicios, y además se preguntaba si el Doctor consentiría.... Por eso me ha enviado aquí, y está tan impaciente, que no quiere hacerle esperar mucho tiempo, y dentro de un rato volveré á nuestra casa de Auteuil, donde nos espera para ver el resultado.

—Pues dadle muchas gracias en mi nombre, estrechándole muy fuerte la mano....; pero sólo por mí... Mi padre y mi hermano no le darán las gracias, porque yo se lo he aconsejado.

—Tenéis razón.... Ahora, hablemos de vos, ó más bien de él....

—¡Oh sí! ¡no deseo otra cosa!

—Le conozco, le he visto, le he hablado.

—¡Ah! ¿Cuándo?

—Ayer.... Armando se le presentó á mi padre..., por cierto que es muy simpático, alto, buen mozo, inteligente, espiritual, instruído.... Hemos hablado mucho de vos. ¡Si supierais qué

bien sabe apreciaros y cuánto os ama!.... ¡Oh! ¡qué feliz soy al pensar que nada os separará en adelante!

A su vez, Juana du Chatel abrazó á Clara con todo su corazón, y después le dijo en voz baja:

—¿Cuándo le veré?

—¡ Ah! Lo olvidaba.... Mañana en Auteuil, si vuestro padre y vos queréis venir á comer con nosotros.... ¡Oh! Sin cumplimientos....: es una habitacioncita donde tendremos que estrecharnos y comer codeándonos....; pero estaremos en familia...., pues pronto voy á ser vuestra hermana, como Armando es vuestro hermano.

—¡ Oh, sí! ¡ Mi hermano querido!

—Antes de dejaros (replicó Clara de Beuvret), tengo que pedir os dos cosas.

—Os las concedo desde luego. Hablad.

—La primera es que me dejéis tutearos.

—¡ Oh, qué buena idea! ¡ Si vierais cuánto lo deseaba! Pero no me atrevía á proponérselo.

—Pues ya está dicho.... Así tendremos más confianza, y me haré la ilusión de que hemos ido al colegio juntas....; eso será muy agradable para mí, que no he tuteado á nadie más que á mi padre; tú eres mi única amiga.

—¿Cuál era la segunda cosa que tenías que pedirme?

—Que nos casemos en el mismo día, á la misma hora y delante del mismo altar.

—¿ Pero eso es posible?

—Sí, ya me he informado.

—Pero tú ya tienes los preparativos hechos, mientras que yo no he hecho nada todavía.

—Retrasaré mi matrimonio ocho días; tú lo preparas todo lo más pronto posible, y así nos igualaremos.

—Es una idea buenísima, como todas las que vienen de ti y de él....; pero tu matrimonio será pomposo y magnífico como corresponde á la posición de tu marido, y el mío....

—Te engañas; no queremos hacer ruido ni llamar la atención, pues Armando tiene horror á todo eso, y lo que piensa hacer es dar al cura de San Agustín para sus pobres, y casarnos sin aparato de ningún género en la capilla de la Virgen, oyendo una Misa rezada.... ¿Quieres?

—¡ Oh! Entonces sí.

—Además, me darás el gusto de escoger tu vestido.... Supongo que no me negarás eso, pues es muy justo que me ocupe algo de ti para pagarte lo que haces por mí.... No creas que no sé que recorres durante todo el día París para completar mi canastilla de boda.... Y á propósito, te ruego que no compres nada que sea demasiado lujoso. Sería inútil, porque no pienso ir á ninguna clase de diversiones. Quiero dedicarme por completo á él, á mi padre y á vosotros tres.... Pero me voy, que mi padre debe estar abajo,

y ya te he dicho que nos estaban esperando en Auteuil.

—No, no me has dicho eso.... Me has dicho que sólo te esperaba él.

—Sí; pero como sería muy fastidioso estar solo durante mi ausencia, ha escogido un compañero para pasar el tiempo.

—¿Y ese compañero es?....

—¡Curiosa! Es Luciano Deroche, que estaba muy impaciente por saber.... Conque hasta mañana.... Que no te pongas muy elegante.... Los vestidos nuevos ocupan más terreno.... y, ya te lo he dicho..., nuestro comedor es pequeño.

Las dos amigas se abrazaron, y se separaron con la alegría en los ojos y en el corazón.

.....
Tres semanas después, los dos matrimonios fueron celebrados en San Agustín, como había sido convenido. Los vestidos de las dos novias eran enteramente iguales, y sumamente sencillos. Armando vestía de etiqueta y Luciano Deroche su uniforme, ornado con tres medallas y con la cruz de la Legión de Honor. Se habían hecho pocas invitaciones, y, sin embargo, el número de los concurrentes fué numeroso, porque el Doctor era muy conocido en el barrio por su bondad, y Armando Le Forestier por su caridad, que era tan grande como su fortuna.

Después de la ceremonia, se fueron todos á casa del doctor du Chatel, á fin de pasar el día todos juntos en familia y de despedirse, pues Armando Le Forestier, conforme lo había prometido, salió de París aquella misma noche, y el señor de Beuvret se separaba de Clara por primera vez en toda su vida. Sin embargo, no daba ninguna muestra de debilidad, pues sin duda le sostenía un secreto instinto, una esperanza. Tal vez, se decía, la ausencia no será tan larga como creen, puesto que depende de mí su duración. En cuanto al doctor du Chatel, conservaba á su hija, si no á su lado, al menos en París. Armando Le Forestier, que pensaba en todo, había obtenido que Luciano Deroche fuese trasladado de su regimiento y colocado en el negociado de quintas.

Toda la familia quiso acompañar á Clara Le Forestier y á Armando á la estación de Lyon. Entraron en el andén y subieron al coche-salón que habían tomado. Cuando llegó la hora de separarse, Clara se echó en los brazos de su padre, diciéndole:

—¡Perdóname por dejarte! ¿Qué harás tú sin mí?

—¡No te inquietes, hija mía! (respondió Beuvret.) Me ocuparé de asegurar tu dicha mientras no estés aquí.

Cuando partió el tren y ya no se vieron agitar las manos en señal de despedida, el señor de

Beuvret se aproximó á Roberto du Chatel, y le dijo:

—Los dos estamos tristes: vos porque vuestro único amigo ha partido, y yo porque no tengo á mi hija. ¿Queréis que empecemos en seguida á ocuparnos, para seguir estando con ellos, al menos con el pensamiento, de los grandes intereses que nos han sido confiados?

—Sí, señor. Esta misma noche, si queréis, después que hayamos acompañado á los otros dos recién casados á su casa, y conducido á mi padre al boulevard Haussmann.

—Está convenido. ¿Dónde podremos hablar con toda libertad?

—En mi bufete, calle de la Chaussée-d'Antin, si no tenéis inconveniente. Allí nadie va por la noche, y estaremos perfectamente.

—Bueno.

Y se reunieron al Doctor y á los dos recién casados.

XXIX.

Grandes razones tenía Beuvret para exigir que después del matrimonio viajaran su hija y su yerno. Su alejamiento de París le daba una notable ventaja sobre Montbarán y el marqués de Arnage, que no podrían amenazarle con revelar á Armando su pasado. En efecto: las revelaciones verbales eran imposibles, estando ausente el principal interesado; y en cuanto á comunicarse por el correo, ¿cómo iban á hacerlo sin saber adónde escribirle? Armando iría hacia el Mediodía, pero sin saber ni aun él mismo de una manera positiva dónde terminaría por quedarse. Pensaba para ello seguir sus inspiraciones, ó, mejor dicho, el capricho de su mujer, que podía, ya querer ir á Argelia, ó ya á Italia ó Egipto. Se proponía viajar con el pseudónimo de Girard, que había usado ya en Royat, con objeto de que el nombre de Le Forestier no llamara la atención y le hiciera objeto de una curiosidad enojosa; por consiguiente, las cartas que se le escribieran, ya de Francia, ya del extranjero, corrían gran riesgo de no llegar jamás á encontrarle, y,

por otra parte, las que enviaran á su casa de París, debían, según órdenes terminantes que había dado, dárselas al señor de Beuvret, su suegro, que tenía el encargo de abrirlas y no enviarle sino aquellas que fueran necesarias.

Nada tenía, pues, que temer á las amenazas que el Marqués y Montbarán le habían hecho en el *Café Inglés*, pues solamente después de transcurridos seis meses, á la vuelta de los dos recién casados, podrían ver ó dirigirse á Armando, y para antes de este tiempo esperaba firmemente Beuvret no tener ya nada que temer de sus enemigos. Por el contrario: Montbarán y el Marqués tenían todo que temerlo, porque estaba más decidido que nunca á castigarlos en nombre de Armando Le Forestier; sin embargo, no pensaba atacar de frente á sus adversarios, porque sabía lo astutos que eran. Su plan, perfectamente estudiado, y que se había propuesto seguir al pie de la letra, no haciendo otras variaciones que aquellas á que dieran lugar los incidentes imprevistos, le ordenaba aparecer como que los temía, y fingir para que no sospechasen. Asimismo, creía que debía ser muy prudente con Roberto du Chatel. Quería dirigir los trabajos de investigación sin parecerlo, y hacer creer que cuanto sabía era porque se lo comunicaban, pensando que una palabra, una indicación demasiado precisa respecto al marqués de Arnage y Montbarán, lla-

maría la atención de Roberto, y le haría sospechar la existencia de un colaborador inteligente, á quien no conocía.....

Cerca de las nueve de la noche, después de haber acompañado á los recién casados y al Doctor, Beuvret y Roberto se encontraron completamente solos en el mismo despacho en que algunos meses antes Prudencia de Fontenay había ido á consultar al joven abogado.

—Estoy á vuestras órdenes (dijo Roberto, cerrando cuidadosamente las puertas), y empiezo por confesaros que me alegraré mucho de poder seguir todos vuestros consejos. Armando así me lo ha mandado, y como, por otra parte, sé que estáis interesadísimo en este descubrimiento, tendré mucho gusto en complaceros.

—Sí, estoy interesadísimo, lo reconozco (respondió Beuvret); pero temo que, á pesar de ello, pueda serviros muy poco, aunque debo deciros que he estudiado este asunto hasta en sus menores detalles; pero hasta ahora, por desgracia, es muy misterioso, y necesito de toda vuestra voluntad é inteligencia para que me ayudéis á esclarecerlo.... Permittedme haceros una pregunta. Esa señorita...., Rachel de Nicia...., creo que usa ese nombre para ocultar el suyo.... Desde que no nos hemos visto, ¿no se ha decidido á confesaros alguna cosa?

—No; á veces parece que va á hablar; pero luego vacila, balbucea algunas palabras, y acaba por no decir nada.... Debe estar vigilada muy de cerca, y tiene miedo.

—¿Pero creéis (preguntó Beuvret) que está más vigilada que otras veces?

—Sí, lo aseguraría.

—¿Será por vuestras relaciones? ¿Tenéis razones para creer que saben la sustitución que hicisteis en el Monte de Piedad?

—No, no tengo seguridad de que lo sepan; pero creo que Prudencia de Fontenay, que se quedó con la papeleta, ha debido desempeñar las alhajas, y apercibirse de la sustitución.... Lo he conocido en ciertas miradas, en ciertas actitudes completamente diferentes á las de antes de empeñar esas joyas. No soy para ella un aliado en quien confía, sino un adversario á quien teme, encargando á Rachel que desconfíe.

—Lo que nos hacía falta es que Rachel no hiciera caso de esta recomendación, y que confiase en vos de una manera absoluta, llegando de este modo á no temer á Prudencia.

—Sí, pero olvidáis el robo. No creo, como ya he dicho á Armando, que Rachel sea moralmente culpable; pero, en realidad, es seguro que está comprometida, y ciertas amenazas la intimidan.

—Si yo estuviese en vuestro lugar, la probaría que esas amenazas son vanas.

—¿Cómo?

—Rachel no os da quizá ninguna prueba de confianza, porque vos sois también con ella muy reservado, y os mantenéis á la defensiva; pero si la hablaseis franca y afectuosamente; si la dijeseis: «Conozco vuestra historia.... Sé que antes de llamaros Rachel de Nicia y de habitar en la calle Blanche, dabais lecciones de italiano á la duquesa de X...., y le servíais de lectora y de señorita de compañía...., y un día de locura, de fiebre, quizá por coquetería, por el deseo de estar más bonita, la habéis sustraído sus alhajas con intención de devolvérselas después de haberlas llevado». Observad, mi querido Roberto, que es muy posible que esta sea la historia verdadera. Luego añadís: «No os han dejado restituirlas, con el fin de teneros cogida, reduciéndoos á la esclavitud. ¡Pues bien; sacudid vuestro yugol Libertaos; pues nada hay más fácil. Llevad á la Duquesa sus diamantes, y explicadla todo lo que ha pasado, á qué sentimientos, á qué consejos perniciosos habéis obedecido. Decidle luego que estáis arrepentida, y tened seguridad de que os perdonará, y que, por consiguiente, nada tenéis que temer de la justicia.

—Pero entonces será preciso devolver á Rachel las alhajas de la Duquesa,—dijo Roberto.

—Claro que sí: ¿no las tenéis?

—Están en casa del Comisario de policía;

pero Armando, antes de marcharse, me presentó á él, y le dijo que me diera cuando lo necesitara el depósito que le había entregado.

—Pues pedídselo... Rachel comprenderá que si la Duquesa la perdona, nada tiene que temer de Prudencia. No teméndola ya, y reconocida como os estará, es muy probable que os haga confidencias, que de seguro nos serían muy provechosas.

—Sí, la idea es buena; ¿pero la Duquesa perdonará con tanta facilidad como creéis? Es fácil que no la permitan ser indulgente. Creo que Prudencia la tiene subyugada, así como tiene á Rachel.

—Es posible: explotarán algún secreto que la comprometa. He estudiado estos asuntos últimamente, para juzgar una ley que va á promulgarse; pero fijaos, y hacéd observar á la señorita Rachel que, una vez que haga la devolución, Prudencia queda muy comprometida, porque quien aparecerá robada, cuando haga la devolución, será ella. Prudencia tiene, ó bien los diamantes comprados por mi yerno en una tienda de la calle de la Paix, ó bien la papeleta de empeño de esos brillantes. Una denuncia, si quisiéramos hacerlo público, haría que la detuvieran inmediatamente; pero no haremos esto, porque lo que nos conviene es no decir nada, para enterarnos mejor. Persuadida de todas estas cosas, convencida de que estáis decidido á defenderla, á prote-

gerla y salvarla de todos los peligros, Rachel no obedecerá á nadie más que á vos, debiendo, sin embargo, procurar aparecer que tiene miedo á Prudencia. De esta manera las tropas del enemigo nos pertenecerán, y se pasarán á nuestro campo á la primera señal que hagamos.

—Bien; seréis obedecido, mi querido general en jefe (dijo Roberto, saludando militarmente). Permittedme, sin embargo, deciros que esa idea de hacer de Rachel nuestra aliada la había yo tenido ya, y se la había comunicado á Armando.

—Ya lo sé; pero sólo teníais la idea, sin saber cómo llevarla á cabo (dijo sonriendo Beuvret). Contabais con el amor para atraerla... ¡Oh! No os asustéis; yo debo hablar sin ninguna reticencia..., y, por otra parte, antes de ser un hombre formal, he sido joven como vos, y..., creedme, es necesario no hacerse muchas ilusiones acerca del amor de una Rachel de Nicia. Con esta clase de mujeres es preciso tener más confianza en el respeto que se las inspira, en lo que por ellas se hubiera hecho en su agradecimiento, que en el amor que digan tenernos. El amor es cosa muy usada en ellas. Aman fácilmente, por necesidad, por costumbre. Cuando se les demuestra amistad, lo agradecen, las halaga, las cambia, y las hace agradecidas y confiadas. Cualquiera de ellas, que engañaría á su amante, se dejaría matar antes que engañar al amigo.

— Es cierto..., certísimo, y yo obraré en consecuencia de lo que me habéis dicho; ¿pero creéis que es ya el momento oportuno para hacer lo que me habéis dicho?

— Sí; desde el día en que el señor Le Forestier me dió sus poderes, y os rogó que os entenderais conmigo, mi gusto hubiera sido deciros: «¡Manos á la obra; marchemos adelante!» Pero me detuvo un temor.

— ¿Cuál?

— El de que surgiera algún incidente que hubiera forzado á Armando á mezclarse en sus asuntos y á prestarnos su concurso activo..., lo que yo no quería de ninguna manera; pues sólo debe dedicarse, por ahora, á mi hija.... Hoy que ha partido, es diferente; ya no temo nada por él ni por mi hija, y os digo con el mismo entusiasmo que lo diría un inglés: ¡*Go-head!*

— ¡*Go-head!*—exclamó Roberto.

— Ahora, si os parece bien (replicó el señor de Beuvret), dejaremos á un lado á Rachel de Nicia, para ocuparnos de los otros dos personajes que habéis encontrado en casa de Prudencia, y que os han inspirado vagas sospechas, y os han dado tanto en que pensar.... ¿Cómo les llamabais?.... No me acuerdo en este momento....

— El señor de Montbarán y el marqués de Arnage.

— ¡Ah! ¡Eso es! Pues bien: hablemos de ellos.

XXX.

El señor de Beuvret, sentado en la mesa del despacho, con el cuerpo hacia delante, el brazo izquierdo negligentemente apoyado sobre la mesa, la mano derecha jugando con un cortapapel, decía á Roberto du Chatel:

— Desde el día en que habéis visitado por primera vez la casa de Prudencia de Fontenay, vuestra atención se fijó desde luego en el marqués de Arnage y en el señor de Montbarán, y..., permitidme que os lo diga, creo que os habéis ocupado de ellos con demasiada insistencia....; os han sido sospechosos á primera vista; sus costumbres no os han parecido muy morales, y cuando os habéis informado, habéis sabido que no poseían bienes de fortuna ni ejercían ninguna profesión lucrativa, á pesar de lo cual el señor de Montbarán vivía en la opulencia, y el Marqués de Arnage jugaba fuerte, y solía perder más bien que ganar; decidme: ¿no hay en París millares de existencias parecidas á éstas?.... ¿Me parece que convendréis en ello?

— Sí, señor.

— Es cierto..., certísimo, y yo obraré en consecuencia de lo que me habéis dicho; ¿pero creéis que es ya el momento oportuno para hacer lo que me habéis dicho?

— Sí; desde el día en que el señor Le Forestier me dió sus poderes, y os rogó que os entenderais conmigo, mi gusto hubiera sido deciros: «¡Manos á la obra; marchemos adelante!» Pero me detuvo un temor.

— ¿Cuál?

— El de que surgiera algún incidente que hubiera forzado á Armando á mezclarse en sus asuntos y á prestarnos su concurso activo..., lo que yo no quería de ninguna manera; pues sólo debe dedicarse, por ahora, á mi hija.... Hoy que ha partido, es diferente; ya no temo nada por él ni por mi hija, y os digo con el mismo entusiasmo que lo diría un inglés: ¡*Go-head!*

— ¡*Go-head!*—exclamó Roberto.

— Ahora, si os parece bien (replicó el señor de Beuvret), dejaremos á un lado á Rachel de Nicia, para ocuparnos de los otros dos personajes que habéis encontrado en casa de Prudencia, y que os han inspirado vagas sospechas, y os han dado tanto en que pensar.... ¿Cómo les llamabais?.... No me acuerdo en este momento....

— El señor de Montbarán y el marqués de Arnage.

— ¡Ah! ¡Eso es! Pues bien: hablemos de ellos.

XXX.

El señor de Beuvret, sentado en la mesa del despacho, con el cuerpo hacia delante, el brazo izquierdo negligentemente apoyado sobre la mesa, la mano derecha jugando con un cortapapel, decía á Roberto du Chatel:

— Desde el día en que habéis visitado por primera vez la casa de Prudencia de Fontenay, vuestra atención se fijó desde luego en el marqués de Arnage y en el señor de Montbarán, y..., permitidme que os lo diga, creo que os habéis ocupado de ellos con demasiada insistencia....; os han sido sospechosos á primera vista; sus costumbres no os han parecido muy morales, y cuando os habéis informado, habéis sabido que no poseían bienes de fortuna ni ejercían ninguna profesión lucrativa, á pesar de lo cual el señor de Montbarán vivía en la opulencia, y el Marqués de Arnage jugaba fuerte, y solía perder más bien que ganar; decidme: ¿no hay en París millares de existencias parecidas á éstas?.... ¿Me parece que convendréis en ello?

— Sí, señor.

—Vuestras suposiciones se apoyan además sobre lo siguiente: el señor de Montbarán y el Marqués os parece que están unidos á Prudencia por relaciones de un género particular, y les creéis mezclados en todas sus intrigas, y principalmente en la de los diamantes.... Algunas palabras que se le han escapado á la señorita Rachel de Nicia os hacen pensar también que nuestros dos personajes tienen sobre esta joven una influencia tan grande como la de Prudencia de Fontenay, y que les tiene tanto miedo como á ella.

—Sí; de eso estoy cierto,—dijo Roberto.

—Bien: os lo concedo, y aún hago más. Supongamos que Montbarán y el marqués de Arnage son verdaderamente caballeros de industria, estafadores de oficio, que se entregan á toda clase de maniobras fraudulentas y criminales; consiento en ello....; pero, como mi hija dijo muy bien un día, ¿qué conexión puede existir entre las trapisondas actuales de estos dos individuos y el crimen cuyos autores buscamos? Cuando tengamos demostrado que Montbarán y el marqués de Arnage viven del engaño y de la explotación de los secretos que sorprenden, ¿habremos averiguado que fueron los que robaron y asesinaron hace veinte años á la señora Le Forestier?

—No, eso nos demostrará tan sólo que, á juz-

gar por su conducta presente, deben tener malísimos antecedentes.

—Sea; ¿pero cuáles son esos antecedentes?

—¿Creéis (continuó Roberto du Chatel) que para ocuparme de estos tristes personajes como lo he hecho, para estudiarles y seguir su pista, no tenía otras razones que esas de que habéis hablado?

—¡Ah! ¿Qué razones?

—Razones físicas, por decirlo así: el hombre acusado de haber asesinado con sus propias manos á la madre de Armando, tenía unos treinta años...., y el señor de Montbarán tiene cerca de cincuenta. El segundo individuo, señalado como director é inspirador del crimen, tenía de treinta y cinco á cuarenta años...., y el marqués de Arnage frisa en los sesenta.

—Permitidme que os diga que existen hoy tantos hombres de cincuenta y sesenta años, y que tenían treinta y cuarenta cuando la señora Le Forestier fué asesinada, que, en verdad, me parecen insuficientes vuestros indicios.

—Además, os diré que, teniendo en cuenta los cambios que se sufren en veinte años, Montbarán y el marqués de Arnage tienen todas las señas de los retratos que en otro tiempo hicieron los periódicos de los criminales. El uno alto, grueso, robusto; el otro pequeño, delgado, y ambos de aspecto distinguido....; y, además, ¿no

sabéis lo que pasa con Julia, la antigua doncella de la señora Le Forestier, que vive ahora en el hotel de Armando?

—Sí, ya sé quién es; ha ido alguna vez á mi casa.

—Pues hace poco vino aquí, á mi bufete, para darme un recado de parte de Armando, y estaba hablando conmigo cerca de esta vidriera, cuando vi á Montbarán que salía de casa de Prudencia. Al momento dije á Julia: —«Mirad á ese hombre: ¿no os recuerda nada? —Esperad.... (dijo). Sí, la misma estatura, las mismas espaldas anchas, el mismo aire.... ¡Oh! ¡Cómo se parece! —¿Á quién?—Al hombre que fué á preguntar por Antonio Guiraud la víspera del crimen, y que estuvo hablando conmigo en el pasillo de las habitaciones de los criados.—¿Estáis segura?—Estoy segura de que le recuerdo; pero no afirmo que sea él....» Conque ya veis, señor de Beuvret, cómo yo tenía razón al decir que, bajo el punto de vista físico, mis sospechas eran fundadas.

El señor de Beuvret meneó la cabeza, y dijo:

—No participo en todo de vuestra opinión.... Todo eso es aún muy vago. ¿Qué fué lo que chocó á Julia? La estatura, las espaldas y las líneas del rostro del señor de Montbarán; pero si verdaderamente es él el asesino, debéis conocerle por otros signos particulares, y especialmente por dos de

una importancia capital: su mirada, que no se parece á ninguna en el mundo, y la cicatriz, que debe conservar aún en la palma de la mano.

—Precisamente me ha llamado la atención su mirada extraña, vidriosa y conforme con las declaraciones de los testigos que le han visto en el día del crimen.

—¡Ah! Pero hay otros testigos que le han visto por la noche...., Armando es uno de ellos...., y han declarado que en la oscuridad sus ojos brillaban.... ¿No habéis reparado nunca si brillaban también los ojos de ese hombre?

—No....; por la sencilla razón de que no le he visto más que en la calle ó en casa de Prudencia, cuyos salones están espléndidamente iluminados.

—¿Por qué no habéis tratado de verle cuando fuera por algún pasillo ó por algún sitio donde no hubiera luz?

—Porque en casa de Prudencia de Fontenay hay luz por todas partes, hasta el punto de que no hay un rincón que no esté perfectamente iluminado. Se diría que ha previsto el caso.

—Sí; pero hubierais podido dar un soplo á la lámpara ó al mechero de gas que hubiera en la habitación.

—¡Buena la hubiera hecho! Montbarán hubiera cerrado los ojos; pues, como es natural, estará prevenido, si es el asesino, y yo no podía

abrírseles á viva fuerza. Hubieran creído que estaba loco, y, además, Prudencia me hubiera puesto á la puerta de la calle, lo que me impediría continuar mis pesquisas.

—Todo eso es muy justo (dijo Beuvret); ¿pero y la cicatriz de que hablamos? Si existe, habéis debido repararle, pues es muy fácil.

—Al contrario; es muy difícil; pues, á pesar de que ahora los que se dan tono de elegantes tienen la mayor parte del tiempo los guantes en la mano, Montbarán está siempre enguantado, tanto, que esto me ha llamado la atención muchas veces.

—¡Oh! Como ya no es joven, es natural que siga la moda de sus tiempos.

—Sí, pero solamente en eso; pues, por lo demás, podría dar lecciones al gomoso más refinado. Así es que yo me he dicho: «Es indudable que este hombre tiene sus motivos para cometer semejante.... incorrección».

—¿Y no habéis tratado nunca de hacer que se quitara los guantes?

—Sí; muchas veces, sin resultado; pero estos días últimos, como hemos estado solos en el salón de Prudencia, y hablábamos en lugar de tocar el piano y bailar, la conversación cayó sobre ese famoso Desbarrolles, de quien tanto se ocupan los periódicos.... No ignoraréis que pretende poder decir el pasado y el porvenir

de toda la persona que le confiara su mano.

—Sí (dijo el señor de Beuvret, sonriendo); ya sé que tenía esta pretensión.

—Rachel de Nicia (continuó Roberto), que estaba con nosotros, sentada á mi lado, dijo al oír esto: «En Italia, mi país, hay muchas mujeres que son tan sabias como vuestro Desbarrolles, y yo misma leo en la mano tan bien como pueda hacerlo él». Inmediatamente todas las manos se tendieron ante ella, y cada uno la gritaba: «Leed, leed».... Solo Montbarán no se había unido al movimiento general, y permanecía con los guantes puestos, pareciendo querer deslizarse hacia un gabinetito próximo al salón.

—Y, entonces ¿qué hicisteis?—preguntó el señor de Beuvret, que parecía vivamente interesado.

—Dije á Rachel en voz alta y riendo: «No dejéis al señor de Montbarán que se nos vaya, porque su mano debe ser más curiosa que las nuestras.—¿Por qué?—preguntó él, que me pareció que habia palidecido.—Porque tenéis más edad que nosotros (le respondí), y, por consiguiente, habéis vivido más, y vuestro pasado debe ser más interesante.—Sí, sí (dijeron por todas partes). ¡Que dé su mano Montbarán!» Éste vaciló un instante, y pensando sin duda que era más peligroso sustraerse á la petición general que obedecer, se quitó los guantes, y tendió la mano.

—¿Y qué más?—preguntó Beuvret.

—En seguida me acerqué, como podéis figuraros, y distinguí claramente hacia el centro de la palma de la mano una pequeña cicatriz....: á Rachel también la llamó la atención en seguida, pues exclamó: «¡Calla! La línea de vuestra vida, que es muy clara, se encuentra bruscamente interrumpida en un punto»; (y luego añadió, mirándole mejor:) «¡Ah! Es un accidente, una señal de quemadura ó mordedura.—De las dos cosas (respondió vivamente Montbarán). Fui mordido por un perro, é hice cauterizar la herida prudentemente».

—¡Oh! ¡Eso sí que es un indicio precioso!

—¿Lo veis? (exclamó Roberto, que creía triunfar.) ¡Veis qué bien he ido preparando mis razones! ¿Á que no sospechabais, cuando hemos empezado á hablar del marqués de Arnage y de Montbarán, que tenía indicios de esa importancia?

—No, lo confieso; tanto, que creía os habíais extraviado en una falsa vía.

—Y ahora, ¿estáis ya persuadido de que estamos en el buen camino?

—¿Persuadido?... Todavía no.

—Pues bien; vais á estarlo completamente.

—No deseo otra cosa. Veamos.

XXXI.

Después de haber encendido el tercer cigarro desde que estaba hablando con el señor de Beuvret, Roberto du Chatel continuó en estos términos:

—Hasta aquí sólo os he dado á conocer los indicios materiales que he recogido acerca de los dos sospechosos, Montbarán y Arnage; pero además tengo otros morales, cuya importancia espero que sabréis apreciar.

—No lo dudéis.

—La semana pasada, mientras que todos os ocupabais en los preparativos de ambos matrimonios, los unos por un lado y los otros por otro, yo, que no me casaba, y de quien nadie tenía necesidad, trataba de matar el tiempo en casa de Rachel...., y una noche, al entrar, la encontré mirando un magnífico abanico. «¡Qué maravilla! (le dije, cogiéndole.) De seguro le habéis comprado en casa de Kees.—No sé de dónde será, porque me le ha dado Prudencia. ¡Oh! Tengo una gran colección. Voy á enseñártelos.»

Roberto se interrumpió, para decir:

—Os ruego me perdonéis que os repita tex-

tualmente esta conversación, con su tuteo; pero ya comprenderéis que....

—Ya lo comprendo (contestó el señor de Beuvret). Tened la bondad de continuar.

—Rachel (continuó Roberto) abrió un mueblecito, del que sacó una caja, y, abriéndola, me dijo: «Mira». Obedecí, y pude admirar una gran colección de abanicos de todas las épocas, de todos los países y de todos los colores.... ¡Qué tiernos recuerdos debían despertar en ella aquellos regalos! No fuí dueño de contener un sentimiento de celos.... Rachel lo notó, y se apresuró á asegurarme que todo aquello venía de Prudencia. «¡Es imposible! (repliqué yo): á menos que no haya tenido tienda de abanicos.—Precisamente la ha tenido en otro tiempo. Era un almacén situado en la Chaussée-d'Antin.—¿De veras?» Esas palabras producen en vos el mismo efecto que produjeron en mí, ¿no es cierto? ¡Prudencia, la antigua tendera de abanicos de la calle de la Chaussée-d'Antin! He aquí un dato precioso para personas que, como nosotros, conocían el asunto Le Forestier hasta en sus menores detalles.... ¡La señora de Fontenay-sous-Roches era simplemente la antigua tendera y mujer galante á quien la policía había encargado buscar al *señor de los ojos de gato!* ¡Mirad en lo que ha venido á parar! —Creo verlo; pero temo equivocarme.... Continúad.

—Saqué en consecuencia (continuó Roberto), que sus pesquisas habían tenido resultado, y que, en lugar de comunicárselo á la policía, había aprovechado su descubrimiento en provecho propio.... ¿Cómo explicar de otra manera su cambio de situación? Un comercio en pequeño como el suyo, da para ir viviendo regularmente, pero no enriquece á nadie. No se pasa, así como así, desde la trastienda al segundo piso de una casa que cuesta de seis á ocho mil francos anuales, ni se tienen muebles de lujo, lacayo, mozo de comedor, ni doncella. Hay un misterio en todo eso, y si consideramos lo que esta metamorfosis debe revelar, debemos creer que Prudencia ha explotado el secreto, y que Montbarán ha tenido que partir con ella la parte de botín que le correspondió en el crimen del boulevard Haussmann.

—¿De modo que creéis?...

—Sí; creo que Montbarán es el hombre que buscamos: ¿no lo creéis vos también así?

Beuvret pareció reflexionar un instante, y dijo luego:

—Sí, no puedo menos de reconocerlo: si ese indicio moral de que me habéis hablado fuera cierto, constituiría una gran prueba; pero contra el marqués de Arnage, ¿qué sospechas tenéis?

—Pienso que al encontrar Prudencia á Montbarán, habrá visto también al Marqués, y preguntando á aquél, se habrá enterado de las

relaciones que los ligan, y que después acordarían formar una sociedad para explotar los secretos. ¿Os parece esto probable?

—No, porque no estoy convencido de que Prudencia de Fontenay sea la antigua comerciante de abanicos que figura en las notas de la policía que han dado á mi yerno. Nada prueba de una manera absoluta que sea la misma. Pueden haberse sucedido muchas vendedoras de abanicos en la calle de la Chaussée-d'Antin. ¿Y, además, cómo suponer que Prudencia ha contado á Rachel su antigua vida?

—No, no le ha hecho confidencia ninguna. Raquel debe haberla espiado, como á su vez lo estaba ella, y algunas palabras quizá la hayan puesto sobre la pista. Y, por fin, mi querido señor Beuvret, vuestras dudas desaparecerán cuando yo haya añadido que el antiguo Jefe de seguridad, el que la mandó buscar á Montbarán, ha reconocido perfectamente que Prudencia es la antigua vendedora de abanicos de que hablan las notas de la prefectura.

—¡Tanto me diréis!... ¿Estáis, pues, en relación con el Jefe de policía, en expectativa de empleo?

—Sí, señor de Beuvret; yo sirvo en cualquier cuerpo cuando se me exige (dijo riendo Roberto). ¿He hecho bien?

XXXII.

Esta conversación, tan hábilmente conducida por el señor de Beuvret, había llegado al punto á que quería llevarla. Al darle Roberto du Chatel todos los informes y datos que había recogido sobre el asunto que les ocupaba, lejos de acogerlos con entusiasmo, los discutía, dudando de su valor y cuestionando sobre su utilidad. Gracias á esta manera de proceder, Roberto podría atribuirse todo el mérito de sus descubrimientos, y creer que los había hecho, no solamente sin el concurso de Beuvret, sino á pesar de sus numerosas objeciones.

—La idea de dirigirme á uno de los jefes de seguridad más antiguos que hay en París (replicó Roberto), me fué sugerida por el Comisario de policía que Armando conoce particularmente, y que de una manera oficiosa le ha ayudado con frecuencia en sus pesquisas. «El señor X.... (me ha dicho Armando) adora su antiguo oficio, al que sólo los acontecimientos políticos le han hecho renunciar. Tiene además una memoria excelente, y tengo seguridad de que si le enseñas á la verdadera tendera de aba-

relaciones que los ligan, y que después acordarían formar una sociedad para explotar los secretos. ¿Os parece esto probable?

—No, porque no estoy convencido de que Prudencia de Fontenay sea la antigua comerciante de abanicos que figura en las notas de la policía que han dado á mi yerno. Nada prueba de una manera absoluta que sea la misma. Pueden haberse sucedido muchas vendedoras de abanicos en la calle de la Chaussée-d'Antin. ¿Y, además, cómo suponer que Prudencia ha contado á Rachel su antigua vida?

—No, no le ha hecho confidencia ninguna. Raquel debe haberla espiado, como á su vez lo estaba ella, y algunas palabras quizá la hayan puesto sobre la pista. Y, por fin, mi querido señor Beuvret, vuestras dudas desaparecerán cuando yo haya añadido que el antiguo Jefe de seguridad, el que la mandó buscar á Montbarán, ha reconocido perfectamente que Prudencia es la antigua vendedora de abanicos de que hablan las notas de la prefectura.

—¡Tanto me diréis!... ¿Estáis, pues, en relación con el Jefe de policía, en expectativa de empleo?

—Sí, señor de Beuvret; yo sirvo en cualquier cuerpo cuando se me exige (dijo riendo Roberto). ¿He hecho bien?

XXXII.

Esta conversación, tan hábilmente conducida por el señor de Beuvret, había llegado al punto á que quería llevarla. Al darle Roberto du Chatel todos los informes y datos que había recogido sobre el asunto que les ocupaba, lejos de acogerlos con entusiasmo, los discutía, dudando de su valor y cuestionando sobre su utilidad. Gracias á esta manera de proceder, Roberto podría atribuirse todo el mérito de sus descubrimientos, y creer que los había hecho, no solamente sin el concurso de Beuvret, sino á pesar de sus numerosas objeciones.

—La idea de dirigirme á uno de los jefes de seguridad más antiguos que hay en París (replicó Roberto), me fué sugerida por el Comisario de policía que Armando conoce particularmente, y que de una manera officiosa le ha ayudado con frecuencia en sus pesquisas. «El señor X.... (me ha dicho Armando) adora su antiguo oficio, al que sólo los acontecimientos políticos le han hecho renunciar. Tiene además una memoria excelente, y tengo seguridad de que si le enseñas á la verdadera tendera de aba-

nicos, á quien tuvo que dar órdenes en otro tiempo, te dirá: «Es ella», y podrás creerle. Voy á darte cuatro letras para él, y ya verás con qué placer te presta su concurso....»

Con mi carta en el bolsillo me dirigí á Vincennes, donde se ha retirado hace tiempo el señor X....., y en pocas palabras le puse al corriente de la situación. Recordó perfectamente el asunto Le Forestier, deplorando no haber averiguado nada para descubrir á los criminales, cosa que aún tenía sobre el corazón, y se apresuró á ofrecirme sus servicios.

—¿Ha tenido Armando conocimiento de todo esto?

—No, es muy reciente, y he creído que no debía hablarle de ello, puesto que estaba convenido entre nosotros que por ahora renunciaría personalmente á todas sus pesquisas...., y además, he querido reservaros la sorpresa de mis descubrimientos.

—Pues habéis logrado sorprenderme (dijo el señor de Beuvret sonriendo). Sabéis esconder muy bien vuestro juego.

—Hasta el día que pueda enseñarle ó extenderle sobre la mesa (dijo Roberto). ¿Por qué he de decir por adelantado que tengo buenas cartas, cuando pueden volverse malas?... Pero volviendo á nuestra conversación. Después de haber consentido en ir inmediatamente á casa de

Prudencia de Fontenay para verla bien y decirme si era la que buscábamos, el señor X..... me dejó algunos instantes, bajo el pretexto de ponerse un traje á propósito y una cara apropiada á las circunstancias.

—¿Cómo! ¿Tiene la costumbre de disfrazarse?

—Sí; siguiendo el ejemplo de los Vidocq y de los Claude, sus famosos antecesores, á quienes durante el tiempo que había ejercido había procurado imitar fielmente.... Los antiguos jefes de seguridad, como el señor X....., no se parecen en nada á los que tenemos. Eran hombres que no tenían inconveniente, con tal de descubrir lo que se proponían, en mezclarse con sus ordenanzas y trabajar con ellos secretamente, prestando toda clase de servicios. Entonces no eran más que los jefes de un servicio especial, de un orden particular, envueltos en tinieblas, de las que sacaban buen partido. No recibían ninguna orden clara, bien definida, ni tenían ningún título oficial. Para trabajar, en la mayor parte de los casos necesitaban el concurso de un comisario de policía, que era el que les seguía inmediatamente por orden jerárquico.... Hoy todo esto ha cambiado, según parece, y los jefes de seguridad son personajes escogidos entre los comisarios de policía, y hacen las veces de magistrados, ganando mucho en consideraciones; pero su servicio, pareciendo ser más útil, lo es menos, y, ade-

más, ha perdido su gracia, su originalidad de otro tiempo. La seguridad no es más que una gran comisaría de policía central, que da sombra á las comisarías de barrio.... Pero, perdonadme, señor de Beuvret, por este paréntesis que no adelanta en nada mi relato....

—Siempre es bueno instruirse (respondió cortésmente el señor de Beuvret). ¿Qué disfraz había adoptado el señor X....?

—¡Oh! No era un disfraz, hablando propiamente; pues el señor X.... tenía aspecto de lo que verdaderamente es: de un modesto y honrado propietario que se ha retirado á vivir con sus economías, después de haber trabajado mucho. Sólo su cabeza estaba verdaderamente disfrazada, pues se había puesto una peluca blanca y una barba postiza, tan bien hecha, que parecía tener más de setenta años, á pesar de ser mucho más joven. Deseaba, sobre todo, que Prudencia no reconociese en él al antiguo jefe de seguridad, con quien había tenido cuentas que arreglar.... «He tomado notas sobre la mayor parte de los asuntos que en otro tiempo han pasado por mis manos, y las tengo ordenadas y clasificadas; de este modo encuentro en seguida lo que quiero buscar, y después de vestirme he echado una ojeada á lo que se relaciona con el crimen del boulevard Haussmann. Este es el título que he dado á mi nota relativa á este asunto. Al leerla,

he encontrado el nombre de una tal Clara Mérot, que tuvo un papel importante en el asunto de que nos ocupamos, y que va á servirme ahora, para pretexto de mi entrevista con vuestra Prudencia de Fontenay, mientras que la utilizo para cosa más interesante.... He dicho *mientras que la utilizo para cosa más interesante*, porque si Prudencia es verdaderamente la ex-tendera de abanicos, y, como suponéis, amante de uno de los asesinos y asociada del otro, me parece difícil que Clara Mérot, que era una trucha muy larga, no esté al corriente de la situación. Por ahora voy, siguiendo mis antiguas costumbres, á jugar el todo por el todo, atacando de frente á mi adversario.... Nada arriesgo en ello.... Partamos».

»Yo tenía un coche á la puerta, y tres cuartos de hora después estábamos ya en la calle de la Chaussée-d'Antin. El señor X.... bajó, y después de citarme en un café, se dirigió hacia casa de Prudencia.

»Ahora escuchad el relato exacto de su visita, y figuraos que es él el que habla.

—»Llamo, y pregunto por la señora de Fontenay; me responden que no está visible, y yo insisto, afirmando que se trata de un asunto grave, hasta que al fin me introducen adonde está el ama de la casa.... ¡Es la antigua tendera de abanicos, aunque más vieja, más gorda y más em-

badurnada de pintura!... Pero no me basta reconocerla, los ojos pueden equivocarse, hasta los míos, que ven tan bien..., y me propongo en mi interior que aquella vieja ha de confesarme lo que es, ó, más bien, lo que ha sido.

»Señora, la digo: os ruego me perdonéis por mi insistencia para ser recibido. ¡Pero podéis hacerme un favor tan grande! Aquí, donde me veis, he sido engañado por una mujer que conocéis, llamada Clara Mérot.—¡Clara Mérot! No conozco ese nombre.—Sí; acordaos....; vuestra antigua señorita de mostrador, cuando tenfais aquel almacén tan hermoso de abanicos.—¡Yo un almacén! ¡Caballero, estáis en un error! ¡Yo me llamo Prudencia de Fontenay-sous-Roches!—Hoy ya lo sé; pero en otro tiempo. No puedo equivocarme, porque os he visto muchas veces cuando iba por la noche á hablar un ratito con Clara Mérot.... Siempre sois la misma; no habéis cambiado nada.... ¡Tan hermosa como hace veinte años!—Muchas gracias, caballero; pero no sé lo que queréis decirme. No he vendido jamás abanicos.—¡Oh, señora! ¡No neguéis una cosa de que estoy cierto! ¿Qué adelantáis con eso! No creáis que quiero daros miedo, ni doy fe á ninguna de las calumnias de vuestra señorita de mostrador. Vengo solamente á pedir os un favor, que no se debe negar á un padre de familia, y á un hombre honrado como yo.—Pero, ¿de qué fa-

vor se trata?—De decirme las señas y el nombre bajo el que se oculta Clara Mérot; pues tengo grandísimo interés en encontrarla.... Figuraos, señora, que.... hace cosa de tres meses...., me rogó que la prestase tres mil francos, bajo palabra de que me los devolvería al día siguiente, ó á los dos días, cuando hubiera tomado una cantidad mucho mayor que vos tenfais que darla.—¡Yo! Sí; vos. Como ya os he dicho, la conozco desde hace tiempo, y me inspira la mayor confianza. La entregué los tres mil francos, y no la he vuelto á ver.... Entonces la idea de pedir os sus señas me ocurrió en seguida, y si os negáis á dármelas, daré una queja contra esa intrigante, esa ladrona. ¡Robar así el dinero á un hombre honrado como yo!—¿Y ha sido ella la que os ha dado las señas de mi casa, y la que os ha dicho que había sido tendera de abanicos?—¡Oh! ¡Y otras muchas cosas! Si fuera uno á creerla....—Decidlas.—No me atrevo.—No os importe; porque como no soy la que creéis, nada tienen que ver conmigo.—Bueno....; pues ha dicho que si sois rica hoy, es porque en otro tiempo descubristeis á dos individuos á quienes perseguía la justicia, y en lugar de denunciarlos os hicisteis la amante del uno y la amiga del otro.—¡Caballero, me estáis insultando!—No, señora; puesto que no creo ni una palabra de esas tonterías.... Voy á tener que ir á contarlo todo á la perfec-

tura, donde tendré que dirigirme si persistís en vuestra negativa...., y creo que no hacéis bien en ayudar á Clara Mérot, sino que, por el contrario, debíais ayudarme á detenerla; pues se ha hecho culpable conmigo de un verdadero timo. Así os vengaríais al mismo tiempo de todas las infamias que ha dicho de vos... Según ella, tenéis más de sesenta años, y debéis á un famoso dentista, James Miller, esa hermosa dentadura que os hace parecer aún tan seductora».

—Herida en su amor propio femenino (continuó Roberto du Chatel), Prudencia se hizo traición entonces, y el antiguo Jefe de seguridad la estrechó tan bien las distancias y supo explotar con tanto acierto sus antiguos rencores y nuevos odios, que acabó por dar las señas de Clara Mérot, que, según parece, vive en Clermont-Ferrand, cerca de Royat.

—Entonces yo he sido su vecino el verano pasado,—dijo el señor de Beuvret.

—Sí, y vuestro yerno habitaba en una de sus casas. Clara Mérot se ha hecho propietaria en su país, lo que prueba que Prudencia de Fontenay paga caro su silencio.

—¿Y no ha pasado por vuestra imaginación la idea de ir á Clermont á interrogarla?

—¡Ya lo creol Pero no lo he hecho, porque quería antes hablar con vos.

XXXIII.

El señor de Beuvret dejó el asiento que ocupaba cerca de la mesa, y dió algunos paseos por el gabinete de Roberto: por fin se detuvo delante de él, y le dijo:

—Antes de hacer nada, resumamos lo que acabamos de decir, ó, más bien, lo que vos habéis dicho, pues á vos sólo, á vuestro celo é inteligencia, debe Armando todos esos preciosos informes.

—Más bien á la casualidad,—hizo observar modestamente Roberto du Chatel.

—La casualidad no es bastante, como no se la ayude,—replicó el señor de Beuvret.

Y empezando á hacer el resumen que creía necesario, dijo:

—Hemos reunido contra los dos acusados, Arnage y Montbarán, cierto número de indicios materiales, á los que se añaden graves presunciones. Hablemos de los indicios: la edad, desde luego que conviene perfectamente con la que podrían tener los dos culpables hoy. El parecido, que está conforme con el testimonio recogido en otro tiempo.

—No olvidéis el nuevo testimonio de Julia, la doncella de la señora Le Forestier.

—Tranquilizaos: no olvido nada, y también me acuerdo de la cicatriz que habéis descubierto en la mano de Montbarán....; pero pasemos ahora á las pruebas que nos dan nuestras reflexiones, nuestras observaciones.

—Os escucho.

—La moralidad de los dos acusados es evidentemente deplorable, pues sin medios de existencia conocidos, viven con el mayor lujo. La historia de los diamantes, ese robo en el que están mezclados, el dominio que ejercen sobre Rachel, sus esfuerzos para comprometerlos y colocarlos también bajo su dependencia, prueban que nuestros dos hombres se entregan á una porción de maniobras sospechosas, y tal vez criminales, que permiten suponer que su pasado ha sido tan culpable como su existencia de hoy... ¿No es esa vuestra opinión?

—Enteramente.

—Si ahora (continuó el señor de Beuvret) nos ocupamos de Prudencia de Fontenay, nuestras presunciones crecerán y adquirirán más valor. Desde que el Jefe de seguridad la ha visto y la ha reconocido, no podemos dudar de que es verdaderamente la antigua tendera de abanicos.... ¿Pero cómo puede vivir hoy en el lujo y en la opulencia la que sólo tenía antes para ir viviendo

modestamente? Indudablemente, gracias á Montbarán, su inseparable.... ¿Y tenía éste una fortuna personal? No, según nuestros informes. ¿Y el marqués de Arnage, su íntimo amigo? No sólo no tenía ningún recurso por la época del crimen, sino que estaba lleno de deudas.... De modo que estamos en el perfecto derecho al suponer que esos hombres han hecho, en otro tiempo, un negocio de mala clase, que les ha enriquecido súbitamente.

—Es claro.

—Prosigo.... ¿Por qué han admitido á Prudencia en la participación del botín? Porque, encargada por la policía de buscarlos, los había descubierto, y para que no los entregara, pagaban su silencio. ¿Cuáles eran los individuos que el Jefe de seguridad la había encargado descubrir? Los asesinos de la señora Le Forestier. Pues bien: de todos estos datos se deduce que el marqués de Arnage y Montbarán son los dos miserables que mi yerno, vuestro amigo, busca hace tanto tiempo.... Pero, á mi vez, querido Roberto, quiero preguntaros (añadió el señor de Beuvret), como habéis hecho vos cuando llevabais la palabra y yo escuchaba, si mis razonamientos y mis deducciones os han parecido justas.

—Justísimas.

—Entonces no temeríais decir á Armando Le Forestier, designándole al marqués de Arnage y

á Montbarán: «¡Ahí tienes á los asesinos de tu madre!»

—No; ahora no vacilaría.

El señor de Beuvret se aproximó á Roberto, y le dijo con voz clara:

—Pues bien; yo sí vacilaría.

—¿Por qué?

—Porque en esta ocasión no se trata de denunciar á los hombres á la justicia para que los detenga, instruya un proceso y los mande, si ha lugar, á la horca. La responsabilidad del delator queda cubierta, porque la conciencia de los jueces, del jurado, le garantizan. Si se equivoca, todos se equivocan con él; pero aquí nosotros tenemos que sustituir á los magistrados, al jurado y al Procurador general. Figuraos que decimos al hijo de la señora Le Forestier: «He aquí á los culpables». Habremos pronunciado una sentencia de muerte.

—¿Y vos no os atreveríais?

—Sólo me atreveré cuando esté seguro. Las pruebas que habéis recogido no me bastan, y necesito otras. Quiero testimonios aún más claros; quiero que la mirada de Montbarán brille para vos, como ha brillado para los demás; quiero que los mismos acusados se hagan traición, y quiero, en fin, conocer mejor su vida presente, sus nuevos crímenes, para tener derecho á exclamar: «¡No están arrepentidos! ¡Todavía ha-

cen daño! ¡La prescripción no existe para ellos, y deben morir!» Entonces vuestra conciencia, la mía, la de Armando y la de mi hija, que también tiene su parte de responsabilidad, podrán quedar tranquilas. He aquí de la manera que yo comprendo nuestros deberes...., y ahora, si gustáis, os diré cómo podemos cumplirlos, sin que en nuestra conciencia quede ni una sombra de duda.

Su conversación se prolongó hasta hora muy avanzada. El señor de Beuvret trazó con gran claridad el plan que debía seguir Roberto du Chatel para llegar al descubrimiento completo de la verdad. Roberto le escuchó, admirado de que aquel sabio, aquel hombre que vivía en el retiro más completo, fuese tan práctico y conociese tan bien la vida mundana de París, con sus costumbres, sus pasiones y sus vicios.

—¡He reflexionado, he leído y he visto tanto cuando tenía vuestra edad!—decía el señor de Beuvret, para disipar este asombro de su interlocutor. Lo consiguió, y pronto Roberto no experimentó más que un solo sentimiento; la admiración. Sí; la admiración por aquel nuevo colaborador, que le presentaba la cuestión bajo su verdadero punto de vista, haciéndole fijarse en lo que antes no había reparado siquiera. ¿Qué habían querido hasta entonces? Buscar á los asesinos, castigarlos, ejecutando una venganza más ó menos discutible, pero ilegal....

El señor de Beuvret decía: «Nos vengaremos ciertamente; pero midamos primero nuestras fuerzas y el mal que esos hombres han hecho. Lo primero que tenemos que hacer es librar de ellos á sus víctimas, y redimir á esa pobre muchacha que han humillado tanto, y que debe servirnos para castigar á los culpables». Y en seguida explicó á Roberto todo lo que tenía que hacer para convencer á Rachel, para someterla á su voluntad y hacerla que se inclinara al bien, conforme sus enemigos la habían hecho inclinarse al mal.

Cuando se separaron, el señor de Beuvret dijo á Roberto:

—Creo que no debemos volvernos á citar aquí. Nuestros enemigos os vigilan, y es preciso que ignoren que nos vemos con tanta frecuencia. En cuanto tengáis algo que comunicarme, id á Auteuil. Allí estaremos más tranquilos en mi casita, que voy á encontrar ahora sola y muy triste con la marcha de la que lo alegraba todo con su presencia; pero creo que no estará mucho tiempo ausente, y espero que pronto podré decir á su marido que venga, á pesar del retraso que van á causar en nuestras nuevas informaciones...; pero nuestro plan está tan bien combinado, y al mismo tiempo la situación es tan crítica, que los acontecimientos van á apresurarse y á provocar el desenlace. Sería estúpido y peligro-

so retardarle, y dejar á esos hombres tiempo para huir. ¿Cómo encontrarles en el extranjero, cuando durante veinte años se han sabido esconder tan bien en Francia, en París, y hasta en el mismo barrio que habitábamos? Conque ya sabéis dónde tenéis que encontrarme cuando queráis algo.... ¡Hasta la vista, amigo mío!

El día siguiente, próximamente á la una de la tarde, Roberto du Chatel fué á casa de Rachel de Nicia, que le recibió al instante en su tocador: al verle entrar, se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—¿Por qué no viniste ayer por la tarde, según habíamos convenido? ¿Qué ha sucedido? ¿Es que has dejado de amarme?

—Y tú, ¿me amas?

—¡Si te amo! (dijo, oprimiéndole contra su pecho.) ¡La duda me mata! ¡He sufrido tanto desde ayer!

—¿Es verdad, querida mía?

—Te lo juro.

Roberto cogió entre sus manos la cabeza de Rachel, sujetándosela; y fijando sus ojos en los de ella, la dijo:

—¿No interviene en esto Prudencia?

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir? — dijo Rachel, palideciendo.

—Quisiera saber si Prudencia no te ha dicho: «Es preciso redoblar tus ternuras para con él, hechizarle, trastornarle, volverle loco».

—¿Y qué objeto había de proponerse al decirme eso? —replicó Rachel, cada vez más turbada.

—Tú no debes ignorar lo que se proponía. ¿No debo á Prudencia la dicha de haberte conocido? ¿No te ha aconsejado que no te opusieras á mi amor, que me trataras bien, y que me reservaras algo, una pequeña parte de tu vida?

Rachel tenía los ojos bajos, y no respondía. Entonces Roberto la atrajo hacia sí, y la besó en la frente y en el pelo; rodeó luego su cuello con sus brazos, y con voz dulce, cadenciosa, la dijo:

—No te atreves á negarlo, lo cual prueba que efectivamente me quieres algo: la mentira es mala compañera del amor; pero no tienes confianza en mí; no me cuentas tus secretos.... Pues bien, adorada mía; eres injusta, porque yo te voy á decir los míos, todos mis secretos...., y para empezar, te diré la razón que me impidió verte ayer.

—¡Ah! ¿Cuál es?

—Me ocupaba de ti (dijo Roberto con la misma ternura). Trataba de asegurar tu porvenir, tu dicha, y de librarte de tus enemigos.

—¡Cómo! ¿tú sabes?...

—¡Oh! Sí; sé que tienes enemigos, y además sé otras cosas.... Te sorprenderá.... Conozco toda tu vida desde que llegaste á Francia, y si quieres que te la diga, nada me es más sencillo. Cierra la puerta, corre los cerrojos, y baja también los portiers, para que nadie pueda oirnos, y vente á sentar al lado de tu primer, de tu único amigo.

El día siguiente, próximamente á la una de la tarde, Roberto du Chatel fué á casa de Rachel de Nicia, que le recibió al instante en su tocador: al verle entrar, se arrojó en sus brazos, diciéndole:

—¿Por qué no viniste ayer por la tarde, según habíamos convenido? ¿Qué ha sucedido? ¿Es que has dejado de amarme?

—Y tú, ¿me amas?

—¡Si te amo! (dijo, oprimiéndole contra su pecho.) ¡La duda me mata! ¡He sufrido tanto desde ayer!

—¿Es verdad, querida mía?

—Te lo juro.

Roberto cogió entre sus manos la cabeza de Rachel, sujetándosela; y fijando sus ojos en los de ella, la dijo:

—¿No interviene en esto Prudencia?

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir? — dijo Rachel, palideciendo.

—Quisiera saber si Prudencia no te ha dicho: «Es preciso redoblar tus ternuras para con él, hechizarle, trastornarle, volverle loco».

—¿Y qué objeto había de proponerse al decirme eso? —replicó Rachel, cada vez más turbada.

—Tú no debes ignorar lo que se proponía. ¿No debo á Prudencia la dicha de haberte conocido? ¿No te ha aconsejado que no te opusieras á mi amor, que me trataras bien, y que me reservaras algo, una pequeña parte de tu vida?

Rachel tenía los ojos bajos, y no respondía. Entonces Roberto la atrajo hacia sí, y la besó en la frente y en el pelo; rodeó luego su cuello con sus brazos, y con voz dulce, cadenciosa, la dijo:

—No te atreves á negarlo, lo cual prueba que efectivamente me quieres algo: la mentira es mala compañera del amor; pero no tienes confianza en mí; no me cuentas tus secretos.... Pues bien, adorada mía; eres injusta, porque yo te voy á decir los míos, todos mis secretos...., y para empezar, te diré la razón que me impidió verte ayer.

—¡Ah! ¿Cuál es?

—Me ocupaba de ti (dijo Roberto con la misma ternura). Trataba de asegurar tu porvenir, tu dicha, y de librarte de tus enemigos.

—¡Cómo! ¿tú sabes?...

—¡Oh! Sí; sé que tienes enemigos, y además sé otras cosas.... Te sorprenderá.... Conozco toda tu vida desde que llegaste á Francia, y si quieres que te la diga, nada me es más sencillo. Cierra la puerta, corre los cerrojos, y baja también los portiers, para que nadie pueda oirnos, y vente á sentar al lado de tu primer, de tu único amigo.

Rachel obedeció en todo, menos en sentarse su lado, pues prefirió hacerlo á sus pies, sobre una alfombra de Smirna que estaba extendida sobre el piso de su tocador; y apoyando su cabeza cariñosa, tiernamente, sobre las rodillas de Roberto, se dispuso á escuchar lo que éste iba á decir.

Poco tuvo que esperar; pues en el mismo instante, y á grandes rasgos, Roberto la dijo cuál había sido su vida desde su llegada á París. Lo que ignoraba lo deducía de lo que sabía: lo conocido le permitía averiguar lo desconocido. La observación, la penetración, la intuición, reemplazaban las noticias que le faltaban. Por otra parte, Roberto trataba de dejar aparecer que á propósito no insistía sobre los detalles, y que iba recto al objeto que se proponía. La llevaba de sorpresa en sorpresa, sin dejarla tiempo ni para reponerse ni para protestar, hasta que llegó al robo de los diamantes, que contó como suponía que había pasado, diciendo que Prudencia y sus asociados eran los instigadores y los culpables de él. Lejos de abrumar, de asustar á Rachel, como los otros habían hecho, por el contrario, trataba de disculparla, de perdonarla.

Rachel, silenciosa siempre, se humillaba ante aquel hombre, que se engrandecía á sus ojos á medida que hablaba, y se admiraba de que la conociera tan bien, y de que de tal manera hubiera penetrado sus secretos más íntimos.

—Á partir del día (prosiguió Roberto) en que la duquesa de X.... presentó una demanda contra ti, esos miserables han creído que tenían derecho para mandártelo todo, para exigirte cuanto les convenía. Tú llegaste, desde ese instante, á ser para ellos una cosa, un ser sin voluntad, una esclava. ¿Qué te han mandado? ¿De qué infamia te han hecho cómplice inconsciente? Ya hablaremos más tarde de eso, cuando tratemos de deshacer cuanto ellos han hecho; pero ahora ocupémonos sólo de nosotros.... Antes de llegar á casa de Prudencia, sabía que eras encantadora, deseable, hermosísima. Entraste, y en cuanto te vi, te admiré y procuré serte agradable. ¡Esto era fácil! Te habían dicho: «Es necesario que le enamores».

—Pero desde luego me gustaste,—murmuró Rachel.

—No tan pronto. No eres una mujer caprichosa. Vas queriendo poco á poco, según tratas. ¡Oh! Ya te conozco perfectamente.

—¡Sí, tú me conoces!—dijo Rachel, estrechando sus rodillas, sobre las que apoyaba la cabeza.

—¿Por qué (continuó Roberto) nos echaron así al uno en brazos del otro? Porque tus dueños habían resuelto procurarse otro servidor, otro esclavo. Tú no les bastabas ya; necesitaban un hombre joven y fuerte, y entonces pensaron en mí. Pero ¿cómo comprarme, dominarme y

tenerme bajo su voluntad como á ti? Por la intimidación, por el temor, y por eso trataron de comprometerme en el asunto de los diamantes de la duquesa de X....

—¡Ah! ¡Sabes también!....

—Lo sé todo...., y te perdono. ¡No creas que no he adivinado tus vacilaciones, tus resistencias! ¡No creas que no he comprendido lo que estabas sufriendo el día que me pediste que empeñara ese aderezo!

—¡Oh, sí, sí! ¡Es verdad; tenía mucho miedo, al pensar que iba á comprometerte!

Y levantando bruscamente la cabeza, añadió:

—¿Por qué las has empeñado, si veías el peligro y lo habías adivinado todo?

Roberto puso la mano sobre su cabeza, y la dijo sonriendo:

—Tranquilízate, querida mía. No soy tan cándido como Prudencia ha pensado, y como tú misma has llegado á creer.... Tus diamantes, ó más bien los de la Duquesa, no han entrado para nada en el Monte de Piedad.

—¿Y cómo puede ser eso, si me has traído la papeleta?

—Empeñando otro aderezo muy parecido al tuyo.

—¿Pero dónde le has comprado?

—En una tienda de la calle de la Paix, si ese detalle te interesa.

—¡Compras así como así, alhajas de cien mil francos!—dijo Rachel admirada.

—De ciento veinte mil, para ser más exactos,—dijo Roberto con sencillez.

—Pero tú no eres rico....

—¡Soy un pobre, un infeliz, obligado para vivir á tener que obedecer á los demás, como tú, mi querida Raquel! Pero si no tengo fortuna por mí mismo, en cambio tengo amigos inmensamente ricos, que se dejarían matar por mí, y que tienen tal influencia, que si tú quieres confiarme lo poco que de tu vida no sé, y obedecerme en todo, te libraré de esos miserables que te esclavizan y les obligaré á que tengan que temblar delante de ti.

—¡Habla, habla; haré todo lo que quieras! ¡Te juro que obedeceré!

—Bien, te creo....; pero ante todo, quiero convencerte y darte las pruebas materiales de lo que te he dicho.... Haz el favor de levantarte, y coge mi pardesús, que está sobre ese sillón...., y saca de uno de los bolsillos un paquete que habrá.

Rachel se levantó, y obedeciendo á lo que Roberto le decía, sacó el paquete, y se le entregó.

—No me le des; tenle tú, y lee lo que hay escrito sobre la primera cubierta.

Y mientras leía, su rostro iba indicando su creciente asombro.

—Ya lo ves (continuó Roberto): los objetos contenidos en ese paquete han sido depositados en casa del Comisario de policía del barrio de la Magdalena, el 2 de Febrero, día en que hice el empeño. Entonces tomaba contra ti precauciones que no tengo que tomar ahora, ni quiero tomar en adelante, porque me inspiras una confianza absoluta.... ¿Hago mal?

—¡No, no!—le contestó estrechándole.

Roberto la abrazó, y después, separándola un poco, añadió:

—Rompe esa cubierta, y lee las líneas escritas por mi mano en la segunda.

—¡Ah! (dijo, cuando acabó su lectura.) ¡Cuánto tiempo hace que lo sabías todo!.... ¡y nada me has dicho!

—Porque todavía no estaba bastante seguro de ti.

—Dime, ¿quién es este Armando Le Forestier de que hablas y que firma la declaración contigo? ¿Es el famoso Le Forestier que dicen que es tan rico?

—El mismo.

—¿Y es amigo tuyo?

—Es mi amigo más íntimo, mi hermano....

¿No te lo ha dicho Prudencia?

—No, nunca.

—Pues ella debe saberlo.

—¡Oh! Pero á mí no me dice todo lo que sabe.

—Lo creo.... Al decirte que Armando era mi amigo más íntimo, te hacía conocer que tenías un protector poderoso, un protector que te hará no temerla, y que más tarde asegurará tu porvenir, si te portas bien con él.

—Estoy dispuesta á hacer todo lo que me mande, puesto que es tu amigo y le quieres.

—Sin embargo (dijo Roberto); aunque Prudencia no te haya hablado de Armando con respecto á mí, debe, sin embargo, haber pronunciado alguna vez su nombre cuando hablaba con Montarán ó con el marqués de Arnage.

—Te aseguro que no. No hablan nunca delante de mí más que de las cosas en que puedo servirles.... ¡que han sido muchas, desgraciadamente! ¡Todas, todas te las diré, á pesar de la vergüenza que me ha de costar el confesarlas!

—Bien, luego me las dirás....; pero tranquilízate. Quiero que repares todo el mal que te han obligado á hacer, siendo yo tu buen ángel, como ellos han sido tus malos genios....; pero volvamos á los diamantes de la Duquesa. ¿Sabes si se ha apercibido Prudencia de la sustitución que he hecho?

—No sé, porque no me ha vuelto á hablar de eso.... Quizá no sepa nada.

—Sin embargo, ya te acordarás, que delante de mí, y en este mismo gabinete, te cogió la papeleta del Monte de Piedad.

—Sí; pero si no se ha servido de ella...., si no ha intentado desempeñar las alhajas....

—Ha debido desempeñarlas...., y adivinarlo todo.

—¿Por qué?

—Porque me deja vivir en paz, sin imponerme su voluntad, y es indudable que si creyera que estaba comprometido, hubiera tratado ya de utilizar mis servicios. Si no lo ha hecho así, es porque me ha desenmascarado....; porque ve en mí un adversario, y no un cómplice.

—Sí...., creo que tienes razón...., y ahora que me fijo, he notado que no me habla ya de ti en los mismos términos.... Aunque me pregunta con frecuencia, parece que lo hace por compromiso, y que lo que la interesa es saber lo que piensas, lo que dices y lo que haces. Se preocupa, sobre todo, por nuestros amores, y me reprocha porque no te tengo bastante entusiasmado.

—Eso es lo que ella quiere; cortarme las uñas y roerme los dientes, para no tener nada que temer. Pues bien: dile que estoy loco de amor, entusiasmadísimo.

—¡Ay! ¡eso no es verdad, por desgracia!—dijo la joven, suspirando.

—Lo será cuando tú te vuelvas tal y como yo te quiero.... Entre tanto, abre ese paquete que tienes en la mano, y echa una mirada sobre los diamantes, para que veas si son los mismos.

—¿Para qué?... Ya me lo has dicho tú, y me basta.

—Míralos; te lo ruego.

Rachel rompió los papeles que cubrían los estuches, y levantando las tapas, dijo:

—Sí, los mismos....; pero yo no he de volver á llevar esas joyas que no son mías.

—Llevarás otras tan buenas como esas,—dijo Roberto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que te regalo de parte de Armando Le Forestier el otro aderezo que he empeñado por ti. ¡Oh! Seguramente no perderás en el cambio, porque las otras joyas son más bellas.

—Os doy gracias á tu amigo y á ti.... por la intención (añadió, sonriendo); pero conozco bien á Prudencia, y sé que no soltará su presa.

—¡Pues no faltaba más! ¡En cuanto yo quiera! ¿Crees que yo voy á dejar esos diamantes en manos de semejante.... perdida?... ¡Ah! ¡Ya veo que todavía le tienes miedo!.... Vamos, siéntate ahí, en esa butaca, bien enfrente de mí....; y ahora voy á indicarte el medio de desembarazarte de ella...., y de los otros dos.

Rachel se había sentado con el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos en las manos de Roberto, y las rodillas junto á las suyas, como él la había dicho, para verla mejor y leer en su rostro todas las impresiones que sintiese.

—En primer lugar (la dijo), voy á hacerte una pregunta, y no olvides que cuento con tu entera franqueza.

—Y haces muy bien,—le contestó Rachel con sencillez.

—Fuera del asunto de los diamantes, ¿has cometido, bajo la inspiración de Prudencia y de sus asociados, otras faltas por las que la justicia pueda castigarte?

—No (respondió la joven sin vacilar, y mirándole frente á frente); sólo mi conciencia y las personas á quienes he perjudicado, pueden reprocharme.

—Bien. De modo que, aparte la queja de la Duquesa, y obtenido su perdón, ¿no tendrás nada que temer?

—De la justicia y de la policía, nada.

—Entonces, para que tus temores se disipen

enteramente, y para que se tranquilice tu conciencia al dar el primer paso en el buen camino, vas á restituir hoy mismo esas alhajas á su dueño.

—No deseo otra cosa, y hace tiempo que quería devolvérselas; pero Prudencia me lo ha impedido.

—Pues yo, en cambio, te lo ruego ahora, y creo que mi ruego hará más fuerza en ti que sus amenazas.

—¡Ya lo creo! Tus ruegos no los discuto, y las órdenes de esa mujer las he discutido siempre.... Para obedecerte, voy ahora mismo á envolver estas alhajas, y á enviarlas con una persona de confianza.

Rachel se levantó; pero su amigo la detuvo, diciéndola:

—Aguarda. El asunto no es tan sencillo como á ti te parece. La Duquesa no sabe quién la envía eso, y podría atribuir el mérito de la restitución á otro que á ti.

—La escribiré, firmando con mi antiguo nombre.

—No; no es escribir lo que hace falta.

—¿Entonces qué?...

—Que vayas tú misma á casa de la Duquesa.

—¡Oh! ¡No me atreveré jamás! ¡No me exijas eso!

—Al contrario, te lo exijo, porque has come-

Rachel se había sentado con el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos en las manos de Roberto, y las rodillas junto á las suyas, como él la había dicho, para verla mejor y leer en su rostro todas las impresiones que sintiese.

—En primer lugar (la dijo), voy á hacerte una pregunta, y no olvides que cuento con tu entera franqueza.

—Y haces muy bien,—le contestó Rachel con sencillez.

—Fuera del asunto de los diamantes, ¿has cometido, bajo la inspiración de Prudencia y de sus asociados, otras faltas por las que la justicia pueda castigarte?

—No (respondió la joven sin vacilar, y mirándole frente á frente); sólo mi conciencia y las personas á quienes he perjudicado, pueden reprocharme.

—Bien. De modo que, aparte la queja de la Duquesa, y obtenido su perdón, ¿no tendrás nada que temer?

—De la justicia y de la policía, nada.

—Entonces, para que tus temores se disipen

enteramente, y para que se tranquilice tu conciencia al dar el primer paso en el buen camino, vas á restituir hoy mismo esas alhajas á su dueño.

—No deseo otra cosa, y hace tiempo que quería devolvérselas; pero Prudencia me lo ha impedido.

—Pues yo, en cambio, te lo ruego ahora, y creo que mi ruego hará más fuerza en ti que sus amenazas.

—¡Ya lo creo! Tus ruegos no los discuto, y las órdenes de esa mujer las he discutido siempre.... Para obedecerte, voy ahora mismo á envolver estas alhajas, y á enviarlas con una persona de confianza.

Rachel se levantó; pero su amigo la detuvo, diciéndola:

—Aguarda. El asunto no es tan sencillo como á ti te parece. La Duquesa no sabe quién la envía eso, y podría atribuir el mérito de la restitución á otro que á ti.

—La escribiré, firmando con mi antiguo nombre.

—No; no es escribir lo que hace falta.

—¿Entonces qué?...

—Que vayas tú misma á casa de la Duquesa.

—¡Oh! ¡No me atreveré jamás! ¡No me exijas eso!

—Al contrario, te lo exijo, porque has come-

tido una falta, y debes tratar de repararla, teniendo valor de ir á pedir perdón en alta voz y de humillarte delante de la persona ofendida.

—¡Oh! ¡no me perdonará!

—¿Por qué?

—Porque la he hecho más daño del que pien-
sas.... El robo de los diamantes no es nada en
comparación á mis.... traiciones.

—¿Qué traiciones? Vamos, confésamelo todo,
hija mía. No podré llegar á salvarte, si no lo sé
todo, enteramente todo.

Rachel se echó un poco hacia atrás, y con la
cabeza baja, sin atreverse á mirarle esta vez, dijo:

—Desde el día que entré en casa de la Duque-
sa la espíe, según la orden que había recibido,
dando cuenta de todas sus acciones....; por mí
supieron que tenía un amante....; y aún soy más
culpable....; la sustraje un paquete de cartas que
tenía, y otras dos escritas por ella, que me dió
para echar al correo un día que no podía salir.

—Comprendo (dijo Roberto); y se valen de
eso para explotarla y para impedirle que presen-
tara una queja contra ti.

—Sí,—murmuró la joven.

—¿Y qué han hecho de esas cartas? ¿Lo
sabes?

—Sí; las tengo yo.

—¡Te las ha confiado Prudencia! Me asom-
bras.

—¿Por qué? ¿Dónde querías que las guarda-
ra ella? ¿En su casa? Entra muchísima gente, y
hay muchos criados de quien desconfiar.... ¿En
casa del marqués de Arnage? Vive en un hotel
abierto para todo el mundo, y donde los muebles
cierran mal.... ¿En casa del señor de Montbarán?
¿En la caja de su maldita sociedad? Prudencia
no ha querido, porque trata de alejar á Montba-
rán lo más que puede de todos los asuntos que me
conciernen, sin duda con el temor de estable-
cer relaciones íntimas entre él y yo, pues sabes
es ridículamente celosa.... Entonces se ha di-
cho: «¿Quién mejor para guardar estas cartas
que Rachel? ¿No son una garantía para ella? Si
las perdiera, si las devolviera, la Duquesa no
tendría ya nada que temer, ni por qué ca-
llarse».

—Pues bien, querida mía (dijo tranquilamen-
te); devolverás las cartas al mismo tiempo que
los diamantes, sin vacilar, y sobre todo sin con-
diciones de ningún género. Tú no debes decir
nada...., y la duquesa de X.... obrará como me-
jor le parezca.... Si no es generosa, lo sentiré
tanto ó más que tú; pero creo que debes expo-
nerte valerosamente á las consecuencias de tu
falta: esta es la única manera de expiarla.

—¡Oh! ¡Nunca he oído hablar de una mane-
ra tan digna! (dijo estrechando las manos de Ro-
berto.) ¡Tú me hablas de cosas honradas!.... Los

hombres que nos hacen la corte nos dicen cumplimientos, ligerezas; pero no nos hablan nunca de delicadeza, de la dignidad, del deber.... ¡Sólo tú, hasta hoy!....

—Es que yo no te he mirado hasta hoy como mi amiga; eras mi amante...., y no se parecen en nada la amiga y la amante.

—¿No se puede ser á un tiempo amante y amiga?—preguntó Rachel inquieta.

—Con el tiempo, sin duda...., después de muchas pruebas.... Pero aún no hemos acabado de hablar de la Duquesa. Una vez que la hagas tu confesión y puedas obtener su perdón, si es que te le concede, como espero, la pedirás una gracia: la de que te guarde el secreto unos cuantos días.... Es indispensable para mis proyectos que Prudencia y sus cómplices te sigan creyendo sumisa y obediente á ellos, y es preciso también...., y aún más importante, que ignoren nuestra alianza. No sólo no deben conocerla, sino que, además, tendrás cuidado de hacerles ciertas confidencias que les extravíen.... Por ejemplo, les dirás que has hecho recaer la conversación en Armando Le Forestier, y que has averiguado que era mi más íntimo amigo. Como ellos lo saben perfectamente, por ese lado no tengo nada que perder, sino que, al contrario, lo ganaremos todo con la confianza que les inspirarás por este medio.

—¡Entendido, entendido! ¡Oh! ¡qué hábil eres! ¡Ahora sí que creo que me salvarás!

—Así lo espero.... Dime, ¿no me has hablado antes de la caja de la sociedad? ¿Cómo sabes tú que existe una caja?

—Por algunas frases, algunas palabras que se les han escapado delante de mí; y, además, un día pedí dinero para pagar á un acreedor, y Prudencia me dijo: «No tenemos dinero, por ahora, á tu disposición. ¿Verdad, Montbarán, que no tenéis nada en caja?»

—¿Entonces, según tú, esa caja se encuentra en casa de Montbarán?

—Sí; de seguro.

—¿Y crees que Prudencia no guarda en su casa ningún papel ú objeto que la comprometa?

—No; estoy cierta de eso también.

—De modo que sacamos en conclusión que el aderezo de diamantes se encuentra en dicha caja.

—Es posible; pero no te lo aseguraría, por la razón que te he dicho antes.... Prudencia, en tratándose de cosas mías....

—Esa razón era buena para las cartas; pero no lo es cuando se trata de joyas que tienen gran valor, y que se deben poner en lugar seguro.... Pues bien: esas joyas que me pertenecían y que te he regalado, es preciso que se las reclames, y que te las dé.

—¡No comprendo! ¿Cómo me las ha de dar? Si pudiera amenazarla y hacerme temer.... todavía....; pero como me has encargado que siga pareciendo siempre humilde y sumisa á las órdenes de Prudencia y sus asociados....

—Ciertamente que es muy esencial....; pero no olvidemos que el señor de Montbarán está perdidamente enamorado de ti, ó, mejor dicho, para no profanar la palabra amor, que te desea ardentemente.

—¿Y qué quieres decir con eso?—dijo Rachel, mirándole con inquietud.

—Que debes representar con él, con ciertas reservas y en ciertos límites, el papel que Prudencia te ha encargado que representes conmigo.... Esta noche, cuando le veas en su casa, es menester que seas muy coqueta...., muy coqueta; y así acabarás por hechizarle.

—Contigo era un papel muy agradable de representar: ¡un papel que me hacía feliz!

—No hay más remedio que representar también en alguna ocasión papeles desagrables,—respondió Roberto riendo.

—Pero si estoy amable con él, desconfiará, porque no le tengo acostumbrado á tanta benevolencia.

—Tranquilízate. Los hombres, cuando llegan á su edad, se dejan coger siempre.... Creerá que has reflexionado, y que su larga persistencia ha

llegado á conmoverte por fin...., y después adivinará, ó, mejor dicho, tú le harás adivinar.... que en el fondo se oculta un pequeño interés....

—Sobre todo, si le pido los diamantes (añadió Rachel). ¿No es ahí donde ibas á parar?

—Sí; pero los diamantes no tienen para mí más que una importancia secundaria, y lo que más me preocupa son las consecuencias que traerá la generosidad de Montbarán hacia ti con detrimento de sus asociados.

La joven reflexionó, y dijo:

—Creo que es hombre capaz de hacer por mí una locura, como sea....; pero sus exigencias estarán en relación á los sacrificios que de mí exija.

—Sin duda....; y cuanto más exija, más debes prometerle tú.... Ahora, conceder, ya es otra cosa.... No te imagines, amiga mía, que voy á dejarte ni un sólo instante á merced de ese pillo...., aunque no sea peligroso.

—Bien (dijo Rachel); obedeceré sin discutir más.

Roberto estrechó sus manos, y la dijo:

—Aún no hemos concluído. Tenemos todavía muchas cosas que decirnos, si queremos cumplir hasta el fin la tarea que nos hemos impuesto.

—Habla, interroga, y verás con qué sinceridad respondo á todas tus preguntas,—dijo la

joven, yendo á sentarse en el diván al lado de su compañero.

—Dime.... ¿Te das cuenta exacta de las maniobras á que se entregan Prudencia de Fontenay y sus acusados?

—Sí; sorprenden los secretos de las gentes, y luego se hacen pagar muy caro su silencio.

—Perfectamente. ¿Y sabes si han cometido otro delito, si en su vida pasada hay algún.... crimen?

—No me extrañaría....; debe haber en su pasado algo grave, terrible. ¡Si supieras cómo tiembla Montbarán delante de Prudencia!

—¿Y el marqués de Arnage?

—Ese no está tan sumiso; porque como sus asociados le necesitan tanto....

—¿Por qué le necesitan tanto?

—Porque él es el que los aconseja y los dirige; el que les propone todos los malos negocios, y les dice la manera de sacar mejor partido de ellos....

—En una palabra: el Marqués es la cabeza, sus asociados son los brazos, y tú, pobre hija mía, has sido la mano.

Y luego añadió, haciéndole una caricia, que la indemnizaba del reproche:

—¡Qué tímida, qué perezosa y qué tonta has sido! ¡Cuánto tiempo hace que podías haber sacudido su yugo, si hubieras querido!

—Sí (respondió la joven); tienes razón. He vivido y me he adormecido en el mal; pero ya estoy despierta, completamente despierta para el bien.

—Entonces (dijo Roberto, sin duda para aprovechar aquel despertar), me vas á decir en seguida todas las malas acciones que has cometido, bajo sus órdenes, desde el día que dejaste á la Duquesa.

—¡Oh! ¡me es muy penoso!....; pero, en fin, si tú lo quieres.... He sido encargada de enamorar á un hombre casado, á un padre de familia, que es un gran personaje, de los más conocidos.... Llegué á conseguir que me escribiese cartas apasionadísimas, extravagantes, llenas de amor....

—Que la sociedad (terminó Roberto) le habrá vendido en seguida muy caras.

—No, no las han vendido todas juntas, porque el Marqués hubiera perdido en seguida el dinero al juego.... Las van vendiendo poco á poco, una por una.

—¿Y tienen todavía alguna carta de ese gran personaje?

—Unas veinte.

—¿Dónde están?

—Aquí, en ese mueble, cuya llave tiene Prudencia.

—¿Supongo que tú te habrás hecho con otra llave?

—Sí, desde hace tiempo.

—Bueno; pues mañana mismo devolverás todas esas cartas á la persona que las ha escrito.

—Está bien; serás obedecido.

—Continúa: aún no me lo has dicho todo.

En voz muy baja, y con la cabeza apoyada en el hombro de Roberto, para que éste no viese su rostro, le hizo la confesión entera de todas sus culpas, y obtuvo la absolución, bajo la promesa y juramento de devolver á las personas que en otro tiempo había comprometido, todo cuanto tuviera de ellas.

Cuando acabó de hablar, Rachel sólo se permitió una objeción.

—Si no vuelven á pagar su tributo á la sociedad, Prudencia sospechará de mí, abrirá ese mueble, y....

—Será demasiado tarde....; pero es preciso no perder ni un momento. ¿Tú conocerás las costumbres de la Duquesa, verdad?

—Sí.

—¿Á qué hora está en su casa?

—Hacia las seis, todos los días.

—¿Y tiene gente, recibe?

—No, está sola en sus habitaciones particulares. Los salones para recibir no se abren más que por las noches.

—¿Y hay peligro de encontrar al Duque?

—No; pasa las tardes en el círculo, y no vuelve más que para comer.

—Muy bien; no son más que las cinco, y tienes sobrado tiempo para vestirme y hacer tu visita.

—¡Oh, Dios mío! (exclamó la joven.) ¡Si supieras el trabajo que me cuesta!

—Queridita mía (dijo Roberto, cogiéndole la mano); no quisiera decirte nada desagradable; pero permíteme que te haga observar que tu conducta hacia la Duquesa, también la ha costado mucho.

—Es verdad.... Voy á vestirme.... Debías acompañarme hasta la puerta, para darme valor, para fortificarme por el camino.

—Esa es mi intención.... Te esperaré á alguna distancia del hotel.

.....
Rachel se vistió sencillamente, y cubriéndose la cabeza con un espeso velo, y guardando en sus bolsillos el aderezo y las cartas, fué á reunirse, muy resuelta ahora, con Roberto du Chatel.

En el coche de alquiler que les conducía á casa de la duquesa de X....., Rachel decía á Roberto:

—¡Va á negarse á recibirme!

—Me extrañaría (respondió Roberto). Acaso dude; pero la curiosidad, el temor, disiparán pronto sus vacilaciones.

—¿Y cómo me recibirá?

—Al principio, con dureza: tú debes ser humilde...., y ella irá poco á poco enterneciéndose cuando la devuelvas sus diamantes, y sobre todo sus cartas, que tantísimo gusto tendrá en quemar de una vez.

Roberto mandó detener el carruaje junto á la esquina de la calle en que vivía la duquesa de X....., y Rachel, después de haberle abrazado «para darse valor», según le dijo, se desprendió de sus brazos, y anduvo á pie la parte de camino que le faltaba.

Roberto la esperó una hora; es decir, tres cigarrillos: contaba el tiempo por lo que tardaba en fumar un cigarrillo, y pretendía no equivocarse nunca. Por fin la portezuela del coche se abrió

vivamente, y Rachel se dejó caer en su asiento al lado de Roberto.

—¡Ya he concluido!—dijo muy conmovida, y oprimiéndose el pecho con las manos, como para contener los latidos de su corazón.

—Cuéntame lo que ha pasado.

—Lo que tú habías dicho.... Al principio violentos reproches; luego, cuando me ha visto humilde y arrepentida, se ha apaciguado, y por fin me ha perdonado sinceramente.

—¿Y no ha extrañado mucho tu arrepentimiento repentino?

—Sí, pero yo la he dicho: «La casualidad me ha permitido encontrar á un hombre honrado y amarlo, y esa es la causa de que me haya arrepentido». Ha parecido comprenderme perfectamente. He tenido la suerte de llegar hoy á tiempo á casa de la Duquesa, y tal vez á eso he debido su indulgencia.... Figúrate que como esos infames la explotan todo lo que pueden, la han escrito ayer diciéndola que necesitaban cincuenta mil francos á fines de esta semana...., y la pobre buscaba esta suma, sin esperanza de encontrarla. ¡Les ha dado ya tantísimo dinero!

—Pues ni ella ni los demás volverán á darles un cuarto, y tendrán que ver las orejas al lobo, que es lo que yo quiero (dijo Roberto, frotándose las manos. Y luego añadió): ¿Sabes que con la alegría me ha dado apetito? Si no tienes incon-

veniente en comer conmigo, vamos á decirle al cochero que nos conduzca á cualquier restaurant.

—Precisamente iba á decírtelo, porque temo quedarme sola ahora. Tengo miedo de mí misma.... Es natural (añadió, sonriendo deliciosamente): como soy tan novicia y tan ignorante en la honradez, no haría más que equivocarme, confundirme, y dirigirme por la izquierdasi debía ir por la derecha. Necesito con precisión un guía que me mantenga en el buen camino.

—Yo seré ese guía mientras tú quieras, querida mía (dijo Roberto, pasándole un brazo alrededor de la cintura, en tanto que el coche rodaba hacia un restaurant del boulevard); pero no olvides que después de comer tienes que volver á vestirme para ir á casa de Prudencia. Aún no has concluído; todavía tienes que cumplir la tarea que te has impuesto, y ver esta noche á Montbarán.

—¡Oh! (suspiró la joven.) Esa es la más penosa.

.....
Elegantemente vestida, con la fisonomía animada, los ojos brillantes y los labios rojos, Rachel de Nicia hizo su entrada en casa de Prudencia de Fontenay á las diez de la noche.

Debía estar muy hermosa, porque Prudencia la echó una mirada de envidia, mientras que Montbarán, por el contrario, de lejos, y medio

escondido, parecía querer devorarla con los ojos. Esta admiración muda y lejana no debía bastarle, sin duda, pues aprovechando un instante en que su vieja tirana había ido á dar órdenes á los criados, se aproximó á Rachel, y la dijo:

—Abusáis esta noche del derecho de ser bonita, y es una crueldad para los que os aman.... ¿Por qué os mostráis siempre tan severa para mí?

La joven le respondió con una dulzura, á la que no estaba acostumbrado.

—Porque tengo miedo. Esa es la única razón.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De quién?

—¿De quién ha de ser? De Prudencia.... y debéis comprender muy bien esto, puesto que vos también tembláis delante de ella.

—Sí; pero yo, por pasar una hora á vuestro lado, me expondría á todas sus cóleras y sus violencias.

—Os desaffo á que lo hagáis,—dijo Rachel, sentándose á su lado y rozándole con su espalda desnuda.

—Dadme una cita, y lo veréis.

—Es inútil.... No habíais de asistir á ella.

—Probad.

—¡Sea!.... Después de todo, nada arriesgo.... Mañana á las cinco os espero.

—¿Dónde?

—En mi casa, calle Blanche. Es lo más seguro.... Si vuestro.... Oteló tiene conocimiento de

esta visita...., le decís que tenfais una orden importante que darme.

—¡Oh! Yo sí que quisiera ejecutar todas las vuestras.

—Ya veremos eso, si es que vais...., que lo dudo....; pero separémonos, que aquí viene.

Varias veces después, durante la noche, pudieron hablar, y Rachel tuvo para Montbarán caricias en la voz y en la mirada...., en todo lo que no cuesta nada.... Como había pensado Roberto, el pobre hombre estaba entusiasmado, y ni siquiera se le pasaba por la imaginación el extrañar que la joven estuviese cariñosa. «Las mujeres son tan caprichosas», se decía, queriéndose hacer modesto.

XXXVII.

El día siguiente, Montbarán, con el corazón henchido de alegría, como un verdadero enamorado que acude á la cita que le da la mujer querida, llegaba á las cinco en punto á casa de Rachel de Nicia.

—La señora ha salido,—le dijo la doncella, á quien su señora había enseñado perfectamente la lección:

—¡Que ha salido! (balbuceó Montbarán desolado.) Sin embargo, si ella me había dicho....

—¡Ah! Acaso seáis el señor á quien aguardaba mi señora.

—Sí, á las cinco. Á mí era.

—Os ruego me perdonéis, caballero. No sabía... Podéis entrar; pero tendréis que esperar en el salón. La señora tiene visita, y está en su tocador.

—Esperaré,—respondió resignadamente, dicho de poderla ver, después de haber tenido el temor de no verla.

Esperó durante media hora en el salón, ya paseando para matar el tiempo, ó bien deteniéndose delante de una puerta que, cubierta de

esta visita...., le decís que tenfais una orden importante que darme.

—¡Oh! Yo sí que quisiera ejecutar todas las vuestras.

—Ya veremos eso, si es que vais...., que lo dudo....; pero separémonos, que aquí viene.

Varias veces después, durante la noche, pudieron hablar, y Rachel tuvo para Montbarán caricias en la voz y en la mirada...., en todo lo que no cuesta nada.... Como había pensado Roberto, el pobre hombre estaba entusiasmado, y ni siquiera se le pasaba por la imaginación el extrañar que la joven estuviese cariñosa. «Las mujeres son tan caprichosas», se decía, queriéndose hacer modesto.

XXXVII.

El día siguiente, Montbarán, con el corazón henchido de alegría, como un verdadero enamorado que acude á la cita que le da la mujer querida, llegaba á las cinco en punto á casa de Rachel de Nicia.

—La señora ha salido,—le dijo la doncella, á quien su señora había enseñado perfectamente la lección:

—¡Que ha salido! (balbuceó Montbarán desolado.) Sin embargo, si ella me había dicho....

—¡Ah! Acaso seáis el señor á quien aguardaba mi señora.

—Sí, á las cinco. Á mí era.

—Os ruego me perdonéis, caballero. No sabía... Podéis entrar; pero tendréis que esperar en el salón. La señora tiene visita, y está en su tocador.

—Esperaré,—respondió resignadamente, dicho de poderla ver, después de haber tenido el temor de no verla.

Esperó durante media hora en el salón, ya paseando para matar el tiempo, ó bien deteniéndose delante de una puerta que, cubierta de

ricos portiers, le separaba de la pieza inmediata. Se diría que su mirada quería atravesar aquellos portiers, y ver lo que en aquel instante pasaba en el tocador de la joven.

Nada, sin embargo, pasaba en él. Rachel sola, sentada cerca de la ventana, delante de una mesa cargada de los necesarios frascos de esencias y objetos de tocador, se cortaba las uñas con gran calma, y soñaba con Roberto, que había partido aquella mañana para Clermont-Ferrand.

¿Por qué, pues, hacía Rachel esperar tanto tiempo al pobre Montbarán, dejándole aburrirse en el salón? Porque entraba en sus proyectos irritarle, enloquecerle, para llevarle cuanto antes adonde deseaba.

Cuando ya Montbarán empezaba á desesperrarse, oyó un pequeño ruido, como el que produce una puerta al abrirse y cerrarse; después se levantaron los portiers, y Rachel apareció.

—Mil perdones por haberos hecho esperar tanto tiempo, querido amigo. No quería presentarme así. Disculpádmeme por recibiros tan á la negligé. No he tenido tiempo desde esta mañana para ponerme un vestido. ¡Es verdaderamente vergonzoso estar todavía, á estas horas, con peinador!

—Estáis encantadora de todos modos, — dijo Montbarán, consolado ya y olvidando el tiempo que le había hecho esperar.

—Vamos, venid, —le dijo.

Montbarán la siguió, aproximándose á ella cuanto podía, y admirando su espalda llena y redonda, sus anchas caderas y la plenitud nerviosa de todas sus formas.

Cuando llegaron al gabinete, en el que á propósito Rachel había hecho hubiera un bello desorden, Montbarán, sin poderse reprimir, dijo:

—¿De manera que estabais aquí con él, mientras yo os aguardaba?

—¿Con quién queréis decir?

—Con Roberto du Chatel.

—Sí, es cierto: ¿con quién había de ser? Yo no conozco tanta gente, que os fuera difícil.... No iréis, me imagino, á regañarme por ello, puesto que lo habéis querido y me habéis obligado.

—¡Oh! ¡yo!.... Jamás.

—Os pido perdón; el marqués de Arnage y Prudencia, sois vos mismo. Sois tres en uno, — añadió sonriendo, para tener ocasión de contraer sus labios y enseñar sus lindísimos dientes.

—Aquí para entre nosotros, sed franca, y confesádmeme que no os desagradan las visitas del señor du Chatel.

—¡Oh! No me hacen tan feliz como os imagináis....

—¿De veras?

—Os lo aseguro. No me agradan los jovenci-

tos. Son muy exigentes, muy egoistas.... Prefiero los hombres hechos, de cierta edad. Se desviven por complacernos: piensan más en nosotras que en ellos mismos, y tienen ya experiencia de las cosas de la vida.

—Tenéis razón en todo cuanto habéis dicho (dijo Montbarán, halagado en su amor propio, al verla defender á los hombres... de cincuenta años; pero reflexionando, añadió): si tenéis esa opinión, ¿por qué me habéis hecho sufrir tanto tiempo?... Vuestros temores respecto á Prudencia no podían ser grandes, sobre todo tomando nuestras precauciones....

—Evidentemente...., si hubiera sabido que estabais decidido á encontrarme....

—Ya lo creo que lo estoy (dijo Montbarán, animándose al oír aquello). Buscaré un cuarto lindísimo, secreto, ignorado de todos, y....

—¿Para qué? Estamos bien aquí. Previniendo á mis criados y cerrando bien las puertas, no temo á Prudencia.

—Pues bien; ¿entonces?....

—He pensado en todo esto desde hace mucho tiempo. Me entristecía veros sufrir, y pensaba: «En parte, á él es á quien debo el bienestar que me rodea; ha sido siempre fino y delicado para mí; no me ha hecho sentir, como Prudencia y el Marqués, el precio de sus favores».... En fin...., no debería decíroslo...., no me disgustáis...., me

sois simpático....; en una palabra: acaso me decidiera, si....

—¿Qué debo hacer? Decidlo.

—Me habéis jugado una mala pasada, que una mujer no puede perdonar.

—¿De qué queréis hablar?—preguntó Montbarán.

Y con el pretexto de oírla mejor, se aproximó á Rachel cuanto pudo.

—¡Cómo! ¿No os habéis dado cuenta, no comprendéis que me ofendíais, que era una mala acción respecto á mí?

—Pero si no me decís de qué se trata, ¿cómo he de responderos?

—Se trata del collar de diamantes. Me había comprometido, me había expuesto bastante, y creo que debía tener derecho á conservarle. Hacía un año que le usaba; estaba habituada á él.... Además, no os atreveréis á negar que embellecía mi cuello y mis espaldas.

—¡Ah! No tienen necesidad de eso para....

—Sí, sí, ya sé....; pero, ¿qué queréis? Me gustan mucho los diamantes. ¡Son tan bonitos! Además, cuando están bien tallados, dan color á la piel, la dan unos tintes tan.... Este collar había llegado á pertenecerme, puesto que hacía un año que me le dejabais. Un día me dijisteis: «Rogad á Roberto du Chatel que os le empeñe en el Monte de Piedad». Yo, como siempre, obe-

decí, persuadida de que no tardaríais en devolvérmele. Además, estoy segura de que Prudencia me pidió la papeleta para desempeñarle. Pues bien: no me le ha devuelto. Vos le habréis guardado.... ¡Si os parece eso una buena acción!

Rachel se acercó aún más á Montbarán, y con coquetería le dijo:

—Vamos, decidme: ¿os parece eso bien?

Estaba en aquel instante tan seductora, tan incitante, que Montbarán quiso cogerla en sus brazos; pero con un movimiento gracioso más que brusco huyó, yéndose á sentar algo más lejos:

—No, no (le dijo); no quiero que haya nada entre nosotros. Nada dulce, tierno, hasta que no me hayáis dado una satisfacción en este asunto de los diamantes.... No se trata de su valor; es el procedimiento de que se han valido para quitármelos lo que me irrita. No quiero que se me deprima hasta ese punto...., y si me amáis, debéis protegerme contra vuestros amigos.... Marchaos; el recuerdo de esta infamia me irrita. Marchaos; os digo que es lo mejor que podéis hacer.

—¡Oh, Rachel! No me digáis eso,—dijo Montbarán, tratando de abrazarla nuevamente.

Rachel pareció querer huir, escaparse; pero terminó por dejar que la cogiera las manos,

permaneciendo en el mismo sitio, limitándose solamente á volver la cabeza para que Montbarán no se le aproximara demasiado, y á simular esfuerzos que en realidad no hacía. Estos movimientos defensivos, que ponían más de manifiesto sus torneadas formas, la hacían aún más provocativa.

—Rachel, no me enloquezcáis, os lo ruego.... Tenéis razón en este asunto de los diamantes, y os aseguro que le arreglaré á vuestro gusto con Prudencia.

—¡Con Prudencia! ¡Vaya una idea! Si la habláis de esto, estoy segura de no volver á ver mi collar. Si llega á saber que os ocupáis de mí, que queréis serme simpático, ¡ah, querido amigo!, al momento sospecharía, y nuestras entrevistas llegarían á ser imposibles.

—¿Y qué queréis que haga? Prudencia tiene que mezclarse en esto siempre. Supongamos que os devuelvo el collar; Prudencia os lo vería en cuanto os lo pusierais, ¿y qué íbamos á decir entonces?

—¡Y eso os inquieta! Puedo comprometerme á no ponérmele. No me gustaría...., y no, no puedo prometer eso; soy muy coqueta, y me le pondría en cuanto me le devolvieseis.

—Pues, entonces, ya veis que tengo razón al inquietarme.

—No, no me entendéis.

Y acercándose á él con los ojos entornados y los labios húmedos, le dijo:

—Es para vos sólo para quien me pondría el collar...., aquí en este tocador.... Sólo para vos me pondría mi vestido de baile....; aquel que tanto os gusta, el negro: ¿os acordáis? Traeríais los diamantes, y vos mismo me pondríais los brazaletes en los brazos, el collar en el cuello, los pendientes en las orejas....; esto os gustaría...., ¿no es verdad?

—¿Cuándo haréis eso?—preguntó, completamente trastornado.

—Cuando queráis.... Mañana mismo, si os place.

—¿Y por qué no esta misma tarde?

—¡Oh! Esta tarde es imposible. He tenido que alejar á du Chatel para recibiros, y tuve que prometerle que comería con él.

—¡Siempre ese du Chatel!

—¡Oh, querido amigo! Libradme de él; no deseo otra cosa; pero ved antes si tenéis la suficiente influencia sobre el Marqués y Prudencia....; por lo que veo, tenéis sobre ellos más poder de lo que creía. Según lo que habéis dicho, sólo de vos depende el que las joyas me sean devueltas.

—¡Depende de mí!.... Decid más bien que os amo con tal locura, que no puedo negaros nada.

—Tanto mejor; haréis mayor mérito á mis ojos, y os quedaré más reconocida.... Oid bien....

Mañana, á las diez...., haré lo que os he dicho....; será el baile. Veréis cómo procuro estar bella para recibiros...., á vos y á vuestros diamantes, ó, mejor dicho, mis diamantes, porque aquí no se trata más que de una restitución.

Rachel abrió la puerta, y no temiendo entonces que sus ternuras hicieran aún más audaz á Montbarán, le pasó el brazo por el cuello, y así, oprimiéndole contra ella, atravesaron el comedor y el recibimiento. Montbarán partió más trastornado, más loco que nunca había estado.

Mientras que Rachel cumplía su misión cerca de Montbarán, Roberto du Chatel, siguiendo punto por punto el plan trazado por el señor de Beuvret, había ido á Clermont-Ferrand, para conferenciar con Clara Mérot y obtener de ella alguna nueva prueba.

Había salido de París en el expreso, llegando á Clermont-Ferrand á las cuatro de la tarde, hora en que se dirigió inmediatamente á casa de la ex-señorita de mostrador. Para hacerla hablar, usó del mismo procedimiento que había empleado el Jefe de seguridad con Prudencia, y que tan buen resultado le había dado.

—Señora (dijo): creo que me reconoceréis. He estado en este país, con mi padre el doctor du Chatel, el año pasado, cuando mi amigo íntimo Armando Le Forestier estaba aquí... Por cierto que yo fui el que le aconsejé que alquilara vuestra casa.

—Sí, sí, señor; ya me acuerdo: ¿y qué deseabais?

—El objeto que me trae á vuestra casa es....

¿Supongo que ya sabréis que Armando se ha casado hace poco?

—Sí, lo he sabido por los periódicos.

—Al día siguiente de su matrimonio partió con su mujer, con la idea de viajar por el extranjero durante todo el verano; pero su señora ha tenido el capricho de volver á venir al mismo sitio en que se vieron la primera vez y se amaron.

Clara Mérot encontró que era buenísimo aquel capricho, que la daba la esperanza de alquilar su casa en buenas condiciones. Así es que se apresuró á prometer que la arreglaría de nuevo, si para ello la daban tiempo.

—¿Y no tenéis ninguna otra casa?—preguntó Roberto.

—Sí, señor. La que está al lado me pertenece también.

—Pues Armando tomará las dos: una para él y su mujer, y otra para sus criados. Me ha escrito que acepte vuestro precio, sea el que quiera....; y ahora mismo cerraría el trato, si no hubiese sabido ayer cierta cosa verdaderamente singular.

—¿Cuál, caballero?

—¿Me prometéis responderme francamente?

—Sí, lo prometo. No tenéis más que mirarme, caballero, y veréis que no tengo cara de ser una mujer que miente.

—Lo reconozco; pero las preguntas que quie-

ro haceros son indiscretas y ofensivas; sin embargo, vale mucho más que os las haga á vos, que no que me fuera á informar por cualquier otro; así no saldrá de nosotros.... Ya conoceréis que como se trata de mi más íntimo amigo.... Si estuviera soltero todavía, no le daría yo tanta importancia á lo que me han dicho....; pero como es casado....

—¿Pero qué es lo que os han dicho, caballero?... No comprendo....

—Es que.... es muy delicado....

—Hablad, caballero; hablad sin temor.

—Pues bien: dicen que en otro tiempo habéis llevado en París una vida muy.... muy accidentada....; en fin...., que hasta habéis tenido que ver con la policía.

—¡Yo! ¡yo!

—¿No habéis sido hace mucho tiempo señorita de mostrador en un almacén de abanicos?

—Sí, lo fuí.... muy poco tiempo. ¿Pero quién puede habéroslo dicho? Una sola persona lo sabe...., y esa no hubiera tenido la audacia.... Y eso que es capaz de todo; y como ahora se cree segura.... ¿Os habrá encargado el secreto?

—¡Oh, sí!.... Si no, ya os hubiera dicho su nombre.

—¡Os ruego que me lo digáis! Creo que tengo derecho á saber quiénes son las personas que

me calumnian.... Vamos, caballero; apelo á vuestra justicia.

—Lo siento, pero no puedo, porque lo he prometido.

Clara Mérot encontró un medio.

—Soy yo la que voy á nombrarla; y si es ella, no responderéis nada.... Se llama, ó más bien, se hace llamar Prudencia de Fontenay-sous-Roches.

Roberto permaneció callado, y, como era de esperar, Clara Mérot exclamó en seguida:

—No decís nada....; ¡luego es ella!.... ¡Ah! ¡cómo se ha atrevido! Pero, perdonad, caballero: ¿cómo habéis conocido á esa mujer? ¡Porque no puedo suponer que vayáis á su casa y que frecuentéis su sociedad!

—Puedo tener mis razones para hacerlo así, —dijo Roberto mirándola.

—Vuestras razones.... Sí...., los negocios de vuestro amigo Armando Le Forestier os interesan.... Creo comprender.... y adivino también por qué Prudencia ha querido manchar mi reputación.... Os ruego que me respondáis, porque es importante para todos. ¿En qué ocasión os ha hablado esa mujer de mí, y cuáles han sido sus palabras?

—Es muy sencillo: como yo la he manifestado últimamente mi intención de pasar una parte del verano aquí con Armando Le Forestier, ha

empezado por decirme que no podría encontrar en todo el país una casa buena que alquilar. Yo le he respondido que, por el contrario, había una muy confortable y muy bien puesta, cuya propietaria era una tal señora Mérot. «¡Oh! (exclamó en seguida.) Guardaos de habitar en su casa. He oído hablar mucho de esa mujer, y sé que su reputación es dudosa y que su nombre consta en la prefectura».

—¡Mi nombre en la prefectura! ¡Ah, miserable! (dijo Clara Mérot furiosa.) ¡Es claro! ¡Tenía miedo de que me trataseis y os contara su vida y milagros, y la manera con que quiere impedirlo es diciendo infamias de mí!.... Pues ya estoy desligada de mi compromiso, y no la guardaré el secreto...., lo diré todo.... ¡Ya veréis qué servicio voy á hacer á vuestro amigo!.... ¡Él podrá alquilar ó no mis casas, poco me importa; pero me vengaré!.... ¡Ah! El señor Le Forestier busca á los asesinos de su madre, y vos quizá los buscáis también por encargo suyo.... Pues bien: no están muy lejos.... ¡Los debéis haber visto siempre que váis á casa de esa bribona!.... El uno se llama Montbarán, y es *El caballero de los ojos de gato*....; ya habréis oído este mote, de que los periódicos hablaron tanto en aquel tiempo.... En cuanto al otro, no conozco su nombre; pero todo el mundo os lo dirá en cuanto yo os dé sus señas: es un hombre bajito, como de sesenta años, muy

pulcro, muy fino y de voz melosa. Éste es el amigo y consejero de Prudencia y de Montbarán: le he encontrado en casa de éste último un día que.... Ea, no me importa: voy á decirlo todo, aunque penséis de mí lo que queráis....: un día que yo había ido á pedirles una gruesa suma como precio de mi silencio...., y me la dieron.... ¡Ah! ¡ya lo creo! Á la más pequeña tardanza ó vacilación, hubiera corrido á casa del señor Le Forestier.... Comprendo que hice mal en no hacerlo así desde luego, y me hubiera traído más cuenta.... ¡Miserable! ¡tratar de acusarme, de manchar mi reputación, de denunciarme, para no ser denunciada!.... ¡Ah! ¡yo te haré ver, bribona, quién vale más de las dos!

Tales fueron los puntos esenciales de esta entrevista. La cólera, hábilmente provocada en la antigua señorita de mostrador, la había arrastrado hasta donde Roberto había querido llevarla; es decir, á aumentar el número de pruebas convincentes que pesaban sobre los acusados, y que el señor de Beuvret exigía.

Roberto du Chatel tuvo que esperar el tren de la noche para volver á París; cuando llegó, descansó algunas horas, y después se dirigió á la calle Blanche, donde le enteraron minuciosamente de todo lo que había pasado durante su ausencia.

Rachel, por su lado, había empleado bien su tiempo: las cartas y documentos comprometedores que tanto tiempo había tenido en su poder y que eran un arma terrible de la sociedad, habían sido devueltas á sus diversos propietarios, libertándoles de todo temor y de contribuciones forzadas.

En cuanto á Montbarán, después de lo que había pasado la víspera, era tal su sobreexcitación amorosa y sus esperanzas, que todo hacía creer que se entregaría aquella misma noche á la hora de la cita.

Para que esta cita fuese útil y decisiva; para que diera y constituyera la última prueba y fuese la piedra que había de coronar el edificio, Roberto du Chatel debía tomar ciertas disposicio-

nes, y prepararlo todo para que el lazo estuviese tan bien tendido, que nadie pudiera sospecharlo.

Mientras aguardaban, Rachel y Roberto estuvieron hablando de sus proyectos para el porvenir, no sintiendo de este modo la impaciencia que siente el que está esperando.

Á las diez, el timbre de la puerta de entrada anunció la llegada de Montbarán. En seguida Roberto du Chatel pasó á un gran gabinete, que estaba entre el tocador y la alcoba. Desde aquel escondite, desde aquella cámara oscura, por decirlo así, podía ver y escuchar, sin ser visto ni escuchado.

Montbarán fué introducido en el cuarto de tocador, que estaba muy iluminado, y allí encontró á Rachel en traje de baile, como había prometido, y sin que sus cabellos, su cuello ni sus brazos ostentaran ni una alhaja. Parecía decir: «Ya veis que he cumplido mi promesa, esperando que cumpláis la vuestra: venid y engañad á vuestro ídolo, embellecedle, proyectando sobre él las luces de vuestros diamantes».

Montbarán comprendió sin duda este mudo lenguaje, porque sacando los estuches de su bolsillo, los abrió, y empezó á colocar la diadema en los cabellos.

—Pero este no es mi aderezo,—dijo Rachel, fingiendo asombro.

—Es verdad (dijo Montbarán); pero os juro que vale tanto como aquél.

—¡Ah! Comprendo. Habéis tenido miedo de Prudencia, y en lugar de devolverme mis diamantes, habéis comprado otros. ¡Oh! ¡Gracias, gracias, querido amigo; ya no puedo dudar de vuestra pasión!

—¡Oh, no; no dudéis que os adoro!

Y como al colocar el collar rozase con sus manos el cuello de Rachel, quiso rozarle también con sus labios; pero ella se separó, diciéndole:

—No quiero dar á cuenta, ni pagar adelantado. Esperad.

La mirada que acompañaba á estas palabras era tan apasionada, que Montbarán se resignó á esperar sin gran trabajo. Además, estaba en aquel momento fascinado, magnetizado, absorbido en la contemplación de aquella hermosísima mujer, que tantas veces le había despreciado.

Cuando Montbarán terminó el prendido de la joven, ésta se miró al espejo, y dijo sonriente:

—El efecto ha sido producido, y el baile ha terminado. Ahora voy á quitarme todo esto.

—¡Oh! ¡Me dejáis! ¿Adónde vais!

—Aquí cerca..., á mi alcoba á desnudarme....; vuelvo al momento.

Y se aproximó á él, y abrazándole, dijo:

—¿Creéis que quiero huir de vos?

—No, no; pero no quisiera que nos separáramos.

—Dejaré la puerta abierta, y así creeréis que no nos hemos separado: no tardaré casi nada.

Transcurrieron algunos minutos, y Montbarán, impaciente, trastornado, loco, perdiendo la paciencia, quiso reunirse á Rachel, pasando del tocador al gabinete, que estaba á oscuras, donde Roberto du Chatel, escondido en uno de sus rincones, y conteniendo la respiración, estaba en acecho.

XL.

La desgracia del marqués de Arnage en el juego, no había sido nunca tan marcada ni tan persistente como en los últimos tiempos. Bastaba que tocase una carta para hacerla mala, y que apuntase para perder su cuadro. Lo conocía perfectamente; pero cada vez jugaba, podemos decir, con más encarnizamiento. Los jugadores, rara vez se detienen cuando ganan; pero cuando pierden, no hay nada capaz de detenerlos hasta su completa ruina.

¿Cómo tenía dinero para jugar, cuando le hemos visto en su última sesión, en el círculo, agotar su crédito en la caja al lado de sus colegas? Porque en la otra caja, en la de la sociedad de *Las corbatas blancas*, se habían recibido algunos pagos, y el Marqués, en cuanto tomó su parte, la llevó al baccarat. Así estuvo luchando con la suerte hasta el día de la segunda cita que Rachel dió á Montbarán; pero aquella misma noche, después de un combate homérico, que empezó á las cinco de la tarde, se vió obligado á eso de las ocho á quemar su último cartucho. Entre tanto corría entre los jugadores la noticia de que á las doce habría una partida magní-

fica, gracias á un banquero muy conocido, que por la mañana había llegado de Inglaterra, y cuyas bancas eran generalmente desgraciadas para él. El marqués de Arnage se acordaba, en efecto, de haberle ganado otras veces, en los buenos tiempos, una suma considerable. ¿Cómo ganar hoy? ¿Cómo vencer á aquel gran adversario, cuando no podía ni atacarle? ¡No tenía un céntimo en el bolsillo, ni en su casa, ni en la caja!

—¡La caja! ¿Pues no estaban allí los diamantes? ¿Por qué dejarlos allí encerrados, sin que aprovecharan á nadie? ¿Por qué no utilizarlos, haciéndose prestar sobre ellos algunos miles de francos, que luego devolvería á sus asociados? Mientras pensaba esto en el comedor del círculo, donde la costumbre, más que el apetito, le había llevado, apercibió á cierto judío alemán, muy entendido en piedras preciosas y también en préstamos con usura. Comió una friolera, siempre sin dejar de mirar á su hombre, y después se reunió á él, sentándose á su lado, y le dijo que deseaba, para aquella misma noche, una suma de veinte mil francos, sobre un aderezo que valía más de cien mil.

—¿Tenéis ahí el objeto?

—No, pero puedo ir á buscarle. Sólo quiero que me digáis desde luego si el negocio es posible, porque si no, no tengo necesidad de molestarme para nada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1915

DE MEXICO

—Por mi parte (contestó el judío), si los diamantes son buenos, es negocio hecho.

El Marqués se citó con su prestamista á las diez en el mismo círculo, quedando en que este último se había de procurar el dinero para esa hora. Después aquel jugador incorregible salió, y, subiendo en un coche, se hizo conducir á casa de Montbarán. Aquella noche no recibía Prudencia, y debía ir, según tenía costumbre, á pasar la noche á casa de su bien amado: les explicaría el asunto, y no dudaba que se apresurarían á complacerle.

Pero Montbarán no estaba en su casa.

—¿Creéis que vendrá pronto?—preguntó el Marqués al criado que abrió la puerta.

—No puedo responder con seguridad al señor Marqués; pero es muy probable que no tarde en venir, porque suele avisarme cuando va á pasar la noche fuera de casa.

—Entonces le esperaré un momento.

—El señor Marqués está en su casa.

Transcurrió un cuarto de hora, y de Arnage empezaba á impacientarse. ¡Se aproximaba la hora de la cita, y no iba á poder acudir á ella! ¡Se le escapaban sus veinte mil francos! ¡Veinte mil francos, no; mucho más, pues estaba seguro de ganar aquella noche, de dejar al nuevo banquero sin un céntimo!

—Y, después de todo, ¿por qué había de estar

esperando á Montbarán, que quizá no volvería en toda la noche? La caja de la sociedad había sido depositada en su casa, pero era de los tres igualmente. Todos sabían dónde estaba escondida, en el gabinete, debajo de una cortina. Todos conocían el secreto que permitía abrirla. ¿Por qué había de andarse con tantos miramientos? No pensaba vender los diamantes, sino tomar una cantidad sobre ellos, que no representaba ni el tercio de su valor real, es decir, su parte.

Entonces se dirigió al gabinete, separó un mueble, y, levantando las cortinas, descubrió la caja incrustada en el muro; y después de palparla algunos instantes, consiguió abrirla.

Pero por más que miró por todos lados, paseó sus manos en todos sentidos y buscó en todos los rincones, no vió ni encontró nada. La caja estaba tan vacía de dinero como de diamantes.

¿Qué significaba aquello? ¿Los habría robado Montbarán? ¿Habrían dispuesto de ellos Prudencia y su amante sin decirle una palabra?

En otras circunstancias, un hombre tan hábil como de Arnage hubiera esperado para aclarar aquel misterio; pero perdía toda su destreza y habilidad en cuanto cualquier obstáculo se oponía á su pasión por el juego...., y corrió á casa de Prudencia.

—¿Cómo venís solo? ¿Dónde está Ernesto?— preguntó Prudencia al verle entrar.

El Marqués comprendió la inoportunidad de su visita, y para repararla, dijo:

—Le he citado esta noche aquí, y luego vendrá.

—¿Cómo que vendrá? ¿Qué decís? ¡Si me ha escrito á las ocho, diciéndome que le necesitabais para un asunto grave, y que tenía que ir á buscaros! ¡Y á las diez menos cuarto venís á esperarle aquí!... ¿Cuál de los dos mente?... ¡El infame, y no es la primera vez!... ¡Lo que sucede hoy me prueba que todas vuestras citas y asuntos eran invenciones suyas!... ¡Me engaña el traidor!

Estaba roja, furiosa. El descubrimiento que había creído hacer de las traiciones de Ernesto, no venía muy á propósito para ayudar la digestión, siempre pesada y trabajosa, en una mujer tan sanguínea y de una gordura tan exagerada.

El Marqués hubiera podido calmarla con una de las bien inventadas mentiras que nunca fal-

taban á su viva imaginación; pero en aquella ocasión le importaba muy poco apaciguar á Prudencia y evitar á Montbarán una escena de celos. No tenía más que un pensamiento: llevar el aderezo al prestamista, y que le diera los veinte mil francos para jugar.

—Querida (la dijo): estáis equivocada en lo que pensáis de Montbarán. Lo que ha pasado esta noche es muy sencillo; pero yo no tengo tiempo de explicároslo.... Sólo os diré que, en interés de todos, necesito inmediatamente el aderezo de diamantes que reemplazó al de la Duquesa. Dádmelo, que yo respondo de él.

—¿Cómo os lo he de dar? ¿Acaso le tengo yo? (exclamó Prudencia.) Ya sabéis que está en la caja.

Y de pronto exclamó, como si la hubiese picado una víbora:

—¿Habéis ido á buscarle, y no está allí?... Vamos, responded.... ¡Ah! De poco os servirá callaros, porque voy á ir á verlo ahora mismo.

—Pues bien; no, no está allí.

—¡No está allí!... ¡Y vos no le habéis cogido, ni yo tampoco!... ¡Luego ha sido él! ¿Pero para qué?... ¿Ó, más bien, para quién?

Y poniéndose lívida de cólera, pasando del rojo al blanco, dijo:

—¡Adivino!... ¡Para ella, para Rachel!... ¡Bien creía yo haber sorprendido la otra noche

señas de inteligencia entre ellos!... ¡Están juntos en este momento!

Prudencia se lanzó hacia la chimenea, y llamó: su doncella acudió en seguida.

—Pronto, un abrigo y un sombrero; voy á salir.

—¿Dónde vais?—preguntó el Marqués inquieto.

—Á la calle Blanche; allí deben estar....: y si no están allí, yo sabré dónde encontrarlos.

Y mientras se ponía el sombrero y el abrigo, exclamó:

—Podéis esperarme....; os juro que traeré los diamantes...., si los canallas no se han escapado con ellos.

El marqués de Arnage comprendió que todos los esfuerzos que hiciera para detenerla serían inútiles, y se resignó á esperarla, conservando una vaga esperanza de que le traería el aderezo, como le había prometido, y podría aún encontrar á su prestamista.

Ya en la calle, Prudencia no quiso detenerse á buscar un coche, pues la calle Blanche no dis- taba mucho de su casa, y se lanzó en esta direc- ción á pie, y con un paso tan apresurado, que su respiración era anhelante y hacía salir silbidos de su pecho oprimido. Al llegar á casa de Rachel, subió la escalera con la misma precipitación, sin tener en cuenta las advertencias que la natura-

leza la daba de ir más despacio y tomar aliento.

Al llegar al tercer piso, llamó con furia; y re- chazando á la criada que salió á abrir la puerta, atravesó la antesala y el comedor, y entró en el salón.

Allí acababa de entrar Rachel huyendo de Montbarán.

Continuaba en traje de baile, y sólo había qui- tado de su cabeza, sus brazos y su cuello los dia- mantes que Montbarán la había traído.

—¿Dónde está, dónde está?—exclamó Pruden- cia, precipitándose sobre la joven.

Y como ésta no respondiese, Prudencia cogió uno de los candelabros, y se lanzó á la pieza in- mediata, cuya puerta había dejado abierta Ra- chel.

Esta habitación era donde Montbarán entraba precisamente entonces.

—¡Ah! ¡Bien segura estaba yo!—vociferó Pru- dencia, que salió á su encuentro, y cogiéndole por un brazo, se puso á sacudirle.

Estaba morada de rabia; parecía que sus ojos iban á salirse fuera del casco, y una espuma blan- ca salía de su boca.

De pronto abandonó su presa, y volviéndose hacia Rachel, que la había seguido, la gritó:

—¡Tómale; ya no lo quiero!... ¡Te le cedo, haciéndote un gran regalo!... ¡Es un asesino!... ¿lo oyes? ¡un asesino!... Él es el que en otro

tiempo, ayudado del Marqués, que es otro canalla, asesinaron á la señora Le Forestier.... Ya sabes quién; la madre de Armando Le Forestier...., el amigo de Roberto du Chatel, tu amante...., ¡á quien tú engañas con el mío, infame, ladrona!

Iba á continuar en este tono, cuando de pronto se llevó la mano al corazón, y dando una vuelta, cayó como una masa inerte.

XLII.

Por un movimiento instintivo más bien que de humanidad, Rachel y Montbarán se lanzaron sobre Prudencia, en el momento en que la vieron caer como herida por un rayo. Rachel no podía experimentar por aquella mujer, que tanto la había atormentado, ni compasión ni piedad. En cuanto á Montbarán, hubiera sido preciso que tuviera nobleza de alma para afligirse por la suerte de aquella mujer que acababa de denunciarle, de llamarle asesino. Pero, pasada la primera impresión, Rachel, bajo el pretexto de ir á buscar socorros, se lanzó fuera, cerrando la puerta de la alcoba para que Montbarán no pudiera seguirla, y reuniéndose á Roberto, que, no teniendo ya ningún motivo para ocultarse, esperaba tranquilo en el cuarto-tocador.

—¿Sabes lo que acaba de suceder?—le dijo vivamente.

—Lo adivino.... Un ataque, una congestión.... ¿Ha muerto Prudencia?...

—Lo parece.... ¿Quieres que vaya á preguntar?... Ya no tengo miedo.

—No, nada tienes que hacer cerca de esa mujer ni de ese asesino.... ¿Conoces ahora entre qué gente te encontrabas?

—Sí, sí; creía que estaba entre el lodo, entre

infames... ¡y estaba entresangre, entre asesinos!

—Deja esta casa, échate un abrigo, y ven...
Dormirás esta noche en un hotel.

Rachel obedeció rápidamente, dando órdenes á su doncella para que fuera á prestar sus cuidados á Prudencia, si aún era tiempo, y de ponerse á la disposición de Montbarán.

—Decidle que la señora va á buscar un médico, y que no volverá, —la dijo Roberto.

Para ciertos hombres, y Roberto era uno de ellos, la humanidad es un deber, aun tratándose de enemigos. Este deber le cumplía siempre muy á conciencia: corrió, pues, á casa de un médico que habitaba en el mismo barrio y era amigo suyo, y le rogó que fuera inmediatamente á la calle Blanche, mientras él iba á buscar otros dos, cuyas señas le proporcionó el primero, rogándoles también que fueran á ver á Prudencia. Después se creyó por completo desligado de cuanto á ella se refería, para no cuidarse más que de Rachel, á quien, condujo á un hotel situado en la calle de Laffitte, en el que él había vivido. En cuanto dejó á Rachel, á pesar de ser ya las once y media de la noche, resolvió ir á Auteuil, á casa del señor de Beuvret. Los últimos acontecimientos tenían tal gravedad, que creyó deber comunicárselos al momento, para que, en su vista, se pusieran de acuerdo sobre sus resoluciones inmediatas.

Tres cuartos de hora fueron suficientes al coche de punto, tomado en los boulevards, para conducir á Roberto á la pequeña casa de Auteuil. Aún había luz en ella.

Roberto llamó, se hizo reconocer, y el señor de Beuvret le abrió.

—¡Vos á estas horas! ¿Ha pasado algo grave?

—Vais á saberlo.

É inmediatamente le contó su visita á Clermont-Ferrand, su entrevista con Clara Mérot y la acusación tan terminante que ésta había hecho.... Después la visita de Montbarán á Rachel.... Éste, era efectivamente *el señor de los ojos de gato*.... Acababa de verlo él, el mismo Roberto du Chatel. En la obscuridad, los ojos de Montbarán brillaban, eran fosforescentes.... «Se diría que eran de fuego, que quemaban», según las frases de Armando Le Forestier cuando era niño.... En fin, le contó la inesperada llegada de Prudencia, su furor, su rabia y sus últimas palabras antes de caerse, de haber muerto quizá: «¡Montbarán y el Marqués son los asesinos de la señora Le Forestier!»

Cuando terminó, Roberto se levantó, y cruzando los brazos, dijo con voz grave:

—¿Os habéis convencido?

—Completamente (respondió el señor de Beuvret con acento solemne). Gracias á vuestra actividad, á vuestra inteligencia, algo á la fortuna,

que, aunque en último lugar, nos ha ayudado, habéis llegado á darme las últimas pruebas que había creído necesario pedir: el testimonio verbal de Clara Mérot; la prueba evidente de que Montbarán era el *señor de los ojos de gato*, y, por último, la acusación hecha ante vos, contra esos dos hombres, por la mujer que ha vivido con ellos más de veinte años, no deja duda de ningún género.

—¿No encontráis (replicó Roberto), que jamás pruebas más evidentes, más palpables, se han reunido contra ningún acusado?

—Sí, esas pruebas quitarían toda duda al jurado, y decidirían á condenarlos hasta á los jueces más timoratos.

—Y ahora podremos decir á Armando, sin temor de equivocarnos, de arrepentirnos: «¡Ve ahí los asesinos de tu madre; véngate, mátalos!»

—Sí, ahora ya podemos,—respondió el señor de Beuvret con energía.

—¿Vais á decirle que vuelva? Conviene acabar cuanto antes.

—Le avisaré pronto; sin embargo, querría que la tranquilidad, la dicha de mi hija no se turbara aún.

—Comprendo....; pero si esos miserables se nos escapan....

—Os aseguro que no se escaparán.

XLIII.

Los médicos llamados al lado de Prudencia de Fontenay consiguieron volverla momentáneamente á la vida, si es que puede llamarse vida al aniquilamiento y á la parálisis intelectual y física. La transportaron, á pesar de su estado, á la calle de la Chaussée-d'Antin. Montbarán y el Marqués habían pensado, con razón, que su muerte próxima...., todo lo hacía esperar...., llamaría menos la atención si era en su domicilio, que si era en la calle Blanche, en casa de Rachel. Esto les permitía también instalarse á su lado con el pretexto de cuidarla, y, una vez dueños del terreno, registrar los muebles y hasta los últimos rincones, para apoderarse de todo lo que pudieran encontrar y de los papeles interesantes. Á pesar de estos registros, hechos sin ningún pudor ante los ojos de la agonizante, no encontraron nada. Su cómplice, persuadida, sin duda, de que la mina que explotaban era inagotable, y de que la sociedad de *Las corbatas blancas*, fundada en las debilidades y en los vicios de la humanidad, tomaría cada año más extensión y prosperaría cada vez más, había vivido

al día, como ellos, sin preocuparse por el porvenir. En cuanto á la correspondencia sustraída y demás papeles interesantes, ya sabe el lector que, como medida de precaución, los había escondido en casa de Rachel.

Pronto Prudencia de Fontenay-sous-Roches entregó su inocente alma á Dios, con gran contentamiento de sus cómplices, y sin que los asistentes á sus salones y á sus fiestas sintieran al saberlo ninguna emoción. Los funerales, de que Montbarán y Arnage creyeron deberse encargar, parecieron los de una mujer honrada, y hasta los de una señorita soltera, puesto que Prudencia no se había casado nunca legalmente.

Una vez que terminaron estos últimos servicios, los dos sobrevivientes de la sociedad se dirigieron á la calle de Taitbout, á casa de Montbarán.

—Me pedfais estos últimos días (dijo Arnage) que os desembarazase de vuestro tormento. Lo he hecho sin que mi conciencia pueda dirigirme el menor reproche. Prudencia ha muerto de resultas de la torpeza que cometí al ir á buscaros á su casa; pero yo no podía preverlo, ni me figuraba que se muriese por tan poco. Verdaderamente el destino ha sido en esta ocasión muy complaciente.

—Hubiera podido ser aún mejor (observó Montbarán), haciéndola morir algunos segundos

antes de denunciarnos á Rachel como los asesinos de la señora Le Forestier.

—¿Os inquieta eso?— preguntó de Arnage con calma.

—Ciertamente.

—Entonces, es que no veis clara la situación, querido. Rachel sabía ya, ó hubiera sabido muy pronto, á qué atenerse respecto de nosotros. Esa muchacha está bajo la dependencia de Roberto du Chatel, que hace tiempo nos ha descubierto.... ¿Es posible que seáis tan niño, que hayáis creído que os dió una cita en serio?... ¡Todo estaba preparado para haceros caer en la ratonera! Lo que querían era que devolviérais los diamantes que compró el señor Le Forestier, y, además, saber de fijo si erais *el señor de los ojos de gato*.

—¿Creéis que habrá sido por eso?

—Estoy seguro. Roberto du Chatel debía estar escondido en algún rincón, y vió lo que quería ver....; y, lo que es más...., oyó lo que no esperaba oír.... ¡Tarde ó temprano tenía que suceder!... ¡Nuestros vicios han acabado por delatarnos: vuestro amor desenfrenado á las mujeres, y mi pasión por el juego, que me ha hecho descuidar los negocios de la asociación, precisamente cuando más debía haber cuidado de ellos!

—Entonces, es lo que yo pensaba. ¡Estamos perdidos!

—Lo estaríamos, si yo no hubiese tenido la fe-

liz idea de hacer que Beuvret casara á su hija con Armando Le Forestier.

—¿Esperáis, pues, que Roberto du Chatel no revelará nada á su amigo porque se lo impida Beuvret?

—No, no lo espero; mas, gracias á este matrimonio, obtendremos de nuestro antiguo cómplice una suma bastante grande, que nos permitirá vivir agradablemente hasta el fin de nuestros días.

—¿En el extranjero, por supuesto?

—Sí. Es preciso que sepamos resignarnos al destierro, si queremos huir de nuestro enemigo, que, casado, enamorado de su mujer y aconsejado por su suegro, no ha de ir á perseguirnos hasta el fin del mundo... ¿Y por qué ha de asustarnos la vida en el extranjero? ¿No encontraré yo donde jugar por todas partes, y vos mujeres bonitas? Creedme: podréis reemplazar ventajosamente á vuestra Rachel con alguna hermosa criatura nacida en Asia, en África, en América ú Oceanía.

—Es posible (dijo Montbarán, para quien el destierro se transformaba ya en un paraíso); pero Beuvret, á pesar del interés que debe tener en complacernos, es muy fácil que no pueda darnos el capital que nos falta.

—Vamos ahora mismo á pedirselo, y así lo sabremos de fijo.

—Ya os acordaréis que nos dijo terminantemente que no volvería á recibirnos.

—También nos dijo terminantemente que Armando Le Forestier no se casaría con su hija... Vamos, venid, y no tengáis miedo....; yo respondo de que nos recibirá.

XLIV.

El señor de Beuvret experimentó cierta emoción, aunque no sorpresa, cuando el mismo día, á las tres de la tarde, vió detenerse un carruaje cerca de su casa, y descender de él al Marqués y Montbarán. No se sorprendió, porque desde hacía varias semanas, todos sus actos no tenían otro objeto que provocar esta visita, que, según él, debía apresurar el desenlace tan ardientemente esperado, y darle ocasión de demostrar su destreza, no dejando adivinar sus pensamientos.

Abrió él mismo á sus visitantes en cuanto llamaron á la puerta, y les introdujo, sin hablar, en su cuarto, designándoles dos sillas.

—Podéis hablar con toda libertad (les dijo); estoy absolutamente solo en casa.

El Marqués, para quien el tiempo valía mucho, entabló inmediatamente la conversación:

liz idea de hacer que Beuvret casara á su hija con Armando Le Forestier.

—¿Esperáis, pues, que Roberto du Chatel no revelará nada á su amigo porque se lo impida Beuvret?

—No, no lo espero; mas, gracias á este matrimonio, obtendremos de nuestro antiguo cómplice una suma bastante grande, que nos permitirá vivir agradablemente hasta el fin de nuestros días.

—¿En el extranjero, por supuesto?

—Sí. Es preciso que sepamos resignarnos al destierro, si queremos huir de nuestro enemigo, que, casado, enamorado de su mujer y aconsejado por su suegro, no ha de ir á perseguirnos hasta el fin del mundo... ¿Y por qué ha de asustarnos la vida en el extranjero? ¿No encontraré yo donde jugar por todas partes, y vos mujeres bonitas? Creedme: podréis reemplazar ventajosamente á vuestra Rachel con alguna hermosa criatura nacida en Asia, en África, en América ú Oceanía.

—Es posible (dijo Montbarán, para quien el destierro se transformaba ya en un paraíso); pero Beuvret, á pesar del interés que debe tener en complacernos, es muy fácil que no pueda darnos el capital que nos falta.

—Vamos ahora mismo á pedirselo, y así lo sabremos de fijo.

—Ya os acordaréis que nos dijo terminantemente que no volvería á recibirnos.

—También nos dijo terminantemente que Armando Le Forestier no se casaría con su hija... Vamos, venid, y no tengáis miedo....; yo respondo de que nos recibirá.

XLIV.

El señor de Beuvret experimentó cierta emoción, aunque no sorpresa, cuando el mismo día, á las tres de la tarde, vió detenerse un carruaje cerca de su casa, y descender de él al Marqués y Montbarán. No se sorprendió, porque desde hacía varias semanas, todos sus actos no tenían otro objeto que provocar esta visita, que, según él, debía apresurar el desenlace tan ardientemente esperado, y darle ocasión de demostrar su destreza, no dejando adivinar sus pensamientos.

Abrió él mismo á sus visitantes en cuanto llamaron á la puerta, y les introdujo, sin hablar, en su cuarto, designándoles dos sillas.

—Podéis hablar con toda libertad (les dijo); estoy absolutamente solo en casa.

El Marqués, para quien el tiempo valía mucho, entabló inmediatamente la conversación:

—Sabéis, sin ningún género de duda (dijo), que Roberto du Chatel, cuyas pesquisas temía, según os dije el día de nuestra última entrevista, ha terminado por fijarse en Montbarán y en mí.

—Ya lo sé (respondió el señor de Beuvret); y no creo que el que lo sepa deba asustaros: era natural que Roberto du Chatel, considerándome como suegro de Le Forestier, me pusiera al corriente de todos los detalles, de todos los incidentes de este asunto. Debía, por mi parte, quererme enterar por completo de todo, para evitar las sorpresas, los accidentes graves....; así es que he creído necesario exigir á mi yerno que se fuera á viajar, con objeto de que os diera tiempo para tomar vuestras medidas, y procurar escaparos antes de su vuelta.

—Es una gran ventaja (replicó el Marqués). ¿Pero tan de temer es para nosotros esa vuelta? De igual manera que habéis hecho que Le Forestier abandonara á París, podréis, sin duda alguna, influir de tal manera sobre él, que le obliguéis á desistir de su proyecto.... No está en igual caso que otras veces.... Dichoso como es hoy, su amigo du Chatel no le dará una gran alegría designándole á los asesinos de su madre. Enseñárselos es como decirle: «De una vida tranquila, feliz, pasad á una agitada, llena de tristes recuerdos. Teníais sueños de color de rosa; pues despertad, y encontraos con la fría

realidad: exponeos á todas las consecuencias de una justicia más ó menos justificada».

—Os engaños completamente. Armando Le Forestier ha acariciado muchos años la idea de encontraros, de castigaros. Algunas semanas de dicha no le habrán hecho renunciar á unos proyectos tanto tiempo acariciados, y me comprometería inútilmente si quisiera hacérselos olvidar.

—Entonces, según vos, después de su vuelta....

—Después de su vuelta, después de su entrevista con Roberto du Chatel, que le dirá: «Eso son; estoy seguro; ved ahí las pruebas», irá á buscaros, y de día, de noche, en la calle, sobre los boulevards, en un sitio público ó privado, poco le importará esto, os matará sin compasión.

—Sabremos defendernos.

—No lo dudo. Os escaparéis una vez.... dos....; pero á la tercera os cogerá irremediabilmente.

—¿Y decís que acerca de eso no podéis hacer nada?—dijo Montbarán con voz conmovida.

—Absolutamente nada. Vuestras más terribles amenazas no podrían darme sobre Le Forestier un poder que no tengo.

—Permitidme haceros observar (dijo el Marqués de Arnage) que ni una sola amenaza os hemos hecho desde nuestra llegada.

—Lo reconozco; pero me las habéis hecho otras veces, y para evitaros la molestia de volverme las á repetir, he creído deberos hacer esa observación.

—Pues era inútil (replicó el Marqués con voz melosa). No se os amenazará ni hoy ni nunca. No teníamos más que un objeto al venir aquí: buscar el medio con vos para salir de una situación menos grave tal vez que lo que creéis; pero indudablemente difícil, delicada, peligrosa.

—No hay más que un medio, que desde el primer instante os he dicho: marcharos de París en un breve plazo, huir lejos, muy lejos. Sois demasiado hábiles para ocultar vuestro retiro; y, por otra parte, si llegara á saberse, os prevendría y podríais ocultaros en otro. Es evidente que el tiempo acabará por modificar las ideas de mi yerno, atenuar su cólera, hacerla menos viva, y que el día que regreséis á París, el peligro habrá disminuído de intensidad.

El Marqués reflexionó un instante, ó, mejor dicho, pareció reflexionar; después dijo á Beuvret:

—Vuestro consejo es efectivamente muy prudente. Nuestra brusca desaparición simplificaría mucho las cosas, desenlazando felizmente un asunto que amenaza terminar en drama; pero no puede uno expatriarse durante varios años sin tener medios seguros de subsistencia.

—Y vosotros no los tenéis, lo sé. Todo lo habéis perdido en estos últimos días.... Roberto du Chatel no se ha contentado con desenmascararos, sino que además ha libertado á ciertas personas que, por malos medios, teníais sometidas á vuestra voluntad.

—¡Ah! (dijo el Marqués sorprendido); por lo que veo, sabéis más que nosotros.

—Ya lo iréis aprendiendo (replicó Beuvret), el día en que la duquesa de X.... os niegue los cincuenta mil francos que la habéis pedido, y la señora P. X.... y la R. I.... no os paguen la pensión acostumbrada, y os amenacen con la policía si insistís. Todas esas gentes, y otras muchas, no os temen ya, por la sencilla razón de que se les han devuelto las armas de que os servíais contra ellos. ¡Ah! (continuó, siempre con la misma sangre fría, aunque con un tono un tanto burlón); desde la última vez que nos hemos visto habéis perdido una gran parte de vuestras ventajas.

—A lo cual es muy posible que hayáis contribuído,—exclamó Montbarán.

—Es posible.

—¿No teméis confesarlo?—dijo el Marqués asombrado.

—¿Por qué lo he de temer? ¿No lo he hecho todo por vuestro bien y el mío?... Mientras que os quedaran recursos, gentes que explotar y pudieseis ejercer vuestra industria, no querríais de

ningún modo dejar á París. He querido obligaros á partir, y creo que por ahora he de conseguirlo. Por miedo á mi yerno, y por temor á la miseria, estáis ahora casi decididos á expatriaros.

—Permitidme (dijo el marqués de Arnage). La pobreza es mucho menos terrible para nosotros en París que en el extranjero, y, como he tenido el honor de deciros hace algunos minutos, la emigración no es llevadera más que teniendo asegurados medios de subsistencia.

—Sí, sí..., comprendo; contáis conmigo para procuraros esos medios de subsistencia.

—¿No es eso natural? Nos decís que partamos, y acabáis de confesar que habéis ayudado á nuestra ruina.

—Es verdad; pero ya sabéis que yo no tengo ninguna fortuna....

—Personal (acabó el Marqués); pero vuestro yerno es poderosamente rico, y ha reconocido á la señorita de Beuvret una dote considerable.

—¿Según veo, lo que queréis (dijo mirándoles frente á frente), es que robe á mi yerno y á mi hija?

—¿Por qué robar? (dijo el marqués de Arnage con tanta sangre fría como Beuvret.) No roba uno á sus hijos, sino que alguna vez, en ciertas circunstancias, cuando se trata de su seguridad, les hace un empréstito forzoso.... Nada es más fácil. Al dejar á París, el señor Le Forestier ha

querido dejaros un poder en toda forma. Esta acta notarial os permite cobrar todas sus rentas, cualesquiera que ellas sean.

—¿Qué bien estáis al corriente de mis asuntos!—dijo Beuvret riendo.

—También vos estáis al corriente de los nuestros,—replicó el Marqués, sonriendo también.

Después añadió, volviendo á su idea anterior:

—Si mañana queréis daros una vuelta por casa del notario, ver á los agentes de cambio de vuestro yerno, y cobrar los alquileres de sus numerosos inmuebles, cuyo último trimestre no ha sido aún pagado, podríais ciertamente reunir una suma mínima de dos millones.

—¿Dos millones!

—Os lo aseguro.

—¿Oh, no me tomo el trabajo de negarlo..., debéis saberlo!.... Hace veinte años, cuando se trataba de robar á la madre, decíais: «Debe cobrar un millón ochocientos mil francos», y no os equivocasteis.... Hoy, cuando se trata de despojar al hijo, decís: «Dos millones». Vuestro cálculo debe ser exacto.... ¡Pues bien; sea! Dos millones.... Admitamos que os los doy. ¿Qué me garantiza á mí que partís, que desaparecéis para siempre?

—Nuestro deseo de vivir lo más lejos posible, y nuestra persuasión de que si estamos más tiempo en París, la duración de nuestras exis-

tencias puede ser abreviada, porque vuestro yerno puede matarnos.

—Es una garantía; sin embargo, una vez que partáis con los dos millones, nadie me puede asegurar que me guardaréis el secreto, que no me haréis traición.

—¿Por qué habíamos de cometer esa falta? Los dos millones no son eternos, y, como comprenderéis, nuestro interés está en cuidaros, en conservaros, para obtener alguna modesta pensión, si nos quedáramos en la miseria en nuestros últimos días.

—Tenéis razón: vuestro interés es mi salvaguardia.

—Os haré notar (replicó el Marqués) que os mostráis un poco severo con nosotros. Olvidáis que durante veinte años os hemos dejado vivir en la mayor tranquilidad.

—¡Porque no me necesitabais! (dijo Beuvret, alterándose por primera vez.) ¡Pero mirad qué pronto habéis acudido á mí, desde el instante que pensasteis que podríais hacer un buen negocio!... El otro día me ordenabais que casase á mi hija: hoy me ordenáis que la robe....

De pronto se detuvo, y añadió, recobrando su calma:

—Basta de recriminaciones, que para nada sirven.... Tenéis necesidad de dos millones, y creo que es imprescindible dároslos; pero quiero

que mi responsabilidad quede á cubierto. Busquemos juntos el modo de cubrirla.

XLV.

Sentado delante de la mesa, frente á Montbarán y al marqués de Arnage, el señor de Beuvret, con voz natural y tranquila, continuó:

—El poder que me ha dado el señor Le Forestier me confiere derechos, lo reconozco; pero al mismo tiempo me traza deberes, de los que me es imposible separarme sin comprometerme gravemente.... Estoy obligado, por ejemplo, á darle á su vuelta cuenta exacta de todos mis cobros é ingresos y de todos mis gastos...., y ya comprenderéis que una falta de dos millones no se disimula tan fácilmente.

—En efecto (respondió el Marqués); por eso, lo que debéis sentar es que este desfalco os ha sido impuesto, y que los millones han salido de la caja á pesar vuestro.

—Sí; quiero ante todo, como antes os he dicho, salvar mi responsabilidad y mi reputación.

—Entonces, lo que podríamos hacer (dijo Montbarán), es fingir un robo, de que vos fuerais víctima.

—Ese recurso es muy usado (replicó Beu-

vret). Además, no es natural que uno se deje robar dos millones sin gritar: «¡Al ladrón! ¡ Socorro!...»; sin dar una queja ni poner en movimiento á toda la policía....., porque me interrogarían en seguida; ¿y á quién denunciar? ¿qué hacer? ¿qué inventar?... Mi confusión daría qué pensar, y creerían que me había robado á mí mismo.

—Se puede (dijo el Marqués) fingir un robo que tenga todas las apariencias de la verdad, y engañe á todo el mundo.... Habéis dicho que ese medio es muy usado; ¿y por qué no habéis de ser robado verdaderamente? Pues hagamos de modo que todo el mundo crea que el robo es real y verdadero, y habremos conseguido nuestro objeto.

—Sin duda; pero necesitaríamos unos días para trazar el plan de esa comedia y para ensayarle...., y nada me dice que, fiado en sus descubrimientos y sobrecitado por las últimas noticias, Roberto du Chatel no envíe un telegrama á mi yerno para llamarle á París. Si viene, yo dejo de ser dueño de la situación, y nuestras combinaciones vienen al suelo.... Vamos, pensad algo; pero algo que pueda hacerse inmediatamente. Es necesario que mañana ó pasado mañana, á más tardar, hayáis dejado á París.

—Nada más fácil,—dijo el Marqués.

Y en seguida el inventor de delitos y crímenes reapareció. Como había hecho veinte años antes en el *Café Inglés*, iba á imaginar un robo con todas sus peripecias, situaciones y desenlace, desde el primer acto hasta el último. Halagando su manía de dramaturgo, de director de escena, el señor de Beuvret le había llevado donde quería.

—Si mis informes son exactos (dijo el marqués de Arnage, después de algunos instantes de reflexión), vais á cobrar mañana en diferentes cajas y sitios una suma de dos millones.

—Sí (respondió el señor de Beuvret); puedo cobrar las notas que me ha dejado el señor Le Forestier, los libramientos que he recibido y diferentes cuentas.

—¿Qué habrías hecho en tiempo ordinario de esos dos millones?

—Los habría depositado aquel mismo día en el Banco de Francia.

—Y si no hubierais tenido tiempo, os hubierais visto obligado á traerlos á vuestra casa.

—¡Á Auteuil, á una casa aislada! Me acusarían de imprudente.

—¿Por qué? Aunque vuestra vivienda está aislada, en cambio es de apariencia más que modesta, y, por consiguiente, no puede llamar la atención de los ladrones.

—Entonces, ¿cómo simular ese robo?

—Porque dos individuos que andan á caza de un buen negocio os han visto cobrar por la mañana en una casa de banca una gruesa suma. Al momento se han hecho seña, y os han seguido.... De esta primera casa habéis cobrado en una segunda, y después en una tercera.... Entusiasmados os han seguido hasta la puerta de vuestra vivienda....; luego la gente los ve en Auteuil tomar algunos informes, preguntar si vivís solo ó en familia, y si tenéis pocos ó muchos criados. Estas palabras parecen sospechosas, pues los que las dirigen tienen muy mala traza. Así es que al día siguiente, después de haber cometido el robo, todo el mundo podrá dar sus señas á la policía.

—¡Qué! (dijo el señor de Beuvret con aire inocente); ¿vais á mezclar á dos personas más en este asunto?

—¡Oh! Nos injuriáis. Nosotros mismos seremos esos dos individuos de mal aspecto. Sabemos, cuando es preciso, disfrazarnos, desfigurarnos perfectamente.

—Bien.... ¿Á qué hora vendréis á sorprender mi casa?

—Á la una de la madrugada, después de la llegada del último tren, cuando esté esta calle desierta.

—¿Y cómo entraréis en mi casa?

—Por una ventana del piso bajo.... Ésta, por

ejemplo.... Basta dar un salto, romper un cristal, y desechar una falleba.

—¿Y el dinero?

—Lo tendréis ahí, en esa mesa de despacho, bajo llave, y en un cajón secreto.... Nosotros forzaremos la mesa, y adivinando el secreto, nos guardaremos el dinero, huyendo después por la puerta ó por la ventana.

—¿Y el ruido no me ha de despertar?

—No. Los ladrones hábiles no despiertan á nadie.... Por lo demás, si no queréis descuidar ningún detalle, decid á un farmacéutico de Auteuil que padecéis de insomnios, y os dará cloral ó alguna otra droga que tenga opio. De esta manera no tendrá nada de particular que no despertéis, aunque hagan ruido á vuestro alrededor, y vuestro sueño podrá prolongarse hasta la mañana siguiente, en que bajaréis al despacho, y el robo os dará en los ojos.... Gritaréis..., llamaréis, los vecinos acudirán, y el comisario de policía los seguirá: hacéis vuestra declaración, y telegrafiad á Roberto du Chatel, á vuestro yerno y á vuestra hija, todo lo que ha pasado.

—Y vosotros, ¿qué haréis durante ese tiempo?

—Habremos recobrado nuestro aspecto de siempre, nuestras personalidades, y, fieles á nuestra promesa, partiremos aquella misma noche.... ¿Os conviene ese plan?

—Á medias (respondió el señor de Beuvret);

porque tendré que declarar que los dos millones no me pertenecían, y que los había cobrado aquel día por cuenta de mi yerno. Extrañarán, con mucha razón, que la familia Le Forestier, lo mismo la madre que el hijo, se dejen robar siempre.

—Permitidme; los ladrones se dedican con preferencia á los ricos, y nadie extrañará que en veinte años la familia Le Forestier haya excitado dos veces su codicia.

—Sea; pero encontrarán raro que el segundo robo haya sido cometido poco más ó menos en las mismas condiciones que el primero. «El ejemplo de la señora Le Forestier hubiera debido servir al señor de Beuvret, dirán por todas partes. Es una gran falta el haber tenido los dos millones en su casa.»

—¿Y qué hacen los que no llegan á tiempo para imponer en el Banco? No se puede depositar una cantidad sin haberla cobrado antes, y si se cobra tarde.... Vamos; ¿os decidís?

—¿Nos convenimos?—preguntó también Montbarán.

El señor de Beuvret pareció vacilar, y por fin dijo resueltamente:

—¡Pues bien, sí! Yo me encargo de cobrar en el día de mañana esos dos millones, y de entregároslos por la noche, á eso de la una de la madrugada; pero, por vuestra parte, me habéis de

dar vuestra palabra formal de dejar á Francia para siempre, ó por lo menos para mucho tiempo.

—Os damos nuestra palabra,—dijeron á la vez el Marqués y Montbarán.

.....
Transcurrió un cuarto de hora, y después que arreglaron todos los detalles, se despidieron del señor de Beuvret. En el coche que les conducía á París, Montbarán dijo á su compañero:

—¿No desconfiáis de Beuvret?

—¡Desconfiar! ¿Por qué? ¿Porque consiente en lo que le pedimos?... ¿Podía acaso obrar de otra manera? Yo creo, por el contrario, que debe considerarse muy dichoso al desembarazarse de nosotros con el dinero de su yerno y sin correr el menor riesgo.

—Pero yo no estoy seguro de que no le corramos nosotros, si Beuvret pretendiera que ese robo ficticio era un robo real.

—¡Qué locura! ¡Hacernos condenar tal vez á algunos años de prisión!... Es decir, ponernos al abrigo de la venganza de Armando Le Forestier, y exponerse á la nuestra.... ¡Parece mentira que digáis en serio semejante cosa!

—¿Entonces, pensáis seguir punto por punto el plan que os habéis trazado?

—No del todo. Siempre es menester tomar algunas precauciones, hasta cuando se las cree inútiles.... Así es que no esperaremos á que sea

la una para ir á su casa, ni entraremos por la ventana, como habíamos convenido, sino que llamaremos á su puerta á las ocho....; y por razones excelentes, que él mismo sabrá apreciar, le rogaremos que cambie la hora del robo, y que nos dé inmediatamente los dos millones.... De esta manera sus cálculos quedarán fallidos si por casualidad hubiera tomado medidas contra nosotros.... Así, pues, no os alarméis inútilmente, y mirad las cosas tales cuales son. Beuvret no tiene más que un solo pensamiento en el mundo: sacrificarlo todo para que su hija ignore siempre su pasado. ¿Cómo admitir que se arriesgue á hacer traición á aquellos que con una sola palabra podrían perderle?

Cuando llegaron al boulevard, Montbarán dijo todavía:

—¿Y partiremos realmente, como hemos prometido?

—Yo sí; y os aconsejo que hagáis lo mismo...., si tenéis en algo la vida.

—La tengo en mucho.

—Entonces no vaciléis.... Así como Beuvret no me inspira ningún temor, así también os digo que lo temo todo de Armando Le Forestier y de Roberto du Chatel, que han sabido descubrirnos, arruinarnos, y que nos matarán, creedlo, si persistimos en querernos atravesar en su camino.

XLVI.

Al día siguiente de la visita de Montbarán y el Marqués, el señor de Beuvret dejó su casa de Auteuil, tomó el tren, y cuando llegó á París, se dirigió al boulevard Haussmann, á casa de Armando Le Forestier. Los criados le esperaban, y le introdujeron en el despacho del primer piso, donde pronto recibió una caterva de conserjes, administradores y porteros, que había tenido buen cuidado de convocar. Procedía como Armando Le Forestier, que no había querido imitar á su madre, que iba á cobrar ella misma sus alquileres, haciendo cada trimestre, según la expresión de testigos, su recolección en París.

Esta recolección á domicilio, mucho más corta que la otra, ocupó toda la mañana al señor de Beuvret, y hasta el mediodía no pudo ir á almorzar á casa de los du Chatel, donde estaba invitado. Después del almuerzo, al que asistieron también los recién casados, en plena luna de miel y respirando felicidad, el señor de Beuvret volvió á ser el hombre de negocios. Tenía ahora que ir á diferentes casas de banca y á ver

la una para ir á su casa, ni entraremos por la ventana, como habíamos convenido, sino que llamaremos á su puerta á las ocho....; y por razones excelentes, que él mismo sabrá apreciar, le rogaremos que cambie la hora del robo, y que nos dé inmediatamente los dos millones.... De esta manera sus cálculos quedarán fallidos si por casualidad hubiera tomado medidas contra nosotros.... Así, pues, no os alarméis inútilmente, y mirad las cosas tales cuales son. Beuvret no tiene más que un solo pensamiento en el mundo: sacrificarlo todo para que su hija ignore siempre su pasado. ¿Cómo admitir que se arriesgue á hacer traición á aquellos que con una sola palabra podrían perderle?

Cuando llegaron al boulevard, Montbarán dijo todavía:

—¿Y partiremos realmente, como hemos prometido?

—Yo sí; y os aconsejo que hagáis lo mismo...., si tenéis en algo la vida.

—La tengo en mucho.

—Entonces no vaciléis.... Así como Beuvret no me inspira ningún temor, así también os digo que lo temo todo de Armando Le Forestier y de Roberto du Chatel, que han sabido descubrirnos, arruinarnos, y que nos matarán, creedlo, si persistimos en querernos atravesar en su camino.

XLVI.

Al día siguiente de la visita de Montbarán y el Marqués, el señor de Beuvret dejó su casa de Auteuil, tomó el tren, y cuando llegó á París, se dirigió al boulevard Haussmann, á casa de Armando Le Forestier. Los criados le esperaban, y le introdujeron en el despacho del primer piso, donde pronto recibió una caterva de conserjes, administradores y porteros, que había tenido buen cuidado de convocar. Procedía como Armando Le Forestier, que no había querido imitar á su madre, que iba á cobrar ella misma sus alquileres, haciendo cada trimestre, según la expresión de testigos, su recolección en París.

Esta recolección á domicilio, mucho más corta que la otra, ocupó toda la mañana al señor de Beuvret, y hasta el mediodía no pudo ir á almorzar á casa de los du Chatel, donde estaba invitado. Después del almuerzo, al que asistieron también los recién casados, en plena luna de miel y respirando felicidad, el señor de Beuvret volvió á ser el hombre de negocios. Tenía ahora que ir á diferentes casas de banca y á ver

á varios agentes de cambio, para cobrar los intereses y dividendos de una porción de títulos, así como una gruesa suma procedente de una venta al contado. Tres horas empleó en esta tarea, y hacia las cinco de la tarde, el suegro de Armando Le Forestier tomaba el tren para volver á Auteuil. ¡Qué buen golpe hubiera podido dar un ladrón ó un hábil asesino! Pero ¿quién hubiera podido sospechar que aquel hombre, de aspecto modesto, casi pobre, fuera portador de suma tan considerable? Al verle llevar descuidadamente debajo del brazo una de esas grandes carteras de cuero negro, alrededor de la cual se arrollaba una correa terminada por una hebilla, nadie hubiera dicho más que estaba llena de cuadernos ó manuscritos. ¿Quién hubiera sospechado que aquella cartera vieja, usada y raída contenía dos millones en billetes de Banco?

Así es cómo el señor de Beuvret pudo pasar sin riesgos el trayecto de París á Auteuil y el de la estación á su casa. Hizo una frugal cena, y en seguida despidió á la asistenta que había reemplazado á la antigua criada, la cual se había marchado al servicio de Clara.

Ya solo en su casita, encerrado en su despacho, abrió la cartera, y estuvo haciendo sus cuentas con el mayor cuidado, como las había hecho la señora Le Forestier en la noche del robo y el

asesinato. Cuando acabó de contar, reunió en paquetitos de diez mil francos los billetes que estaban desparramados, contó doscientos paquetes, los repartió en dos lotes, y los colocó bien á la vista sobre la mesa de despacho.

Transcurrió una hora, durante la cual el señor de Beuvret estuvo reflexionando, sin que su rostro ni su actitud denunciaran la más pequeña emoción. Sin embargo, algunas veces su mirada se enternecía cuando se fijaba en dos retratos colocados el uno al lado del otro. Eran los de su mujer y su hija, y los dos estaban hechos á la edad de veinte años; es decir, veinte años antes el de la primera; así es que parecían dos hermanas gemelas.

Un ruido de pasos sobre la arena del jardín vino á turbar el silencio que reinaba alrededor de la casa.

—Lo había adivinado,—murmuró el señor de Beuvret.

Y siguiendo siempre sentado, se contentó con llevar la mano al bolsillo del lado de su levita, sin duda para asegurarse de que continuaba allí algún objeto colocado por él.

El timbre de la puerta de entrada se dejó oír.

Entonces se levantó, tomó una palmatoria, y atravesando el vestíbulo de la casa y desdeñando toda precaución, abrió la puerta.

Montbarán y el marqués de Arnage aparecie-

ron con trajes de viaje, cubiertos de largos pardessus.

Sin hablar, con un gesto, el señor de Beuvret los dirigió al despacho, iluminado por una lámpara, que hacía tiempo estaba ardiendo allí. Después entró detrás de ellos, y cerrando la puerta con cuidado, apagó la palmatoria, y les dijo con voz tranquila :

—No os esperaba tan pronto.

—En efecto (respondió el Marqués); pero hemos reflexionado que si esperábamos hasta la una, no podríamos tomar ya un tren de la noche; y era más sencillo, y al mismo tiempo más prudente, adelantar la hora de la cita.... Creo que también será ese vuestro parecer.... Conque tened la bondad de darnos lo que nos habéis prometido.

—No,—dijo el señor de Beuvret, sin levantar la voz.

—¡Eh!... ¿Qué decís? ¿Por qué?...—preguntaron los dos á un tiempo.

Beuvret respondió, siempre en el mismo tono y con la misma tranquilidad:

—Habéis reflexionado, según acabáis de decirme, y no habéis querido hacer lo que habíamos convenido. Pues bien: yo también tengo derecho á reflexionar por mi parte y á cambiar de parecer.

—¡Ya pareció aquello! (dijo Montbarán.) ¡Bien

decía yo que nunca habéis tenido la intención de darnos esos dos millones!

—Tal vez no los habré podido cobrar,—dijo el Marqués con los dientes apretados, y pudiendo apenas contener su cólera.

—Los he cobrado; y era tanta verdad que pensaba dároslos, que están ahí, sobre esa mesa, preparados para cuando vinierais.... Mirad ahí, debajo de esos libros; á la derecha el millón de Montbarán, y á la izquierda el vuestro.

El Marqués levantó uno de los libros, y miró. Después, atraído, fascinado, puso las manos sobre los paquetes, los palpó, los calculó, y dijo por fin:

—Puesto que eran para mí, los tomo.

—Y yo los míos,—dijo Montbarán, imitándole.

Y en seguida, de común acuerdo, se pusieron á colocarlos en sus bolsillos, sin perder de vista al señor de Beuvret, que, impasible y separado de ellos sólo por el ancho de la mesa, no protestaba ni con el gesto ni con la voz.

Pero cuando todos los billetes hubieron desaparecido, llevó la mano á su pecho, y sacando del bolsillo de la levita una pistola, dijo fríamente:

—No os he dado ese dinero, sino que os le he negado... Acabáis de robar á Armando Le Forestier, á quien represento.... Debería mataros; pero, sin embargo, os permito que os defendáis.... Estoy seguro de que lleváis armas....;

servíos de ellas.... Me parece que la partida no es mala para vosotros, porque sois dos contra mí.

Aún no había acabado de hablar, cuando el Marqués, esperando sorprenderle, sacó un revólver de su bolsillo, é hizo fuego.

La bala rozó el brazo del señor de Beuvret, sin alcanzarle.

—Á mi vez,—dijo éste.

Y el Marqués, que iba á tirar por segunda vez, cayó desplomado.

Montbarán, muerto de miedo, se había refugiado en un rincón del despacho. Maquinalmente encogía las piernas y bajaba la cabeza para hacerse más pequeño, y la mano en que tenía el revólver caía pendiente á lo largo de su cuerpo.

—Vamos (dijo el señor de Beuvret, armándose de otra pistola); defendeos.

A pesar de su terror, el miserable comprendió al fin que la generosidad del señor de Beuvret, que transformaba en un duelo lo que debía haber sido una ejecución, los ponía en condiciones iguales.... Entonces su mano se enderezó lentamente, y quiso tirar; pero á escondidas, bruscamente, y sin que su adversario le viese....

Pero un hecho bien vulgar le detuvo.

La lámpara colocada sobre la mesa, que estaba encendida desde hacía muchas horas sin que nadie la tocara, chisporroteó, y lanzando una llamarada más viva, se apagó.

Reinó completa obscuridad en aquella habitación cerrada por todas partes, en aquel sepulcro donde un primer cadáver esperaba á otros.

Cinco minutos transcurrieron....; un siglo.... Después, en medio del silencio que nadie había turbado aún, el señor de Beuvret creyó oír como el rozamiento de un cuerpo sobre la alfombra.

Era sin duda su adversario que avanzaba, que le buscaba para sorprenderle, hacerle caer y ahogarle, como en otro tiempo había hecho con su víctima la señora Le Forestier.

Pero ¿por qué la mirada de Montbarán no brillaba en aquella obscuridad? ¿Por qué sus ojos no iluminaban aquellas tinieblas?

El señor de Beuvret los buscaba por todas partes, á la derecha, á la izquierda....; nada.... Pero había olvidado mirar á sus pies. ¡Sí; Montbarán no andaba, sino que se arrastraba como una serpiente! Se arrastraba por el suelo, ayudándose de sus brazos y de sus rodillas para avanzar, y levantaba la cabeza como para ver á su adversario, á quien, como es natural, no veía, pero debía adivinar, porque se dirigía hacia él.

Pero éste, desde que había mirado al suelo, le apercibió, y en seguida, con la mayor sangre fría, bajó la pistola, y apuntó al espacio que quedaba entre aquellas dos luces...., ¡aquellos dos faros que brillaban delante de él!

La bala salió, y los ojos se apagaron.

Entonces el señor de Beuvret buscó á tientas la palmatoria que antes había dejado sobre la chimenea, consiguió encenderla, y cogiéndola con mano segura, se puso á examinar los cuerpos del Marqués y de Montbarán.

¡Estaban bien muertos! El primero había sido herido en el corazón, y el segundo en la frente, entre las dos cejas.

Después, el señor de Beuvret abrió la ventana y disparó algunos tiros al aire, llamó, gritó, y cuando acudieron los vecinos, les rogó que fuesen á avisar al Comisario de policía, ante quien hizo al momento su declaración.

XLVII.

Roberto du Chatel, á quien el señor de Beuvret había rogado que fuera inmediatamente á su casa, llegó á Auteuil al día siguiente por la mañana.

—¿Qué pasa? (preguntó.) Vuestros vecinos, á quienes generalmente no se ve, están todos conversando en sus puertas, y guardias de la paz pasean por vuestro jardín.

—Venid al momento, y si os emocionáis con facilidad, preparaos para ver un espectáculo conmovedor.

Y al mismo tiempo le hacía entrar en su despacho, que estaba igual que la noche anterior, y le enseñó los cadáveres colocados uno al lado del otro.

—¡El Marqués! ¡Montbarán!—exclamó Roberto.

—¿Los conocéis? (dijo el señor de Beuvret); yo no los conozco.... Yo no veo en ellos más que á dos ladrones, que la noche última se han introducido en mi casa, y á los cuales he sorprendido en el momento de efectuar el robo, y á quienes he matado.... He hecho en este sentido mi declaración ante el Comisario de policía, y la haré en igual sentido al Juez de instrucción y al sustituto, á los cuales espero....; pero á vos, ya que estamos solos ahora, os diré que tenía mis motivos para no llamar á Armando el día que adquirimos la certeza de que el Marqués y Montbarán eran los asesinos de su madre.... Quería reemplazarle, sustituirle, hacerme el ejecutor de sus venganzas.... Y he llegado á ello, haciendo saber públicamente que administraba la fortuna de mi yerno y que percibía todas sus rentas. El Marqués y Montbarán sin dinero, sin recursos, gracias á vos, se dijeron: «Puesto que con tanta fortuna robamos á la madre, ¿por qué no hemos de robar también al hijo? Todos los Le Forestier nos pertenecen....» Y entonces lo que hicieron hace veinte años, quisieron repe-

tirlo ayer.... ¡Era un día magnífico! ¡Podrían repartirse dos millones! No pudieron resistir la tentación.... Por la noche se introdujeron en mi casa; sabían que estaba sólo, y pensaban hacer de mí lo que quisieran; pero se equivocaron; ¡soy yo quien los ha matado!

—Ha debido ser terrible la lucha,—dijo Roberto, mirando á su alrededor.

—Sí,—respondió Beuvret con sencillez.

—¡Y no quisisteis prevenirme! ¡No quisisteis que compartiéramos los peligros!

—No podía. Vuestra presencia aquí la noche pasada hubiera extrañado á la justicia. Se preguntaría hoy si esos dos ladrones á quienes habíamos matado, no eran más que nuestros adversarios, nuestros enemigos. Nos hubiéramos visto obligados al fin á hablar del pasado crimen.... ¿Por qué volver á recordar ese drama, que haría que mi yerno y mi hijase vieran necesariamente mezclados en este otro? He procurado, por el contrario, arreglarlo todo para que en este asunto no se hable más que de mí, y para que se olvide pronto.... Cuando Armando vuelva, le diremos: «Hemos encontrado á los que buscabais, y os juramos por nuestro honor que teníamos tantas pruebas, que la duda era imposible.... Los hemos matado. Hay un tercer cómplice; pero jurasteis perdonarle si se castigaba á los otros; así, pues, todo ha termi-

nado. Olvidad esa lúgubre historia, y sed por completo para vuestra mujer y vuestros amigos».

.....
 Cuando aquella tarde se supo en París que el marqués de Arnage y Montbarán, tan conocidos en los círculos, en las reuniones de carácter dudoso, no eran más que dos ladrones, se sorprendió todo el mundo; pero cuando se dijo que se trataba de un robo de dos millones en billetes de Banco, que fueron encontrados en sus bolsillos, la sorpresa fué menor, y entonces salieron á relucir otras mil infamias que habían cometido. Aquellos á quienes tanto tiempo habían explotado, no pudiendo temerles ya, les atribuían un porción de crímenes.... ¡No pudiéndose vengar de los vivos, se vengaban de los muertos! La justicia recogió todos estos datos, probó que la reputación del Marqués y Montbarán era malísima, y ni siquiera se le ocurrió indagar más de lo que á primera vista parecía. Protegido por los artículos 321, 322 y 329 del Código penal, el señor de Beuvret fué absuelto.

Hoy Armando Le Forestier, á quien en París todo el mundo conoce por otro nombre que no nos está permitido divulgar, no tiene más que un sólo pensamiento: gastar, distribuir de la manera más útil su inmensa fortuna. Le ayuda en esta tarea su mujer, que descubre todos los

días nuevas miserias y nuevas lágrimas que enjugar. El señor de Beuvret les ilustra y guía con sus consejos, les indica algunas buenas obras que pueden hacer; pero desde lejos, por escrito, porque se ha negado resueltamente á vivir con ellos, á aprovecharse de ninguna de las comodidades que el matrimonio de su hija podría reportarle.

Habita aún en su casita de Auteuil, y vive de su trabajo.

Los ojos del doctor du Chatel no se curarán jamás por completo; pero su enfermedad no se ha agravado, sino que, por el contrario, ve algo mejor. Sin cesar murmura contra la compañía de seguros la Urbana, que, según dice, no tenía derecho á darle, por un motivo imaginario, un talón contra el Banco, que guardará toda su vida.

En cuanto á Rachel, está sinceramente unida á Roberto du Chatel, su profesor en honradez; pero es de creer que el profesor, por su parte, no lleve en todo á su discípula hasta el punto que su cargo le obliga.

FIN.

